Allan Kardec

# EL EVANGELIO
## SEGÚN EL ESPIRITISMO

# EL EVANGELIO
## SEGÚN EL ESPIRITISMO

# L'ÉVANGILE

SELON

# LE SPIRITISME

CONTENANT

L'EXPLICATION DES MAXIMES MORALES DU CHRIST

LEUR CONCORDANCE AVEC LE SPIRITISME

ET LEUR APPLICATION AUX DIVERSES POSITIONS DE LA VIE

PAR ALLAN KARDEC

Auteur du *Livre des Esprits*.

Il n'y a de foi inébranlable que celle qui peut regarder la raison face à face, à tous les âges de l'humanité.

QUATRIÈME ÉDITION

PARIS

LES ÉDITEURS DU *LIVRE DES ESPRITS*

35, QUAI DES AUGUSTINS

DENTU, FRED. HENRI, libraires, au Palais-Royal

Au Bureau de la REVUE SPIRITE, 59, rue et passage Sainte-Anne

1868

Réserve de tous droits.

# EL EVANGELIO
## SEGÚN EL ESPIRITISMO

CONTIENE

LA EXPLICACIÓN DE LAS MÁXIMAS MORALES DE CRISTO
SU CONCORDANCIA CON EL ESPIRITISMO
Y SU APLICACIÓN A LAS DIVERSAS SITUACIONES DE LA VIDA

por

Allan Kardec

*Sólo es inquebrantable la fe que*
*puede mirar a la razón cara*
*a cara, en todas las épocas*
*de la humanidad.*

*Traducción de Gustavo N. Martínez*

**CONFEDERACIÓN ESPIRITISTA ARGENTINA**
Buenos Aires

Copyright © 2020 by
CONFEDERACIÓN ESPIRITISTA ARGENTINA (CEA)

Todos los derechos de reproducción, copia, comunicación al público y explotación económica de esta obra están reservados. Prohibida la reproducción parcial o total de la misma, a través de cualquier forma, medio o proceso electrónico, digital, fotocopia, microfilme, internet, CDROM, sin previa y expresa autorización, en los términos de la ley 11.723, que reglamenta los derechos de autor y conexos.

ISBN edición impresa: 978-987-47546-5-3

Título del original francés:
*L'Évangile selon le spiritisme*
(Allan Kardec; 1868 - cuarta edición.)

Traducción del original francés: Gustavo N. Martínez

Edición de la
CONFEDERACIÓN ESPIRITISTA ARGENTINA (CEA)
Sánchez de Bustamante 463
(1173) Buenos Aires - Argentina
+ 54 11 - 4862 - 6314
www.ceanet.com.ar - ceaespiritista@gmail.com

Kardec, Allan
El Evangelio según el espiritismo / Allan Kardec. - 1a edición especial - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Confederación Espiritista Argentina, 2020.
538 p. ; 21 x 14 cm.

Traducción de: Gustavo Norberto Martínez.
ISBN 978-987-47546-5-3

1. Espiritismo. I. Martínez, Gustavo Norberto, trad. II. Título.
CDD 133.9

Impreso en la Argentina

# Advertencia general sobre la traducción

La presente traducción corresponde a la cuarta edición del original francés *L'Évangile selon le spiritisme*. Según reza el sello al pie de la portada, el libro fue editado en París, Francia, por *les Éditeurs du Livre des Esprits* (35, quai des Augustins); Dentu, Fréd. Henri, libraires, en el *Palais-Royal* y en la oficina de la *Revue Spirite* (59, rue et passage Sainte-Anne), en el año 1868. La edición fue impresa por P. A. Bourdier, Capiomont fils et Cie. (rue des Poitevins, 6).

Nos valimos de la reproducción digital de un ejemplar que pertenece a la mencionada cuarta edición, conservado en la Biblioteca Nacional de Francia, con sello del depósito legal n.° 338, de 1868.

La primera edición de esta obra vio la luz, también en París, en abril de 1864, con el título de *Imitation de l'Évangile selon le spiritisme.*

La cuarta edición es la última publicada por Allan Kardec, y su contenido es idéntico al de la tercera, de 1866, que ha sido *revisado, corregido y modificado* por el autor, conforme a las indicaciones de los Espíritus. Al respecto, Allan Kardec señala, en la *Revista Espírita* de noviembre de 1865 (Año VIII, Vol. 11), que "en esta edición la obra ha sido objeto de una reorganización completa. Además de algunos agregados, las

principales modificaciones consisten en una clasificación más metódica, clara y cómoda de las materias. Esto permite que la obra sea de más fácil lectura, y también facilita las consultas".

En cuanto a las citas bíblicas, dado que el autor empleó la versión francesa de Isaac Lemaître de Sasy (*La Bible de Sacy-Port Royal*), hemos optado por traducirlas tal como se las ha fijado, sin perjuicio de que el lector pueda consultar las versiones castellanas ya existentes, así como hacer los estudios comparativos que considere adecuados. (Véase la *Introducción*, § I.)

En suma, el criterio que hemos seguido en el presente trabajo no ha sido otro que mantener una absoluta fidelidad al contenido del texto original.

El Traductor

Buenos Aires, 9 de julio de 2020.

# Prefacio

*Los Espíritus del Señor, que son las virtudes de los Cielos, como un inmenso ejército que se pone en movimiento tan pronto como ha recibido la orden de su comandante, se esparcen por la superficie de la Tierra, y semejantes a estrellas que caen de lo alto, vienen a iluminar el camino y a abrir los ojos de los ciegos.*

*En verdad os digo que han llegado los tiempos en que todas las cosas deben ser restablecidas en su verdadero sentido, a fin de disipar las tinieblas, confundir a los orgullosos y glorificar a los justos.*

*Las poderosas voces del Cielo resuenan como el son de la trompeta, y a ellas se suman los coros de los ángeles. Hombres, os invitamos al concierto divino. Pulsen la lira vuestras manos, únanse vuestras voces, y en un himno sagrado difúndanse y vibren de un extremo al otro del universo.*

*Hombres, hermanos a quienes amamos, estamos junto a vosotros. Amaos también unos a otros, y desde el fondo de vuestros corazones decid, en cumplimiento de la voluntad del Padre que está en el Cielo: "¡Señor! ¡Señor!", y podréis ingresar al reino de los Cielos.*

El espíritu de verdad

NOTA. La instrucción precedente, transmitida por vía mediúmnica, resume al mismo tiempo el verdadero carácter del espiritismo y el objetivo de esta obra, razón por la cual fue colocada aquí como prefacio. (N. de Allan Kardec.)

# Introducción

## I. Objetivo de esta obra

Las materias que los Evangelios contienen pueden dividirse en cinco partes: *los hechos comunes de la vida de Cristo, los milagros, las predicciones, las palabras que sirvieron de base para establecer los dogmas de la Iglesia,* y *la enseñanza moral.* Si bien las cuatro primeras partes han sido objeto de controversias, la última ha permanecido inatacable. Ante ese código divino, hasta la incredulidad se inclina. Es el terreno donde pueden reunirse todos los cultos, el estandarte bajo el cual todos pueden resguardarse, sean cuales fueren sus creencias, puesto que jamás ha sido objeto de las disputas religiosas que, en todos los casos y en todas partes, fueron suscitadas por las cuestiones relativas al dogma. Además, si la hubieran discutido, las sectas habrían encontrado en esa enseñanza su propia condenación, pues en su mayoría se aferran preferentemente a la parte mística antes que a la moral, que exige a cada uno su propia reforma. Para los hombres ese código es, en especial, una regla de conducta que abarca todas las circunstancias de la vida privada y pública; es el principio de todas las relaciones sociales basadas en la más rigurosa justicia. Constituye, en último término y por encima de todo, el camino infalible de la felicidad venidera, y levanta un extremo del velo que nos

ocultaba la vida futura. Esta parte será el objeto exclusivo de la presente obra.

El mundo todo admira la moral evangélica; todos proclaman su excelencia y su carácter de indispensable, pero muchos lo hacen porque confían en lo que han escuchado al respecto, o porque tienen fe en algunas de sus máximas, que se han vuelto proverbiales. Con todo, pocos la conocen a fondo, y más escasos aún son los que la comprenden y saben deducir sus consecuencias. La razón de esto reside, en buena medida, en la dificultad que presenta la lectura del Evangelio, que resulta ininteligible para la mayor parte de las personas. La forma alegórica y el misticismo intencional del lenguaje contribuyen a que la mayoría lo lea para descargar la conciencia y como si se tratara de un deber, del mismo modo que leen las plegarias: sin comprenderlas, es decir, sin que les aporte beneficio alguno. Los preceptos morales, diseminados aquí y allá, intercalados en el conjunto de las narraciones, pasan desapercibidos. Por consiguiente, es imposible comprenderlos cabalmente y adoptarlos como objeto de lecturas y meditaciones especiales.

Por cierto, se han escrito tratados de moral evangélica, pero su presentación en estilo literario moderno les ha quitado la sencillez primitiva que constituye, al mismo tiempo, su encanto y su autenticidad. Algo similar sucede con las máximas sacadas de contexto, reducidas a su más simple expresión proverbial: no son más que aforismos despojados de una parte de su valor e interés, pues les faltan los complementos y las circunstancias en que fueron enunciados.

Para evitar esos inconvenientes hemos reunido en esta obra los textos que se hallan en condiciones de constituir, hablando con propiedad, un código de moral universal, sin

distinción de cultos. En las citas hemos conservado lo que era útil para el desarrollo de la idea, y suprimimos únicamente lo que resultaba ajeno al tema. Por otra parte, hemos respetado escrupulosamente la traducción original de Sacy, al igual que la división en versículos. No obstante, en lugar de atenernos a un orden cronológico, lo que habría sido imposible y además no ofrecería ninguna ventaja efectiva para este asunto, hemos agrupado y clasificado metódicamente las máximas según su naturaleza, de modo que pudieran deducirse unas de otras tanto como fuera posible. La inclusión de los números de orden de los capítulos y de los versículos permite recurrir a la clasificación tradicional, en caso de que se lo considere necesario.

Con todo, ese trabajo material de por sí habría tenido solamente una utilidad secundaria. Lo esencial era poner el Evangelio al alcance de todos, mediante la explicación de los pasajes oscuros y el desarrollo de todas las consecuencias, con el fin de aplicarlas a las diversas situaciones de la vida. Eso hemos intentado hacer, con la ayuda de los Espíritus buenos que nos asisten.

Muchos pasajes del Evangelio, de la Biblia y de los autores sagrados en general, son incomprensibles, e incluso algunos parecen irracionales, solamente porque falta la clave que permita comprender su verdadero sentido. Esa clave se encuentra por completo en el espiritismo. De eso han podido convencerse los que lo estudiaron con seriedad, y todos habrán de reconocerlo, mejor aún, más adelante. El espiritismo se encuentra por doquier, tanto en la Antigüedad como en las diferentes épocas de la humanidad. Por todas partes encontramos vestigios de él: en los escritos, en las creencias y en los monumentos. Por eso, así como abre nuevos horizontes para

el porvenir, también arroja una luz no menos intensa sobre los misterios del pasado.

Como complemento de cada precepto hemos añadido algunas instrucciones escogidas entre las que dictaron los Espíritus en diversos países, a través de diferentes médiums. Si esas instrucciones hubiesen emanado de una sola fuente podrían haber sufrido una influencia personal o del medio, mientras que la diversidad de orígenes es una demostración de que los Espíritus imparten sus enseñanzas en todas partes, y que al respecto nadie goza de privilegios.[1]

Esta obra es para uso de todos. Cada uno puede extraer de ella los medios para adecuar su conducta a la moral de Cristo. Además, los espíritas encontrarán aquí las aplicaciones que les conciernen de modo especial. Gracias a las comunicaciones establecidas a partir de ahora y en forma permanente entre los hombres y el mundo invisible, la ley evangélica que los

1. Sin duda hubiéramos podido ofrecer acerca de cada asunto una mayor cantidad de comunicaciones, entre las obtenidas en muchas ciudades y centros espíritas, además de las citadas. Sin embargo, ante todo hemos tratado de evitar la monotonía de las repeticiones inútiles, de modo que limitamos nuestra selección a las que, tanto por el fond cf to como por la forma, se encuadran más específicamente en el contexto de esta obra. Asimismo, hemos reservado para posteriores publicaciones las que no han tenido un espacio aquí.
En cuanto a los médiums, nos abstuvimos de nombrarlos. En la mayoría de los casos, no los hemos mencionado porque ellos mismos lo solicitaron, de modo que no convenía hacer excepciones. Por otra parte, los nombres de los médiums no hubieran agregado valor alguno a la obra de los Espíritus. Mencionarlos sólo habría sido una satisfacción para su amor propio, a la que los médiums verdaderamente serios no atribuyen la menor importancia. Dado que su rol es meramente pasivo, comprenden que el valor de las comunicaciones en nada realza su mérito personal, y que sería pueril envanecerse por un trabajo intelectual al que sólo aportan su colaboración mecánica. (N. de Allan Kardec.)

propios Espíritus enseñan a todas las naciones ya no será letra muerta, porque todos la comprenderán y porque los consejos de sus guías espirituales los inducirán incesantemente a ponerla en práctica. Las instrucciones de los Espíritus son en verdad *las voces del Cielo* que vienen a instruir a los hombres y a invitarlos *a la práctica del Evangelio*.

## II. Autoridad de la doctrina espírita

### *Control universal de la enseñanza de los Espíritus*

Si la doctrina espírita fuera una concepción meramente humana, no tendría otra garantía que las luces de quien la hubiera concebido. Ahora bien, nadie en este mundo podría abrigar la pretensión fundada de poseer sólo para sí la verdad absoluta. Si los Espíritus que la han revelado se hubieran manifestado a un hombre solamente, nada garantizaría su origen, pues sería preciso creer en la palabra del que dijera haber recibido de ellos su enseñanza. En caso de que se admitiera una absoluta sinceridad de su parte, a lo sumo podría convencer a las personas con quienes estuviera relacionado; conseguiría adeptos, pero nunca llegaría a congregar a todo el mundo.

Dios ha querido que la nueva revelación llegase a los hombres por un camino más rápido y de mayor autenticidad. Por eso encargó a los Espíritus que la transportaran desde uno a otro polo, y que se manifestaran en todas partes, sin conceder a nadie el privilegio exclusivo de oír su palabra. Es posible engañar a un hombre, incluso este puede engañarse a sí mismo, pero no hay lugar a dudas cuando millones de personas ven y oyen lo mismo: eso es una garantía para cada uno y para

todos. Por otra parte, es posible hacer que un hombre desaparezca, pero no se puede hacer que desaparezcan las masas; es posible quemar los libros, pero no se puede quemar a los Espíritus. Ahora bien, aunque se quemaran todos los libros, no por ello la fuente de la doctrina dejaría de ser inagotable, puesto que no se encuentra en la Tierra, sino que brota en todas partes y todos pueden apagar su sed en ella. A falta de hombres para difundirla, siempre habrá Espíritus, que llegan a todos sin que nadie pueda llegar hasta ellos.

En realidad son los propios Espíritus quienes hacen la propaganda, con la ayuda de innumerables médiums a los que ellos estimulan en todas partes. Si sólo hubiera habido un único intérprete, por más favorecido que estuviese, el espiritismo apenas se conocería. Incluso, ese intérprete, sea cual fuere la clase a la que perteneciera, habría sido objeto de prevenciones por parte de muchas personas, y no todas las naciones lo habrían aceptado. En cambio, como los Espíritus se comunican en todas partes, en todos los pueblos, así como en la totalidad de las sectas y de los partidos, todo el mundo los acepta. El espiritismo no tiene nacionalidad, no forma parte de ningún culto en particular, ni es impuesto por ninguna clase social, porque cualquier persona se halla en condiciones de recibir instrucciones de sus parientes y de sus amigos de ultratumba. Era preciso que así fuera, para que pudiese convocar a todos los hombres a la fraternidad. Si el espiritismo no hubiera permanecido en un terreno neutral, habría alimentado las disensiones, en vez de apaciguarlas.

La universalidad de la enseñanza de los Espíritus constituye el poder del espiritismo. Ahí reside también la causa de su rápida propagación. Mientras que la palabra de un solo hombre, aunque este contara con el concurso de la prensa, tardaría

siglos para llegar a los oídos de todos, ocurre que millares de voces se hacen oír simultáneamente en todos los lugares de la Tierra, para proclamar los mismos principios y trasmitirlos tanto a los más ignorantes como a los más sabios, a fin de que nadie sea desheredado. Se trata de una ventaja de la que no ha gozado ninguna de las doctrinas que aparecieron hasta ahora. Por consiguiente, dado que el espiritismo es una verdad, no le teme al desprecio de los hombres, ni a las revoluciones morales, ni a los cataclismos físicos del globo, porque nada de eso puede afectar a los Espíritus.

Sin embargo, esa no es la única ventaja que deriva de su excepcional posición. El espiritismo encuentra en ella una garantía todopoderosa contra los cismas que podrían suscitarse, tanto por la ambición de algunos hombres como por las contradicciones de determinados Espíritus. Sin duda, esas contradicciones constituyen un escollo, pero un escollo que lleva consigo el remedio para su propio mal.

Sabemos que los Espíritus, a causa de la diferencia que existe entre sus capacidades, lejos están en lo individual de poseer la verdad absoluta; que no a todos les está dado penetrar ciertos misterios; que el saber de cada uno es proporcional a su purificación; que los Espíritus vulgares no saben más que los hombres, e incluso saben menos que ciertos hombres; que entre ellos, tanto como entre los hombres, los hay presuntuosos y pseudocientíficos que pretenden saber lo que ignoran; sistemáticos que adoptan sus propias ideas como verdades; por último, que sólo los Espíritus de la categoría más elevada, los que ya están absolutamente desmaterializados, son los que se han despojado de las ideas y de los prejuicios terrenales. No obstante, también sabemos que los Espíritus engañadores no tienen reparo en adoptar nombres que no les pertenecen, a

fin de que se acepten sus utopías. De ahí resulta que, en lo atinente a todo lo que esté fuera del ámbito de la enseñanza exclusivamente moral, las revelaciones que cada uno pueda recibir tendrán un carácter individual, sin la certeza acerca de su autenticidad; y deben ser consideradas como opiniones personales de tal o cual Espíritu, de modo que sería imprudente admitirlas y propagarlas a la ligera como verdades absolutas.

El primero de los controles es, con toda seguridad, el de la razón, a la que es necesario someter sin excepciones todo lo que proviene de los Espíritus. Una teoría en evidente contradicción con el buen sentido, con una lógica rigurosa y con los datos positivos que se poseen, debe ser rechazada, por más respetable que sea el nombre con que esté firmada. Sin embargo, en muchos casos ese control resultará incompleto debido a los deficientes conocimientos de algunas personas, como también a la tendencia de muchos a considerar su propia opinión como juez exclusivo de la verdad. En semejante caso, ¿qué hacen los hombres que no depositan una confianza absoluta en sí mismos? Buscan el veredicto de la mayoría y adoptan como guía la opinión de esta. Así se debe proceder respecto a la enseñanza de los Espíritus, pues ellos mismos nos proporcionan los medios para hacerlo.

La concordancia en la enseñanza de los Espíritus es, pues, el mejor control. Con todo, es necesario realizarlo conforme a determinadas condiciones. La menos segura de todas es que el propio médium interrogue a Espíritus diferentes acerca de un punto dudoso. Evidentemente, si él estuviera bajo el dominio de una obsesión o tratara con un Espíritu engañador, ese Espíritu podría manifestarle la misma cosa con nombres diferentes. Tampoco hay una garantía suficiente en la conformidad que haya en lo que se puede obtener a través de varios

médiums en un mismo centro, porque es posible que todos estén bajo la misma influencia.

*La única garantía seria en relación con la enseñanza de los Espíritus está en la concordancia que debe existir entre las revelaciones hechas espontáneamente, a través de un número importante de médiums de lugares diferentes, que no se conozcan entre sí*.

Se entiende que no se trata aquí de comunicaciones relativas a intereses secundarios, sino de las referidas precisamente a los principios de la doctrina. La experiencia demuestra que cuando se debe revelar un principio nuevo, este es enseñado *espontáneamente* en diferentes puntos, al mismo tiempo y de una manera idéntica, si no en cuanto a la forma, al menos en lo relativo al fondo. Por consiguiente, si a un Espíritu le satisface formular un sistema excéntrico, basado exclusivamente en sus ideas y ajeno a la verdad, téngase por seguro que ese sistema quedará *circunscrito* y caerá ante la unanimidad de las instrucciones que se proporcionen en todas partes, como ha quedado demostrado en abundantes ejemplos. Precisamente, a la unanimidad se debió el fracaso de los sistemas parciales que surgieron en los orígenes del espiritismo, cuando cada cual explicaba los fenómenos a su modo, antes de que se conocieran las leyes que rigen las relaciones entre el mundo visible y el mundo invisible.

Esa es la base en que nos apoyamos cuando enunciamos un principio de la doctrina. No se debe a que por estar conforme con nuestras ideas lo tomamos por verdadero. No nos colocamos, en absoluto, como juez supremo de la verdad, ni tampoco decimos a nadie: "Creed en tal cosa porque nosotros lo decimos". Desde nuestro punto de vista, nuestra opinión sólo es una opinión personal, que puede ser verdadera o fal-

sa, puesto que no nos consideramos más infalibles que otros. Tampoco consideramos que un principio sea verdadero por el hecho de que nos lo hayan enseñado, sino porque ha recibido la sanción de la concordancia.

En la posición en que nos encontramos, dado que recogemos comunicaciones de cerca de mil centros espíritas serios, diseminados por los más diversos puntos del globo, estamos en condiciones de analizar los principios en que se basa la concordancia. Ese análisis nos ha guiado hasta hoy, y habrá de guiarnos en los nuevos campos que el espiritismo está llamado a explorar. Así, mediante el estudio atento de las comunicaciones provenientes de diferentes lugares, tanto de Francia como del extranjero, reconocemos, por la naturaleza absolutamente especial de las revelaciones, que el espiritismo tiende a ingresar en un nuevo camino, y que le ha llegado el momento de dar un paso hacia adelante. Esas revelaciones, formuladas a veces con palabras veladas, a menudo han pasado desapercibidas a muchos de los que las han obtenido. Muchos otros creen que son los únicos que las poseen. Tomadas en forma aislada, no tendrían ningún valor para nosotros; sólo la coincidencia les confiere autoridad. Más adelante, cuando llegue el momento de darlas a publicidad, cada uno recordará haber obtenido instrucciones en el mismo sentido. Ese movimiento general, que analizamos y estudiamos con la asistencia de nuestros guías espirituales, es el que nos ayuda a determinar la oportunidad para que realicemos o no alguna cosa.

Ese control universal constituye una garantía para la unidad futura del espiritismo, y anulará todas las teorías contradictorias. De ese modo se buscará en el porvenir el criterio de la verdad. Lo que determinó el éxito de la doctrina formulada en *El libro de los Espíritus* y en *El libro de los médiums*, fue que

en todas partes todos pudieron recibir, directamente de los Espíritus, la confirmación acerca del contenido de esos libros. Si de todas partes los Espíritus hubieran venido a contradecirlo, haría mucho tiempo que esos libros habrían sufrido la suerte de las concepciones fantasiosas. Ni con el apoyo de la prensa se hubieran salvado del naufragio, mientras que, privados incluso de ese apoyo, no han dejado de abrirse camino y de avanzar rápidamente. Esto se debe a que han recibido el apoyo de los Espíritus, cuya buena voluntad no sólo compensó sino superó la mala disposición de los hombres. Del mismo modo sucederá con todas las ideas que, emanadas de los Espíritus o de los hombres, no puedan superar la prueba de dicho control, cuyo poder nadie puede discutir.

Supongamos, por lo tanto, que algunos Espíritus quieran dictar, bajo cualquier denominación, un libro en sentido contrario; supongamos además que, con una intención hostil y con el propósito de desacreditar la doctrina, la malevolencia suscitara comunicaciones apócrifas; ¿cuál sería la influencia que podrían ejercer esos escritos, si en todas partes fueran desmentidos por los Espíritus? Necesitaríamos como garantía la adhesión de estos últimos, antes de lanzar algún sistema en su nombre. Del sistema de uno solo, al sistema de todos, existe la misma distancia que va desde la unidad al infinito. ¿Qué podrán conseguir los argumentos de los detractores, por encima de la opinión de las masas, cuando millones de voces amigas provenientes del espacio llegan de todas partes del universo, para combatir tenazmente tales argumentos en el seno de cada familia? Al respecto, ¿la teoría no ha sido confirmada ya por la experiencia? ¿Qué ha sido de todas esas publicaciones que, según decían, pretendían aniquilar al espiritismo? ¿Cuál es la que siquiera ha frenado su marcha? Hasta el presente no

se había enfocado esta cuestión desde ese punto de vista: uno de los más importantes, sin duda. Cada uno contó consigo mismo, pero no contó con los Espíritus.

El principio de la concordancia es también una garantía contra las alteraciones que, para su propio provecho, podrían introducir en el espiritismo las sectas que quisieran apoderarse de él y adaptarlo a su voluntad. Quien intentara desviarlo de su objetivo providencial fracasaría, por la sencilla razón de que los Espíritus, en virtud de la universalidad de su enseñanza, echarían por tierra cualquier modificación que se apartara de la verdad.

De todo esto se desprende una verdad fundamental: cualquiera que intentara oponer trabas al curso de las ideas, ya establecido y sancionado, podría por cierto provocar una pequeña perturbación local y momentánea, pero nunca dominaría al conjunto, ni siquiera en el presente, pero menos todavía en el futuro.

También se desprende de esto que las instrucciones que han suministrado los Espíritus, acerca de los puntos de la doctrina que aún no se han dilucidado, no se convertirán en ley mientras esas instrucciones permanezcan aisladas, de modo que no deben ser aceptadas sino con todas las reservas y exclusivamente a título informativo.

De ahí la necesidad de tener la mayor prudencia al darlas a publicidad; y en caso de que se considerase conveniente publicarlas, sólo deben ser presentadas como opiniones individuales más o menos probables, pero que en todos los casos necesitan ser confirmadas. Esa confirmación es la que debemos aguardar antes de presentar algún principio como verdad absoluta, a menos que nos expongamos a recibir la acusación de liviandad o de credulidad irreflexiva.

Los Espíritus superiores proceden en sus comunicaciones con suma sabiduría. Sólo abordan las cuestiones principales de la doctrina en forma gradual, a medida que la inteligencia es apta para comprender verdades de un orden más elevado, y cuando las circunstancias son propicias para la emisión de una idea nueva. A eso se debe que no hayan dicho todo desde el comienzo, ni que lo hayan hecho hasta el día hoy, pues jamás ceden a la impaciencia de las personas demasiado apresuradas que pretenden cosechar los frutos antes de que hayan madurado. Sería, pues, superfluo querer precipitar el tiempo que la Providencia asignó a cada cosa, porque entonces los Espíritus realmente serios negarían decididamente su colaboración, pero los Espíritus frívolos, a quienes poco les preocupa la verdad, responderían a todo. Esa es la razón por la que las preguntas prematuras siempre reciben respuestas contradictorias.

Los principios precedentes no son el resultado de una teoría personal, sino la consecuencia forzosa de las condiciones en que se manifiestan los Espíritus. Es evidente que si un Espíritu dice una cosa en un lugar, mientras millones de Espíritus dicen lo contrario en otros, la presunción de verdad no puede hallarse de parte de aquel que es el único, o poco menos que el único, que sostiene esa opinión. Ahora bien, que alguien pretendiera tener razón contra todos sería tan ilógico de parte de un Espíritu como de parte de los hombres. Los Espíritus que en verdad son sabios, si no se consideran debidamente ilustrados sobre una cuestión, *jamás* la resuelven en forma terminante; declaran que sólo la tratan desde su punto de vista, y aconsejan que se aguarde la confirmación.

Por grande, bella y justa que sea una idea, resulta imposible que desde un principio congregue a la totalidad de las opiniones. Los conflictos que de ella derivan son la consecuencia

inevitable de la conmoción que se produce; son necesarios incluso para hacer que la verdad resalte mejor, y es conveniente que tengan lugar al comienzo, a fin de que las ideas falsas sean pronto dejadas de lado. Los espíritas que alimentan algún temor al respecto deben, pues, permanecer absolutamente tranquilos. Las pretensiones aisladas fracasarán, por la fuerza de las circunstancias, ante el importante y poderoso criterio del control universal.

*No será a la opinión de un hombre que se aliarán los demás*, sino a la voz unánime de los Espíritus. No será un hombre, *ni nosotros ni cualquier otro*, quien implantará la ortodoxia espírita. Tampoco será un Espíritu quien venga a imponerse a quienquiera que sea: será la universalidad de los Espíritus que se comunican en toda la Tierra por orden de Dios. Ese es el carácter esencial de la doctrina espírita; esa es su fuerza, su autoridad. Dios ha querido que su ley se apoyara en una base inconmovible, por eso no le dio como fundamento la frágil cabeza de uno solo.

Ante tan poderoso areópago, que no conoce bandos ni rivalidades celosas, ni sectas, ni naciones, caerán todas las oposiciones, todas las ambiciones, todas las pretensiones de supremacía individual, *pues nos destruiríamos a nosotros mismos si quisiéramos sustituir sus decretos soberanos por nuestras propias ideas*. Sólo él resolverá los litigios, acallará las disidencias y dará la razón a quien le corresponda. Ante ese imponente acuerdo de todas *las voces del Cielo*, ¿cuánto puede la opinión de un hombre o de un Espíritu? Menos que una gota de agua que se pierde en el océano, menos que la voz de un niño sofocada por la tempestad.

La opinión universal: ese es el juez supremo, que se pronuncia en última instancia. Esa opinión está constituida por

las opiniones individuales. Si alguna de ellas es verdadera, sólo tiene en la balanza un peso relativo. Si es falsa, no puede prevalecer sobre las demás. En ese inmenso conjunto las individualidades se extinguen, lo que representa un nuevo fracaso para el orgullo humano.

Ese conjunto armonioso ya se esboza. No pasará este siglo sin que brille en todo su esplendor, a fin de disipar las incertidumbres; porque desde ahora hasta entonces, voces poderosas habrán recibido la misión de hacerse oír, de modo de reunir a los hombres bajo el mismo estandarte, tan pronto como el campo esté suficientemente labrado. Mientras tanto, aquel que fluctúe entre dos sistemas opuestos podrá observar en qué sentido se ordena la opinión general: ese será el indicio cierto del sentido en que se pronuncia la mayoría de los Espíritus en los diferentes sitios en que se comunican, y una señal no menos segura de cuál de los dos sistemas prevalecerá.

## III. Noticias históricas

Para comprender adecuadamente ciertos pasajes de los Evangelios es necesario conocer el valor de diversas palabras que a menudo se emplean en ellos, y que caracterizan el estado de las costumbres y de la sociedad judía de aquella época. Como para nosotros esas palabras ya no tienen el mismo sentido, muchas veces han sido mal interpretadas, lo que ha generado una especie de incertidumbre. La comprensión de su significado explica, además, el sentido verdadero de ciertas máximas que a primera vista parecen ininteligibles.

SAMARITANOS. Después del cisma de las diez tribus, Samaria se convirtió en la capital del reino disidente de Israel. Destruida y vuelta a construir varias veces, la ciudad fue, bajo el dominio romano, la sede administrativa de la Samaria, una de las cuatro divisiones de la Palestina. Herodes, llamado el Grande, la embelleció con suntuosos monumentos y, para halagar a Augusto, le dio el nombre de *Augusta*, en griego: *Sebaste*.

Los samaritanos casi siempre estuvieron en guerra con los reyes de Judá. Una aversión profunda, que databa de la época de la separación, se perpetuó entre ambos pueblos, que evitaban todas las relaciones recíprocas. Los samaritanos, a fin de ahondar la separación y para no tener que ir a Jerusalén con motivo de la celebración de las fiestas religiosas, construyeron un templo particular y adoptaron algunas reformas. Solamente admitían el *Pentateuco*, que contenía la ley de Moisés, y rechazaban los libros que posteriormente se le anexaron. Sus libros sagrados estaban escritos en caracteres hebreos de la mayor antigüedad. Para los judíos ortodoxos, los samaritanos eran herejes y, por eso mismo, despreciados, anatematizados y perseguidos. El antagonismo de las dos naciones tenía, pues, como único motivo la divergencia de las opiniones religiosas, aunque sus creencias tuviesen el mismo origen. Eran los *protestantes* de aquel tiempo.

Aún hoy se encuentran samaritanos en algunas regiones del Levante mediterráneo, especialmente en Nablus y en Jaffa. Observan la ley de Moisés con mayor rigor que el resto de los judíos, y sólo contraen matrimonio entre ellos.

NAZARENOS. Nombre dado en la antigua ley a los judíos que hacían votos, de por vida o transitorios, de conservar una

absoluta pureza. Se comprometían a permanecer castos, a abstenerse de bebidas alcohólicas y a conservar su cabellera. Sansón, Samuel y Juan el Bautista eran nazarenos.

Posteriormente los judíos dieron ese nombre a los primeros cristianos, en alusión a Jesús de Nazaret.

Ese fue también el nombre de los miembros de una secta herética de los primeros siglos de la era cristiana, que, al igual que los ebionitas, de los que adoptaron ciertos principios, mezclaban las prácticas del mosaísmo con los dogmas cristianos. Esta secta desapareció en el siglo cuarto.

PUBLICANOS. En la antigua Roma, se llamaba así a los arrendatarios de las contribuciones públicas, encargados de la cobranza de los impuestos y las rentas de toda clase, ya fuera en la misma Roma, o en las demás partes del Imperio. Eran semejantes a los arrendatarios generales y a los rematadores de impuestos del antiguo régimen en Francia, y que aún existen en algunas comarcas. Por los riesgos que corrían se cerraban los ojos ante las riquezas que a menudo conseguían y que, para muchos, eran producto de exacciones y lucros escandalosos. El nombre de *publicano* se extendió más tarde a todos aquellos que administraban el dinero público y a los agentes subalternos. Hoy el término se emplea, en sentido peyorativo, para designar a los financistas y a los agentes de negocios poco escrupulosos. En algunas ocasiones se dice: "ávido como un publicano" o "rico como un publicano", en referencia a una fortuna mal habida.

De la dominación romana, el impuesto fue lo que los judíos aceptaron con mayor dificultad, y lo que les provocó mayor irritación. Debido a él se produjeron numerosos motines,

y se hizo de esto una cuestión religiosa, porque era considerado contrario a la ley. Se constituyó incluso un partido poderoso, cuyo jefe era un tal Judá, llamado el Gaulonita, que había establecido como principio no pagar el impuesto. Por lo tanto, los judíos sentían horror por el impuesto y, en consecuencia, por todos los que se encargaban de recaudarlo. De ahí su aversión a los publicanos de todas las categorías, entre los cuales podía haber personas muy estimables, pero que en razón de sus funciones eran menospreciadas, al igual que sus allegados, y se las incluía en el mismo rechazo. A los judíos distinguidos les resultaba comprometedor tener trato con ellos.

PEAJEROS. Eran los recaudadores de baja categoría, encargados principalmente del cobro de los derechos de entrada a las ciudades. Sus funciones correspondían, poco más o menos, a las de los empleados de aduana. Estaban incluidos en la repulsión dirigida a los publicanos en general. Por esa razón, en el Evangelio se encuentra con frecuencia el nombre de *publicano* asociado a la expresión *gente de mala vida*. Esta calificación no implicaba la de disolutos o vagos, sino que era un término despreciativo, sinónimo de *gente de mala compañía*, indigna de convivir con *personas distinguidas*.

FARISEOS. (Del hebreo *parasch*: división, separación.) La tradición constituía una parte importante de la teología judaica. Consistía en una compilación de las interpretaciones sucesivas del sentido de las Escrituras, que se convirtieron en artículos de dogma. Entre los doctores, era motivo de interminables discusiones, la mayoría de las veces sobre simples cuestiones de palabras o de forma, del tipo de las disputas teológicas y las sutilezas escolásticas de la Edad Media. De ahí

nacieron diferentes sectas, cada una de las cuales pretendía tener el monopolio de la verdad, mientras se detestaban cordialmente las unas a las otras, como sucede a menudo.

Entre esas sectas, la más influyente era la de los *fariseos*, que tuvo por jefe a *Hillel*, doctor judío que nació en Babilonia, fundador de una escuela célebre, en la que se enseñaba que la fe sólo se basaba en las Escrituras. Su origen se remonta a 180 o 200 años antes de Jesucristo. Los fariseos fueron perseguidos en diversas épocas, especialmente bajo el poder de Hircano –soberano pontífice y rey de los judíos–, de Aristóbulo y de Alejandro, rey de Siria. Sin embargo, como este último les restituyó sus honores y sus bienes, los fariseos recobraron su poder y lo conservaron hasta la *ruina de Jerusalén*, en el año 70 de la era cristiana, época en que desapareció su denominación a consecuencia de la dispersión de los judíos.

Los fariseos tomaban una parte activa en las controversias religiosas. Serviles observantes de las prácticas exteriores del culto y de las ceremonias, caracterizados por su dedicación ferviente al proselitismo, enemigos de los innovadores, aparentaban una gran severidad de principios. Con todo, bajo las apariencias de una devoción meticulosa, ocultaban costumbres disolutas, gran orgullo y, sobre todo, un excesivo anhelo de dominación. Para ellos, la religión era más un medio para alcanzar sus fines, que objeto de fe sincera. De la virtud sólo conservaban la ostentación y las exteriorizaciones, aunque de ese modo ejercían una gran influencia sobre el pueblo, ante cuya mirada pasaban por santos. Por esa causa eran muy poderosos en Jerusalén.

Creían o, por lo menos, fingían que creían en la Providencia, en la inmortalidad del alma, en la eternidad de las penas y en la resurrección de los muertos (Véase el Capítulo

IV, § 4). Jesús, que apreciaba por sobre todo la sencillez y las cualidades del corazón, que prefería en la ley *el espíritu que vivifica, a la letra que mata*, se dedicó durante su misión a desenmascarar su hipocresía y, por consiguiente, los transformó en enemigos encarnizados. Por eso ellos se aliaron a los príncipes de los sacerdotes a fin de amotinar al pueblo en contra de Jesús y eliminarlo.

ESCRIBAS. Nombre que al principio se daba a los secretarios de los reyes de Judá, y a ciertos intendentes de los ejércitos judíos. Posteriormente se aplicó en particular a los doctores que enseñaban la ley de Moisés y la interpretaban para el pueblo. Hacían causa común con los fariseos, de cuyos principios participaban, así como de su antipatía contra los innovadores. Por eso Jesús los incluía en la misma reprobación.

SINAGOGA. (Del griego *synagogé*: asamblea, congregación.). En Judea sólo había un templo: el de Salomón, en Jerusalén, donde se celebraban las grandes ceremonias del culto. Los judíos se dirigían hacia allí todos los años, en peregrinación, con motivo de las principales fiestas, tales como las de la Pascua, la Dedicación y los Tabernáculos. En ocasión de dichas fiestas Jesús viajó algunas veces hacia allá. Las otras ciudades no tenían templos, sino sinagogas, edificios donde los judíos se reunían los días sábado para hacer oraciones públicas, bajo la dirección de los ancianos, de los escribas o los doctores de la ley. En ellas también se hacían lecturas extraídas de los libros sagrados, seguidas de explicaciones y comentarios, en los que todos podían tomar parte. Por eso Jesús, sin ser sacerdote, enseñaba los sábados en las sinagogas.

A partir de la ruina de Jerusalén y de la dispersión de los judíos, las sinagogas, en las ciudades donde vivían, les servían de templos para la celebración del culto.

SADUCEOS. Secta judía que se constituyó alrededor del año 248 antes de Jesucristo, denominada así a causa de *Sadoc*, su fundador. Los saduceos no creían en la inmortalidad del alma, ni en la resurrección, ni en los ángeles buenos y los ángeles malos. No obstante, creían en Dios, pero como no esperaban nada después de la muerte, sólo lo servían con la expectativa de obtener recompensas transitorias, a lo que, según ellos, se limitaba la providencia divina. Por ese motivo, la satisfacción de los sentidos constituía para ellos el objetivo esencial de la vida. En lo que respecta a las Escrituras, se atenían al texto de la antigua ley, y no admitían ni la tradición ni ninguna de las interpretaciones. Colocaban las buenas obras y la observancia pura y simple de la ley por encima de las prácticas exteriores del culto. Como se ve, eran los materialistas, los deístas y los sensualistas de la época. Esa secta era poco numerosa, pero contaba en su seno con personajes importantes, y se transformó en un partido político permanentemente opuesto a los fariseos.

ESENIOS o ESENOS. Secta judía fundada hacia el año 150 antes de Jesucristo, en tiempos de los macabeos, y cuyos miembros, que habitaban en una especie de monasterios, formaban entre sí un tipo de asociación moral y religiosa. Se distinguían por las costumbres moderadas y las virtudes austeras; enseñaban el amor a Dios y al prójimo, así como la inmortalidad del alma, y creían en la resurrección. Vivían en celibato, condenaban la esclavitud y la guerra, ponían sus bienes en comunidad

y se dedicaban a la agricultura. Opuestos a los saduceos sensuales, que negaban la inmortalidad, así como a los fariseos de rígidas prácticas exteriores y de virtudes sólo aparentes, los esenios nunca tomaron parte en las querellas que habían dividido a esas dos sectas. Su género de vida era semejante al de los primitivos cristianos, y los principios morales que profesaban indujeron a algunas personas a suponer que Jesús había sido parte de esa secta, antes del comienzo de su misión pública. Es cierto que el Maestro debe de haberla conocido, pero nada prueba que se hubiese afiliado a ella, de modo que todo lo que se ha escrito a ese respecto es hipotético.[2]

TERAPEUTAS. (Del griego *therapeutai*, derivado de *therapeuein*, servir y cuidar, es decir: servidores de Dios, o curadores.) Eran sectarios judíos contemporáneos de Cristo, establecidos principalmente en Alejandría, Egipto. Tenían estrecha relación con los esenios, cuyos principios profesaban, y se entregaban como estos últimos a la práctica de las virtudes. Su alimentación era en extremo frugal. Devotos del celibato, la contemplación y la vida solitaria, constituían una verdadera orden religiosa. Filón de Alejandría, filósofo judío platónico, fue el primero que habló de los terapeutas: los consideró una secta del judaísmo. Eusebio, san Jerónimo y otros Padres de la Iglesia, piensan que eran cristianos. Ya fuesen judíos o cristianos, es evidente que, del mismo modo que los esenios, representan el vínculo entre el judaísmo y el cristianismo.

2. El libro *La muerte de Jesús*, supuestamente escrito por un hermano esenio, es una obra completamente apócrifa, escrita para servir a una determinada opinión, y lleva en sí misma la prueba de su origen moderno. (N. de Allan Kardec.)

## IV. Sócrates y Platón: precursores de la idea cristiana y del espiritismo

Del hecho de que Jesús haya conocido la secta de los esenios sería erróneo sacar la conclusión de que él extrajo su doctrina de dicha secta, y que si hubiera vivido en otro ámbito habría profesado otros principios. Las grandes ideas jamás irrumpen súbitamente. Las que se basan en la verdad tienen siempre precursores que preparan parcialmente el camino. Después, cuando llega el momento, Dios envía a un hombre con la misión de resumir, coordinar y completar los elementos esparcidos, y formar con ellos un cuerpo de doctrina. De ese modo, como la idea no surge bruscamente, cuando hace su aparición encuentra espíritus dispuestos a aceptarla. Así ha sucedido con la idea cristiana, presentida muchos siglos antes de Jesús y los esenios, y cuyos principales precursores fueron Sócrates y Platón.

Sócrates, al igual que Cristo, no escribió o al menos no ha dejado ningún escrito; al igual que él, murió como los criminales, víctima del fanatismo, por haber atacado las creencias aceptadas y por haber colocado la virtud real por encima de la hipocresía y del simulacro de las formas; en una palabra, porque combatió los prejuicios religiosos. Así como Jesús fue acusado por los fariseos de corromper al pueblo con sus enseñanzas, también Sócrates fue acusado por los fariseos de su tiempo, pues los ha habido en todas las épocas, de corromper a la juventud, al proclamar el dogma de la unicidad de Dios, de la inmortalidad del alma, y de la vida futura. Del mismo modo que sólo conocemos la doctrina de Jesús por los escritos de sus discípulos, sólo conocemos la de Sócrates por los escritos de su discípulo Platón. Creemos de utilidad resumir

aquí sus conceptos más importantes, para demostrar su concordancia con los principios del cristianismo.

A los que consideren este paralelo como una profanación, y pretendan que no puede haber paridad entre la doctrina de un pagano y la de Cristo, les responderemos que la doctrina de Sócrates no era pagana, puesto que su objetivo era combatir el paganismo; que la doctrina de Jesús, más completa y más depurada que la de Sócrates, no pierde nada en la comparación; que la trascendencia de la misión divina de Cristo no puede verse disminuida por ello, y que por otra parte se trata de un hecho histórico que no puede ignorarse. El hombre ha llegado al punto en que la luz sale por sí misma de debajo del celemín, y él está maduro para mirarla de frente. Tanto peor para los que no se atrevan a abrir los ojos. Ha llegado el tiempo de mirar las cosas en forma amplia y elevada, ya no desde el punto de vista mezquino y limitado de los intereses de sectas y de castas.

Por otra parte, estas citas probarán que, así como Sócrates y Platón presintieron la idea cristiana, también se encuentran en su doctrina los principios fundamentales del espiritismo.

### *Resumen de la doctrina de Sócrates y Platón*

I - *El hombre es* un alma encarnada*. Antes de su encarnación, el alma existía unida a los arquetipos primordiales, a las ideas de lo verdadero, del bien y de lo bello. De ellas se separa al encarnar y,* recordando su pasado*, está más o menos atormentada por el deseo de volver a él.*

No se puede enunciar más claramente la distinción y la independencia del principio inteligente y del principio material. Además, se trata de la doctrina de la preexistencia del alma, de la vaga intuición que ella conserva de otro mundo al cual aspira, de su supervivencia al cuerpo, de su salida del mundo espiritual para encarnar, y de su regreso a ese mundo después de la muerte. Es, por último, el germen de la doctrina de los ángeles caídos.

II - *El alma se extravía y se turba cuando se sirve del cuerpo para considerar algún objeto. Siente vértigo, como si estuviera ebria, porque se apega a cosas que por su naturaleza están sujetas al cambio. Por el contrario, cuando contempla su propia esencia, se dirige hacia lo que es puro, eterno e inmortal, y como es de la misma naturaleza, permanece allí tanto tiempo como puede. Entonces sus extravíos cesan, porque está unida a lo que es inmutable. Ese estado del alma es lo que se llama* sabiduría.

Así, el hombre que considera las cosas de la Tierra con poca elevación, desde el punto de vista material, vive de ilusiones. Para apreciarlas con exactitud, es preciso verlas desde lo alto, es decir, desde el punto de vista espiritual. La verdadera sabiduría debe, pues, aislar hasta cierto punto el alma del cuerpo, para ver con los ojos del Espíritu. Esto es lo que enseña el espiritismo. (Véase el Capítulo II, § 5.)

III - *Mientras tengamos nuestro cuerpo y el alma se encuentre sumergida en esa corrupción, nunca poseeremos el objeto de nuestros deseos: la verdad. En efecto, el cuerpo nos suscita mil obstáculos, por la necesidad que tenemos de cuidarlo. Además,*

*nos llena de deseos, de apetitos, de temores, de mil quimeras y de mil tonterías, de manera que con él es imposible que seamos sabios, ni por un instante. Con todo, si no nos es posible conocer nada con pureza mientras el alma está unida al cuerpo, entonces ha de suceder una de estas dos cosas: o jamás conoceremos la verdad, o sólo la conoceremos después de la muerte. Es de esperar que, una vez desembarazados de la locura del cuerpo, conversaremos con hombres igualmente libres, y conoceremos por nosotros mismos la esencia de las cosas. Por eso los verdaderos filósofos se preparan para morir, y la muerte no les parece espantosa en absoluto*. (Véase *El Cielo y el Infierno*, Primera parte, Cap. II, y Segunda parte, Cap. I.)

Ahí radica el principio de las facultades del alma, obnubiladas por la intermediación de los órganos corporales, así como el de la expansión de esas facultades después de la muerte. No obstante, aquí se trata solamente de las almas selectas, ya purificadas, pues no sucede lo mismo con las almas impuras.

IV - *El alma impura, en ese estado, se encuentra entorpecida, y se ve arrastrada de nuevo hacia el mundo visible por el horror que tiene a lo invisible e inmaterial. Dicen entonces que se mantiene errante alrededor de los monumentos y de los sepulcros, cerca de los cuales se han visto a veces tenebrosos fantasmas, tal como deben de ser las imágenes de las almas que han dejado el cuerpo sin estar completamente purificadas, y que conservan algo de la forma material, lo que hace que puedan ser percibidas por la vista humana. Esas no son las almas de los buenos, sino las de los malos, que están obligadas a vagar en esos parajes, adonde llevan consigo la pena de su primera vida, y en donde permanecen errantes hasta que los*

*apetitos inherentes a la forma material con que estuvieron revestidas vuelvan a conducirlas a un cuerpo. Entonces vuelven, sin duda, a adoptar las mismas costumbres que eran objeto de sus predilecciones durante su primera vida.*

No solamente está expresado aquí con claridad el principio de la reencarnación, sino que está descrito, del mismo modo que lo muestra el espiritismo en las evocaciones, el estado de las almas que aún están bajo el imperio de la materia. Hay más, pues se afirma que la reencarnación en un cuerpo material es una consecuencia de la impureza del alma, mientras que las almas purificadas están dispensadas de hacerlo. El espiritismo no dice otra cosa; añade solamente que el alma que ha tomado buenas resoluciones en la erraticidad, y que posee conocimientos adquiridos, trae al renacer menos defectos, más virtudes y más ideas intuitivas que las que tenía en su precedente existencia. De ese modo, cada existencia determina para ella un progreso intelectual y moral. (Véase *El Cielo y el Infierno*, Segunda parte, "Ejemplos".)

V - *Después de nuestra muerte, el genio (*dáimon*, demonio) que se nos había asignado durante la vida, nos lleva a un paraje en el que se reúnen todos aquellos que deben ser conducidos al* Hades*, para ser juzgados. Las almas, después de haber permanecido en el Hades el tiempo necesario, vuelven a ser conducidas a esta vida* en múltiples y prolongados períodos.

Esta es la doctrina de los Ángeles de la guarda o Espíritus protectores, y de las reencarnaciones sucesivas después de intervalos más o menos prolongados de erraticidad.

VI - *Los demonios ocupan el espacio que separa el Cielo de la Tierra. Son el lazo que une al Gran Todo consigo mismo. Dado que la Divinidad nunca entra en comunicación directa con el hombre, los dioses se comunican y hablan con él por intermedio de los demonios, sea en el estado de vigilia o durante el sueño.*

En la Antigüedad, al contrario de lo que sucede en los tiempos modernos, la palabra *dáimon*, de la que se ha formado el término *demonio*, no se tomaba en mal sentido. No se aplicaba exclusivamente a los seres malévolos, sino a todos los Espíritus en general, entre los cuales se distinguía a los Espíritus superiores, denominados *dioses*, y a los Espíritus menos elevados, o demonios propiamente dichos, que se comunicaban directamente con los hombres. El espiritismo afirma también que los Espíritus pueblan el espacio; que Dios sólo se comunica con los hombres por intermedio de los Espíritus puros, encargados de transmitir su voluntad; que los Espíritus se comunican con ellos durante la vigilia y durante el sueño. Sustituid la palabra *demonio* por la palabra *Espíritu*, y tendréis la doctrina espírita; poned la palabra *ángel*, y tendréis la doctrina cristiana.

VII - *La preocupación constante del filósofo (tal como la comprendían Sócrates y Platón) consiste en tener sumo cuidado con el alma, no tanto en lo que respecta a esta vida, que sólo dura un instante, sino con miras a la eternidad. Si el alma es inmortal, ¿no será prudente vivir con el fin de alcanzar la eternidad?*

El cristianismo y el espiritismo enseñan esto mismo.

VIII - *Si el alma es inmaterial, debe pasar después de esta vida a un mundo igualmente invisible e inmaterial, del mismo modo que el cuerpo, cuando se descompone, vuelve a la materia. Sólo que conviene distinguir bien el alma pura, verdaderamente inmaterial, que se alimenta como Dios de la ciencia y de las ideas, del alma* más o menos *manchada de impurezas materiales, que le impiden elevarse hacia lo divino y la retienen en los lugares de su morada terrestre.*

Sócrates y Platón, como se ve, comprendían perfectamente los diferentes grados de desmaterialización del alma. Insisten en la diferencia de situación que resulta para ellas de su *mayor o menor* pureza. Lo que ellos decían por intuición, el espiritismo lo prueba con numerosos ejemplos que pone al alcance de nuestra vista. (Véase *El Cielo y el Infierno*, Segunda parte.)

IX - *Si la muerte fuera la completa disolución del hombre, sería muy ventajosa para los malos, pues después de la muerte se verían libres, al mismo tiempo, de su cuerpo, de su alma y de sus vicios. Sólo aquel que atavió su alma, no con elementos extraños, sino con los que son inherentes a ella, podrá esperar tranquilamente la hora de su partida al otro mundo.*

En otros términos, esto significa que el materialismo, que proclama la nada para después de la muerte, constituye la anulación de toda responsabilidad moral ulterior y, por consiguiente, representa un estímulo para el mal. Significa también que con la nada el malo tiene todo para ganar, y que sólo el hombre que se ha despojado de sus vicios y se ha enriquecido con virtudes puede esperar tranquilamente el despertar en la otra vida. El espiritismo nos enseña, con los ejemplos que

pone todos los días ante nosotros, cuán penoso es para el malo el tránsito de una vida a la otra, así como el ingreso en la vida futura. (Véase *El Cielo y el Infierno*, Segunda parte, cap. I.)

X - *El cuerpo conserva los vestigios bien pronunciados de los cuidados que se le han dispensado y de los accidentes que experimentó. Lo mismo sucede respecto al alma. Cuando esta se despoja del cuerpo, lleva consigo las señales evidentes de su carácter, de sus afecciones, y las marcas que cada uno de los actos de su vida le dejaron. De ese modo, la mayor desgracia que puede sucederle al hombre es irse al otro mundo con el alma cargada de crímenes. Ya ves, Calicles, que ni tú, ni Polo, ni Gorgias, podéis probar que deba llevarse un modo de vida distinto al que propongo, que también nos resulta útil después de la muerte. De tantas opiniones diversas, la única que permanece inquebrantable es la de que* vale más sufrir una injusticia que cometerla*, y que por encima de todo debe uno dedicarse, no a parecer un hombre de bien, sino a serlo.* (Conversaciones de Sócrates con sus discípulos, en la prisión.)[3]

Aquí encontramos otro punto capital, confirmado hoy por la experiencia: que el alma no purificada conserva las ideas, las tendencias, el carácter y las pasiones que tenía en la Tierra. La máxima: *Más vale sufrir una injusticia que cometerla*, ¿no es acaso completamente cristiana? Es el mismo pensamiento que Jesús expresa con esta imagen: "Si alguien te hiere en una mejilla, ofrécele también la otra". (Véase el Capítulo XII, §§ 7 y 8.)

XI - *Una de dos cosas: la muerte consiste en la destrucción absoluta o es el tránsito del alma a otro lugar. Si debe aniqui-*

3. Véase Platón, *Gorgias* 522e; 524b a 527b. (N. del T.)

*larse todo, la muerte será como una de esas noches raras que pasamos sin soñar y sin ninguna conciencia de nosotros mismos. En cambio, si la muerte sólo es un cambio de morada, si es el tránsito hacia un lugar donde los muertos deben reunirse, ¡qué felicidad sería encontrar allí a los que hemos conocido! Mi mayor placer sería examinar de cerca a los habitantes de esa morada para distinguir, al igual que aquí, a los que son sabios de aquellos que creen serlo y no lo son. Pero ya es hora de separarnos, yo para morir, vosotros para seguir viviendo.* (Sócrates a sus jueces.)[4]

Según Sócrates, los hombres que han vivido en la Tierra se vuelven a encontrar después de la muerte y se reconocen. El espiritismo nos demuestra que continúan las relaciones que hubo entre ellos, de manera que la muerte no es una interrupción ni la cesación de la vida, sino una transformación sin solución de continuidad.

Si Sócrates y Platón hubieran conocido las enseñanzas que Cristo impartió quinientos años después, así como las que imparten actualmente los Espíritus, no habrían hablado de otro modo. En esto no hay nada que deba sorprendernos, si consideramos que las grandes verdades son eternas; que los Espíritus adelantados deben de haberlas conocido antes de venir a la Tierra, hacia donde las trajeron; que es posible que Sócrates, Platón y los grandes filósofos de su tiempo hayan estado, más tarde, entre los que secundaron a Cristo en su divina misión, y que fueron elegidos para ese fin precisamente porque estaban, más que otros, en condiciones de comprender sus sublimes enseñanzas; por último, que hoy pueden for-

4. Véase Platón, *Apología de Sócrates* 40c a 42. (N. del T.)

mar parte de la pléyade de los Espíritus encargados de venir a enseñar a los hombres esas mismas verdades.

XII - Nunca se debe devolver injusticia con injusticia, ni hacer mal a nadie, sea cual fuere el daño que nos haya hecho. *No obstante, pocas personas admitirán este principio, y las que no concuerdan con él, no hacen más que despreciarse unas a otras.*

¿Acaso no es este el principio de la caridad, que nos enseña a no devolver mal por mal y a perdonar a nuestros enemigos?

XIII - Por los frutos se conoce el árbol. *Es preciso calificar cada acción según lo que produce; es decir, llamarla mala, cuando de ella provenga el mal, y buena, cuando dé origen al bien.*

Esta máxima: "Por los frutos se conoce el árbol", se halla repetida textualmente en muchos pasajes del Evangelio.

XIV - *La riqueza es un gran peligro. Todo hombre que ama la riqueza no se ama a sí mismo ni a lo que es suyo, sino que ama algo que le es aún más extraño que aquello que le pertenece.* (Véase el Capítulo XVI.)

XV - *Las más hermosas plegarias y los más bellos sacrificios agradan menos a la Divinidad que un alma virtuosa que se esfuerza en hacerse semejante a ella. Sería grave si los dioses dispensaran más atención a esas ofrendas que a nuestras almas. Por ese medio, los más culpables podrían conquistar sus favores. Pero no; sólo son verdaderamente justos y sabios los que,*

*tanto por sus palabras como por sus actos, cumplen con sus deberes para con los dioses y los hombres*. (Véase el Capítulo X, §§ 7 y 8.)

XVI - *Llamo hombre vicioso a ese amante vulgar que ama al cuerpo más que al alma. El amor está por doquier en la naturaleza, que nos invita a ejercer nuestra inteligencia. Se encuentra hasta en el movimiento de los astros. El amor embellece la naturaleza con sus ricos tapices; se engalana y fija su morada allí donde encuentra flores y fragancias. Es también el amor el que da paz a los hombres, calma al mar, silencio a los vientos y alivio al dolor.*

El amor, que debe de unir a los hombres con un lazo fraternal, es una consecuencia de esa teoría de Platón acerca del amor universal como ley de la naturaleza. Cuando Sócrates afirmó que "el amor no es un dios, ni un mortal, sino un gran demonio", es decir, un gran Espíritu que preside al amor universal, esa proposición se le imputó sobre todo como un crimen.

XVII - *La virtud no puede enseñarse; viene como un don de Dios a los que la poseen.*

Esta es, con pocas diferencias, la doctrina cristiana de la gracia. No obstante, si la virtud es un don de Dios, entonces es un favor. Por consiguiente, podemos preguntar por qué no la concede a todos. Por otra parte, si es un don, no existe mérito alguno en quien la recibe. El espiritismo es más explícito, pues dice que el que posee la virtud, la ha adquirido por sus esfuerzos en existencias sucesivas, despojándose poco a poco de sus im-

perfecciones. La gracia es la fuerza que Dios concede al hombre de buena voluntad para despojarse del mal y hacer el bien.

XVIII - *Hay una disposición natural en cada uno de nosotros: percibimos mucho menos nuestros defectos que los ajenos.*

El Evangelio dice: "Veis la paja en el ojo de vuestro vecino, y no veis la viga en el vuestro". (Véase el Capítulo X, §§ 9 y 10.)

XIX - *Si los médicos fracasan en la mayor parte de las enfermedades,* es porque cuidan el cuerpo sin cuidar el alma, *y porque, dado que el todo no está en buen estado, es imposible que una parte funcione bien.*

El espiritismo ofrece la clave de las relaciones que existen entre el alma y el cuerpo, y demuestra que entre ambos hay una reacción continua. De este modo, abre un camino nuevo a la ciencia. Al mostrarle la verdadera causa de ciertas afecciones, le proporciona los medios para combatirlas. Cuando la ciencia tome en cuenta la acción del elemento espiritual en el organismo, fracasará con menos frecuencia.

XX - *Todos los hombres, a partir de la infancia, hacen mucho más mal que bien.*

Esta máxima de Sócrates toca la grave cuestión del predominio del mal en la Tierra, cuestión irresoluble sin el conocimiento de la pluralidad de los mundos y del destino de la Tierra, en la que solamente habita una fracción muy pequeña de la humanidad. Sólo el espiritismo brinda la solución, que se desarrolla más adelante, en los capítulos II, III y V.

XXI - *La sabiduría consiste en que no creas saber lo que no sabes.*

Esto se dirige a las personas que critican aquello de lo que a menudo no saben ni una palabra. Platón completa ese pensamiento de Sócrates cuando dice: "Procuremos antes, si es posible, hacerlas más honestas en sus palabras. Si no lo fueran, *no nos preocupemos por ellas,* y sólo busquemos la verdad. Procuremos instruirnos, pero *no nos injuriemos*". Así deben obrar los espíritas en relación con sus opositores, sean estos de buena o de mala fe. Si Platón reviviera hoy, encontraría las cosas más o menos como en su tiempo, y podría usar el mismo lenguaje. Sócrates también encontraría personas que se burlarían de su creencia en los Espíritus y lo tratarían de loco, así como a su discípulo Platón.

Por haber profesado estos principios, Sócrates primero fue ridiculizado; después, acusado de impiedad y condenado a beber cicuta. No cabe duda de que las grandes verdades nuevas, al sublevar en contra de ellas los intereses y los prejuicios a los que atacan, no pueden establecerse sin lucha y sin crear mártires.

# EL EVANGELIO
## SEGÚN EL ESPIRITISMO

---

### Capítulo I

## No he venido a derogar la ley

Las tres revelaciones: Moisés; Cristo; el espiritismo.
Alianza de la ciencia con la religión.
*Instrucciones de los Espíritus*: La era nueva.

1. *No penséis que he venido a derogar la ley o los profetas: no he venido a derogarlos, sino a darles cumplimiento. Porque en verdad os digo que el cielo y la tierra no pasarán sin que todo lo que está en la ley se haya cumplido perfectamente, y mientras quede una sola jota y un solo punto.* (*San Mateo*, 5: 17 y 18.)

### Moisés

2. La ley mosaica se compone de dos partes distintas: la ley de Dios, promulgada en el monte Sinaí; y la ley civil o disciplinaria, establecida por Moisés. Una es invariable; la otra, apropiada a las costumbres y al carácter del pueblo, se modifica con el tiempo.

La ley de Dios está formulada en estos diez mandamientos:

I. Yo soy el Señor, tu Dios, que te saqué de Egipto, de la casa de servidumbre.- No tendrás dioses ajenos delante de mí.- No harás escultura ni imagen alguna de lo que hay arriba en el cielo, ni de lo que hay abajo en la tierra, ni de lo que hay en las aguas debajo de la tierra. No las adorarás ni les darás culto.

II. No tomarás en vano el nombre del Señor, tu Dios.

III. Acuérdate de santificar el día de descanso.

IV. Honra a tu padre y a tu madre, para que vivas mucho tiempo en la tierra que el Señor tu Dios te dará.

V. No matarás.

VI. No cometerás adulterio.

VII. No hurtarás.

VIII. No levantarás falso testimonio contra tu prójimo.

IX. No desearás la mujer de tu prójimo.

X. No codiciarás la casa de tu prójimo, ni su siervo, ni su sierva, ni su buey, ni su asno, ni cosa alguna de las que son de él.

Esta ley es de todos los tiempos y de todas las naciones, y por eso mismo tiene carácter divino. Las demás leyes han sido establecidas por Moisés, obligado a contener, a través del miedo, a un pueblo naturalmente turbulento e indisciplinado, en el cual tenía que combatir abusos arraigados y prejuicios adquiridos en la servidumbre de Egipto. Para revestir de autoridad sus leyes, debió atribuirles un origen divino, como lo hicieron todos los legisladores de los pueblos primitivos. La autoridad del hombre debía apoyarse en la autoridad de Dios. No obstante, sólo la idea de un Dios terrible podía impresionar a hombres ignorantes, en quienes el sentido moral y el sentimiento de una justicia recta estaban aún poco desa-

rrollados. Es evidente que el que había establecido entre sus mandamientos: "No matarás; no harás daño a tu prójimo", no podía contradecirse haciendo del exterminio un deber. Las leyes mosaicas propiamente dichas tenían, pues, un carácter esencialmente transitorio.

## Cristo

3. Jesús no vino a derogar la ley, es decir, la ley de Dios. Vino a darle cumplimiento, esto es, a desarrollarla, a darle su verdadero sentido y adecuarla al grado de adelanto de los hombres. Por eso se encuentra en esa ley el principio de los deberes para con Dios y para con el prójimo, que es la base de su doctrina. En cuanto a las leyes de Moisés propiamente dichas, por el contrario, Jesús las modificó profundamente, tanto en el fondo como en la forma. Combatió constantemente el abuso de las prácticas exteriores y las falsas interpretaciones, de modo que no podía hacer que esas leyes sufrieran una reforma más radical que mediante su reducción a estas palabras: "Amar a Dios por sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismo"[5], añadiendo: *Esta es toda la ley y los profetas*.

Con estas palabras: "El cielo y la tierra no pasarán sin que todo se haya cumplido, y mientras quede una sola jota…", Jesús quiso decir que era preciso que la ley de Dios recibiera cumplimiento, es decir, que fuese practicada en la Tierra en toda su pureza, con todo su desarrollo y todas sus consecuencias. Porque, ¿de qué serviría haber establecido esa ley, si debía quedar como privilegio de algunos hombres o, a lo sumo, de un solo pueblo? Dado que todos los hombres son hijos de

5. Véase *Deuteronomio* 6:5 y *Levítico* 19:18. (N. del T.)

Dios, sin distinciones, todos ellos son objeto de la misma solicitud.

4. Pero el rol de Jesús no fue simplemente el de un legislador moralista, sin más autoridad que su palabra. Él vino a cumplir las profecías que anunciaron su llegada. Su autoridad provenía de la naturaleza excepcional de su Espíritu y de su misión divina. Vino a enseñar a los hombres que la verdadera vida no está en la Tierra, sino en el reino de los Cielos; vino a enseñarles el camino que conduce a ese reino, los medios para reconciliarse con Dios, y la manera de presentir esos medios en la marcha de las cosas futuras, para el cumplimiento de los destinos humanos. Sin embargo, no lo dijo todo, y sobre muchos puntos se limitó a presentar el germen de verdades que, según él mismo declaró, aún no podían ser comprendidas. Habló acerca de todo, pero en términos relativamente explícitos. Para captar el sentido oculto de determinadas palabras de Jesús, era preciso que ideas nuevas y nuevos conocimientos vinieran a aportar la clave, y esas ideas no podían venir antes de que el espíritu humano alcanzara cierto grado de madurez. La ciencia debía contribuir poderosamente al nacimiento y al desarrollo de esas ideas. Así pues, había que dar a la ciencia el tiempo necesario para que progresara.

## El espiritismo

5. El *espiritismo* es la ciencia nueva que viene a revelar a los hombres, con pruebas irrecusables, la existencia y la naturaleza del mundo espiritual, así como sus relaciones con el mundo corporal. Nos muestra ese mundo, no ya como algo sobre-

natural, sino, por el contrario, como una de las fuerzas vivas y que incesantemente obran en la naturaleza, como el origen de una multitud de fenómenos incomprensibles hasta ahora y relegados, por esa razón, al dominio de lo fantástico y lo maravilloso. A esas relaciones Cristo hace alusión en diferentes circunstancias, y por eso muchas de las cosas que dijo son todavía ininteligibles o han sido falsamente interpretadas. El espiritismo es la clave con cuya ayuda todo se explica fácilmente.

6. La ley del Antiguo Testamento está personificada en Moisés; la del Nuevo Testamento está personificada en Cristo. El espiritismo es la tercera revelación de la ley de Dios, pero no está personificado en ningún individuo, porque es producto de la enseñanza impartida, no por un hombre, sino por los Espíritus, que son las *voces del Cielo*, en todos los lugares de la Tierra y a través de una multitud innumerable de intermediarios. El espiritismo es, en cierto modo, un ser colectivo que comprende el conjunto de los seres del mundo espiritual, cada uno de los cuales trae a los hombres el tributo de sus luces para hacerles conocer ese mundo y la suerte que en él les espera.

7. Así como Cristo dijo: "No vengo a derogar la ley, sino a cumplirla", el espiritismo dice también: "No vengo a derogar la ley cristiana, sino a cumplirla". No enseña nada contrario a lo que Cristo enseñó, pero desarrolla, completa y explica, en términos claros para todo el mundo, lo que sólo se dijo con una forma alegórica. El espiritismo viene a cumplir, en los tiempos predichos, lo que Cristo anunció, y a preparar el cumplimiento de las cosas futuras. Por consiguiente, es la obra de Cristo, que él mismo preside, así como preside lo que también anunció: la regeneración que se opera y que prepara el reino de Dios en la Tierra.

## Alianza de la ciencia con la religión

8. La ciencia y la religión son las dos palancas de la inteligencia humana. Una revela las leyes del mundo material; la otra, las leyes del mundo moral. Con todo, dado que *ambas tienen el mismo principio, que es Dios*, no pueden contradecirse. Si una fuera la negación de la otra, entonces necesariamente una estaría equivocada y la otra tendría razón, porque no es posible que Dios quiera destruir su propia obra. La incompatibilidad que se ha creído ver entre esos dos órdenes de ideas se debe a una falta de observación y al sobrado exclusivismo de una y otra parte. De ahí el conflicto del que han nacido la incredulidad y la intolerancia.

Han llegado los tiempos en que las enseñanzas de Cristo deben recibir su complemento; en que el velo arrojado a propósito sobre algunas partes de esa enseñanza debe ser levantado. Han llegado los tiempos en que la ciencia deje de ser exclusivamente materialista y tome en cuenta el elemento espiritual; en que la religión deje de ignorar las leyes orgánicas e inmutables de la materia, y en que ambas fuerzas, apoyadas la una en la otra y avanzando en armonía, se presten mutuo apoyo. Entonces, como la religión ya no será desmentida por la ciencia, adquirirá un poder inquebrantable, porque estará de acuerdo con la razón, y porque ya no se le opondrá la irresistible lógica de los hechos.

La ciencia y la religión no han podido ponerse de acuerdo hasta hoy porque, como cada una miraba las cosas desde su exclusivo punto de vista, se rechazaban mutuamente. Faltaba algo que llenara el vacío que las separaba, un lazo de unión que las aproximara. Ese lazo de unión está en el conocimiento de las leyes que rigen el mundo espiritual y las relaciones de

este con el mundo corporal, leyes tan inmutables como las que regulan el movimiento de los astros y la existencia de los seres. Una vez que esas relaciones fueron constatadas mediante la experiencia, se hizo una nueva luz: la fe se dirigió a la razón, la razón no encontró nada ilógico en la fe, y el materialismo fue derrotado. No obstante, en esto, como en todo, hay personas que quedan rezagadas, hasta que las arrastra el movimiento general, que las aplastaría si quisieran resistirse en vez de acompañarlo. En este momento se produce una verdadera revolución moral, que incide sobre los espíritus. Después de haberse preparado durante más de dieciocho siglos, alcanza su plena realización, y señalará una nueva era para la humanidad. Las consecuencias de esa revolución son fáciles de prever: habrá de introducir inevitables modificaciones en las relaciones sociales. Nadie tendrá fuerzas para oponerse a ellas, porque forman parte de los designios divinos y son la consecuencia de la ley del progreso, que es una ley de Dios.

## INSTRUCCIONES DE LOS ESPÍRITUS

### La era nueva

9. Dios es único, y Moisés es el Espíritu que Dios envió en misión para darlo a conocer, no sólo a los hebreos, sino también a los pueblos paganos. El pueblo hebreo fue el instrumento del que Dios se valió para hacer su revelación a través de Moisés y los profetas, y las vicisitudes de ese pueblo tenían el propósito de impresionar la vista de los hombres y rasgar el velo que les ocultaba a la Divinidad.

Los mandamientos que Dios comunicó por intermedio de Moisés contienen el germen de la más amplia moral cristiana. Sin embargo, los comentarios de la Biblia restringían su sentido, porque si esa moral se hubiese transmitido en toda su pureza, no habría sido comprendida. Con todo, los diez mandamientos de Dios no dejaron por ello de ser su brillante frontispicio, como un faro destinado a iluminar el camino que la humanidad debía recorrer.

La moral que Moisés enseñó era apropiada al estado de adelanto en que se encontraban los pueblos que esa moral estaba llamada a regenerar; y esos pueblos, casi salvajes en cuanto al perfeccionamiento de su alma, no hubiesen comprendido que se pudiera adorar a Dios de otra manera que por medio de holocaustos, ni que se debiera perdonar a un enemigo. La inteligencia de esos pueblos, notable respecto a las cosas materiales y aun respecto a las artes y las ciencias, estaba muy atrasada en moralidad, y no se hubiese sometido al dominio de una religión absolutamente espiritual. Necesitaban una representación semimaterial, tal como la que ofrecía entonces la religión hebraica. Así, los holocaustos hablaban a sus sentidos, mientras que la idea de Dios hablaba a su espíritu.

Cristo fue el iniciador de la más pura moral, la más sublime: la moral evangélica cristiana que habrá de renovar al mundo, que reunirá a los hombres y los hermanará; que hará brotar de los corazones humanos la caridad y el amor al prójimo, y establecerá entre los hombres una solidaridad común; una moral que habrá de transformar la Tierra y que la convertirá en una morada de Espíritus superiores a los que hoy habitan en ella. Así se cumplirá la ley del progreso, a la que está sometida la naturaleza, y el *espiritismo* es la palanca de que Dios se sirve para hacer que la humanidad avance.

Han llegado los tiempos en que las ideas morales habrán de desarrollarse para que se realicen los progresos que forman parte de los designios de Dios. Deben seguir el mismo camino que han recorrido las ideas de libertad, sus precursoras. Con todo, no creáis que ese desarrollo se realizará sin luchas. No, esas ideas necesitan, para llegar a la madurez, conmociones y disputas, a fin de que llamen la atención de las masas. Cuando eso se logre, la belleza y la santidad de la moral impresionarán a los espíritus, y ellos se dedicarán a una ciencia que les da la clave de la vida futura y les abre las puertas de la eterna felicidad. Moisés abrió el camino; Jesús continuó la obra; el espiritismo habrá de concluirla. (Un espíritu israelita. Mulhouse, 1861.)

10. Cierto día, Dios, en su caridad inagotable, permitió al hombre que viera cómo la verdad atravesaba las tinieblas. Ese fue el día del advenimiento de Cristo. Después de la luz viva, volvieron las tinieblas. Después de las alternativas de verdad y oscuridad, el mundo se perdía de nuevo. Ahora, los Espíritus, semejantes a los profetas del Antiguo Testamento, se ponen a hablar y a advertiros. El mundo está conmovido en sus cimientos. El trueno rugirá. ¡Estad firmes!

El espiritismo es de carácter divino, pues se basa en las leyes mismas de la naturaleza, y creed que todo lo que es de carácter divino tiene un objetivo importante y útil. Vuestro mundo se perdía. La ciencia, desarrollada a expensas de lo que es de naturaleza moral, si bien os conducía al bienestar material, redundaba en provecho del espíritu de las tinieblas. Vosotros lo sabéis, cristianos, el corazón y el amor deben marchar unidos a la ciencia. El reino de Cristo, por desgracia, después de dieciocho siglos y a pesar de la sangre de tantos mártires,

aún no ha llegado. Cristianos, volved al Maestro que quiere salvaros. Todo es fácil para el que cree y ama, pues el amor lo colma de un goce inefable. Sí, hijos míos, el mundo ha sido conmovido. Los Espíritus buenos os lo dicen con frecuencia. Inclinaos ante el viento precursor de la tempestad, a fin de que no os derribe; es decir, estad preparados y no os parezcáis a las vírgenes locas que fueron tomadas desprevenidas a la llegada del esposo.

La revolución que se prepara es más bien moral que material. Los grandes Espíritus, mensajeros divinos, inspiran la fe para que todos vosotros, obreros ilustrados y ardorosos, hagáis oír vuestra humilde voz. Porque vosotros sois como granos de arena, pero sin granos de arena no habría montañas. Así pues, que la expresión "somos pequeños" ya no tenga sentido para vosotros. A cada uno su misión, a cada uno su trabajo. ¿Acaso no construye la hormiga el edificio de su república? Y los animálculos imperceptibles, ¿no erigen continentes? La nueva cruzada ha empezado. Apóstoles de la paz universal y no de la guerra, san Bernardos modernos, mirad y marchad hacia adelante. La ley de los mundos es la ley del progreso. (Fenelón. Poitiers, 1861.)

11. San Agustín es uno de los más importantes divulgadores del espiritismo. Se manifiesta en casi todas partes, y la razón de ello está en la vida de ese gran filósofo cristiano. Pertenece a esa vigorosa falange de los Padres de la Iglesia, a los cuales la cristiandad debe sus más sólidos cimientos. Como muchos otros, fue rescatado del paganismo, o mejor dicho, de la impiedad más profunda, por el resplandor de la verdad. Cuando en medio de sus mayores excesos sintió en su alma aquella vibración extraña que lo hizo volver en sí, a fin de

que comprendiera que la felicidad estaba en otra parte y no en los placeres agotadores y efímeros; cuando, en fin, en su camino de Damasco oyó también la voz santa que le gritaba: "Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?", entonces exclamó: "¡Dios mío! ¡Dios mío! Perdóname, creo, ¡soy cristiano!" Y desde entonces se convirtió en uno de los más firmes defensores del Evangelio. En las notables *Confesiones* que este Espíritu eminente nos dejó, se pueden leer las palabras, características y proféticas al mismo tiempo, que pronunció después de haber perdido a santa Mónica: *Estoy convencido de que mi madre volverá a visitarme y a darme consejos, revelándome lo que nos espera en la vida futura.* ¡Cuánta enseñanza hay en esas palabras, y qué brillante previsión de la futura doctrina! Por eso, hoy, al ver que ha llegado la hora de divulgar la verdad que en otro tiempo presintió, san Agustín se ha vuelto su ardiente divulgador, y se multiplica, por decirlo así, para responder a todos los que lo llaman. (Erasto, discípulo de san Pablo, París, 1863.)

*Nota*. ¿Acaso san Agustín viene a echar abajo lo que edificó? Por cierto que no. Sin embargo, como tantos otros, ahora ve con los ojos del espíritu lo que no veía como hombre. Su alma, desprendida, entrevé nuevas claridades y comprende lo que no comprendía antes. Nuevas ideas le han revelado el verdadero sentido de ciertas palabras. En la Tierra, san Agustín juzgaba las cosas según los conocimientos que poseía; pero cuando se hizo para él una nueva luz, pudo juzgarlas más sensatamente. Así, abandonó su creencia respecto de los Espíritus íncubos y súcubos, y el anatema que había lanzado contra la teoría de las antípodas. Ahora que el cristianismo se le presenta en toda su pureza, puede pensar sobre ciertos puntos

de otro modo que cuando vivía, sin dejar de ser un apóstol cristiano. Puede, sin renegar de su fe, hacerse divulgador del espiritismo, porque en él ve el cumplimiento de las cosas predichas. Al proclamarlo hoy, no hace otra cosa que conducirnos a una interpretación más sensata y lógica de los textos. Lo mismo sucede con otros Espíritus que se encuentran en una posición análoga.

## Capítulo II

# Mi reino no es de este mundo

La vida futura.- La realeza de Jesús.- El punto de vista.- *Instrucciones de los Espíritus*: Una realeza terrenal.

1. *Entonces Pilato entró de nuevo en el palacio, llamó a Jesús y le dijo: "¿Eres tú el rey de los judíos?" Jesús le respondió: "*Mi reino no es de este mundo. *Si mi reino fuera de este mundo, mi gente habría combatido para que no fuera entregado a los judíos; pero mi reino no es de aquí".*

*Pilato le dijo: "Entonces, ¿tú eres rey?" Jesús le respondió: "Tú lo dices; yo soy rey. Para esto nací, y para esto vine al mundo: para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad, escucha mi voz".* (*San Juan*, 18: 33, 36 y 37.)

## La vida futura

2. Con estas palabras, Jesús designa claramente *a la vida futura*, que él presenta en todas las circunstancias como la meta hacia donde se dirige la humanidad, y como aquello que debe ser el objeto de las principales preocupaciones del hombre en la Tierra. Todas las máximas de Jesús se refieren a este importante principio. En efecto, sin la vida futura, la mayor parte de sus preceptos de moral no tendrían ninguna

razón de ser. Por eso, los que no creen en la vida futura, como piensan que él sólo habla de la vida presente, no comprenden esos preceptos, o les resultan pueriles.

Por consiguiente, ese dogma puede ser considerado la base de la enseñanza de Cristo. Por esa razón está colocado entre los primeros, al principio de esta obra, porque debe ser el punto de mira de todos los hombres. Sólo él puede justificar las anomalías de la vida terrenal y ponerlas en concordancia con la justicia de Dios.

3. Los judíos tenían ideas muy imprecisas acerca de la vida futura. Creían en los ángeles, a quienes consideraban los seres privilegiados de la creación. Con todo, no sabían que los hombres pudiesen un día convertirse en ángeles y participar de la felicidad de esos seres. Según ellos, la observancia de las leyes de Dios era recompensada con los bienes de la Tierra, con la supremacía de su nación y con las victorias sobre sus enemigos. Las calamidades públicas y las derrotas eran el castigo a su desobediencia. Moisés no podía decir otra cosa a un pueblo de pastores ignorantes, que necesitaba ser conmovido, ante todo, por las cosas de este mundo. Más tarde, Jesús vino a revelarle que existe otro mundo, donde la justicia de Dios sigue su curso. Ese es el mundo que promete a los que observan los mandamientos de Dios, y en el que los buenos encontrarán su recompensa. Ese mundo es su reino. Allí es donde Cristo reside en toda su gloria, y a donde regresó al dejar la Tierra.

Sin embargo, Jesús, al adaptar su enseñanza al estado en que se hallaban los hombres de su época, no creyó conveniente brindarles una luz completa, que los habría deslumbrado en vez de iluminarlos, pues no la hubieran comprendido. En cierto modo, se limitó a enunciar la vida futura como un

principio, como una ley de la naturaleza, que nadie puede eludir. Así pues, todos los cristianos creen, necesariamente, en la vida futura; pero la idea que muchos se forman de ella es vaga, incompleta y, por eso mismo, falsa en muchos aspectos. Para una importante cantidad de personas sólo es una creencia que carece de certeza absoluta. De ahí proceden las dudas, e incluso la incredulidad.

El espiritismo ha venido a completar, en ese punto como en muchos otros, la enseñanza de Cristo. Lo hizo cuando los hombres se han mostrado suficientemente maduros para comprender la verdad. Con el espiritismo, la vida futura ya no es un simple artículo de fe, una hipótesis, sino una realidad material demostrada por los hechos; porque son los testigos oculares los que vienen a describirla en todas sus fases y en todos sus detalles. Así, no sólo ya no es posible la duda, sino que hasta la inteligencia más común puede representarse la vida futura en su verdadero aspecto, del mismo modo que nos representamos un país acerca del cual se lee una descripción detallada. Ahora bien, esa descripción de la vida futura es tan pormenorizada, y las condiciones de existencia, feliz o desdichada, de los que se encuentran en ella son tan racionales, que resulta forzoso decir que no puede ser de otro modo, y que constituye realmente la verdadera justicia de Dios.

## La realeza de Jesús

4. Todos comprenden que el reino de Jesús no es de este mundo. Con todo, ¿no tiene él también una realeza en la Tierra? El título de rey no siempre implica el ejercicio del poder temporal. Se le otorga, por consentimiento unánime, a aquel

que por su genio accede al primer lugar dentro de un determinado orden de ideas, que predomina en su siglo y ejerce una influencia en el progreso de la humanidad. En tal sentido se dice: el rey o el príncipe de los filósofos, de los artistas, de los poetas, de los escritores, etc. Esa realeza, nacida del mérito personal y consagrada por la posteridad, ¿no suele tener una preponderancia mucho mayor que la que confiere una diadema? La primera es imperecedera, mientras que la otra es juguete de las vicisitudes. Aquella siempre recibe la bendición de las generaciones futuras, mientras que esta otra algunas veces es maldecida. La realeza terrestre se acaba con la vida; la realeza moral gobierna sin cesar, sobre todo, después de la muerte. En este sentido, ¿no es Jesús un rey más poderoso que muchos potentados? Con razón, entonces, le decía a Pilato: "Soy rey, pero mi reino no es de este mundo".

## El punto de vista

5. La idea clara y precisa que nos formamos acerca de la vida futura nos otorga una fe inquebrantable en el porvenir, y esa fe tiene inmensas consecuencias en la moralización de los hombres, ya que cambia por completo *el punto de vista desde el cual ellos contemplan la vida terrenal.* Para el hombre que se coloca con el pensamiento en la vida espiritual, que es ilimitada, la vida corporal no es más que un pasaje, una breve estancia en un país ingrato. Las vicisitudes y tribulaciones de la vida sólo son incidentes que afronta con paciencia, porque sabe que duran poco y que habrá de seguirlas un estado más dichoso. La muerte ya nada tiene de atemorizante; no es la puerta hacia la nada, sino la puerta de la liberación, que per-

mite al desterrado el ingreso en una morada de felicidad y de paz. Como sabe que habita en un lugar transitorio y no definitivo, el hombre toma las preocupaciones de la vida con más indiferencia, y de ello resulta para él una calma de espíritu que alivia sus amarguras.

Con la simple duda acerca de la vida futura, el hombre concentra todos sus pensamientos en la vida terrenal. Inseguro en cuanto al porvenir, todo lo dedica al presente. Como no entrevé bienes más preciosos que los de la Tierra, se comporta como un niño que nada ve más allá de sus juguetes, y hace todo para procurárselos. La pérdida del menor de sus bienes le causa un disgusto pungente. Una equivocación, una esperanza frustrada, una ambición insatisfecha, una injusticia de la que es víctima, el orgullo o la vanidad heridos, son otros tantos tormentos que hacen de su vida una angustia perpetua, *de modo que se condena voluntariamente a una auténtica e incesante tortura*. Desde el punto de vista de la vida terrenal, en cuyo centro se coloca, todo asume alrededor suyo vastas proporciones. El mal que lo alcanza, así como el bien que llega a los otros, todo adquiere para él una gran importancia. Pasa lo mismo que con aquel que se encuentra en el interior de una ciudad: todo le parece grande, tanto los hombres que ocupan elevadas posiciones, como los monumentos. No obstante, si subiera a una montaña, los hombres y las cosas le parecerían muy pequeños.

Esto último sucede al hombre que mira la vida terrenal desde el punto de vista de la vida futura: la humanidad, al igual que las estrellas del firmamento, se pierde en la inmensidad. Entonces percibe que grandes y pequeños están juntos, como las hormigas sobre un montículo de tierra; que proletarios y potentados son de la misma estatura, y se compadece

de esas criaturas efímeras que se toman tantas molestias para conquistar una posición que las elevará tan poco y que por tan poco tiempo conservarán. Por eso, la importancia que se otorga a los bienes terrenales está siempre en razón inversa a la fe en la vida futura.

6. Se alegará que si todo el mundo pensara del mismo modo, nadie se ocuparía de las cosas de la Tierra y en ella todo correría peligro. No es así. El hombre busca instintivamente su bienestar, y aun con la certeza de que estará por poco tiempo en un lugar, quiere permanecer allí lo mejor o lo menos mal que le sea posible. Nadie que tenga una espina en la palma de la mano, la dejará allí para sentir el pinchazo. Ahora bien, la búsqueda del bienestar obliga al hombre a mejorar todas las cosas, impulsado por el instinto del progreso y de la conservación, que forma parte de las leyes de la naturaleza. Trabaja, pues, por necesidad, por gusto y por deber, y de ese modo cumple los designios de la Providencia, que con ese fin lo ha colocado en la Tierra. Solamente quien toma en consideración el porvenir otorga al presente una importancia relativa, y se consuela fácilmente de sus fracasos, pues piensa en el destino que lo espera.

Por consiguiente, Dios no condena los goces terrenales, sino el abuso de tales goces en perjuicio de las cosas del alma. Contra ese abuso están prevenidos los que aplican a sí mismos estas palabras de Jesús: *Mi reino no es de este mundo.*

El que se identifica con la vida futura es semejante a un hombre rico que pierde una pequeña cantidad sin perturbarse por ello. En cambio, el que concentra sus pensamientos en la vida terrenal, es como un hombre pobre que pierde todo lo que posee y se desespera.

7. El espiritismo amplía el pensamiento y le abre nuevos horizontes. En lugar de esa visión estrecha y mezquina, que lo concentra en la vida presente, y que hace del instante que pasamos en la Tierra el único y frágil fundamento del porvenir eterno, el espiritismo enseña que esa vida sólo es un eslabón en el conjunto armonioso y extraordinario de la obra del Creador; enseña la solidaridad que reúne todas las existencias de un mismo ser, todos los seres de un mismo mundo, así como los seres de todos los mundos. De ese modo, aporta una base y una razón de ser a la fraternidad universal, mientras que la doctrina de la creación del alma en el momento del nacimiento de cada cuerpo, hace que los seres sean extraños unos a otros. Esa solidaridad entre las partes de un mismo todo explica lo que es inexplicable si sólo se considera un solo aspecto. En el tiempo de Cristo, los hombres no hubieran podido comprender un conjunto semejante, razón por la cual él reservó ese conocimiento para más adelante.

## INSTRUCCIONES DE LOS ESPÍRITUS

### Una realeza terrenal

8. ¿Quién mejor que yo puede comprender la verdad de estas palabras de Nuestro Señor: "Mi reino no es de este mundo"? En la Tierra, el orgullo me perdió. Así pues, ¿quién más que yo comprendería la insignificancia de los reinos del mundo? ¿Qué me he traído de mi realeza terrenal? Nada, absolutamente nada. Y como para que la lección fuese más terrible, ¡ni siquiera la conservé hasta la tumba! Reina entre los hombres,

como reina creí entrar en el reino de los Cielos. ¡Qué desilusión! ¡Qué humillación cuando, en vez de ser recibida aquí como una soberana, encontré por encima de mí, y muy por encima, hombres a quienes consideraba inferiores y a los que despreciaba porque no eran de sangre noble! ¡Oh! ¡Entonces comprendí la esterilidad de los honores y de las grandezas que con tanta avidez se buscan en la Tierra!

Para conquistar un lugar en este reino son necesarias la abnegación, la humildad, la caridad en toda su celestial práctica, así como la benevolencia para todos. No se os pregunta qué habéis sido, a qué categoría pertenecisteis, sino el bien que habéis hecho, las lágrimas que habéis enjugado.

¡Oh! Jesús, tú lo has dicho, tu reino no es de este mundo, porque es preciso sufrir para llegar al Cielo, y los escalones del trono no nos aproximan a él. Sólo los senderos más penosos de la vida conducen al reino de Jesús. Buscad, pues, el camino del Cielo, a través de las zarzas y los espinos, y no entre las flores.

Los hombres van detrás de los bienes terrenales como si debieran conservarlos para siempre. Con todo, aquí ya no hay ilusiones. Pronto perciben que sólo se aferraron a una sombra y que despreciaron los únicos bienes auténticos y duraderos, los únicos que les sirven en la morada celestial, los únicos que pueden franquearles las puertas del Cielo.

Tened piedad de los que no se ganaron el reino de los Cielos. Ayudadlos con vuestras plegarias, porque la oración aproxima al hombre al Altísimo. La oración es el vínculo que une el Cielo con la Tierra; no lo olvidéis. (Una reina de Francia. El Havre, 1863.)

## Capítulo III

# Hay muchas moradas en la casa de mi Padre

Diferentes estados del alma en la erraticidad.- Diferentes categorías de mundos habitados.- Destino de la Tierra. Causas de las miserias humanas.-
*Instrucciones de los Espíritus*: Mundos inferiores y mundos superiores.- Mundos de expiaciones y de pruebas.- Mundos regeneradores.- Progresión de los mundos.

1. *No se turbe vuestro corazón. Creéis en Dios; creed también en mí.* Hay muchas moradas en la casa de mi Padre. *Si así no fuera, yo os lo habría dicho, pues me voy a prepararos un lugar. Y después de que me haya ido y os haya preparado un lugar,* volveré *y os llevaré conmigo, para que donde yo esté, también estéis vosotros.* (*San Juan*, 14:1 a 3.)

## Diferentes estados del alma en la erraticidad

2. La casa del Padre es el universo. Las diferentes moradas son los mundos que giran en el espacio infinito y ofrecen, a los Espíritus encarnados, estancias apropiadas a su adelanto.

Independientemente de la diversidad de mundos, esas palabras de Jesús pueden también entenderse como una referen-

cia al estado feliz o desdichado del Espíritu en la erraticidad. Según se halle más o menos purificado y desprendido de los lazos materiales, el medio en que se encuentra, el aspecto de las cosas, las sensaciones que experimenta y las percepciones que posee, varían hasta lo infinito. Mientras que unos no pueden alejarse de la esfera en que vivieron, otros se elevan y recorren el espacio y los mundos. Mientras que ciertos Espíritus culpables andan errantes en las tinieblas, los felices gozan de una claridad resplandeciente y del sublime espectáculo de lo infinito. En fin, mientras que el malo, atormentado por remordimientos y pesares, muchas veces solo, sin consuelo, separado de los objetos de su afecto, gime bajo el peso de los padecimientos morales, el justo, reunido con los que ama, saborea las delicias de una indescriptible felicidad. También esas son otras tantas moradas, aunque no estén circunscriptas ni localizadas.

## Diferentes categorías de mundos habitados

3. De la enseñanza impartida por los Espíritus resulta que, en cuanto al grado de adelanto o de inferioridad de sus habitantes, los diversos mundos se encuentran en condiciones muy diferentes unos de otros. Así, entre ellos los hay cuyos moradores son aún más inferiores que los de la Tierra, física y moralmente. Otros están en la misma categoría que el nuestro; y otros son más o menos superiores en todos los aspectos. En los mundos inferiores la existencia es enteramente material, las pasiones reinan en ellos con soberanía, la vida moral es casi nula. A medida que esta se desarrolla, la influencia de

la materia disminuye, a punto tal que en los mundos más adelantados la vida es, por decirlo así, absolutamente espiritual.

4. En los mundos intermedios hay una combinación de bien y de mal, con predominio de uno u otro, según el grado de adelanto de quienes habitan en ellos. Aunque no se puede hacer una clasificación absoluta de los diversos mundos, es posible, conforme a su estado y a su destino, y con base en los matices más sobresalientes, dividirlos de modo general como sigue: mundos primitivos, destinados a las primeras encarnaciones del alma humana; mundos de expiaciones y de pruebas, donde el mal predomina; mundos regeneradores, donde las almas que aún tienen que expiar adquieren nuevas fuerzas y descansan de las fatigas de la lucha; mundos felices, donde el bien prevalece sobre el mal; mundos celestiales o divinos, morada de los Espíritus purificados, donde el bien reina por completo. La Tierra pertenece a la categoría de los mundos de expiaciones y de pruebas, por eso en ella el hombre está expuesto a tantas miserias.

5. Los Espíritus que encarnan en un mundo no están sujetos a él indefinidamente, ni tampoco cumplen allí todas las fases del progreso que deben recorrer para llegar a la perfección. Cuando han alcanzado el grado de adelanto que ese mundo les permite, pasan a otro más adelantado, y así sucesivamente, hasta que llegan al estado de Espíritus puros. Esos mundos son otras tantas estaciones, en cada una de las cuales encuentran elementos de progreso proporcionados a su adelanto. Pasar a un mundo de orden más elevado es para ellos una recompensa, del mismo modo que constituye un castigo prolongar su permanencia en un mundo desdichado, o ser re-

legados a otro aún más infeliz que aquel que se ven obligados a abandonar cuando se obstinan en el mal.

## Destino de la Tierra. Causas de las miserias humanas

6. Nos asombramos de encontrar en la Tierra tanta maldad y malas pasiones, tantas miserias y enfermedades de todo tipo, e inferimos de ahí que la especie humana es una triste cosa. Este juicio proviene del punto de vista limitado en que nos colocamos, y que nos da una falsa idea del conjunto. Es preciso considerar que en la Tierra no se ve toda la humanidad, sino una muy pequeña fracción de ella. En efecto, la especie humana comprende todos los seres dotados de razón que pueblan los innumerables mundos del universo. Ahora bien, ¿qué es la población de la Tierra comparada con la población total de esos mundos? Mucho menos que la de una aldea en relación con la de un gran imperio. La situación material y moral de la humanidad terrestre nada tiene de extraordinario si se toma en cuenta el destino de la Tierra y de la naturaleza de quienes habitan en ella.

7. Nos formaríamos una idea muy falsa de los habitantes de una gran ciudad si los juzgáramos por la población de los barrios más ínfimos y sórdidos. En un hospital sólo se ven enfermos y lisiados; en un presidio se ven todos los vicios y todas las torpezas reunidos; en las comarcas insalubres la mayor parte de los habitantes están pálidos, enfermizos y achacosos. Pues bien, figurémonos que la Tierra es un arrabal, un hospital, una penitenciaría, una región malsana, porque es todo eso

a la vez, y se comprenderá por qué las aflicciones prevalecen sobre los goces, ya que no se destina al hospital a las personas que tienen buena salud, ni al correccional a las que no han hecho daño, pues ni los hospitales ni los correccionales son lugares de delicias.

Ahora bien, así como en una ciudad la población no está toda en los hospitales o en las cárceles, tampoco la humanidad está toda en la Tierra. Y del mismo modo que uno sale del hospital cuando está curado y de la cárcel cuando ha completado su condena, el hombre deja la Tierra por mundos más felices cuando se ha curado de sus enfermedades morales.

## INSTRUCCIONES DE LOS ESPÍRITUS

### Mundos inferiores y mundos superiores

8. La clasificación de los mundos en inferiores y superiores es más relativa que absoluta. Un mundo es inferior o superior en relación con los que están encima o debajo de él en la escala progresiva.

Si tomamos la Tierra como punto de comparación, podemos formarnos una idea del estado de un mundo inferior mediante la suposición de que sus habitantes se encuentran allí a nivel de las razas salvajes o de las naciones bárbaras que aún permanecen en la superficie terrestre, y que son restos del estado primitivo de nuestro planeta. En los mundos más atrasados, los seres que habitan en ellos son de algún modo rudimentarios. Tienen la forma humana, pero sin ninguna belleza. Sus instintos no están templados por ningún sentimiento de delicadeza o de benevolencia, ni por las nociones

de lo justo y lo injusto. Allí la única ley es la fuerza bruta. Sin industria ni invenciones, los habitantes emplean su vida en la conquista de su alimento. Con todo, Dios no abandona a ninguna de sus criaturas. En lo profundo de las tinieblas de la inteligencia yace, latente y más o menos desarrollada, la vaga intuición de un Ser supremo. Ese instinto basta para hacer que unos sean superiores a otros y para preparar su eclosión en una vida más completa, porque no son seres degradados, sino niños que crecen.

Entre esos grados inferiores y los más elevados hay innumerables escalones, y entre los Espíritus puros, desmaterializados y resplandecientes de gloria, cuesta reconocer a los que animaron a esos seres primitivos, de la misma manera que en el hombre adulto es difícil reconocer al embrión.

9. En los mundos que han llegado a un grado superior, las condiciones de la vida moral y material son muy distintas a las de los mundos inferiores. Incluso difieren de las condiciones propias de la Tierra. Si bien la forma del cuerpo es, invariablemente y como en todas partes, la forma humana, esta se encuentra embellecida, perfeccionada y, sobre todo, purificada. El cuerpo carece por completo de la materialidad terrestre y, por consiguiente, no está sujeto a las necesidades, ni a las enfermedades o al deterioro que derivan del predominio de la materia. Los sentidos, más refinados, tienen percepciones a las que la naturaleza de nuestros órganos embotan. La levedad específica de los cuerpos hace que la locomoción sea rápida y no ofrezca dificultades: en vez de arrastrarse penosamente por el suelo, se deslizan, digámoslo así, sobre la superficie, o permanecen suspendidos en la atmósfera sin otro esfuerzo que el de la voluntad, de la misma manera que se representa

a los ángeles, o como los antiguos concebían a los manes de los Campos Elíseos. Los hombres conservan de buen grado las facciones de sus migraciones pasadas, y se aparecen a sus amigos tal como estos los conocieron, pero iluminados por una luz divina, transfigurados por las impresiones interiores, que son siempre elevadas. En vez de rostros deslucidos, demacrados por los padecimientos y las pasiones, la inteligencia y la vida irradian ese resplandor que los pintores han traducido en diadema o aureola de los santos.

La escasa resistencia que la materia ofrece a los Espíritus ya muy adelantados, hace que los cuerpos se desarrollen rápido y que la infancia sea corta o casi nula. La vida, exenta de preocupaciones y angustias, es proporcionalmente mucho más prolongada que en la Tierra. En principio, la longevidad es relativa al grado de adelanto de los mundos. La muerte no tiene ninguno de los horrores de la descomposición, y lejos de ser un motivo de espanto, se la considera una transformación feliz, porque en esos mundos la duda acerca del porvenir no existe. Durante la vida, como el alma no se encuentra encerrada en una materia compacta, irradia y goza de una lucidez que la coloca en un estado casi permanente de emancipación, lo que permite la libre transmisión del pensamiento.

10. En esos mundos felices, las relaciones entre los pueblos, siempre amistosas, nunca son perturbadas por la ambición de esclavizar al vecino, ni por la guerra, que es la consecuencia de aquella. Allí no hay amos ni esclavos, ni privilegiados por el nacimiento. Sólo la superioridad moral e intelectual establece la diferencia de condiciones y confiere la supremacía. La autoridad es siempre respetada, porque únicamente se concede al mérito, y porque siempre se ejerce con justicia. *El*

*hombre no procura elevarse sobre el hombre, sino sobre sí mismo, perfeccionándose*. Su objetivo es alcanzar la categoría de los Espíritus puros, y ese deseo incesante no es un tormento, sino una noble ambición que lo hace estudiar con ardor para llegar a igualarse con ellos. Todos los sentimientos tiernos y elevados de la naturaleza humana se encuentran allí aumentados y purificados. Los odios, los celos mezquinos y las bajas codicias de la envidia son desconocidos. Un lazo de amor y fraternidad une a todos los hombres, y los más fuertes ayudan a los más débiles. Poseen bienes en mayor o menor cantidad, según lo que han adquirido mediante su inteligencia, pero nadie sufre por la falta de lo necesario, porque nadie está allí en proceso de expiación. En una palabra, en esos mundos el mal no existe.

11. En vuestro mundo tenéis necesidad del mal para sentir el bien; de la noche, para admirar la luz; de la enfermedad, para apreciar la salud. En cambio, en los mundos felices esos contrastes no son necesarios. La eterna luz, la eterna belleza, la eterna serenidad del alma, proporcionan una dicha eterna, que no es perturbada por las angustias de la vida material ni por el contacto con los malos, que allí no tienen acceso. Es esto lo que el espíritu humano tiene mayor dificultad en comprender. Ha sido ingenioso para pintar los tormentos del Infierno, pero nunca pudo imaginarse los goces del Cielo. ¿Por qué? Porque al ser inferior, sólo ha sufrido penas y miserias, y jamás ha entrevisto las claridades celestiales. Sólo puede hablar de lo que conoce. No obstante, a medida que se eleva y se purifica, su horizonte se amplía y comprende el bien que está delante de sí, como ha comprendido el mal que dejó atrás.

12. Con todo, esos mundos afortunados no son mundos privilegiados, porque Dios no es parcial para con ninguno de sus hijos. A todos confiere los mismos derechos y las mismas facilidades para llegar a ellos. A todos hace partir de un mismo punto, y no dota a unos más que a otros. Los primeros puestos son accesibles a todos: a ellos corresponde conquistarlos por medio del trabajo; a ellos corresponde alcanzarlos lo antes posible, o languidecer durante siglos y siglos en la hondonada de la humanidad. (*Resumen de la enseñanza de todos los Espíritus superiores.*)

## Mundos de expiaciones y de pruebas

13. ¿Qué podría deciros de los mundos de expiaciones, que vosotros no sepáis ya, puesto que os basta con considerar la Tierra en que habitáis? La superioridad de la inteligencia, presente en un gran número de sus habitantes, indica que la Tierra no es un mundo primitivo, destinado a la encarnación de Espíritus recién salidos de las manos del Creador. Las cualidades innatas, de las que esos Espíritus son portadores, ofrecen la prueba de que ya han vivido y de que han realizado un cierto progreso. No obstante, al mismo tiempo, los numerosos vicios a los que se inclinan son indicio de una considerable imperfección moral. Por esa razón, Dios los ha colocado en un mundo ingrato, para que en él expíen sus faltas mediante un trabajo penoso y sufriendo las miserias de la vida, hasta que sean merecedores de ir a un mundo más feliz.

14. Sin embargo, no todos los Espíritus encarnados en la Tierra son enviados allí en proceso de expiación. Las razas

que vosotros llamáis salvajes son Espíritus recién salidos de la infancia, y que están en ese mundo, por decirlo así, para educarse y desarrollarse mediante el contacto con Espíritus más adelantados. Luego vienen las razas semicivilizadas, formadas por esos mismos Espíritus en vías de progreso. Estas son, en cierto modo, las razas indígenas de la Tierra, que se han desarrollado poco a poco al cabo de largos períodos seculares, y algunas de las cuales han alcanzado la perfección intelectual de los pueblos más ilustrados.

En la Tierra, los Espíritus en proceso de expiación son, si podemos expresarlo de este modo, exóticos. Vivieron ya en otros mundos, de los que han sido excluidos a consecuencia de su obstinación en el mal, y porque eran una causa de perturbación para los buenos. Fueron relegados, por un tiempo, entre los Espíritus más atrasados, con la misión de hacerlos adelantar, porque llevaban consigo la inteligencia desarrollada y el germen de los conocimientos adquiridos. Ese es el motivo por el cual los Espíritus castigados se encuentran en el seno de las razas más inteligentes. También son estas razas las que padecen con más amargura las miserias de la vida, porque en ellas hay más sensibilidad, y porque las contrariedades y los disgustos las afectan más que a las razas primitivas, cuyo sentido moral se encuentra más embotado.

15. La Tierra nos ofrece, pues, uno de los tipos de los mundos expiatorios, cuyas variedades son infinitas, pero que tienen como carácter común el hecho de servir de lugar de destierro a los Espíritus rebeldes a la ley de Dios. Allí, esos Espíritus tienen que luchar, a la vez, contra la perversidad de los hombres y contra la inclemencia de la naturaleza, doble trabajo penoso que desarrolla al mismo tiempo las cualidades del

corazón y las de la inteligencia. De ese modo, en su bondad, Dios hace que el castigo redunde en provecho del progreso del Espíritu. (San Agustín. París, 1862.)

## Mundos regeneradores

16. Entre esas estrellas que resplandecen en la bóveda azulada del firmamento, ¡cuántos mundos habrá, como el vuestro, destinados por el Señor a la expiación y la prueba! Con todo, también los hay más miserables, y mejores, así como los hay transitorios, que podemos denominar regeneradores. Cada torbellino planetario, al desplazarse en el espacio alrededor de un centro común, lleva consigo sus mundos primitivos, de destierro, de prueba, de regeneración y de felicidad. Se os ha hablado de esos mundos en los que es situada el alma recién nacida, cuando aún ignora el bien y el mal, pero con la posibilidad de marchar hacia Dios, dueña de sí misma, en posesión de su libre albedrío. Se os ha dicho también cuán amplias son las facultades de que ha sido dotada el alma para practicar el bien. Sin embargo, por desgracia, hay almas que sucumben, y dado que Dios no quiere aniquilarlas, les permite ir a esos mundos en los que, de encarnación en encarnación, se purifican y se regeneran, para regresar dignas de la gloria a la que están destinadas.

17. Los mundos regeneradores sirven de transición entre los mundos de expiación y los mundos felices. El alma que se arrepiente encuentra en ellos la calma y el reposo, mientras concluye su purificación. No cabe duda de que en esos mundos el hombre aún se encuentra sujeto a las leyes que

rigen la materia. La humanidad experimenta sensaciones y deseos como los vuestros, pero está liberada de las pasiones desordenadas de las que sois esclavos. En ella ya no existe el orgullo que hace callar al corazón, la envidia que lo tortura y el odio que lo ahoga. La palabra amor está escrita en todas las frentes. Una equidad plena rige las relaciones sociales. Todos reconocen a Dios y procuran dirigirse a Él mediante el cumplimiento de sus leyes.

Con todo, en esos mundos aún no existe la perfecta felicidad, sino la aurora de la felicidad. El hombre todavía es de carne y, por eso mismo, está sujeto a vicisitudes de las cuales sólo están eximidos los seres completamente desmaterializados. Aún tiene que sufrir pruebas, pero sin las punzantes angustias de la expiación. Esos mundos, comparados con la Tierra, son muy felices, y muchos de vosotros estaríais satisfechos de quedaros allí, porque representan la calma después de la tempestad, la convalecencia después de una cruel enfermedad. En ellos, el hombre, menos absorbido por las cosas materiales, entrevé mejor que vosotros el porvenir; comprende que hay otros goces que el Señor promete a los que se hacen merecedores de ellos, cuando la muerte haya segado de nuevo sus cuerpos para darles la verdadera vida. Entonces, el alma libre sobrevolará todos los horizontes. Ya no tendrá sentidos materiales y groseros, sino los sentidos de un periespíritu puro y celestial, que aspira las emanaciones de Dios en los aromas del amor y la caridad que brotan de su seno.

18. No obstante, por desgracia, en esos mundos el hombre todavía es falible, y el espíritu del mal no ha perdido completamente su dominio. No avanzar equivale a retroceder, y si el hombre no se mantiene firme en el camino del bien, puede

volver a caer en los mundos de expiación, donde lo esperan nuevas y más terribles pruebas.

Contemplad, pues, esa bóveda azulada, por la noche, a la hora del descanso y la oración. Entonces, ante esas innumerables esferas que brillan sobre vuestras cabezas, preguntaos cuáles son las que conducen a Dios, y rogadle que un mundo regenerador os abra su seno después de la expiación en la Tierra. (San Agustín. París, 1862.)

## Progresión de los mundos

19. El progreso es una de las leyes de la naturaleza. Todos los seres de la creación, sean animados o inanimados, están sometidos a él por la bondad de Dios, que desea que todo crezca y prospere. La destrucción, incluso, que parece a los hombres el término de las cosas, sólo es un medio de llegar, a través de la transformación, a un estado más perfecto, puesto que todo muere para volver a nacer, y nada concluye con el aniquilamiento.

Al mismo tiempo que los seres vivos progresan moralmente, los mundos en que ellos habitan progresan materialmente. Quien pudiera acompañar a un mundo en sus diversas fases, desde el instante en que se aglomeraron los primeros átomos destinados a constituirlo, lo vería recorrer una escala incesantemente progresiva, pero de grados imperceptibles para cada generación, y ofrecer a sus habitantes una morada más agradable a medida que estos avanzan en el camino del progreso. De ese modo, marchan paralelamente el progreso del hombre, el de los animales, que son sus auxiliares, el de los vegetales y el de la habitación, porque nada permanece

estacionario en la naturaleza. ¡Cuán inmensa y digna de la majestad del Creador es esta idea! Mientras, por el contrario, ¡qué ínfima e indigna de su poder es aquella que concentra su solicitud y su providencia en el imperceptible grano de arena que es la Tierra, y restringe la humanidad a los escasos hombres que habitan en ella!

Conforme a esa ley, la Tierra ha existido material y moralmente en un estado inferior a aquel en que se encuentra en la actualidad, y alcanzará en ese doble aspecto un grado más elevado. Ha llegado ya a uno de sus períodos de transformación, en el que de mundo de expiaciones va a convertirse en un mundo regenerador. Entonces, los hombres serán felices en la Tierra, porque en ella reinará la ley de Dios. (San Agustín. París, 1862.)

## Capítulo IV

# Nadie puede ver el reino de Dios si no nace de nuevo

Resurrección y reencarnación.- La reencarnación fortalece los lazos de familia, mientras que la unicidad de la existencia los rompe.- *Instrucciones de los Espíritus*: Límites de la encarnación.- Necesidad de la encarnación.

1. *Llegado Jesús a las cercanías de Cesarea de Filipo, preguntó a sus discípulos, diciendo: "¿Qué dicen los hombres acerca del Hijo del Hombre? ¿Quién dicen que soy yo?" Ellos le respondieron: "Unos dicen que eres Juan el Bautista; otros, que eres Elías; otros, Jeremías o alguno de los profetas". Jesús les dijo: "Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?" Simón Pedro, tomando la palabra, le dijo: "Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo". Jesús le respondió: "Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no fue la carne ni la sangre que te ha revelado esto, sino mi Padre que está en los Cielos".* (*San Mateo*, 16:13 a 17; *San Marcos*, 8:27 a 30.)

2. *Herodes el tetrarca oyó hablar de todo lo que hacía Jesús, y su espíritu se hallaba perplejo; porque unos decían que Juan había resucitado de entre los muertos; otros, que Elías había aparecido; y otros, que uno de los antiguos profetas había re-*

*sucitado. Entonces Herodes dijo: "A Juan, yo mandé que le cortaran la cabeza; ¿quién es, pues, ese de quien oigo decir tan grandes cosas?" Y buscaba verle.* (*San Marcos*, 6:14 y 15; *San Lucas*, 9:7 a 9.)

3. (Después de la transfiguración.) *Entonces sus discípulos le preguntaron, diciendo: "¿Por qué, pues, los escribas dicen que es preciso que Elías venga primero?" Jesús les respondió: "Es verdad que Elías ha de venir y restablecerá todas las cosas; pero yo os declaro que Elías ya vino, y ellos no lo reconocieron, sino que hicieron con él cuanto quisieron. Así también harán padecer al Hijo del Hombre". Entonces sus discípulos entendieron que les había hablado de Juan el Bautista.* (*San Mateo*, 17:10 a 13; *San Marcos*, 9: 10 a 12.)

## Resurrección y reencarnación

4. La reencarnación formaba parte de los dogmas judíos con el nombre de *resurrección*. Sólo los saduceos, que pensaban que todo concluye con la muerte, no creían en ella. Las ideas de los judíos acerca de este punto, como sobre muchos otros, no estaban claramente definidas, porque sólo tenían nociones vagas e incompletas respecto al alma y su vínculo con el cuerpo. Creían que un hombre que ha vivido podía volver a vivir, sin explicarse con precisión de qué manera eso podía suceder. Designaban con la palabra *resurrección* lo que el espiritismo llama, más razonablemente, *reencarnación.* En efecto, la *resurrección* supone la vuelta a la vida del cuerpo que está muerto, pero la ciencia demuestra que eso es materialmente imposible, sobre todo cuando, desde mucho tiempo antes, los elementos de ese cuerpo se hallan dispersos y han

sido absorbidos. La *reencarnación* es el regreso del alma o Espíritu a la vida corporal, pero en otro cuerpo, nuevamente formado para él, y que no tiene nada en común con el antiguo. Así, la palabra *resurrección* podía aplicarse a Lázaro, pero no a Elías ni a los otros profetas. Según sus creencias, pues, si Juan el Bautista era Elías, entonces el cuerpo de Juan no podía ser el de Elías, puesto que se había visto a Juan de niño, y se conocía a su padre y a su madre. Por consiguiente, Juan podía ser Elías *reencarnado*, pero no *resucitado*.

5. *Había un hombre entre los fariseos, llamado Nicodemo, senador de los judíos, que vino a encontrar a Jesús de noche, y le dijo: "Maestro, sabemos que viniste de parte de Dios para instruirnos como un doctor; porque nadie podría hacer los milagros que tú haces, si Dios no estuviera con él".*

*Jesús le respondió: "En verdad, en verdad te digo:* Nadie puede ver el reino de Dios si no nace de nuevo*".*

*Nicodemo le dijo: "¿Cómo puede un hombre nacer si ya es viejo? ¿Puede volver a entrar en el seno de su madre, para nacer una segunda vez?".*

*Jesús le respondió: "En verdad, en verdad te digo: si un hombre no renace del agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es nacido de la carne, es carne; y lo que es nacido del Espíritu, es Espíritu. No te maravilles de que te haya dicho que es necesario nacer de nuevo. El Espíritu sopla donde quiere, y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene, ni adónde va; así es todo hombre nacido del Espíritu".*

*Nicodemo le respondió: "¿Cómo puede suceder eso?" Jesús le dijo: "¡Cómo! ¿Tú eres maestro en Israel, e ignoras estas cosas? En verdad, en verdad te digo, que no decimos más que lo que sabemos, y que sólo damos testimonio de lo que hemos visto.*

*Con todo, no aceptáis nuestro testimonio. Pero si no me creéis cuando os hablo de las cosas de la Tierra, ¿cómo me creeréis cuando os hable de las cosas del Cielo?"* (*San Juan*, 3:1 a 12.)

6. La idea de que Juan el Bautista era Elías, y de que los profetas podían volver a vivir en la Tierra, se encuentra en muchos de los pasajes de los Evangelios, particularmente en los que han sido transcriptos más arriba (§§ 1 a 3). Si esa creencia hubiese sido una equivocación, Jesús no habría dejado de combatirla, como combatió tantas otras. Lejos de ello, él la sanciona con toda su autoridad y la coloca como un principio y como una condición necesaria cuando dice: *Nadie puede ver el reino de los Cielos si no nace de nuevo.* E insiste, al agregar: *No te maravilles de que te haya dicho que es* NECESARIO *nacer de nuevo.*

7. Estas palabras: *si un hombre no renace del agua y del Espíritu*, han sido interpretadas en el sentido de la regeneración mediante el agua del bautismo. No obstante, el texto primitivo dice simplemente: *no renace del agua y del Espíritu*, en tanto que en algunas traducciones las palabras *del Espíritu* han sido sustituidas por *del Santo Espíritu*, lo que ya no se corresponde con el mismo pensamiento. Este punto fundamental se destaca en los primeros comentarios hechos sobre el Evangelio, lo que un día se verificará sin posibilidad de equívoco[6].

6. La traducción de Osterwald está conforme al texto primitivo; dice: *no renace del agua y del Espíritu*. La de Sacy dice: *del Santo Espíritu*. La de Lamennais: *del Espíritu Santo*. (N. de Allan Kardec.) En la primera edición de *Le Nouveau Testament* de Sacy, publicado en 1667, uno de cuyos ejemplares se conserva en la Biblioteca Nacional de Francia, se lee: *de l'Efprit* ("del Espíritu"), sin la palabra *Saint*, es decir, tal como figura en la transcripción del § 5. (N. del T.)

8. Para que se comprenda el verdadero sentido de esas palabras, es preciso referirse a la significación de la palabra *agua*, que no se empleaba en la acepción que le es propia.

Los conocimientos que los antiguos tenían acerca de las ciencias físicas eran muy imperfectos. Creían que la Tierra había salido de las aguas, y por eso consideraban al *agua* como el elemento generador absoluto. En ese sentido, en el *Génesis* se lee: "El Espíritu de Dios era llevado sobre las aguas; flotaba sobre la superficie de las aguas"; "Que el firmamento sea hecho en medio de las aguas"; "Que las aguas que están debajo del cielo se junten en un solo lugar, y que el elemento seco aparezca"; "Que las aguas *produzcan* animales vivientes que naden en el agua, y pájaros que vuelen sobre la tierra y bajo el firmamento".

Según esa creencia, el agua se había convertido en el símbolo de la naturaleza material, así como el Espíritu era el símbolo de la naturaleza inteligente. Estas palabras: "Si el hombre no renace del agua y del Espíritu", o "en agua y en Espíritu", significan, pues: "Si el hombre no vuelve a nacer con su cuerpo y su alma". En ese sentido fueron comprendidas al principio.

Por otra parte, esa interpretación queda justificada con estas otras palabras: *Lo que es nacido de la carne, es carne; y lo que es nacido del Espíritu, es Espíritu*. Jesús hace aquí una distinción positiva entre el Espíritu y el cuerpo. *Lo que es nacido de la carne, es carne*, indica claramente que *sólo* el cuerpo procede del cuerpo, y que el Espíritu es independiente del cuerpo.

9. La frase *El Espíritu sopla donde quiere, y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene, ni adónde va*, puede entenderse como una referencia al *Espíritu de Dios*, que da la vida a quien

quiere; o bien, al *alma del hombre*. En esta última acepción, la frase "no sabes de dónde viene, ni adónde va" significa que no se conoce lo que ha sido el Espíritu, ni lo que será. Si el Espíritu, o alma, fuese creado al mismo tiempo que el cuerpo, se sabría de dónde vino, puesto que conoceríamos su comienzo. Sea como fuere, ese pasaje es la consagración del principio de la preexistencia del alma y, por consiguiente, del de la pluralidad de las existencias.

10. *Desde el tiempo de Juan el Bautista hasta el presente, el reino de los Cielos se toma por la violencia, y los violentos lo arrebatan. Porque, hasta Juan, todos los profetas, lo mismo que la Ley, profetizaron. Si queréis comprender lo que os digo,* él mismo es Elías, el que iba a venir. *El que tenga oídos para oír, que oiga.* (*San Mateo*, 11:12 a 15.)

11. Si bien el principio de la reencarnación expresado en *San Juan* podría, en rigor, ser interpretado en un sentido puramente místico, no sucede lo mismo con este pasaje de *San Mateo*, en el que no hay posibilidad de equivocarse: *ÉL MISMO es Elías, el que iba a venir*. Aquí no hay figura ni alegoría: es una afirmación positiva. "Desde el tiempo de Juan el Bautista hasta el presente, el reino de los Cielos se toma por la violencia." ¿Qué significan esas palabras, puesto que Juan el Bautista vivía aún en ese momento? Jesús las explica al decir: "Si queréis comprender lo que os digo, él mismo es Elías, el que iba a venir". Ahora bien, dado que Juan no era otro más que Elías, Jesús hacía alusión a la época en que Juan vivía con el nombre de Elías. "Hasta el presente el reino de los Cielos se toma por la violencia" es otra alusión a la violencia de la ley mosaica, que ordenaba el exterminio de los infieles para ganar la Tierra

Prometida, el Paraíso de los hebreos; mientras que, según la nueva ley, el Cielo se gana mediante la caridad y la dulzura.

Después añade: *El que tenga oídos para oír, que oiga*. Esas palabras, que Jesús repite con tanta frecuencia, expresan claramente que no todos se hallaban en condiciones de comprender ciertas verdades.

12. *Aquellos de vuestro pueblo a quienes hicieron morir,* vivirán de nuevo. *Los que eran muertos en medio de mí, resucitarán. Despertad de vuestro sueño y cantad alabanzas a Dios, vosotros que habitáis en el polvo. Porque el rocío que cae sobre vosotros es un rocío de luz, y porque arrasaréis la Tierra y el reino de los gigantes.* (*Isaías*, 26:19.)

13. Este pasaje de Isaías también es muy explícito: "Aquellos de vuestro pueblo a quienes hicieron morir, *vivirán de nuevo*". Si el profeta hubiese pretendido hablar de la vida espiritual, si hubiese querido decir que aquellos que habían sido ejecutados no estaban muertos en Espíritu, habría dicho: *aún viven*, y no: *vivirán de nuevo*. En el sentido espiritual, esas palabras serían absurdas, puesto que implicarían una interrupción en la vida del alma. En el sentido de *regeneración moral*, serían la negación de las penas eternas, puesto que establecen, en principio, que *todos los que están muertos revivirán*.

14. *Pero cuando el hombre ha muerto* una vez*; cuando su cuerpo, separado de su espíritu, es consumido, ¿en qué se convierte?" - "Si el hombre ha muerto* una vez*, ¿podría* revivir de nuevo*? En esta guerra en que me encuentro todos los días de mi vida, espero que llegue mi cambio.* (*Job*, 14:10 y 14. Traducción de Le Maistre de Sacy.)

*Cuando el hombre muere, pierde toda su fuerza, expira. Después, ¿dónde está él? - Si el hombre muere,* ¿revivirá? *¿Esperaré todos los días de mi combate, hasta que me llegue algún cambio?* (Ibíd. Traducción protestante de Osterwald.)

*Cuando el hombre ha muerto, vive siempre. Al concluir los días de* mi existencia terrenal, *esperaré, porque* volveré de nuevo aquí. (Ibíd. Versión de la Iglesia griega.)

15. El principio de la pluralidad de existencias se encuentra claramente expresado en esas tres versiones. No se puede suponer que Job pretendía aludir a la regeneración por medio del agua del bautismo, que por cierto no conocía. "Si el hombre ha muerto *una vez*, ¿podría *revivir de nuevo*?" La idea de morir una vez y de revivir, implica la de morir y revivir muchas veces. La versión de la Iglesia griega es aún más explícita, si es eso posible: "Al concluir los días de mi *existencia terrenal*, esperaré, porque *volveré de nuevo aquí*", es decir, volveré a la existencia terrenal. Está tan claro como si alguien dijera: "Salgo de mi casa, pero a ella regresaré".

"En esta guerra en que me encuentro todos los días de mi vida, *espero* que llegue mi cambio." Job pretende, evidentemente, referirse a la lucha que sostenía contra las miserias de la vida. Espera su cambio, es decir, se resigna. En la versión griega, *esperaré* parece aplicarse más bien a una nueva existencia: "Cuando mi existencia terrenal haya concluido, *esperaré*, porque volveré de nuevo aquí". Job parece colocarse, después de la muerte, en el intervalo que separa una existencia de otra, y dice que allí aguardará el momento de volver.

16. Así pues, no cabe duda de que, con el nombre *resurrección*, el principio de la reencarnación era una de las creencias fundamentales de los judíos, y que ese principio fue confirmado por Jesús, así como por los profetas, de una manera formal. De ahí se sigue que negar la reencarnación implica renegar de las palabras de Cristo. Un día sus palabras constituirán autoridad respecto a ese punto, así como a muchos otros, cuando se reflexione acerca de ellas sin ideas preconcebidas.

17. Con todo, a esa autoridad, desde el punto de vista religioso, viene a sumarse, desde el punto de vista filosófico, la de las pruebas que resultan de la observación de los hechos. Cuando de los efectos queremos remontarnos a las causas, la reencarnación aparece como una necesidad absoluta, como una condición inherente a la humanidad; en una palabra, como una ley de la naturaleza. Por sus resultados, se revela de un modo, por decirlo así, material, de la misma forma que el motor oculto se revela por el movimiento que genera. Sólo la reencarnación puede decir al hombre *de dónde viene, adónde va y por qué está en la Tierra*, así como justificar todas las anomalías y todas las injusticias aparentes que presenta la vida.[7]

Sin el principio de la preexistencia del alma y de la pluralidad de las existencias, la mayoría de las máximas del Evangelio son ininteligibles. Por esa razón dieron origen a interpretaciones tan contradictorias. Ese principio es la clave que habrá de restituirles su verdadero sentido.

7. Para los desarrollos acerca del dogma de la reencarnación, véase Allan Kardec, *El libro de los Espíritus*, caps. IV y V; *¿Qué es el espiritismo?*, cap. II.; y Pezzani, *La pluralidad de las existencias*. (N. de Allan Kardec.)

## La reencarnación fortalece los lazos de familia, mientras que la unicidad de la existencia los rompe

18. Los lazos de familia no son destruidos en modo alguno por la reencarnación, a diferencia de lo que piensan ciertas personas. Por el contrario, se fortalecen y se estrechan. El principio opuesto es el que los destruye.

En el espacio, los Espíritus forman grupos o familias unidos por el afecto, la simpatía y la semejanza de inclinaciones. Esos Espíritus, felices de estar juntos, se buscan unos a otros. La encarnación sólo los separa momentáneamente, porque, cuando vuelven a la erraticidad, se reencuentran como lo hacen los amigos al regresar de un viaje. Muchas veces, incluso, se siguen unos a otros en la encarnación, donde se los reúne en una misma familia, o en un mismo ámbito, a fin de que trabajen juntos para su mutuo adelanto. Si unos encarnan y otros no, no por eso dejan de estar unidos mediante el pensamiento. Los que están libres velan por los que se encuentran en cautiverio. Los más adelantados se esfuerzan por hacer que progresen los rezagados. Después de cada existencia, han dado un paso en el camino de la perfección. Cada vez menos apegados a la materia, su afecto es más vivo, precisamente porque es más puro, y ya no lo perturban el egoísmo ni la sombra de las pasiones. Por consiguiente, los Espíritus pueden, de ese modo, recorrer un número ilimitado de existencias corporales, sin que ningún golpe perjudique el mutuo afecto que los une.

Quede bien claro que aquí se trata del afecto real, de alma a alma, el único que sobrevive a la destrucción del cuerpo, porque los seres que en la Tierra se unen solamente por los sentidos, no tienen ningún motivo para buscarse en el mundo de los Espíritus. Sólo son duraderos los afectos espirituales.

Los de índole carnal se extinguen junto con la causa que les dio origen. Ahora bien, esa causa ya no existe en el mundo de los Espíritus. El alma, en cambio, existe siempre. En cuanto a las personas unidas tan sólo por un motivo de interés, no son realmente nada la una para la otra; la muerte las separa en la Tierra y también en el Cielo.

19. La unión y el afecto que existen entre los parientes son un indicio de la simpatía anterior que los aproximó. Por eso se suele decir, cuando se habla de una persona cuyo carácter, gustos e inclinaciones no tienen ninguna semejanza con los de sus allegados, que esa persona no es de la familia. Al decir eso, se enuncia una verdad más grande de lo que se supone. Dios permite, en las familias, esas encarnaciones de Espíritus antipáticos o extraños, con el doble objetivo de servir de prueba para unos y de medio de progreso para otros. Además, los malos mejoran poco a poco al establecer contacto con los buenos y por efecto de los cuidados que de ellos reciben. Su carácter se suaviza, sus costumbres se depuran, las antipatías se disipan. Así se establece la fusión entre las diferentes categorías de Espíritus, del mismo modo que se da en la Tierra entre las razas y los pueblos.

20. El temor al aumento ilimitado de la parentela como consecuencia de la reencarnación es un temor egoísta, que demuestra en quien lo experimenta una falta de amor suficientemente amplio para abarcar a un gran número de personas. Un padre que tiene muchos hijos, ¿los ama menos de lo que amaría a uno de ellos, si fuese único? No obstante, tranquilícense los egoístas, pues ese temor no tiene sustento. El hecho de que un hombre haya tenido diez encarnaciones, no signi-

fica que en el mundo de los Espíritus habrá de encontrar diez padres, diez madres, diez esposas y un número proporcional de hijos y de nuevos parientes. Allá encontrará siempre a los que han sido objeto de su afecto y que estuvieron ligados a él en la Tierra, con grados de parentesco diferentes, o tal vez con el mismo.

21. Veamos ahora las consecuencias de la doctrina de la no-reencarnación. Esta doctrina anula necesariamente la preexistencia del alma. Al ser creadas al mismo tiempo que los cuerpos, no existe entre las almas ningún lazo anterior; son completamente extrañas unas a otras. El padre es extraño a su hijo. Así, la filiación de las familias se encuentra reducida exclusivamente a la filiación corporal, sin ningún lazo espiritual. Por consiguiente, no hay motivo alguno para vanagloriarse de haber tenido por antepasados a tales o cuales personajes ilustres. Con la reencarnación, en cambio, antepasados y descendientes pueden haberse conocido, haber vivido juntos, haberse amado y, más tarde, reunirse a fin de estrechar sus lazos de simpatía.

22. Eso en cuanto al pasado. En cuanto al porvenir, según uno de los dogmas fundamentales que se deducen de la no-reencarnación, el destino de las almas queda irremediablemente determinado después de una sola existencia. La fijación definitiva del destino implica la cesación de todo tipo de progreso, porque si existe algún progreso, ya no hay destino definitivo. Conforme hayan vivido bien o mal, las almas van de inmediato a la morada de los bienaventurados o al infierno eterno. *De ese modo, quedan inmediatamente separadas, para siempre, sin la esperanza de volver a unirse nunca más.* Pa-

dres, madres e hijos, maridos y esposas, hermanos, hermanas y amigos, ya no pueden tener la certeza de volverse a ver. Eso constituye la ruptura inexorable de los lazos de familia.

Con la reencarnación, en cambio, y con el progreso que es su consecuencia, los que se han amado vuelven a reunirse en la Tierra y en el espacio, y marchan juntos para llegar a Dios. Si algunos desfallecen en el camino, retrasan su adelanto y su felicidad, pero la esperanza no está perdida. Mediante el auxilio, el estímulo y el amparo de los que los aman, habrán de salir un día del cenagal en que se sumergieron. Con la reencarnación, por último, existe solidaridad perpetua entre los encarnados y los desencarnados y, por consiguiente, los lazos de afecto se estrechan.

23. En resumen, cuatro alternativas se presentan al hombre en relación con su porvenir de ultratumba: 1.ª) la nada, según la doctrina materialista; 2.ª) la absorción en el todo universal, según la doctrina panteísta; 3.ª) la individualidad con fijación definitiva del destino, según la doctrina de la Iglesia; y 4.ª) la individualidad con progreso ilimitado, según la doctrina espírita. Conforme a las dos primeras, los lazos de familia se rompen al producirse la muerte, sin que haya esperanza alguna de que las almas se vuelvan a encontrar en el porvenir. Con la tercera, pueden volverse a ver, siempre que estén en la misma región, que tanto puede ser el Infierno como el Paraíso. Finalmente, con la pluralidad de las existencias, que es inseparable del progreso gradual, existe la certeza de la continuidad de las relaciones entre los que se han amado, y eso es lo que constituye la verdadera familia.

INSTRUCCIONES DE LOS ESPÍRITUS

## Límites de la encarnación

24. *¿Cuáles son los límites de la encarnación?*

Para hablar con propiedad, si nos referimos a la envoltura que constituye el cuerpo del Espíritu, la encarnación no tiene límites marcados con precisión, puesto que la materialidad de esa envoltura disminuye a medida que el Espíritu se purifica. En algunos mundos, más adelantados que la Tierra, ese cuerpo es menos compacto, menos pesado y menos denso y, por consiguiente, se halla menos sujeto a vicisitudes. En un grado de mayor elevación, es diáfano y casi fluídico. De grado en grado se desmaterializa y concluye por confundirse con el periespíritu. Según el mundo en que debe vivir, el Espíritu toma la envoltura apropiada a la naturaleza de ese mundo.

Incluso el periespíritu sufre transformaciones sucesivas. Se vuelve cada vez más etéreo, hasta la purificación completa que caracteriza a los Espíritus puros. Si bien hay mundos especiales destinados a la estadía de los Espíritus muy adelantados, estos no se encuentran sujetos a aquellos, como sucede en los mundos inferiores. El estado de desprendimiento en que se encuentran les permite trasladarse a todos los lugares a donde los convoquen las misiones que se les confían.

Si se considera la encarnación desde el punto de vista material, tal como tiene lugar en la Tierra, se puede decir que está limitada a los mundos inferiores. Por consiguiente, depende del Espíritu liberarse de ella con mayor o menor celeridad, mediante el trabajo destinado a su purificación.

También es preciso considerar que en el estado errante, es decir, en el intervalo de las existencias corporales, la situación

del Espíritu guarda relación con la naturaleza del mundo al que lo liga su grado de adelanto. De modo que, en la erraticidad, el Espíritu es más o menos feliz, libre e ilustrado, según se halle más o menos desmaterializado. (San Luis. París, 1859.)

## Necesidad de la encarnación

25. *La encarnación, ¿es un castigo? ¿Sólo los Espíritus culpables están sujetos a ella?*

El paso de los Espíritus por la vida corporal es necesario para que estos puedan cumplir, con el auxilio de una acción material, los designios cuya ejecución Dios les confía. La encarnación también es necesaria para ellos mismos, porque la actividad que están obligados a desplegar contribuye al desarrollo de su inteligencia. Dado que Dios es soberanamente justo, debe hacer una distribución equitativa entre sus hijos. Por eso asigna a todos ellos el mismo punto de partida, la misma aptitud, *las mismas obligaciones que cumplir y la misma libertad para obrar*. Cualquier privilegio sería una preferencia; y cualquier preferencia, una injusticia. Con todo, la encarnación, para la totalidad de los Espíritus, no es más que un estado transitorio. Es una tarea que Dios les impone cuando dan comienzo a su vida, como prueba inicial del uso que harán de su libre albedrío. Los que cumplen esa tarea con esmero trasponen rápidamente y con menos pesares los primeros escalones de la iniciación, y gozan más pronto del fruto de su labor. Por el contrario, los que emplean indebidamente la libertad que Dios les concede, retardan su progreso. Así, por su obstinación, pueden prolongar indefinidamente la necesidad

de reencarnar, y en ese caso la encarnación se convierte en un castigo. (San Luis. París, 1859.)

26. *Nota*. Una comparación vulgar permitirá que se comprenda mejor esta diferencia. El estudiante sólo llega a los grados superiores de la ciencia después de haber recorrido la serie de clases que lo conducirán hasta allí. Esas clases, sea cual fuere el trabajo que exijan, son un medio para alcanzar el objetivo, y no un castigo. El estudiante esforzado abrevia el camino y encuentra en él menos espinos. Diferente es lo que sucede con aquel cuya negligencia y pereza lo obligan a repetir determinadas clases. No es, por lo tanto, la tarea de la clase lo que constituye un castigo, sino la obligación de volver a comenzar la misma tarea.

Algo similar sucede con el hombre en la Tierra. Para el Espíritu del salvaje, que está casi al comienzo de la vida espiritual, la encarnación es un medio para que desarrolle su inteligencia. En cambio, para el hombre esclarecido, cuyo sentido moral se encuentra ampliamente desarrollado, pero que está obligado a recorrer de nuevo las etapas de una vida corporal llena de angustias, cuando ya podría haber alcanzado el objetivo, la encarnación es un castigo, por la necesidad que tiene de prolongar su permanencia en los mundos inferiores y desdichados. Por el contrario, aquel que trabaja activamente por su progreso moral, no sólo puede abreviar la duración de la encarnación material, sino también superar de una sola vez los grados intermedios que lo separan de los mundos superiores.

Los Espíritus, ¿no podrían encarnar sólo una vez en el mismo planeta, y cumplir sus diferentes existencias en esferas también diferentes? Esta opinión sería admisible si todos los hombres de la Tierra estuvieran exactamente en el mismo ni-

vel intelectual y moral. Las diferencias que existen entre ellos, desde el salvaje hasta el hombre civilizado, ponen de manifiesto los grados que están llamados a recorrer. Por otra parte, la encarnación debe tener un objetivo útil. Ahora bien, ¿cuál sería el objetivo de las encarnaciones efímeras de los niños que mueren en edad temprana? Habrían sufrido sin provecho para ellos ni para los demás. Dios, cuyas leyes son soberanamente sabias, no hace nada que no tenga un fin útil. Mediante la reencarnación en el mismo planeta, Él ha querido que los mismos Espíritus, al encontrarse de nuevo y ponerse en contacto, tuvieran la ocasión de reparar sus errores recíprocos. Por medio de esas relaciones anteriores, Dios ha querido además que los Espíritus establezcan los lazos de familia en una base espiritual, así como sustentar en una ley de la naturaleza los principios de solidaridad, fraternidad e igualdad.

## Capítulo V

# Bienaventurados los afligidos

Justicia de las aflicciones.- Causas actuales de las aflicciones.- Causas anteriores de las aflicciones.- Olvido del pasado.- Motivos de resignación.- El suicidio y la locura.- *Instrucciones de los Espíritus*: Sufrir bien y sufrir mal.- El mal y el remedio.- La felicidad no es de este mundo.- Pérdida de las personas amadas. Muertes prematuras.- Si fuera un hombre de bien, habría muerto.- Los tormentos voluntarios.- La verdadera desgracia.- La melancolía.- Pruebas voluntarias. El verdadero cilicio.- ¿Debe ponerse término a las pruebas del prójimo? - ¿Será lícito abreviar la vida de un enfermo que sufre sin esperanza de curarse? - Sacrificio de la propia vida.- Provecho de los padecimientos para el prójimo.

1. *Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados. Bienaventurados los que padecen persecuciones por la justicia, porque de ellos es el reino de los Cielos.* (*San Mateo*, 5:5, 6 y 10.)

2. *Bienaventurados vosotros, los que sois pobres, porque vuestro es el reino de los Cielos. Bienaventurados vosotros, los que tenéis hambre ahora, porque seréis saciados. Felices voso-*

*tros, los que lloráis ahora, porque reiréis.* (*San Lucas*, 6:20 y 21.)

*Mas ¡ay de vosotros, los ricos!, porque tenéis vuestro consuelo en el mundo. ¡Ay de vosotros, los que estáis saciados!, porque tendréis hambre. ¡Ay de vosotros, los que reís ahora!, porque gemiréis y lloraréis.* (*San Lucas*, 6:24 y 25.)

## Justicia de las aflicciones

3. Las compensaciones que Jesús promete a los afligidos de la Tierra sólo pueden tener lugar en la vida futura. Sin la certeza del porvenir, esas máximas serían absurdas; más aún, serían un engaño. Incluso con esa certeza, difícilmente comprendemos la utilidad de sufrir para ser felices. Se dice que así sucede para conseguir más mérito. Pero en ese caso nos preguntamos: ¿por qué algunos sufren más que otros? ¿Por qué algunos nacen en la miseria y otros en la opulencia, sin que hayan hecho nada que justifique esa situación? ¿Por qué a algunos nada les sale bien, mientras que a otros todo parece sonreírles? Sin embargo, lo que se comprende menos aún es ver los bienes y los males tan desigualmente distribuidos entre el vicio y la virtud; así como ver que los hombres virtuosos sufren al lado de los malos que prosperan. La fe en el porvenir puede consolar y aportar paciencia, pero no explica esas anomalías que en apariencia desmienten la justicia de Dios.

No obstante, siempre que se admita la existencia de Dios, no es posible concebirlo sin la infinitud de las perfecciones. Dios debe ser todo poder, todo justicia, todo bondad, pues sin eso no sería Dios. Ahora bien, si Dios es soberanamente bueno y justo, no puede obrar por capricho ni con parciali-

dad. *Las vicisitudes de la vida tienen, pues, una causa, y puesto que Dios es justo, esa causa debe ser justa.* Esto es lo que todos debemos asimilar correctamente. Dios orientó a los hombres hacia el descubrimiento de esa causa mediante las enseñanzas de Jesús y, en la actualidad, al juzgar que se hallan suficientemente maduros para comprenderla, la revela por completo a través del *espiritismo*, es decir, mediante la *voz de los Espíritus*.

## Causas actuales de las aflicciones

4. Las vicisitudes de la vida son de dos clases o, si se prefiere, tienen dos orígenes muy diferentes que conviene distinguir. Las hay cuya causa está en la vida presente; otras la tienen fuera de esta vida.

Si nos remontamos al origen de los males terrenales, se reconocerá que muchos de ellos son una consecuencia natural del carácter y de la conducta de quienes los padecen.

¡Cuántos hombres caen por su propia culpa! ¡Cuántos son víctimas de su imprevisión, de su orgullo y de su ambición!

¡Cuántos terminan en la ruina por falta de orden, de perseverancia, porque no tienen conducta o porque no supieron poner un límite a sus deseos!

¡Cuántas uniones desdichadas, porque son fruto de un cálculo de intereses o de la vanidad, y en las cuales el corazón no ha participado en modo alguno!

¡Cuántas disensiones y querellas funestas habrían podido evitarse con mayor moderación y menos susceptibilidad!

¡Cuántas dolencias y enfermedades son consecuencia de la intemperancia y de los excesos de toda clase!

¡Cuántos padres son infelices debido a sus hijos, porque no combatieron en ellos las malas tendencias desde el principio! Por debilidad o indiferencia dejaron que se desarrollaran en ellos los gérmenes del orgullo, del egoísmo y de la torpe vanidad, que vuelven insensible al corazón. Después, más tarde, cuando recogen lo que sembraron, se sorprenden y se lamentan de la falta de respeto y de la ingratitud de sus hijos.

Todos aquellos cuyo corazón ha sido lastimado por las vicisitudes y los desengaños de la vida, interroguen con serenidad a su conciencia; remóntense paso a paso hasta el origen de los males que los afligen, y descubrirán que la mayoría de las veces pueden afirmar: *Si hubiese hecho o si hubiese dejado de hacer tal cosa, no me encontraría en esta situación.*

¿A quién, pues, debemos responsabilizar de todas esas aflicciones, sino a nosotros mismos? Por consiguiente, el hombre es, en un gran número de casos, el artífice de sus propios infortunios. No obstante, en vez de reconocerlo, encuentra más sencillo y menos humillante para su vanidad acusar de ello a la suerte, a la Providencia, a la falta de oportunidades, a su mala estrella, cuando en realidad su mala estrella reside en su propia incuria.

Los males de esa naturaleza aportan, con toda seguridad, una significativa contribución a las vicisitudes de la vida. El hombre habrá de evitarlas cuando trabaje para su mejoramiento moral tanto como lo hace para su mejoramiento intelectual.

5. La ley humana contempla ciertas faltas y las penaliza. El condenado puede, pues, reconocer que sufre la consecuencia de lo que ha hecho. Con todo, la ley no abarca, ni puede abarcar, todas las faltas. Reprime más especialmente a las que cau-

san perjuicio a la sociedad, pero no a las que sólo perjudican a quienes las cometen. Sin embargo, Dios quiere el progreso de todas sus criaturas, y por eso no deja impune ninguno de los desvíos del camino recto. No existe una sola falta, por mínima que sea, ni una sola infracción a la ley de Dios, que no tenga consecuencias forzosas e inevitables, más o menos molestas. De ahí se sigue que, tanto en las cosas de menor significación como en las importantes, el hombre siempre es castigado por donde pecó. Los padecimientos que resultan de su falta constituyen para él una advertencia de que ha obrado mal. Le sirven de experiencia, le hacen sentir la diferencia entre el bien y el mal, así como la necesidad de mejorar con el fin de evitar, en lo sucesivo, aquello que se transformó para él en una fuente de pesares. Si no fuera así, no tendría ningún motivo para enmendarse. Confiado en la impunidad, retardaría su adelanto y, por consiguiente, su felicidad futura.

Pero algunas veces la experiencia llega un poco tarde. Cuando la vida ha sido desperdiciada y perturbada, cuando las fuerzas se han debilitado y el mal no tiene remedio, el hombre exclama: "Si al principio de la vida hubiese sabido lo que sé ahora, ¡cuántos pasos en falso habría evitado! *Si tuviera que volver a empezar*, me conduciría de muy distinto modo. ¡Pero ya no queda tiempo!" Así como el obrero perezoso dice: "Perdí el día", él dice también: "He perdido mi vida". No obstante, del mismo modo que para el obrero el sol sale al día siguiente, y empieza una nueva jornada que le permite recuperar el tiempo perdido, también para el hombre, después de la noche de la tumba, resplandecerá el sol de una nueva vida, en la que podrá aprovechar la experiencia del pasado y las resoluciones acertadas que tomó para el porvenir.

## Causas anteriores de las aflicciones

6. Si bien en esta vida existen males cuya causa principal es el hombre, hay otros a los que es ajeno por completo, al menos en apariencia, y que parecen afectarlo como por obra de la fatalidad. Son ellos, por ejemplo, la pérdida de los seres queridos y la de los que constituyen el sostén de la familia. También son los accidentes que ninguna previsión hubiera podido evitar; los reveses de fortuna que frustran todas las medidas de prudencia; las plagas naturales; las enfermedades de nacimiento, particularmente aquellas que quitan a tantos desdichados los medios de ganarse la vida con su trabajo: las deformidades, la idiotez, el cretinismo, etc.

Los que nacen en semejantes condiciones, seguramente no han hecho nada en esta vida para merecer, sin compensación alguna, una suerte tan triste, que no pudieron evitar, que están en la imposibilidad de cambiar por sí mismos, y que los deja a merced de la conmiseración pública. ¿Por qué, pues, existen esos seres tan infortunados, mientras que a su lado, bajo un mismo techo y en la misma familia, hay otros favorecidos en todos los sentidos?

¿Qué diremos, por último, de esos niños que mueren en edad temprana, que no conocieron de la vida más que los padecimientos? Se trata de problemas que ninguna filosofía ha podido aún resolver, anomalías que ninguna religión ha podido justificar, y que serían la negación de la bondad, de la justicia y de la providencia de Dios, en la hipótesis de que el alma sea creada al mismo tiempo que el cuerpo, y que su suerte esté irremediablemente fijada después de una permanencia de algunos instantes en la Tierra. ¿Qué han hecho esas almas, que acaban de salir de las manos del Creador, para su-

frir tantas miserias en este mundo, así como para merecer en el porvenir una recompensa o un castigo cualquiera, cuando no han podido hacer ni bien ni mal?

Con todo, en virtud del axioma según el cual *todo efecto tiene una causa*, esas miserias son efectos que deben tener una causa; y desde el momento en que admitimos la existencia de un Dios justo, esa causa también debe ser justa. Ahora bien, como la causa precede siempre al efecto, si aquella no está en la vida actual, debe ser anterior a esta vida, es decir, debe pertenecer a una existencia precedente. Por otra parte, como no es posible que Dios castigue a alguien por el bien que ha hecho ni por el mal que no ha hecho, si somos castigados, es porque hemos obrado mal. Si no hemos hecho el mal en esta vida, lo hicimos en otra. Nadie puede evadir esta alternativa, en la que la lógica determina de qué lado está la justicia de Dios.

Por consiguiente, el hombre no es castigado siempre, o completamente castigado, en su existencia presente, pero nunca escapa a las consecuencias de sus faltas. La prosperidad del malo sólo es momentánea, pues si no expía hoy, expiará mañana, mientras que el que sufre está expiando su pasado. La desgracia que en un principio parece inmerecida tiene, pues, su razón de ser, y el que sufre puede decir en todos los casos: "Perdóname, Señor, porque he pecado".

7. Los padecimientos que se deben a causas anteriores suelen ser, al igual que los derivados de las faltas actuales, la consecuencia natural de las faltas cometidas. Esto significa que, por una justicia distributiva rigurosa, el hombre sufre lo que ha hecho sufrir a otros. Si ha sido duro e inhumano, podrá a su vez ser tratado con dureza e inhumanidad. Si ha sido orgulloso, podrá nacer en una condición humillante. Si ha

sido avaro, egoísta, o ha hecho mal uso de su fortuna, podrá carecer de lo necesario. Si ha sido mal hijo, los suyos lo harán sufrir, etc.

Así se explican, mediante la pluralidad de las existencias y el destino de la Tierra como mundo expiatorio, las anomalías que presenta la distribución de la felicidad y de la desgracia entre los buenos y los malos en este mundo. Esas anomalías sólo existen en apariencia, porque se las considera solamente desde el punto de vista de la vida presente. No obstante, aquel que se eleve con el pensamiento, de modo de abarcar una serie de existencias, verá que a cada uno se le ha dado la parte que merece, sin perjuicio de la que le corresponderá en el mundo de los Espíritus, y descubrirá que la justicia de Dios nunca cesa.

El hombre jamás debe olvidar que se halla en un mundo inferior, en el que sólo lo retienen sus imperfecciones. Ante cada vicisitud debe decirse que, si perteneciera a un mundo más adelantado, no le sucedería eso, y que de él depende no volver más aquí, trabajando para su mejoramiento.

8. Las tribulaciones de la vida son impuestas a los Espíritus empedernidos, o bien a los Espíritus demasiado ignorantes, que no pueden hacer una elección con conocimiento de causa. En cambio, son elegidas libremente y aceptadas por los Espíritus *arrepentidos*, que quieren reparar el mal que han hecho y se proponen obrar mejor. Lo mismo sucede con el que ha desempeñado mal su tarea y solicita empezarla de nuevo, para no perder el beneficio de su trabajo. Por consiguiente, esas tribulaciones son, al mismo tiempo, expiaciones que castigan el pasado, y pruebas que preparan el porvenir. Demos gracias a Dios porque, en su bondad, concede al hombre la

facultad de la reparación y no lo condena irremediablemente por una primera falta.

9. Con todo, no debe creerse que los padecimientos que se soportan en la Tierra son necesariamente el indicio de una falta determinada. A menudo son simples pruebas que el Espíritu elige para acabar su purificación y acelerar su adelanto. Así, la expiación sirve siempre de prueba, pero la prueba no siempre es una expiación. No obstante, tanto las pruebas como las expiaciones son siempre señales de una inferioridad relativa, porque quien es perfecto no tiene necesidad de ser puesto a prueba. Es posible, pues, que un Espíritu haya adquirido cierto grado de elevación y que, si quiere adelantar aún más, solicite una misión, una tarea que cumplir, por la que, en caso de que salga victorioso, será tanto más recompensado cuanto más penosa haya sido la lucha. Tales son, en especial, esas personas de instintos naturalmente buenos, de alma elevada, de nobles sentimientos innatos, que parece que no trajeron nada malo de sus existencias precedentes, y que sufren con resignación cristiana los más grandes dolores, de modo que sólo piden a Dios sobrellevarlos sin quejarse. Por el contrario, podemos considerar expiaciones las aflicciones que provocan quejas e impulsan al hombre a revelarse contra Dios.

El sufrimiento que no provoca quejas, sin duda puede ser una expiación, pero eso indica que ha sido escogida voluntariamente y no impuesta, y que constituye la muestra de una firme resolución, lo que es un signo de progreso.

10. Los Espíritus sólo pueden aspirar a la perfecta felicidad cuando son puros: toda mancha les impide el ingreso en los mundos dichosos. Son como los pasajeros de una nave

afectada por la peste, a los que les está prohibido entrar en una ciudad hasta que se hayan curado. Los Espíritus se despojan poco a poco de sus imperfecciones en las diversas existencias corporales. Las pruebas de la vida contribuyen a su adelanto cuando se sobrellevan bien. En calidad de expiaciones, borran las faltas y purifican. Son como el remedio que limpia las llagas y cura al enfermo. Cuanto más grave es el mal, tanto más enérgico debe ser el remedio. Por consiguiente, el que sufre mucho debe reconocer que tenía mucho que expiar, y alegrarse de que pronto estará curado. Depende de él, por medio de su resignación, hacer que ese sufrimiento sea productivo, y no perder el fruto con sus quejas, pues de lo contrario tendrá que volver a empezar.

## Olvido del pasado

11. En vano se alega que el olvido constituye un obstáculo para que se pueda aprovechar la experiencia de las existencias anteriores. Si Dios ha juzgado conveniente echar un velo sobre el pasado, es porque eso resulta útil. En efecto, ese recuerdo traería inconvenientes muy graves. Podría, en ciertos casos, humillarnos sorprendentemente, o bien exaltar nuestro orgullo, y por lo mismo poner trabas a nuestro libre albedrío. En todos los casos, ocasionaría una perturbación inevitable en las relaciones sociales.

El Espíritu renace a menudo en el mismo medio en que ha vivido ya, y establece relaciones con las mismas personas, a fin de reparar el mal que les ha hecho. Si reconociera en ellas a las personas que ha odiado, tal vez su odio se despertaría otra

vez. Y en todos los casos se sentiría humillado por la presencia de aquellos a los que hubiera ofendido.

Dios nos ha dado, para que mejoremos, precisamente lo que nos es necesario y suficiente: la voz de la conciencia y nuestras tendencias instintivas. Asimismo, nos quita lo que podría perjudicarnos.

Al nacer, el hombre trae consigo lo que ha adquirido. Nace siendo lo que él hizo de sí mismo. Cada existencia es para él un nuevo punto de partida. Poco le importa saber lo que fue antes. Si es castigado, se debe a que ha hecho el mal. Sus tendencias malas actuales son indicio de lo que le falta corregir en él, y en eso debe concentrar toda su atención, porque de aquello de lo que se ha corregido completamente, no queda rastro alguno. Las buenas resoluciones que ha tomado son la voz de la conciencia, que le advierte acerca de lo que está bien y de lo que está mal, y le da fuerzas para resistir a las malas tentaciones.

Por lo demás, ese olvido sólo tiene lugar durante la vida corporal. Cuando regresa a la vida espiritual, el Espíritu recobra el recuerdo del pasado. Sólo se trata, pues, de una interrupción momentánea, semejante a la que se produce en la vida terrenal durante el sueño, que no nos impide recordar al día siguiente lo que hemos hecho en la víspera y en los días precedentes.

Incluso no sólo después de la muerte el Espíritu recobra el recuerdo de su pasado. Se puede decir que no lo pierde nunca, pues la experiencia demuestra que, aunque esté encarnado, durante el sueño del cuerpo y mientras goza de cierta libertad, el Espíritu tiene conciencia de sus actos anteriores. Sabe por qué sufre, y sabe que este sufrimiento es merecido. El recuerdo sólo se borra durante la vida exterior de relación.

Con todo, a falta de un recuerdo preciso, que podría resultarle penoso y perjudicar sus relaciones sociales, el Espíritu toma nuevas fuerzas en esos instantes de emancipación del alma, en caso de que sepa aprovecharlos.

## Motivos de resignación

12. Con estas palabras: *Bienaventurados los afligidos, porque serán consolados*, Jesús indica, al mismo tiempo, la compensación que aguarda a los que sufren, y la resignación que hace bendecir al sufrimiento como preludio de la curación.

Esas palabras también pueden traducirse de este modo: "Debéis consideraros felices de sufrir, porque vuestros dolores en este mundo son el pago de la deuda que habéis adquirido mediante vuestras faltas pasadas, y esos dolores, cuando se soportan con paciencia en la Tierra, os ahorran siglos de padecimientos en la vida futura. Así pues, debéis sentiros felices de que Dios reduzca vuestra deuda y os permita que la saldéis ahora, pues eso os garantizará tranquilidad en el porvenir".

El hombre que sufre es semejante al deudor de una cantidad importante, y a quien su acreedor propone: "Si hoy mismo me pagas la centésima parte de tu deuda, te condonaré el resto y quedarás libre. Si no lo haces, te perseguiré hasta que hayas pagado el último centavo". El deudor, ¿no se sentiría feliz de soportar toda clase de privaciones para liberarse mediante el pago de tan sólo la centésima parte de lo que debe? En vez de quejarse de su acreedor, ¿no le daría las gracias?

Ese es el sentido de estas palabras: "Bienaventurados los afligidos, porque serán consolados". Son felices porque pagan sus deudas, y porque después de hacerlo quedarán libres.

No obstante, si por un lado pagan y por el otro vuelven a endeudarse, nunca se liberarán. Ahora bien, cada nueva falta aumenta la deuda, puesto que no hay una sola, sea cual fuere, que no lleve consigo su castigo necesario e inevitable. Si no es hoy, será mañana. Si no es en esta vida, será en otra. Entre esas faltas es preciso colocar en primer lugar la ausencia de sumisión a la voluntad de Dios. Entonces, si en las aflicciones nos quejamos, si no las aceptamos con resignación y como algo que tenemos merecido, si acusamos a Dios de ser injusto, contraemos una deuda nueva, que nos hace perder el beneficio que habríamos podido obtener del sufrimiento. Por esa razón tendremos que empezar de nuevo, como si a un acreedor que nos presiona, le pagásemos una cantidad a cuenta, y la tomáramos en préstamo de nuevo.

A su ingreso en el mundo de los Espíritus, los hombres aún se encuentran como los obreros que se presentan el día de pago. A unos dirá el patrón: "Aquí tenéis el pago de vuestros días de trabajo". A otros, a los felices de la Tierra, a los que hayan vivido en la ociosidad y que hayan cifrado su felicidad en las satisfacciones del amor propio y en los goces mundanos, les dirá: "Nada os queda por recibir, porque ya habéis recibido vuestro salario en la Tierra. Id y comenzad de nuevo la tarea".

13. El hombre puede disminuir o aumentar la amargura de sus pruebas según el modo como encare la vida terrenal. Sufre tanto más cuanto más prolongada considera la duración del sufrimiento. Ahora bien, el que se coloca desde el punto de vista de la vida espiritual, abarca con una sola mirada la vida corporal. La ve como un punto en el infinito, comprende su brevedad y reconoce que ese momento penoso pasa muy pronto. La certeza de un porvenir próximo, que será más feliz, lo sostiene y lo anima, y en lugar de quejarse, da gracias al

Cielo por los dolores que lo hacen adelantar. En cambio, para aquel que sólo toma en cuenta la vida corporal, esta le parece interminable, y el dolor pesa sobre él con toda su fuerza. El modo espiritual de considerar la vida corporal disminuye la importancia de las cosas de este mundo, incita al hombre a moderar sus deseos y a conformarse con su posición sin envidiar la de los otros, al mismo tiempo que atenúa la impresión moral de los reveses y los desengaños que experimenta. Con ello se obtiene la calma y la resignación, tan útiles para la salud del cuerpo como para la del alma, mientras que con la envidia, los celos y la ambición, el hombre se entrega voluntariamente al tormento y, de ese modo, incrementa las miserias y las angustias de su corta existencia.

## El suicidio y la locura

14. La calma y la resignación que se logran mediante el modo espiritual de considerar la vida terrestre, así como la fe en el porvenir, otorgan al espíritu una serenidad que es la mejor prevención contra *la locura y el suicidio*. En efecto, es cierto que la mayor parte de los casos de locura se deben a la conmoción producida por las vicisitudes que el hombre no tiene coraje para soportar. Por consiguiente, si por la manera como el espiritismo le hace considerar las cosas de este mundo, el hombre toma con indiferencia, y aun con alegría, los reveses y los desengaños que en otras circunstancias lo habrían llevado a la desesperación, es evidente que esa fuerza, que lo coloca por encima de los acontecimientos, preserva su razón de las conmociones que, a no ser por dicha fuerza, lo habrían perturbado.

15. Lo mismo ocurre con el suicidio. Si exceptuamos los suicidios que tienen lugar en estado de embriaguez o de locura, a los que se puede denominar inconscientes, es evidente que, cualesquiera que sean los motivos particulares alegados, la causa del suicidio siempre es el descontento. Ahora bien, aquel que está convencido de que sólo es desdichado por un día y que los días siguientes serán mejores, fácilmente se armará de paciencia. Sólo se desespera en caso de que no vea el término de sus padecimientos. Pero ¿qué es la vida humana con respecto a la eternidad, sino mucho menos que un día? En cambio, aquel que no cree en la eternidad, aquel que considera que todo en él concluye junto con la vida, y además está agobiado por la tristeza y el infortunio, sólo ve en la muerte la solución para sus desventuras. Como no espera nada, encuentra muy natural, e incluso muy lógico, abreviar sus miserias mediante el suicidio.

16. La incredulidad, la simple duda acerca del porvenir, en una palabra, las ideas materialistas, son las más grandes instigadoras del suicidio, pues engendran la *cobardía moral.* Cuando vemos a algunos hombres de ciencia, que apoyados en la autoridad de su saber se esfuerzan en demostrar, a quienes los escuchan o leen, que el hombre nada tiene que esperar después de la muerte, ¿no están tratando de convencerlos de que, si son desdichados, lo mejor que pueden hacer es matarse? ¿Qué podrían decirles para desviarlos de esa consecuencia? ¿Qué compensación pueden ofrecerles? ¿Qué esperanza pueden darles? Ninguna, sino la nada. De ahí es preciso concluir que si la nada es el único remedio heroico, si es la única perspectiva, más vale caer en ella cuanto antes y no más tarde, y de ese modo sufrir durante menos tiempo.

La propagación de las ideas materialistas es, por consiguiente, el veneno que inocula la idea del suicidio en una gran cantidad de personas, y aquellos que se convierten en sus apóstoles asumen una tremenda responsabilidad. Dado que con el espiritismo no queda lugar para la duda, el concepto acerca de la vida cambia. El creyente sabe que la vida se prolonga indefinidamente más allá de la tumba, pero en muy diferentes condiciones. De ahí la paciencia y la resignación, que lo desvían naturalmente de la idea del suicidio. De ahí, en una palabra, el *valor moral*.

17. El espiritismo produce además, en ese aspecto, otro resultado también positivo, y tal vez más concluyente. Nos presenta a los propios suicidas, que acuden a explicarnos la desdichada situación en que se encuentran, lo cual demuestra que nadie viola impunemente la ley de Dios, que prohíbe al hombre abreviar su vida. Entre los suicidas encontramos aquellos cuyos padecimientos, aunque sean transitorios y no eternos, no dejan de ser menos terribles. La naturaleza de esos padecimientos invita a reflexionar a todo aquel que esté tentado de partir de aquí antes de que Dios lo disponga. El espírita tiene, pues, varios motivos para contraponer a la idea del suicidio: la *certeza* de una vida futura, en la cual *sabe* que será tanto más feliz cuanto más desdichado y más resignado haya sido en la Tierra; la *certeza* de que, si abrevia su vida, obtendrá un resultado enteramente opuesto al que esperaba; que se libera de un mal para caer en otro peor aún, más prolongado y más terrible; que se equivoca si cree que al matarse irá más pronto al Cielo; que el suicidio es un obstáculo para reunirse en el otro mundo con los seres que son objeto de su afecto y que esperaba encontrar allí. La consecuencia de todo eso es

que el suicidio sólo le reserva decepciones, razón por la cual es contrario a sus propios intereses. Por eso el número de suicidios que ha evitado el espiritismo es considerable, y de ello podemos inferir que cuando todos los hombres sean espíritas ya no habrá suicidios conscientes. Por lo tanto, si comparamos los resultados de la doctrina materialista con los de la doctrina espírita, sólo desde el punto de vista del suicidio, verificamos que la lógica de aquella conduce a él, mientras que la lógica de esta lo impide. Eso es lo que la experiencia confirma.

## INSTRUCCIONES DE LOS ESPÍRITUS

### Sufrir bien y sufrir mal

18. Cuando Cristo dijo: "Bienaventurados los afligidos, porque de ellos es el reino de los Cielos", no se refería de modo general a los que sufren, pues todos los que están en la Tierra sufren, tanto quienes ocupan un trono como los que duermen sobre la paja. No obstante, desgraciadamente, pocos son los que sufren bien. Pocos comprenden que sólo las pruebas que se soportan bien son las que conducen al reino de Dios. El desaliento es una falta. Dios se rehúsa a brindaros consuelo cuando os falta valor. La oración es un sostén para el alma, pero no basta: es preciso que se apoye en una fe viva en la bondad de Dios. Se os ha dicho a menudo que Él no deposita una pesada carga sobre espaldas débiles. La carga es proporcional a las fuerzas, así como la recompensa será proporcional a la resignación y al valor. La recompensa tendrá tanto más valor cuanto más penosa haya sido la aflicción. Pero esa recompensa debe ser merecida, por eso en la vida abundan las tribulaciones.

El militar que no es enviado a las líneas de fuego no está satisfecho, porque el descanso en el campamento no es propicio para su ascenso. Sed, pues, como el militar, y no anheléis un descanso con el que se entorpecería vuestro cuerpo y se embotaría vuestra alma. Cuando Dios os envíe a la lucha, poneos alegres. Esa lucha no consiste en el fuego de la batalla, sino en las amarguras de la vida, en las que a veces se necesita más valor que en un combate sangriento, pues quien se mantiene firme ante el enemigo puede flaquear bajo el peso de una pena moral. El hombre no recibe recompensa alguna para esa clase de valor, pero Dios le reserva la palma de la victoria y un lugar glorioso. Cuando tengáis un motivo para el sufrimiento o la contrariedad, intentad superarlo, y cuando lleguéis a dominar los impulsos de la impaciencia, de la cólera o la desesperación, decíos a vosotros mismos, con justa satisfacción: "He sido más fuerte".

*Bienaventurados los afligidos* puede, por consiguiente, traducirse de este modo: "Bienaventurados los que tienen ocasión de poner a prueba su fe, su firmeza, su perseverancia y su sumisión a la voluntad de Dios, porque obtendrán centuplicada la alegría que les falta en la Tierra, y a continuación del trabajo vendrá el descanso". (Lacordaire. El Havre, 1863.)

## El mal y el remedio

19. ¿Acaso vuestra Tierra es un lugar de alegrías, un paraíso de delicias? ¿No resuena aún en vuestros oídos la voz del profeta? ¿No proclamó que habría lágrimas y crujido de dientes para los que nacieran en este valle de dolores? ¡Vosotros, que venís a vivir en él, esperad, por lo tanto, lágrimas ardientes y penas amargas, y por más agudos y profundos que sean vuestros

dolores, levantad los ojos hacia el Cielo y bendecid al Señor porque ha querido probaros…! ¡Oh, hombres! ¿Acaso sólo reconoceréis el poder de vuestro Señor cuando Él haya curado las llagas de vuestro cuerpo y coronado vuestros días de beatitud y de gozo? ¿Acaso sólo reconoceréis su amor cuando haya adornado vuestro cuerpo con todas las glorias y le haya devuelto su resplandor y su blancura? Imitad a aquel que se os dio como ejemplo. Cuando llegó al grado extremo de la abyección y de la miseria, tendido en un estercolero[8], dijo a Dios: "¡Señor, he conocido todos los goces de la opulencia, y me habéis reducido a la miseria más profunda; gracias, gracias, Dios mío, porque quisisteis poner a prueba a vuestro servidor!" ¿Hasta cuándo vuestras miradas se detendrán en los horizontes delineados por la muerte? ¿Cuándo querrá vuestra alma lanzarse por fin más allá de los límites de una tumba? Con todo, aunque tuvierais que llorar y sufrir toda una vida, ¿qué representaría eso al lado de la gloria eterna que se reserva al que haya soportado la prueba con fe, amor y resignación? Buscad, pues, el consuelo para vuestros males en el porvenir que Dios os prepara, y buscad la causa de esos males en vuestro pasado. Y vosotros, los que más sufrís, consideraos los bienaventurados de la Tierra.

En el estado de desencarnación, cuando hacíais planes en el espacio, elegisteis vuestras pruebas porque os considerasteis suficientemente fuertes para soportarlas. ¿Por qué os quejáis ahora? Vosotros, que habéis pedido la fortuna y la gloria, lo hicisteis para sostener la lucha contra la tentación y derrotarla. Vosotros, que habéis pedido luchar con el cuerpo y el alma contra el mal moral y físico, sabíais que cuanto más difícil fuese la prueba, tanto más gloriosa sería la victoria, y que si

8. Véase *Job*, 1:8. (N. del T.)

triunfabais, aunque vuestro cuerpo fuese arrojado a un estercolero, a su muerte dejaría escapar de él un alma resplandeciente de blancura, purificada por el bautismo de la expiación y el sufrimiento.

Así pues, ¿qué remedio hemos de prescribir a los aquejados por crueles obsesiones y males lacerantes? Sólo uno es infalible: la fe, la mirada puesta en el Cielo. Cuando en el apogeo de vuestros más crueles padecimientos cantéis alabanzas al Señor, el ángel que se halla a vuestra cabecera os indicará con su mano la señal de la salvación y el lugar que habréis de ocupar un día... La fe es el remedio apropiado para el sufrimiento. Enseña siempre los horizontes del infinito, ante los cuales se diluyen esos escasos días sombríos del presente. Ya no nos preguntéis, pues, cuál es el remedio necesario para curar tal úlcera o tal llaga, tal tentación o tal prueba. Tened en cuenta que el que cree se fortalece con el remedio de la fe, y que el que duda un instante de su eficacia recibe de inmediato su castigo, porque a continuación experimenta las punzantes angustias de la aflicción.

El Señor ha marcado con su sello a todos los que creen en Él. Cristo os dijo que con la fe se trasportan las montañas, y por mi parte os digo que aquel que sufre y tiene la fe como resguardo, será puesto bajo su égida y ya no sufrirá. Los momentos de más intensos dolores serán para él las primeras notas de la dicha eterna. Su alma se desprenderá de tal modo del cuerpo que, mientras este se retuerza entre convulsiones, aquella planeará sobre las regiones celestiales, entonando con los ángeles himnos de reconocimiento y de gloria al Señor.

¡Felices los que sufren y lloran! Que haya alegría en sus almas, porque Dios las colmará de bendiciones. (San Agustín. París, 1863.)

## La felicidad no es de este mundo

20. ¡Yo no soy feliz! ¡La felicidad no se ha hecho para mí! Eso exclama por lo general el hombre, cualquiera que sea su posición social. Eso, queridos hijos, prueba mejor que todos los razonamientos posibles, la verdad de esta máxima del *Eclesiastés*: "La felicidad no es de este mundo". En efecto, ni la fortuna, ni el poder, ni siquiera la juventud en flor, son condiciones esenciales de la dicha. Os digo más: tampoco lo es la reunión de esas tres condiciones tan deseadas, puesto que sin cesar se escucha, en el seno de las clases más privilegiadas, a personas de todas las edades que se quejan amargamente de la situación en que se encuentran.

Ante ese resultado, es inconcebible que las clases trabajadoras y militantes deseen con tanta avidez la posición de aquellos que aparentemente han sido favorecidos por la fortuna. En este mundo, por más que se esfuerce, cada uno tiene su porción de trabajo y de miseria, su cuota de padecimientos y de desengaños, por lo que es fácil llegar a la conclusión de que la Tierra es un lugar de pruebas y de expiaciones.

Así pues, los que predican que la Tierra es la única morada del hombre, y que sólo en ella y en una única existencia se le permite alcanzar el más alto grado de la felicidad inherente a su naturaleza, se equivocan y engañan a los que los escuchan, puesto que está demostrado, por una experiencia multisecular, que este planeta sólo excepcionalmente presenta las condiciones requeridas para la absoluta felicidad del individuo.

Como tesis general, se puede afirmar que la felicidad es una utopía, a cuya conquista las generaciones se lanzan sucesivamente, sin que nunca puedan alcanzarla. Porque si bien el

hombre sabio es una rareza en este mundo, el hombre absolutamente feliz no se ha encontrado jamás.

Lo que constituye la felicidad en la Tierra es algo tan efímero para aquel que no se deja guiar por la sabiduría, que por un año, un mes, una semana de plena satisfacción, el resto de su vida transcurre en una serie de amarguras y desengaños. Y notad, queridos hijos, que me refiero a los felices de la Tierra, aquellos a quienes la multitud envidia.

Por consiguiente, si la morada terrestre se halla destinada a ser un lugar de pruebas y de expiaciones, es preciso admitir que en otra parte existen moradas más favorecidas, en las que el Espíritu del hombre, aunque sigue aprisionado en un cuerpo material, disfruta en su plenitud de los goces inherentes a la vida humana. Por eso Dios ha sembrado, en vuestro torbellino, esos hermosos planetas superiores, hacia los cuales vuestros esfuerzos y vuestras tendencias os impulsarán un día, cuando estéis suficientemente purificados y perfeccionados.

Con todo, no deduzcáis de mis palabras que la Tierra esté condenada a perpetuidad para ser una prisión. ¡Por cierto que no! Porque de los progresos realizados podéis deducir fácilmente los progresos futuros; y de las mejoras sociales conquistadas, nuevas y más fecundas mejoras. Esa es la inmensa tarea que debe cumplir la nueva doctrina que los Espíritus os han revelado.

Así pues, queridos hijos, que una sublime emulación os anime, y que cada uno de vosotros se despoje con energía del hombre viejo. Consagraos todos a la propagación del espiritismo, que ya ha dado comienzo a vuestra propia regeneración. Tenéis el deber de hacer que vuestros hermanos participen de los rayos de esa luz sagrada. ¡Manos a la obra, entonces, mis queridos hijos! Que en esta reunión solemne vuestros cora-

zones aspiren al objetivo grandioso de preparar para las generaciones futuras un mundo donde la felicidad ya no sea una palabra vana. (François-Nicolas-Madeleine, cardenal Morlot. París, 1863.)

## Pérdida de las personas amadas. Muertes prematuras

21. Cuando la muerte acude a segar en vuestras familias, y se lleva sin contemplación a los jóvenes antes que a los viejos, soléis decir: "Dios no es justo, porque sacrifica al que es fuerte y tiene un gran futuro, para conservar a los que ya han vivido muchos años llenos de decepciones; porque arrebata a los que son útiles, y deja a los que no sirven para nada más, y porque destroza el corazón de una madre, al privarla de la inocente criatura que era toda su alegría".

Humanos: en ese aspecto necesitáis elevaros por encima de las pequeñeces de la vida terrenal, a fin de que comprendáis que el bien está muchas veces allí donde vosotros creéis ver el mal, y que la sabia previsión está allí donde creéis ver la ciega fatalidad del destino. ¿Por qué medís la justicia divina con la medida de la vuestra? ¿Acaso podéis suponer que el Señor de los mundos quiera, por un simple capricho, imponeros penas crueles? Nada se hace sin un objetivo inteligente, y sea lo que fuere que suceda, todo tiene su razón de ser. Si indagarais mejor acerca de los dolores que os atormentan, en ellos encontraríais siempre la razón divina, la razón regeneradora, y vuestros miserables intereses merecerían una consideración de tal modo secundaria, que los relegaríais al último plano.

Creedme, es preferible la muerte de una encarnación de veinte años a esos desarreglos vergonzosos que causan la desolación de familias respetables, que hieren el corazón de una madre y hacen encanecer antes de tiempo el cabello de los padres. La muerte prematura es, por lo general, un gran beneficio que Dios concede al que se va, que de ese modo queda preservado de las miserias de la vida, o de las seducciones que hubieran podido arrastrarlo a la perdición. Aquel que muere en la flor de la edad no es víctima de la fatalidad; su muerte se debe a que Dios juzga que no le conviene permanecer más tiempo en la Tierra.

¡Es una terrible desgracia –decís vosotros– que una vida tan llena de esperanza haya sido truncada tan pronto! ¿De qué esperanza habláis? ¿De la de la Tierra, donde el que se fue habría podido brillar, abrirse camino y hacer fortuna? ¡Siempre esa mirada estrecha, que no puede elevarse por encima de la materia! ¿Sabéis cuál habría sido la suerte de esa vida, tan llena de esperanza según vuestra opinión? ¿Quién os dice que no estaría saturada de amargura? ¿Acaso no tomáis en cuenta la esperanza de la vida futura, a tal punto que preferís la de la vida efímera que arrastráis en la Tierra? ¿Acaso suponéis que vale más ocupar una posición elevada entre los hombres, que entre los Espíritus bienaventurados?

Regocijaos, en vez de quejaros, cuando sea grato a Dios retirar a uno de sus hijos de este valle de miserias. ¿No sería egoísmo desear que él se quede para sufrir junto con vosotros? ¡Ah! Ese dolor se concibe en el que no tiene fe, y que ve en la muerte una separación eterna. Pero vosotros, espíritas, sabéis que el alma vive mejor cuando se ha desembarazado de su envoltura corporal. Madres, sabed que vuestros amados hijos están cerca de vosotras. Así es, están muy cerca. Sus

cuerpos fluídicos os envuelven, sus pensamientos os protegen, y el recuerdo que de ellos conserváis los embriaga de alegría. No obstante, vuestros dolores infundados también los afligen, porque denotan falta de fe y constituyen una rebelión contra la voluntad de Dios.

Vosotros, que comprendéis la vida espiritual, escuchad los latidos de vuestro corazón, que llama a esos seres queridos, y si rogáis a Dios que lo bendiga, sentiréis tan intenso consuelo que se secarán vuestras lágrimas; sentiréis aspiraciones tan grandiosas que os mostrarán el porvenir prometido por el soberano Señor. (Sanson, ex miembro de la Sociedad Espírita de París, 1863.)

## Si fuera un hombre de bien, habría muerto

22. Con frecuencia decís, cuando habláis de un hombre malo que escapó de un peligro: *Si fuera un hombre de bien, habría muerto.* ¡Pues bien! Al decir eso, estáis en lo cierto. En efecto, muchas veces sucede que Dios concede a un Espíritu, joven aún en el camino del progreso, una prueba más prolongada que la que asigna a uno bueno, quien recibirá, como una recompensa a su mérito, la gracia de que su prueba sea tan corta como resulte posible. Con todo, cuando os servís de ese axioma, no os quepa duda de que estáis blasfemando.

Cuando muere un hombre de bien, que tiene por vecino a un malvado, os apresuráis a decir: *Habría sido mejor que le tocara a ese otro*. Os engañáis sobremanera, porque el que se va concluyó su tarea, y el que se queda tal vez no ha comenzado la suya. ¿Por qué, pues, pretendéis que el malo no disponga de tiempo para llevarla a cabo, y que el bueno quede

sujeto a la gleba terrenal? ¿Qué diríais de un prisionero que a pesar de haber concluido su condena queda retenido en la cárcel, mientras que se devuelve la libertad a uno que no tiene ese derecho? Sabed, pues, que la verdadera libertad consiste en el desprendimiento de los lazos que mantienen al Espíritu unido al cuerpo, y que durante el tiempo en que estéis en la Tierra habréis de permanecer en cautiverio.

Habituaos a no censurar lo que no podéis comprender, y creed que Dios es justo en todas las cosas. Muchas veces, lo que os parece un mal es un bien. Esto se debe a que vuestras facultades son tan limitadas que el conjunto del gran todo escapa a vuestros sentidos obtusos. Esforzaos por salir, mediante el pensamiento, de vuestra estrecha esfera, y a medida que os elevéis, la importancia de la vida material disminuirá ante vosotros. Entonces esa vida no os resultará más que un simple incidente en el trayecto infinito de vuestra existencia espiritual, la única verdadera existencia. (Fenelón. Sens, 1861.)

## Los tormentos voluntarios

23. El hombre vive incesantemente en busca de la felicidad, que se le escapa a cada instante, porque la felicidad perfecta no existe en la Tierra. Sin embargo, a pesar de las vicisitudes que forman el cortejo inevitable de la vida terrenal, podría gozar, por lo menos, de una felicidad relativa, si no fuera porque la busca en las cosas perecederas y sujetas a esas mismas vicisitudes, es decir, en los goces materiales, en vez de buscarla en las satisfacciones del alma, que son un goce anticipado de las alegrías celestiales, imperecederas. En vez de buscar la *paz del corazón*, única felicidad real en este mundo,

está ávido de todo lo que puede excitarlo y perturbarlo. Además, ¡cosa curiosa! el hombre pareciera crear para sí mismo, deliberadamente, tormentos que sólo de él depende evitar.

¿Habrá mayores tormentos que los causados por la envidia y los celos? Para el envidioso, al igual que para el que sufre de celos, no existe el sosiego: ambos padecen un perpetuo estado febril. Lo que ellos no tienen, y que otros poseen, les produce insomnio. La prosperidad de sus rivales les causa vértigo. Sólo los estimula el deseo de eclipsar a sus vecinos. Todo su placer consiste en excitar, en los insensatos como ellos, la rabia y los celos que los devoran. ¡Pobres insensatos! No piensan, en efecto, que tal vez mañana tendrán que dejar todas esas futilidades, cuya codicia les envenena la vida. Por cierto, a ellos no se aplica esta sentencia: "Bienaventurados los afligidos, porque serán consolados", pues sus preocupaciones no son de aquellas que reciben su compensación en el Cielo.

Por el contrario, ¡cuántos tormentos se ahorra el que sabe contentarse con lo que tiene, que mira sin envidia lo que no tiene, que no pretende parecer más de lo que es! Siempre es rico, porque si mira hacia abajo, en vez de mirar hacia arriba, siempre verá personas que tienen menos que él. Vive tranquilo, porque no se crea necesidades quiméricas. Así, la calma en medio de las tempestades de la vida, ¿no es acaso la felicidad? (Fenelón. Lyón, 1860.)

## La verdadera desgracia

24. Todos hablan acerca de la desgracia, todo el mundo la ha experimentado y cree conocer su carácter múltiple. Por mi parte, vengo a deciros que casi todos se equivocan, y que la

verdadera desgracia de ninguna manera es lo que los hombres, es decir, los desdichados, suponen. Ellos la ven en la miseria, en el fogón sin combustible, en el acreedor que amenaza, en la cuna sin el ángel que antes sonreía, en las lágrimas, en el féretro que se acompaña con sentimiento reverente y el corazón destrozado, en la angustia por la traición, en la rebeldía del orgullo, que aspiraba a vestirse con púrpura y apenas oculta su desnudez bajo los harapos de la vanidad. A todo eso, y a muchas otras cosas, se aplica el nombre de desgracia en el lenguaje humano. En efecto, se trata de la desgracia para los que sólo ven el presente. Con todo, la verdadera desgracia reside en las consecuencias de un hecho, más que en el hecho en sí mismo. Decidme si el acontecimiento más feliz por el momento, pero que acarrea consecuencias funestas, no es, en realidad, más desgraciado que aquel que al principio causa una viva contrariedad y acaba por producir un bien. Decidme si el huracán que arranca vuestros árboles, pero que purifica el aire al disipar los miasmas insalubres que hubiesen causado la muerte, no es más bien una felicidad que una desdicha.

Por consiguiente, para juzgar una cosa es necesario tomar en cuenta sus consecuencias. De ese modo, para apreciar lo que es verdaderamente feliz o desgraciado para el hombre, debemos transportarnos hacia más allá de esta vida, porque allí se hacen sentir las consecuencias. Ahora bien, todo lo que recibe el nombre de desgracia según la corta visión humana, cesa con la vida corporal y encuentra su compensación en la vida futura.

Voy a revelaros la desgracia con un nuevo aspecto, con el aspecto agradable y florido que acogéis y deseáis con todas las fuerzas de vuestras almas equivocadas. La desgracia es la alegría, el placer, el ruido, la vana agitación, la loca satisfacción

de la vanidad, que acallan la conciencia, oprimen la acción del pensamiento y aturden al hombre en relación con su porvenir. La desgracia es el opio del olvido, al que buscáis con el más ferviente deseo.

¡Aguardad, vosotros los que lloráis! ¡Temblad, vosotros los que reís, porque vuestro cuerpo está satisfecho! No se engaña a Dios. No se elude el destino. Y las pruebas, acreedoras más despiadadas que la jauría desencadenada por la miseria, acechan vuestro descanso ilusorio para sumergiros sorpresivamente en la agonía de la verdadera desgracia, aquella que sorprende al alma debilitada por la indiferencia y el egoísmo.

Así pues, ¡que el espiritismo os esclarezca y vuelva a ubicar bajo su auténtica luz a la verdad y el error, tan extrañamente desfigurados por vuestra ceguera! Entonces procederéis como bravos soldados que, lejos de huir del peligro, prefieren las luchas de los combates arriesgados antes que la paz que no puede darles ni gloria ni ascensos. ¡Qué le importa al soldado perder en la reyerta sus armas, sus bagajes y su uniforme, con tal de que salga vencedor y con gloria! ¡Qué le importa, al que tiene fe en el porvenir, dejar en el campo de batalla de la vida su fortuna y su envoltura de carne, con tal de que su alma ingrese radiante en el reino celestial! (Delphine de Girardin. París, 1861.)

## La melancolía

25. ¿Sabéis por qué una vaga tristeza se apodera a veces de vuestros corazones y hace que la vida os parezca tan amarga? Es vuestro Espíritu que aspira a la felicidad y a la libertad y que, ligado al cuerpo que le sirve de prisión, se agota en vanos

esfuerzos para salir de él. No obstante, al reconocer que esos esfuerzos son inútiles, cae en el desaliento, y como el cuerpo sufre su influencia, se apoderan de vosotros la languidez, el abatimiento y una especie de apatía, que hacen que os consideréis desdichados.

Creedme, resistid con energía esas impresiones que debilitan vuestra voluntad. Esas aspiraciones a una vida mejor son innatas en el alma de todos los hombres, pero no las busquéis en la Tierra. Ahora, que Dios os envía a sus Espíritus para instruiros en la felicidad que Él os reserva, esperad con paciencia al ángel de la liberación que habrá de ayudaros a desatar los lazos que mantienen cautivo a vuestro Espíritu. Recordad que, durante vuestra prueba en la Tierra, debéis cumplir una misión que no sospecháis, ya sea consagrándoos a vuestra familia, ya atendiendo las diversas obligaciones que Dios os ha confiado. Y en caso de que, en el curso de esa prueba, al dar cumplimiento a vuestra tarea, veáis caer sobre vosotros los sobresaltos, las inquietudes y los pesares, sed fuertes y valerosos para soportarlos. Afrontadlos con resolución. Duran poco tiempo, y habrán de conduciros junto a los amigos a quienes lloráis, que se alegrarán de vuestra llegada y os tenderán los brazos para conduciros a un lugar donde no tienen acceso las aflicciones de la Tierra. (François de Genève. Burdeos.)

## Pruebas voluntarias. El verdadero cilicio

26. Preguntáis si se permite al hombre aliviar sus propias pruebas. Esa pregunta conduce a esta otra: Al que se ahoga, ¿se le permite tratar de salvarse? Al que se clava una espina, ¿quitársela? Al que está enfermo, ¿llamar al médico? Las prue-

bas tienen por objeto ejercitar la inteligencia, al igual que la paciencia y la resignación. Un hombre puede nacer en una situación penosa y complicada, precisamente para obligarlo a que busque los medios de vencer las dificultades. El mérito consiste en soportar, sin quejarse, las consecuencias de los males que no es posible evitar, en perseverar en la lucha, en no desesperarse si no se triunfa; pero nunca consiste en la omisión, que más sería pereza que virtud.

Esa pregunta da lugar, naturalmente, a esta otra. Puesto que Jesús dijo: "Bienaventurados los afligidos", ¿habrá algún mérito en que vayamos en busca de las aflicciones, agravando nuestras pruebas mediante padecimientos voluntarios? A eso contestaré con mucha claridad: Sí, existe un gran mérito cuando los padecimientos y las privaciones tienen por objeto el bien del prójimo, porque se trata de la caridad a través del sacrificio. Por el contrario, el mérito no existe cuando el objeto de esos padecimientos y esas privaciones es tan sólo el bien propio, porque se trata del egoísmo a través del fanatismo.

Aquí debe hacerse una distinción precisa. En lo que os atañe personalmente, contentaos con las pruebas que Dios os envía, y no aumentéis su carga, ya de por sí muy pesada algunas veces. Aceptadlas sin quejas y con fe; es todo lo que Él os pide. No debilitéis vuestro cuerpo con privaciones inútiles y maceraciones sin sentido, porque tenéis necesidad de todas vuestras fuerzas para cumplir en la Tierra la misión de trabajo que se os ha encomendado. Torturar y martirizar voluntariamente vuestro cuerpo equivale a transgredir la ley de Dios, que os provee de los medios para sustentarlo y fortalecerlo. Debilitarlo sin necesidad es un verdadero suicidio. Utilizad, pero no abuséis: tal es la ley. El abuso de las cosas buenas lleva consigo el castigo, en las consecuencias inevitables que acarrea.

Muy diferente es la situación cuando el hombre se impone padecimientos para alivio del prójimo. Si sufrís frío y hambre para abrigar y alimentar al que tiene necesidad, y vuestro cuerpo padece por ello, hacéis un sacrificio que Dios bendice. Vosotros, los que dejáis vuestros perfumados aposentos para ir a los desvanes infectos a llevar consuelo; vosotros, los que ensuciáis vuestras delicadas manos curando llagas; vosotros, los que os priváis del sueño para velar a la cabecera de un enfermo que no es más que vuestro hermano en Dios; vosotros, en fin, los que consumís vuestra salud en la práctica de las buenas obras, ya tenéis allí vuestro cilicio, un verdadero y bendito cilicio, porque los goces del mundo no han secado vuestro corazón, ni os habéis dormido en el seno de las voluptuosidades enervantes de la fortuna, sino que os habéis convertido en los ángeles consoladores de los pobres desheredados.

Vosotros, en cambio, los que os retiráis del mundo para evitar sus seducciones y vivir en el aislamiento, ¿para qué servís en la Tierra? ¿Dónde está vuestro valor ante las pruebas, puesto que huís de la lucha y desertáis del combate? Si queréis un cilicio, aplicadlo a vuestras almas y no a vuestros cuerpos; mortificad vuestro Espíritu y no vuestra carne; fustigad vuestro orgullo; recibid las humillaciones sin quejaros; martirizad vuestro amor propio; fortaleceos contra el dolor que provocan la injuria y la calumnia, más punzante que el dolor físico. Ese es el verdadero cilicio, cuyas heridas os serán tomadas en cuenta, porque atestiguarán vuestro valor y vuestra sumisión a la voluntad de Dios. (Un ángel de la guarda. París, 1863.)

## ¿Debe ponerse término a las pruebas del prójimo?

27. *¿Debe ponerse término a las pruebas del prójimo cuando eso sea posible, o por respeto a los designios de Dios hay que dejar que sigan su curso?*

Os hemos dicho y repetido muchas veces que estáis en esta Tierra de expiación para poner fin a vuestras pruebas, y que todo lo que os sucede es la consecuencia de vuestras existencias anteriores, es el interés de la deuda que debéis pagar. No obstante, esa idea provoca en ciertas personas reflexiones que deben ser combatidas, porque podrían acarrear funestas consecuencias.

Algunos piensan que, desde el momento en que estamos en la Tierra para expiar, es necesario que las pruebas sigan su curso. Los hay también que llegan a creer que no solamente no debe hacerse nada para atenuarlas, sino que, por el contrario, se debe contribuir a que sean más provechosas, haciéndolas más pesadas aún. Es un gran error. En efecto, vuestras pruebas deben seguir el curso que Dios les ha trazado, pero ¿conocéis acaso ese curso? ¿Sabéis hasta qué punto deben llegar, y si vuestro Padre misericordioso no habrá dicho al sufrimiento de tal o cual de vuestros hermanos: "De aquí no pasarás"? ¿Sabéis si su providencia no os ha elegido, no como un instrumento de suplicio para agravar los padecimientos del culpable, sino como el bálsamo de consuelo que debe cicatrizar las llagas que su justicia había abierto? Por consiguiente, cuando veáis que alguno de vuestros hermanos sufre, no digáis: "Es la justicia de Dios, y es preciso que siga su curso". Decid, por el contrario: "Veamos qué medios nuestro Padre misericordioso ha puesto a mi alcance para aliviar el dolor de mi hermano. Veamos si mi consuelo moral, mi apoyo material y mis

consejos, pueden ayudarlo a sobrellevar esta prueba con más fortaleza, paciencia y resignación. Veamos, incluso, si Dios ha puesto en mis manos los medios para hacer cesar ese dolor; si me permite, también como prueba o quizás como expiación, poner fin al mal y reemplazarlo por la paz".

Así pues, ayudaos siempre, mutuamente, en vuestras pruebas, y nunca os consideréis instrumentos de tortura. Esa idea debería sublevar al hombre de corazón, en especial al espírita, porque el espírita, mejor que cualquier otro, debe comprender la extensión infinita de la bondad de Dios. El espírita tiene la obligación de pensar que su vida entera debe ser un acto de amor y de abnegación, y que sea lo que fuere que haga para oponerse a las decisiones del Señor, la justicia de Él seguirá su curso. Puede, pues, sin temor, emplear todos los esfuerzos para atenuar la amargura de la expiación. Con todo, sólo a Dios le compete interrumpirla o prolongarla, según lo juzgue conveniente.

¿No existiría en el hombre un gran orgullo si creyera, por decirlo de algún modo, que tiene derecho a revolver el arma en la herida, a aumentar la dosis de veneno en el pecho del que sufre, con el pretexto de que se trata de su expiación? ¡Oh! Consideraos siempre como un instrumento elegido para hacerla cesar. Resumamos: todos vosotros estáis en la Tierra para expiar; pero también todos, sin excepción, debéis esforzaros al máximo para aliviar la expiación de vuestros hermanos, de acuerdo con la ley de amor y caridad. (Bernardin, *Espíritu protector*. Burdeos, 1863.)

## ¿Será lícito abreviar la vida de un enfermo que sufre sin esperanza de curarse?

28. *Un hombre agoniza, presa de crueles dolores. Se sabe que su estado es desesperante. ¿Será lícito ahorrarle algunos instantes de angustia, precipitando su fin?*

¿Quién os concedería el derecho de prejuzgar los designios de Dios? ¿Acaso no puede Él conducir a un hombre hasta el borde del sepulcro, y luego sacarlo de allí, a fin de hacerlo volver en sí y modificar sus pensamientos? Aunque un moribundo haya llegado al último extremo, nadie puede decir con certeza que haya llegado su última hora. ¿Acaso la ciencia no se ha engañado alguna vez en sus previsiones?

Sé muy bien que hay casos que, con razón, pueden ser considerados desesperantes. Sin embargo, aunque no quede ninguna esperanza fundada de un regreso definitivo a la vida y a la salud, ¿no hay innumerables ejemplos en los que el enfermo, en el momento mismo de exhalar el último suspiro, se reanima y recobra sus facultades por algunos instantes? Pues bien, es posible que ese momento de gracia que se le concede sea para él de suma importancia, porque ignoráis las reflexiones que ha podido hacer su Espíritu durante las convulsiones de la agonía, y cuántos tormentos puede ahorrarle un instante de arrepentimiento.

El materialista, que sólo ve el cuerpo y a quien nada le importa el alma, no comprende estas cosas. En cambio, el espírita, que sabe lo que sucede más allá de la tumba, conoce el valor de un postrer pensamiento. Atenuad los últimos dolores tanto como podáis; pero guardaos de abreviar la vida, aunque sólo sea en un minuto, porque ese minuto puede evitar muchas lágrimas en el porvenir. (San Luis. París, 1860.)

## Sacrificio de la propia vida

29. *Aquel que está hastiado de la vida, pero no quiere abreviarla con sus propias manos, ¿será culpable si busca morir en un campo de batalla, con el propósito de que su muerte tenga alguna utilidad?*

Ya sea que el hombre se dé muerte o bien permita que otro lo mate, el objetivo es siempre abreviar su vida y, por consiguiente, hay suicidio de intención, si no de hecho. La idea de que su muerte servirá para algo es ilusoria. No es más que un pretexto para disimular su acción y disculparla ante sí mismo. Si tuviera seriamente el deseo de servir a su país, procuraría vivir para defenderlo, en lugar de morir, porque una vez que haya muerto no le servirá para nada más. La verdadera abnegación consiste en no temer a la muerte cuando se trata de ser útil, en afrontar el peligro, en ofrecer por anticipado y sin quejarse el sacrificio de la propia vida, si fuera necesario. No obstante, la *intención premeditada* de buscar la muerte exponiéndose a un peligro, aunque sea para prestar un servicio, anula el mérito de la acción. (San Luis. París, 1860.)

30. *Si un hombre se expone a un peligro inminente para salvar la vida de uno de sus semejantes, sabiendo por anticipado que eso le costará la muerte, ¿puede ese acto considerarse un suicidio?*

Desde el momento en que no existe la intención de buscar la muerte, no hay suicidio, sino sacrificio y abnegación, aunque se tenga la certeza de perecer. Pero ¿quién puede tener esa certeza? ¿Quién podrá asegurar que la Providencia no reserva un medio inesperado de salvación para el momento más crítico? ¿Acaso no podría ella salvar incluso a alguien que esté

frente a la boca de un cañón? Muchas veces la Providencia quiere llevar la prueba de la resignación hasta su límite extremo, y entonces una circunstancia inesperada desvía el golpe fatal. (San Luis. París, 1860.)

## Provecho de los padecimientos para el prójimo

31. *Aquellos que aceptan sus padecimientos con resignación, por sumisión a la voluntad de Dios y con miras a su felicidad futura, ¿trabajan sólo para sí mismos? ¿No pueden hacer que sus padecimientos sean provechosos para otros?*

Esos padecimientos pueden resultar provechosos para otros, tanto material como moralmente. Materialmente, si a través del trabajo, las privaciones y los sacrificios que esas personas se imponen, contribuyen al bienestar material de su prójimo. Moralmente, por el ejemplo que brindan de sumisión a la voluntad de Dios. Ese ejemplo del poder de la fe espírita puede incitar a los desdichados a resignarse, y salvarlos de la desesperación y de sus funestas consecuencias en el porvenir. (San Luis. París, 1860.)

Capítulo VI

# El Cristo consolador

El yugo ligero.- Consolador prometido.- *Instrucciones de los Espíritus*: Advenimiento del Espíritu de Verdad.

## El yugo ligero

1. *Venid a mí, todos los que estáis afligidos y cargados, y yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es suave y mi carga ligera.* (*San Mateo*, 11:28 a 30.)

2. Todos los padecimientos –miserias, desengaños, dolores físicos, pérdida de seres queridos– encuentran su consuelo en la fe en el porvenir, en la confianza en la justicia de Dios, que Cristo vino a enseñar a los hombres. Por el contrario, sobre aquel que nada espera después de esta vida, o que simplemente duda, las aflicciones caen con todo su peso, y ninguna esperanza viene a endulzar su amargura. Eso es lo que hizo decir a Jesús: "Venid a mí, todos los que estáis cansados, que yo os aliviaré".

Sin embargo, Jesús pone una condición tanto para su asistencia como para la felicidad que promete a los afligidos. Esa condición está en la ley que él enseña. Su yugo es la observan-

cia de esa ley; pero ese yugo es ligero y la ley es suave, puesto que imponen como deber el amor y la caridad.

## Consolador prometido

3. *Si me amáis, guardad mis mandamientos; y yo rogaré a mi Padre y Él os enviará otro consolador, para que permanezca eternamente con vosotros: El* Espíritu de Verdad*, al que el mundo no puede recibir, porque no lo ve, ni lo conoce. Pero vosotros lo conoceréis, porque morará con vosotros, y estará en vosotros. Pero el consolador, que es el Santo Espíritu, que mi Padre enviará en mi nombre, os enseñará todas las cosas, y os hará recordar todo lo que yo os he dicho.* (*San Juan*, 14:15 a 17 y 26.)

4. Jesús promete otro consolador: el *Espíritu de Verdad*, al que el mundo no conoce aún, porque no tiene la suficiente madurez para comprenderlo; el consolador al que el Padre enviará para enseñar todas las cosas y para recordar lo que Cristo ha dicho. Por consiguiente, si el Espíritu de Verdad debía venir más tarde a enseñar todas las cosas, es porque Cristo no lo dijo todo; y si viene a recordar lo que Cristo dijo, es porque su enseñanza ha sido olvidada o mal comprendida.

El espiritismo viene, en el tiempo señalado, a cumplir la promesa de Cristo: el Espíritu de Verdad preside su establecimiento. Convoca a los hombres a la observancia de la ley; enseña todas las cosas haciendo comprender lo que Cristo sólo dijo mediante parábolas. Cristo dijo: "Que oigan los que tienen oídos para oír". El espiritismo viene a abrir los ojos y los oídos, porque habla sin figuras ni alegorías. Levanta el velo

que intencionalmente había sido lanzado sobre ciertos misterios. Viene, en definitiva, a traer un consuelo supremo a los desheredados de la Tierra y a los que sufren, atribuyendo una causa justa y un objetivo útil a todos los dolores.

Cristo dijo: "Bienaventurados los afligidos, porque serán consolados". Pero ¿cómo puede alguien sentirse feliz de sufrir, si no sabe por qué sufre? El espiritismo enseña que la causa de los padecimientos se encuentra en las existencias anteriores y en el destino de la Tierra, donde el hombre expía su pasado. También enseña el objetivo de los padecimientos, pues explica que son como las crisis saludables que conducen a la curación, y que constituyen un medio de purificación que garantiza la felicidad en las existencias futuras. El hombre comprende que ha merecido sufrir, y el sufrimiento le parece justo. Sabe que ese sufrimiento contribuye a su adelanto, y lo acepta sin quejarse, así como el obrero acepta el trabajo que habrá de asegurar su salario. El espiritismo le infunde una fe inquebrantable en el porvenir, y la duda punzante ya no invade su alma. Como el espiritismo le hace ver las cosas desde lo alto, la importancia de las vicisitudes terrenales se pierde en el vasto y espléndido horizonte que le devela, y la perspectiva de la felicidad que lo espera le confiere la paciencia, la resignación y el valor necesarios para avanzar hasta el final del camino.

De este modo, el espiritismo realiza lo que Jesús dijo acerca del consolador prometido: el conocimiento de las cosas, que hace que el hombre sepa de dónde viene, hacia dónde va y por qué está en la Tierra; una convocatoria a los verdaderos principios de la ley de Dios, y el consuelo mediante la fe y la esperanza.

INSTRUCCIONES DE LOS ESPÍRITUS

## Advenimiento del Espíritu de Verdad

5. Vengo, como en otros tiempos, hacia los hijos descarriados de Israel, a traeros la verdad y a disipar las tinieblas. Escuchadme. El espiritismo, como en el pasado lo hizo mi palabra, debe recordar a los incrédulos que por encima de ellos reina la inmutable verdad: el Dios bondadoso, el Dios poderoso que hace que germinen las plantas y se eleven las olas. Yo revelé la doctrina divina. Como el segador, até en haces el bien esparcido en la humanidad, y dije: "¡Venid a mí, todos los que sufrís!".

Pero los hombres, ingratos, se desviaron del camino recto y amplio que conduce al reino de mi Padre, y se han extraviado en los ásperos senderos de la impiedad. Mi Padre no quiere aniquilar a la raza humana; quiere que, ayudándoos unos a otros, muertos y vivos –es decir, muertos según la carne, porque la muerte no existe–, os socorráis mutuamente, y que no se haga oír la voz de los profetas o la de los apóstoles, sino la de aquellos que ya no viven en la Tierra, exclamando: "¡Orad y creed!" Porque la muerte es la resurrección, y la vida es la prueba elegida, durante la cual las virtudes que hayáis cultivado habrán de crecer y desarrollarse como el cedro.

Hombres débiles, que comprendéis las tinieblas de vuestra inteligencia, no rechacéis la antorcha que la clemencia divina deposita en vuestras manos para iluminar vuestro camino y conduciros, como niños perdidos, al regazo de vuestro Padre.

Estoy embargado de compasión por vuestras miserias, por vuestra inmensa debilidad, para no tender una mano caritativa a los infelices extraviados que, aunque miren al Cielo, caen

en el abismo del error. Creed, amad, meditad acerca de las cosas que se os revelan. No mezcléis la cizaña con las buenas simientes, ni las utopías con las verdades.

¡Espíritas! Amaos, esta es la primera enseñanza. Instruíos, esta es la segunda. Todas las verdades se encuentran en el cristianismo. Los errores que se han arraigado en él son de origen humano. Y he aquí que desde más allá de la tumba, a la que considerabais la nada, brotan voces que os advierten: "¡Hermanos! Nada perece. Jesucristo es el vencedor del mal, sed vosotros los vencedores de la impiedad". (El espíritu de verdad. París, 1860.)

6. Vengo a enseñar y a consolar a los pobres desheredados. Vengo a decirles que eleven su resignación al nivel de sus pruebas; que lloren, pues el dolor fue consagrado en el huerto de los Olivos. Pero también vengo a decirles que aguarden, porque los ángeles consoladores vendrán a enjugar sus lágrimas.

Obreros, trazad vuestro surco. Comenzad otra vez al día siguiente la ruda jornada de la víspera. El trabajo de vuestras manos proporciona el pan terrenal a vuestros cuerpos, pero vuestras almas no han sido olvidadas. Yo, el divino jardinero, las cultivo en el silencio de vuestros pensamientos. Cuando haya llegado la hora del reposo, cuando la trama de la vida se caiga de vuestras manos y vuestros ojos se cierren a la luz, sentiréis brotar y germinar en vosotros mi preciosa semilla. Nada se pierde en el reino de nuestro Padre, y vuestros sudores y miserias forman el tesoro que habrá de haceros ricos en las esferas superiores, donde la luz reemplaza a las tinieblas y donde el más desprovisto de vosotros será, tal vez, el de mayor resplandor.

En verdad os digo: los que llevan su carga y socorren a sus hermanos son mis bienamados. Instruíos en la preciosa doctrina que disipa el error de las rebeliones y os enseña el objetivo sublime de las pruebas humanas. Así como el viento barre el polvo, el soplo de los Espíritus disipe vuestra envidia hacia los ricos del mundo, que a menudo son muy miserables, porque sus pruebas son más peligrosas que las vuestras. Estoy con vosotros, y mi apóstol os instruye. Bebed en el manantial vivo del amor y preparaos, cautivos de la vida, a lanzaros un día, libres y felices, en el seno de Aquel que os ha creado débiles para haceros perfectibles, y que desea que vosotros mismos modeléis vuestra maleable arcilla, a fin de que seáis los artífices de vuestra inmortalidad. (El espíritu de verdad. París, 1861.)

7. Yo soy el gran médico de las almas, y vengo a traeros el remedio que habrá de curarlas. Los débiles, los que sufren y los enfermos son mis hijos predilectos, y vengo a salvarlos. Venid a mí, pues, todos los que sufrís y estáis cargados, y seréis aliviados y consolados. No busquéis en otra parte la fuerza y el consuelo, porque el mundo es impotente para daros esas cosas. Por medio del espiritismo, Dios hace un supremo llamamiento a vuestros corazones. Escuchadlo. Que la impiedad, la mentira, el error y la incredulidad sean extirpados de vuestras almas doloridas. Son monstruos que absorben vuestra más pura sangre, y os abren llagas casi siempre mortales. Que en el futuro, humildes y sumisos al Creador, practiquéis su ley divina. Amad y orad. Sed dóciles a los Espíritus del Señor. Invocadlo desde el fondo de vuestros corazones. Entonces, Él os enviará a su Hijo bienamado para instruiros y deciros estas buenas palabras: "Aquí estoy; vengo a vosotros porque me habéis llamado". (El espíritu de verdad. Burdeos, 1861.)

8. Dios consuela a los humildes y confiere fuerzas a los afligidos que las solicitan. Su poder cubre la Tierra. En todas partes, al lado de una lágrima, Él ha colocado un bálsamo de consuelo. El sacrificio y la abnegación constituyen una plegaria continua y encierran una enseñanza profunda. La sabiduría humana reside en esas dos palabras. Que todos los Espíritus que sufren puedan comprender esa verdad, en vez de clamar contra los dolores y los padecimientos morales que son vuestra herencia en este mundo. Así pues, adoptad por divisa estas dos palabras: *sacrificio* y *abnegación*, y seréis fuertes, porque ellas resumen todos los deberes que tanto la caridad como la humildad os imponen. El sentimiento del deber cumplido brindará reposo a vuestro espíritu, además de resignación. El corazón late mejor, el alma se tranquiliza y el cuerpo ya no desfallece, pues el cuerpo sufre tanto más cuanto más profundamente herido se halla el espíritu. (El espíritu de verdad. El Havre, 1863.)

Capítulo VII

# Bienaventurados los pobres de espíritu

Lo que debe entenderse por *pobres de espíritu*.- El que se eleve será rebajado.- Misterios ocultos a los sabios y a los sagaces.- *Instrucciones de los Espíritus*: El orgullo y la humildad.- Misión del hombre inteligente en la Tierra.

## Lo que debe entenderse por *pobres de espíritu*

1. *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los Cielos.* (*San Mateo*, 5:3.)

2. La incredulidad se ha burlado de esta máxima: *Bienaventurados los pobres de espíritu*, así como de muchas otras cosas que no comprende. Con la expresión *pobres de espíritu*, Jesús no alude a los hombres desprovistos de inteligencia, sino a los humildes. Él dice que el reino de los Cielos es para ellos y no para los orgullosos.

Los hombres sabios y experimentados, según el mundo, por lo general tienen tan alta opinión de sí mismos y de su superioridad, que consideran que las cosas divinas son indignas de su atención. Como concentran la mirada en su propia persona, no pueden elevarla hasta Dios. Esa tendencia a creerse por encima de todo, con mucha frecuencia sólo los conduce a

negar aquello que, por no estar a su alcance, podría rebajarlos. Incluso niegan a la propia Divinidad, o bien, si consienten en admitir su existencia, refutan uno de sus más bellos atributos: su acción providencial sobre las cosas de este mundo, pues están persuadidos de que sólo ellos bastan para gobernarlo convenientemente. Toman su inteligencia para medir la inteligencia universal, y se consideran aptos para comprenderlo todo, razón por la cual no creen en la posibilidad de lo que no comprenden. Cuando han pronunciado una sentencia, no admiten la apelación.

Si se resisten a admitir el mundo invisible y un poder extrahumano, no es porque eso esté fuera de su alcance, sino porque su orgullo se subleva ante la idea de que haya algo por encima de lo cual no puedan colocarse, algo que los haría descender de su pedestal. Por ese motivo, sólo tienen sonrisas desdeñosas para todo lo que no pertenece al mundo visible y tangible. Se atribuyen suficiente experiencia y sabiduría para creer en cosas que, según ellos, son buenas para las personas *simples*, y consideran *pobres de espíritu* a los que las toman en serio.

Con todo, digan lo que digan, tendrán que ingresar, como los demás, en ese mundo invisible del que se mofan. Allí se les abrirán los ojos y reconocerán su error. Dios, que es justo, no recibe de la misma manera al que no ha reconocido su poder y al que se ha sometido humildemente a sus leyes, así como tampoco los retribuye con partes iguales.

Al decir que el reino de los Cielos es para los simples, Jesús dio a entender que nadie será admitido en ese reino sin la *simplicidad del corazón y la humildad del espíritu*, y que el ignorante que posea esas cualidades será preferido al sabio que cree más en sí mismo que en Dios. En todas las circunstancias, Jesús coloca a la humildad en la categoría de las virtudes

que aproximan a Dios, y al orgullo entre los vicios que de Él alejan. Esto es así por una razón muy natural: la humildad es un acto de sumisión a Dios, mientras que el orgullo constituye una rebelión contra Él. Más vale, pues, para su felicidad futura, que el hombre sea *pobre de espíritu*, en el sentido del mundo, y rico en cualidades morales.

## El que se eleve será rebajado

3. *En ese mismo momento los discípulos se acercaron a Jesús y le dijeron: "¿Quién es el mayor en el reino de los Cielos?" Jesús llamó a un niño, lo puso en medio de ellos y dijo: "En verdad os digo, que si no cambiáis y os volvéis como niños, no entraréis en el reino de los Cielos.* Cualquiera, pues, que se humille y se haga pequeño como este niño, ese será el mayor en el reino de los Cielos, *y el que recibe a un niño en mi nombre, tal como acabo de decir, a mí me recibe".* (*San Mateo*, 18:1 a 5.)

4. *Entonces se acercó a él la madre de los hijos de Zebedeo con sus dos hijos, y lo adoró para dar a entender que quería pedirle algo. Él le dijo: "¿Qué quieres?" Dijo ella: "Ordena que estos dos hijos míos se sienten en tu reino, el uno a tu derecha y el otro a tu izquierda". Pero Jesús le respondió: "No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber el cáliz que yo habré de beber?". Ellos le dijeron: "Podemos". Jesús les respondió: "Es cierto que beberéis el cáliz que yo beberé. Pero en lo que respecta a que os sentéis a mi derecha o a mi izquierda, no me corresponde a mí concederlo, sino que es para aquellos a quienes mi Padre lo ha preparado". Cuando los otros diez apóstoles oyeron eso, se llenaron de indignación contra los dos hermanos. Jesús los llamó y*

*les dijo: "Sabéis que los príncipes de las naciones las dominan, y que los grandes las oprimen. No debe ser así entre vosotros. Por el contrario,* aquel que quiera ser el mayor, sea vuestro servidor; y aquel que quiera ser el primero entre vosotros, sea vuestro esclavo*; del mismo modo que el Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir y dar la vida por la redención de muchos".* (*San Mateo*, 20: 20 a 28.)

5. *Jesús entró un día sábado en casa de uno de los principales fariseos, para comer; y los que estaban allá lo observaban. Entonces, notando cómo los invitados elegían los primeros lugares en la mesa, les propuso una parábola, y dijo: "Cuando seáis convidados a bodas, no toméis el primer lugar, para que no suceda que, habiendo entre los invitados una persona más importante que vosotros, aquel que os haya convidado venga a deciros: 'Dad el lugar a este', y entonces os veáis obligados a ocupar, llenos de vergüenza, el último lugar. Por el contrario, cuando seáis convidados, id a colocaros en el último lugar, a fin de que, cuando aquel que os convidó llegue, os diga: 'Amigo, ven más cerca'. Entonces ese será para vosotros un motivo de gloria delante de los que estén con vosotros a la mesa.* Porque todo el que se eleve, será rebajado; y todo el que se rebaje, será elevado*".* (*San Lucas*, 14: 1 y 7 a 11.)

6. Estas máximas son la consecuencia del principio de humildad que Jesús no cesa de presentar como condición esencial de la felicidad prometida a los elegidos del Señor, y que él ha enunciado con estas palabras: "Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los Cielos". Jesús toma a un niño como el modelo de la simplicidad de corazón y dice: "Será el mayor en el reino de los Cielos aquel que se

humille y *se haga pequeño como un niño*", es decir, que no alimente ninguna pretensión de superioridad o infalibilidad.

Encontramos la misma idea fundamental en esta otra máxima: *Aquel que quiera ser el mayor, sea vuestro servidor*, así como en esta otra: *Todo el que se rebaje, será elevado; y todo el que se eleve, será rebajado.*

El espiritismo viene a sancionar la teoría mediante el ejemplo, cuando nos muestra que los grandes en el mundo de los Espíritus son los que eran pequeños en la Tierra, y que a menudo los muy pequeños en el mundo de los Espíritus son los que en la Tierra eran los más grandes y poderosos. Sucede que los primeros se llevaron consigo, al morir, sólo aquello que hace la verdadera grandeza en el Cielo, y que jamás se pierde: las virtudes. En cambio, los otros tuvieron que dejar lo que constituía su grandeza terrenal, que no se puede llevar a la otra vida: la fortuna, los títulos, la gloria, la nobleza. Como no poseían otra cosa, llegan al otro mundo desprovistos de todo, como náufragos que perdieron hasta la ropa. Sólo conservan el orgullo, que hace que su nueva posición sea aún más humillante, porque ven por encima de ellos, resplandecientes de gloria, a aquellos a quienes oprimieron en la Tierra.

El espiritismo nos muestra otra aplicación de ese principio en las encarnaciones sucesivas, mediante las cuales los que ocuparon las más elevadas posiciones en una existencia, son rebajados a una ínfima condición en una existencia posterior, en caso de que hayan sido dominados por el orgullo y la ambición. Por consiguiente, si no queréis ser obligados a descender, no busquéis el primer puesto en la Tierra, ni pretendáis poneros por encima de los otros. Buscad, por el contrario, el lugar más humilde y modesto, porque Dios sabrá daros uno más elevado en el Cielo, si lo merecéis.

## Misterios ocultos a los sabios y a los sagaces

7. *Entonces Jesús dijo estas palabras: "Os doy gloria, Padre mío, Señor del cielo y de la tierra, porque ocultasteis estas cosas a los sabios y a los sagaces, y las revelasteis a los simples y a los pequeños".* (*San Mateo*, 11:25.)

8. Puede parecer extraño que Jesús dé gracias a Dios por haber revelado estas cosas *a los simples y a los pequeños*, que son los pobres de espíritu, y por haberlas ocultado *a los sabios y a los sagaces*, más aptos, aparentemente, para comprenderlas. Sucede que es preciso entender por los primeros a *los humildes*, que se humillan ante Dios y no se creen superiores a todo el mundo; y por los segundos a *los orgullosos*, envanecidos con su saber mundano, que se creen sagaces porque niegan o tratan a Dios de igual a igual, en caso de que no lo repudien. En la antigüedad, *sabio* era sinónimo de *científico*. Por eso Dios les concede investigar los secretos de la Tierra, y revela los del Cielo a los simples y a los humildes que se inclinan ante Él.

9. Lo mismo sucede hoy con las grandes verdades que el espiritismo revela. Algunos incrédulos se admiran de que los Espíritus realicen tan pocos esfuerzos para convencerlos. Eso se debe a que estos últimos se ocupan de los que buscan la luz de buena fe y con humildad, de preferencia a los que suponen que poseen toda la luz e imaginan, al parecer, que Dios debería estar muy feliz de conducirlos hacia Él, dándoles la prueba de su existencia.

El poder de Dios se pone de manifiesto tanto en las cosas más pequeñas como en las más grandes. Él no pone la luz debajo del celemín, sino que la esparce a raudales por todas

partes, de modo que solamente los ciegos no la ven. *Dios no quiere abrirles los ojos a la fuerza, puesto que les place mantenerlos cerrados*. Ya les llegará su hora, pero antes es preciso que experimenten las angustias de las tinieblas y *reconozcan a Dios, y no al acaso, en la mano que hiere su orgullo*. Dios emplea, para vencer a la incredulidad, los medios más convenientes según los individuos. No le corresponde al incrédulo prescribirle lo que debe hacer, y decirle: "Si quieres convencerme, debes proceder de esa o de aquella manera, en tal momento y no en tal otro, porque esa ocasión me conviene más".

Por consiguiente, no se asombren los incrédulos de que ni Dios ni los Espíritus, que son los agentes de su voluntad, se sometan a sus exigencias. Tendrían que preguntarse a sí mismos qué dirían si el último de sus servidores quisiera impartirles órdenes. Dios establece sus condiciones pero no se somete a las de los hombres. Escucha con bondad a los que se dirigen a Él con humildad, y no a los que creen que son más que Él.

10. Habrá quien se plantee esta pregunta: ¿No podría Dios advertir a los incrédulos mediante señales evidentes, ante las cuales hasta los más obstinados tendrían que inclinarse? No cabe duda de que podría, pero entonces, ¿dónde estaría el mérito de ellos y, por otra parte, para qué serviría eso? ¿No vemos todos los días a los que rechazan la evidencia, diciendo incluso: "Aunque viese, no creería, porque *sé* que es imposible"? Si se niegan a reconocer la verdad, es porque su espíritu aún no está maduro para comprenderla, ni su corazón para sentirla. *El orgullo es la venda que les tapa la vista.* ¿De qué sirve mostrarle la luz a un ciego? Así pues, es preciso que se cure antes la causa del mal. Por eso, como médico hábil que es, Dios castiga primero el orgullo. No abandona a

sus hijos extraviados, porque sabe que tarde o temprano sus ojos se abrirán; pero quiere que sea por su propia voluntad. Entonces, doblegados por los tormentos de la incredulidad, se arrojarán por sí mismos en los brazos de Él y, tal como el hijo pródigo, le pedirán perdón.

## INSTRUCCIONES DE LOS ESPÍRITUS

### El orgullo y la humildad

11. ¡La paz del Señor sea con vosotros, queridos amigos! Vengo a infundiros valor para que sigáis en el camino del bien.

A los pobres Espíritus que en otras épocas han habitado en la Tierra, Dios les confía la misión de esclareceros. Bendito sea Él, por la gracia que nos concede de poder contribuir a vuestro perfeccionamiento. ¡Que el Espíritu Santo me ilumine y me ayude, a fin de que mi palabra sea comprensible, y me conceda la gracia de colocarla al alcance de todos! En cuanto a vosotros, encarnados, que estáis afligidos y buscáis la luz, ¡que la voluntad de Dios venga en mi ayuda para hacer que resplandezca ante vuestros ojos!

La humildad es una virtud muy postergada entre vosotros. Los grandes ejemplos que se os han dado no son tomados en cuenta como correspondería. Sin embargo, sin humildad, ¿podéis ser caritativos para con el prójimo? ¡Oh! no, porque ese sentimiento nivela a los hombres; les dice que son hermanos, que deben ayudarse mutuamente, y los conduce al bien. Sin la humildad, os adornáis con virtudes que no tenéis, como si os pusierais un vestido para ocultar las deformidades de vuestro cuerpo. Acordaos de Aquel que nos salvó; recordad

su humildad, que lo hizo tan grande y lo elevó por encima de los profetas.

El orgullo es el terrible adversario de la humildad. Si Cristo prometía el reino de los Cielos a los más pobres, se debe a que los grandes de la Tierra se imaginan que los títulos y las riquezas son recompensas acordes con sus méritos, y que su esencia es más pura que la del pobre. Consideran que tienen derecho a esas cosas, razón por la cual, cuando Dios se las quita, lo acusan de cometer una injusticia. ¡Oh! ¡Escarnio y ceguera! ¿Acaso Dios os reconoce por el cuerpo? La envoltura del pobre, ¿no es de la misma esencia que la del rico? El Creador, ¿ha hecho dos especies de hombres? Todo lo que Dios hace es grande y sabio. Nunca le atribuyáis las ideas que vuestros cerebros orgullosos conciben.

¡Oh, rico! Mientras tú duermes en tus aposentos dorados, al resguardo del frío, ¿no sabes que miles de hermanos tuyos, que valen tanto como tú, yacen sobre la paja? El desdichado que padece hambre, ¿no es igual a ti? Cuando escuchas eso tu orgullo se subleva, bien lo sé. Consentirás en darle una limosna, ¡pero jamás le estrecharías fraternalmente la mano! "¡Cómo! –pensarás– ¡Yo, de noble estirpe, uno de los grandes de la Tierra, seré igual a ese miserable cubierto de harapos! ¡Vana utopía de los que pretenden ser filósofos! Si fuésemos iguales, ¿por qué Dios lo habría colocado tan abajo y a mí tan arriba?" Es verdad que vuestras vestimentas no son semejantes. Con todo, si ambos se desnudaran, ¿qué diferencia habría entre vosotros? "La nobleza de la sangre", dirás. Pero la química no ha encontrado diferencia alguna entre la sangre de un gran señor y la de un plebeyo, ni entre la del amo y la del esclavo. ¿Quién te garantiza que tú no has sido miserable y desdichado como él? ¿Que no has pedido limosna? ¿Que no

se la pedirás un día a ese mismo al que hoy desprecias? ¿Acaso son eternas las riquezas? ¿No se acaban cuando se extingue el cuerpo, envoltura perecedera de tu Espíritu? ¡Oh! ¡Imprégnate de humildad! Pon finalmente la mirada en la realidad de las cosas de este mundo, en lo que da lugar al enaltecimiento o a la humillación en el otro. Piensa que la muerte no te respetará, como tampoco respetará a los demás hombres; que los títulos no te preservarán de su ataque; que ella puede herirte mañana, hoy, en cualquier momento. Y si te encierras en tu orgullo, ¡oh, cómo te compadezco, porque serás digno de piedad!

¡Orgullosos! ¿Qué erais antes de ser nobles y poderosos? Es posible que estuvieseis por debajo del último de vuestros criados. Inclinad, pues, vuestras altivas frentes, pues Dios puede bajarlas en el momento en que más las levantáis. Todos los hombres son iguales en la balanza divina. Sólo las virtudes los distinguen ante Dios. Todos los Espíritus son de la misma esencia, y todos los cuerpos son modelados con la misma arcilla. Vuestros títulos y vuestros nombres en nada os modifican; quedan en la tumba, y no son ellos los que os darán la felicidad prometida a los elegidos. La caridad y la humildad son sus títulos de nobleza.

¡Pobre criatura! Eres madre y tus hijos sufren: sienten frío, tienen hambre. Y tú acudes, doblada bajo el peso de tu cruz, a humillarte para conseguirles un pedazo de pan. ¡Oh, yo me inclino ante ti! ¡Cuán noble, santa y grande eres a mis ojos! Aguarda y ruega. La felicidad aún no es de este mundo. A los pobres y oprimidos que confían en Él, Dios les concede el reino de los Cielos.

Y tú, jovencita, pobre niña entregada al trabajo y a las privaciones, ¿por qué esos tristes pensamientos? ¿Por qué lloras? Que tu mirada, piadosa y serena, se eleve hacia Dios: Él

da alimento a las avecillas. Ten confianza en Él, que no te abandonará. La algarabía de las fiestas y los placeres del mundo agitan tu corazón. Quisieras también adornar tu cabello con flores y mezclarte con los felices de la Tierra. Piensas que podrías, como esas mujeres a las que ves pasar alegres y risueñas, ser rica también. ¡Oh! ¡Cállate, niña! Si supieras cuántas lágrimas y dolores indescriptibles se ocultan bajo esos vestidos bordados, cuántos sollozos son ahogados por el ruido de esa alegre orquesta, preferirías tu humilde refugio y tu pobreza. Mantente pura ante Dios, si no quieres que tu ángel de la guarda se eleve hacia Él, con el rostro oculto bajo sus blancas alas, y te deje con tus remordimientos, sin guía, sin amparo, en este mundo donde estarías perdida, mientras esperas tu castigo en el otro.

Y vosotros, los que sufrís las injusticias de los hombres, sed indulgentes para con las faltas de vuestros hermanos, reconociendo que tampoco estáis exentos de culpas: en eso consiste la caridad, y también la humildad. Si sufrís por las calumnias, inclinad la frente ante esa prueba. ¿Qué os importan las calumnias del mundo? Si vuestra conducta es pura, ¿acaso Dios no puede recompensaros por ello? Soportar con valor las humillaciones de los hombres implica ser humilde y reconocer que sólo Dios es grande y poderoso.

¡Oh, Dios mío! ¿Será preciso que Cristo venga por segunda vez a la Tierra para enseñar a los hombres tus leyes, porque las olvidan? ¿Deberá él expulsar otra vez del templo a los mercaderes que corrompen tu casa, destinada exclusivamente a la oración? ¡Oh, hombres! ¡Quién sabe si, en caso de que Dios os concediera la gracia de enviaros nuevamente a Jesús, no renegaríais de él como lo hicisteis antes! ¡O si no lo llamaríais blasfemo, porque abatiría el orgullo de los fariseos modernos!

Es posible que lo hicierais recorrer de nuevo el camino del Gólgota.

Cuando Moisés subió al monte Sinaí para recibir los mandamientos de Dios, el pueblo de Israel, entregado a sí mismo, abandonó al verdadero Dios. Hombres y mujeres se desprendieron de su oro y sus alhajas para que se hiciera un ídolo, al que adoraron. Hombres civilizados, vosotros os comportáis del mismo modo que ellos. Cristo os confió su doctrina; os dio el ejemplo de todas las virtudes, pero lo habéis abandonado todo, tanto el ejemplo como los preceptos. Cada uno de vosotros contribuyó con sus pasiones, y os habéis hecho un Dios a la medida de vuestra voluntad: según algunos, terrible y sanguinario; según otros, indiferente a los intereses del mundo. El Dios que fabricasteis sigue siendo el becerro de oro que cada uno adapta a sus gustos y a sus ideas.

Reflexionad, hermanos y amigos míos. Que la voz de los Espíritus conmueva vuestros corazones. Sed generosos y caritativos sin ostentación, es decir, haced el bien con humildad. Que cada uno derribe poco a poco los altares que habéis erigido al orgullo. En una palabra, sed verdaderos cristianos, y alcanzaréis el reino de la verdad. No dudéis más de la bondad de Dios, cuando Él os da tantas pruebas de ello. Los Espíritus venimos a preparar el camino para que las profecías se cumplan. Cuando el Señor os dé una manifestación más resonante de su clemencia, que el enviado celestial os encuentre formando una gran familia; que vuestros corazones afables y humildes sean dignos de oír la palabra divina que él habrá de traeros; que el elegido no encuentre en su camino otra cosa que las palmas que vosotros hayáis dispuesto por vuestro retorno al bien, a la caridad, a la fraternidad, y entonces vuestro mundo se convertirá en el paraíso terrenal. Por el contrario,

si permanecierais insensibles a la voz de los Espíritus enviados para purificar y renovar vuestra sociedad civilizada, rica en ciencias, pero tan pobre en buenos sentimientos, entonces, ¡ay!, sólo nos quedará llorar y gemir por vuestro destino. Pero no, no sucederá de ese modo. Volved a Dios, vuestro Padre, y en ese caso nosotros, que habremos contribuido al cumplimiento de su voluntad, entonaremos el cántico de acción de gracias, para agradecer al Señor su inagotable bondad, y para glorificarlo por los siglos de los siglos. Así sea. (Lacordaire. Constantina, 1863.)

12. Hombres, ¿por qué os quejáis de las calamidades que vosotros mismos habéis acumulado sobre vuestras cabezas? Habéis despreciado la santa y divina moral de Cristo. No os asombréis, pues, de que la copa de la iniquidad haya desbordado por todas partes.

El malestar se generaliza. ¿A quién acusar sino a vosotros mismos, que sin cesar procuráis aniquilaros unos a otros? No podéis ser felices si falta la mutua benevolencia. Pero ¿cómo puede la benevolencia coexistir con el orgullo? El orgullo: ahí está el origen de todos vuestros males. Aplicaos, pues, a destruirlo, si no queréis ver perpetuadas sus funestas consecuencias. Disponéis de un solo medio para hacerlo, pero que es infalible: adoptar como regla invariable de vuestra conducta la ley de Cristo, ley que habéis rechazado, o falseado en su interpretación.

¿Por qué tenéis en tan grande estima lo que brilla y fascina a la vista, en vez de lo que llega al corazón? ¿Por qué hacéis del vicio, que crece en la opulencia, el objeto de vuestras adulaciones, mientras que sólo dedicáis una mirada de desdén para el verdadero mérito, que permanece oculto en la oscuridad?

Si un rico libertino, perdido en cuerpo y alma, se presenta dondequiera que sea, todas las puertas se le abren, todas las consideraciones son para él, mientras que se desdeña conceder un saludo protector al hombre de bien, que vive de su trabajo. Cuando la consideración que se otorga a las personas se mide conforme al peso del oro que poseen o según el nombre que llevan, ¿qué interés pueden tener ellas en corregir sus defectos?

Muy distinto sería si la opinión general fustigara al vicio dorado tanto como al vicio andrajoso. Pero el orgullo es indulgente para con todo lo que lo adula. "Siglo de codicia y de dinero", diréis. Sin duda. No obstante, ¿por qué habéis permitido que las necesidades materiales prevalezcan sobre el buen sentido y la razón? ¿Por qué quiere cada uno elevarse por encima de su hermano? La sociedad sufre hoy las consecuencias de esa situación.

No olvidéis que ese estado de cosas constituye siempre una señal de decadencia moral. Cuando el orgullo llega al límite, es indicio de una caída próxima, porque Dios castiga siempre a los soberbios. Si algunas veces los deja subir, es para darles el tiempo necesario para que reflexionen y se enmienden bajo los golpes que, de cuando en cuando, lanza a su orgullo como advertencia. Con todo, en vez de humillarse, se revelan. Entonces, cuando la medida está colmada, Dios los derriba por completo, y la caída les resulta tanto más terrible cuanto más alto han subido.

Pobre raza humana, cuyo egoísmo ha corrompido todos los caminos. Ten valor, a pesar de todo. En su misericordia infinita, Dios te envía un poderoso remedio para tus males, un socorro inesperado para tu aflicción. Abre los ojos a la luz: aquí están las almas de los que ya no viven en la Tierra, que vienen a convocarte al cumplimiento de tus verdaderos deberes. Ellas

te dirán, con la autoridad de la experiencia, cuán poca cosa son las vanidades y las grandezas de tu pasajera existencia, en comparación con la eternidad. Te dirán que, en el Más Allá, el más grande es quien ha sido el más humilde entre los pequeños de este mundo; que el que más ha amado a sus hermanos será también el más amado en el Cielo; que los poderosos de la Tierra, si abusaron de su autoridad, se verán obligados a obedecer a sus servidores; que, en definitiva, la caridad y la humildad, esas hermanas que siempre van tomadas de la mano, son los títulos más eficaces para obtener gracia ante el Eterno. (Adolfo, obispo de Argel. Marmande, 1862.)

## Misión del hombre inteligente en la Tierra

13. No presumáis de lo que sabéis, porque ese saber tiene límites muy estrechos en el mundo en que habitáis. Aun en la suposición de que poseáis una de las inteligencias más brillantes del globo, no tenéis ningún derecho de envaneceros por ello. Si Dios, en sus designios, os ha hecho nacer en un medio donde habéis podido desarrollar vuestra inteligencia, es porque desea que la empleéis para el bien de todos. Se trata de una misión que Dios os confía, al depositar en vuestras manos el instrumento con cuya ayuda podéis desarrollar, por vuestra parte, las inteligencias atrasadas y conducirlas hacia Él. La naturaleza de la herramienta, ¿no indica, acaso, el uso que debe hacerse de ella? La azada que el jardinero pone en las manos de su ayudante, ¿no le indica a este que debe cavar la tierra? ¿Qué diríais si ese ayudante, en lugar de trabajar, levantara la azada para herir a su patrón? Diríais que es horrible y que merece ser expulsado. Pues bien, ¿no sucede lo mismo con aquel

que se sirve de su inteligencia para destruir la idea de Dios y de la Providencia entre sus hermanos? ¿No levanta contra su patrón la azada que se le ha dado para carpir el terreno? ¿Tiene derecho al salario prometido? ¿No merece, por el contrario, ser expulsado del jardín? Será expulsado, no lo dudéis, y cargará consigo existencias miserables, llenas de humillaciones, hasta que se incline ante Aquel a quien le debe todo.

La inteligencia es fecunda en méritos para el porvenir, pero con la condición de que se haga buen uso de ella. Si los hombres que la poseen se sirvieran de la inteligencia conforme a la voluntad de Dios, la labor de los Espíritus que hacen progresar a la humanidad sería mucho más sencilla. Lamentablemente, muchos la convierten en un instrumento del orgullo y de perdición para sí mismos. El hombre abusa de su inteligencia tanto como de sus demás facultades, pese a que no le faltan lecciones que le advierten que una mano poderosa puede quitarle lo que ella misma le ha dado. (Ferdinand, Espíritu protector. Burdeos, 1862.)

Capítulo VIII

# Bienaventurados los limpios de corazón

Dejad que los niños vengan a mí.- Pecado de pensamiento. Adulterio.- Verdadera pureza. Manos no lavadas.- Escándalos. Si vuestra mano es motivo de escándalo, cortadla.- *Instrucciones de los Espíritus*: Dejad que los niños vengan a mí.- Bienaventurados los que tienen los ojos cerrados.

## Dejad que los niños vengan a mí

1. *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.* (*San Mateo*, 5: 8.)

2. *Entonces le presentaron a unos niños, para que él los tocara; y como sus discípulos apartaban con palabras ásperas a quienes los presentaban, Jesús, al ver eso, se disgustó y les dijo:* "Dejad que los niños vengan a mí, *y no se lo impidáis, porque el reino de los Cielos es para los que se les parecen. En verdad os digo, que el que no reciba el reino de Dios como un niño, no entrará en él". Y abrazaba a los niños, y los bendecía poniendo las manos sobre ellos.* (*San Marcos*, 10:13 a 16.)

3. La pureza del corazón es inseparable de la simplicidad y de la humildad. Excluye todo pensamiento de egoísmo y de

orgullo. Por eso Jesús toma a la infancia como emblema de esa pureza, del mismo modo que la tomó como el de la humildad.

Esa comparación podría parecer injusta, si se considera que el Espíritu del niño puede ser muy antiguo, y que trae, al renacer a la vida corporal, las imperfecciones de las que no se ha despojado en las existencias precedentes. Sólo un Espíritu llegado a la perfección podría darnos el ejemplo de la verdadera pureza. No obstante, la comparación es exacta desde el punto de vista de la vida presente; porque el niño, dado que aún no ha podido manifestar ninguna tendencia perversa, nos ofrece la imagen de la inocencia y del candor. Por otra parte, Jesús no dice de un modo absoluto que el reino de los Cielos es *para ellos*, sino *para los que se les parecen*.

4. Puesto que el Espíritu del niño ha vivido ya, ¿por qué no se manifiesta tal cual es desde el nacimiento? En las obras de Dios todo irradia sabiduría. El niño necesita cuidados delicados que sólo la ternura maternal puede prodigarle, ternura a la que se suma la debilidad y la ingenuidad del niño. Para una madre, su hijo es siempre un ángel, y es preciso que así sea para que conquiste su dedicación. Ella no habría podido dispensarle la misma devoción si, en vez de la gracia ingenua, hubiese encontrado bajo las facciones infantiles un carácter viril y las ideas de un adulto, y menos aún si llegara a conocer su pasado.

Por otra parte, hacía falta que la actividad del principio inteligente estuviese proporcionada a la debilidad del cuerpo, porque este no habría podido resistir una actividad demasiado intensa del Espíritu, como se observa en los individuos muy precoces. Por eso, cuando el Espíritu se aproxima a la encarnación, entra en un estado de turbación y pierde poco a poco la conciencia de sí mismo. Entonces permanece, duran-

te un determinado lapso, en una especie de sueño, durante el cual sus facultades se hallan en estado latente. Ese estado transitorio es necesario para que el Espíritu tenga un nuevo punto de partida, y para que olvide, en su nueva existencia terrenal, las cosas que hubieran podido obstaculizarlo. Con todo, su pasado reacciona sobre él. El Espíritu renace a la vida más grande, más fuerte, tanto moral como intelectualmente, sustentado y secundado por la intuición que conserva de la experiencia que ya ha adquirido.

A partir del nacimiento, y a medida que se desarrollan los órganos corporales, el Espíritu recupera gradualmente la amplitud de sus ideas. Se puede decir, pues, que durante los primeros años, el Espíritu es en realidad un niño, porque las ideas que forman la base de su carácter todavía se encuentran embotadas. Durante el tiempo en que sus instintos están adormecidos, el Espíritu es más flexible y, por eso mismo, más accesible a las impresiones que puedan modificar su naturaleza y hacerlo progresar, lo que hace más sencilla la tarea impuesta a los padres.

Así pues, el Espíritu se cubre, en forma transitoria, con la túnica de la inocencia, y Jesús expresa una verdad cuando, a pesar de que el alma es anterior, toma al niño como símbolo de la pureza y la simplicidad.

## Pecado de pensamiento. Adulterio

5. *Habéis oído que fue dicho a los antepasados: "No cometeréis adulterio". Pero yo os digo que aquel que haya mirado a una mujer para desearla, ya cometió adulterio con ella en su corazón.* (*San Mateo*, 5: 27 y 28.)

6. La palabra *adulterio* no debe entenderse aquí en el sentido exclusivo de la acepción que le es propia, sino en un sentido más amplio. Jesús la empleó a menudo por extensión, para designar el mal, el pecado y cualquier pensamiento malo, como por ejemplo en este pasaje: "Porque quien se avergüence de mí y de mis palabras, en medio de esta generación *adúltera y pecadora*, el Hijo del hombre también se avergonzará de él cuando venga acompañado de los santos ángeles, en la gloria de su Padre". (*San Marcos*, 8:38.)

La verdadera pureza no reside solamente en los actos; también está en el pensamiento, porque quien tiene el corazón puro ni siquiera piensa en el mal. Eso es lo que quiso decir Jesús. Él condena el pecado, hasta de pensamiento, porque constituye una señal de impureza.

7. Ese principio nos conduce en forma natural a la siguiente pregunta: *¿Sufre uno las consecuencias de un pensamiento malo, aunque este no se haya realizado a través de los actos?*

Aquí debemos hacer una distinción importante. A medida que el alma, que está comprometida en el camino del mal, avanza en la vida espiritual, poco a poco se instruye y se despoja de sus imperfecciones, de conformidad con la mayor o menor buena voluntad que demuestre, en virtud de su libre albedrío. Así pues, los pensamientos malos son el producto de la imperfección del alma. No obstante, según el deseo que el alma ha concebido de purificarse, incluso ese pensamiento malo se convierte para ella en una ocasión de adelanto, porque lo rechaza con energía. Se trata de un indicio del esfuerzo que realiza para borrar una mancha. Si se presentara la ocasión de satisfacer un deseo malo, no cederá. Y después de que haya resistido, se sentirá más fortalecida y satisfecha con su victoria.

Por el contrario, aquella alma que no adoptó buenas resoluciones busca la ocasión de realizar un acto malo, y si no llega a concretarlo, no es por obra de su voluntad, sino porque le ha faltado la ocasión. Por consiguiente, es tan culpable como si lo hubiera cometido.

En resumen, en la persona que ni siquiera concibe el pensamiento del mal, el progreso ya se ha realizado. En aquella en la que surge ese pensamiento, pero lo rechaza, el progreso está en vías de cumplirse. Por último, en la que tiene un pensamiento malo y en él se complace, el mal existe todavía con toda su fuerza. En la primera, el trabajo está concluido; en la última, está por hacerse. Dios, que es justo, toma en cuenta todos esos matices relativos a la responsabilidad de los actos y de los pensamientos del hombre.

## Verdadera pureza. Manos no lavadas

8. *Entonces algunos escribas y fariseos provenientes de Jerusalén se acercaron a Jesús, y le dijeron: "¿Por qué tus discípulos violan la tradición de los antepasados?; pues no se lavan las manos cuando toman los alimentos".*

*Jesús les respondió: "¿Por qué violáis vosotros el mandamiento de Dios, para seguir vuestra tradición? Porque Dios estableció este mandamiento:* Honrad a vuestro padre y a vuestra madre*; y este otro:* El que maldiga a su padre o a su madre sea castigado con la muerte*. Pero vosotros decís: 'Cualquiera que diga a su padre o a su madre:* Todo aquello con que pueda ayudarte es ofrenda que hago a Dios y satisface a la ley*; ese no tendrá que honrar ni asistir a su padre o a su madre'. De ese*

*modo habéis hecho vano el mandamiento de Dios, por vuestra tradición.*

*"Hipócritas, bien profetizó de vosotros Isaías, cuando dijo:* Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. En vano me honran, pues enseñan doctrinas y mandamientos de hombres*".*

*Después, habiendo convocado al pueblo, les dijo: "Oíd y comprended bien esto: No es lo que entra en la boca lo que ensucia al hombre, sino lo que sale de la boca, eso es lo que ensucia al hombre. Lo que sale de la boca proviene del corazón, y eso es lo que hace impuro al hombre; porque del corazón salen los pensamientos malos, los asesinatos, los adulterios, las fornicaciones, los robos, los falsos testimonios, las blasfemias y la maledicencia. Esas son las cosas que vuelven impuro al hombre. En cambio, comer sin haberse lavado las manos, no es eso lo que lo hace impuro".*

*Entonces se aproximaron a él sus discípulos y le dijeron: "¿Sabes que los fariseos se han escandalizado, cuando oyeron lo que acabas de decir?". Pero él respondió: "Toda planta que mi Padre celestial no haya plantado, será arrancada. Dejadlos, son ciegos que guían a ciegos. Y si un ciego guía a otro ciego, ambos caen en el pozo".* (*San Mateo*, 15:1 a 20.)

9. *Mientras Jesús hablaba, un fariseo le rogó que fuese a comer a su casa. Y habiendo entrado, Jesús se sentó a la mesa. Entonces el fariseo comenzó a decirse a sí mismo: "¿Por qué él no se lavó las manos antes de comer?" Y el Señor le dijo: "Vosotros, fariseos, tenéis mucho cuidado en limpiar el exterior del vaso y del plato; pero el interior de vuestros corazones está lleno de rapiña y de maldad. ¡Qué insensatos sois! Aquel que hizo lo*

*que está por fuera, ¿no hizo también lo que está por dentro?".* (*San Lucas*, 11: 37 a 40.)

10. Los judíos habían descuidado los verdaderos mandamientos de Dios, para observar la práctica de los reglamentos establecidos por los hombres, y habían hecho del riguroso cumplimiento de esos reglamentos una cuestión de conciencia. El fondo, muy sencillo, había finalmente desaparecido bajo la complicación de la forma. Como era más fácil respetar los actos exteriores que reformarse moralmente, es decir, *lavarse las manos que limpiarse el corazón*, los hombres se engañaron a sí mismos, y se consideraron dispensados por Dios porque se ajustaban a esas prácticas, mientras seguían siendo tal como eran, pues se les había enseñado que Dios no exigía más que eso. Por esa razón el profeta dijo: *En vano ese pueblo me honra con los labios, pues enseñan doctrinas y mandamientos de hombres.*

Lo mismo sucedió con la doctrina moral de Cristo, que terminó relegada a un segundo plano, lo que condujo a que muchos cristianos, a ejemplo de los antiguos judíos, consideraran que su salvación estaba más asegurada mediante las prácticas exteriores que a través de las de la moral. Jesús alude a esos agregados que los hombres hicieron a la ley de Dios, cuando dice: *Toda planta que mi Padre celestial no haya plantado, será arrancada.*

El objetivo de la religión es conducir al hombre hacia Dios. Ahora bien, el hombre sólo llega a Dios cuando alcanza la perfección. Por consiguiente, la religión que no hace al hombre mejor, no consigue su objetivo. Aquella religión en la cual alguien considere que puede apoyarse para hacer el mal, es falsa o ha sido falseada en sus principios. Tal es el resultado

de todas las religiones en que la forma supera al fondo. La creencia en la eficacia de los signos exteriores es nula si no impide que se cometan asesinatos, adulterios y robos, que se calumnie, que se haga daño al prójimo, de cualquier modo que sea. Esa creencia genera supersticiosos, hipócritas o fanáticos; pero no hombres de bien.

No basta, pues, tener la apariencia de la pureza; ante todo es preciso tener la pureza del corazón.

## Escándalos. Si vuestra mano es motivo de escándalo, cortadla.

11. *¡Ay del mundo a causa de los escándalos! Porque es necesario que vengan escándalos; pero ¡ay de aquel hombre por quien el escándalo viene!*

*Al que escandalice a uno de estos pequeños que creen en mí, mejor será que cuelguen de su cuello una de esas piedras de molino que un asno hace girar, y que lo arrojen al fondo del mar.*

*Guardaos de menospreciar a uno de estos pequeños; os declaro que, en el Cielo, sus ángeles ven continuamente el rostro de mi Padre que está en los Cielos; porque el Hijo del hombre vino a salvar lo que estaba perdido.*

*Si vuestra mano o vuestro pie es motivo de escándalo, cortadlos y arrojadlos lejos de vosotros; porque mejor será para vosotros que entréis en la vida con un solo pie o una sola mano, a que tengáis dos y seáis arrojados en el fuego eterno. Y si vuestro ojo es motivo de escándalo, arrancadlo y arrojadlo lejos de vosotros; porque será mejor para vosotros que entréis en la vida con un solo ojo, a que tengáis dos y seáis precipitados en el fuego del Infierno.* (*San Mateo*, 18: 6 a 10.)

12. En la acepción común, se denomina *escándalo* a toda acción que choca con la moral o el decoro de una manera ostensible. El escándalo no está precisamente en la acción, sino en la repercusión que esta pueda tener. La palabra *escándalo* implica siempre la idea de un cierto ruido. Muchas personas se contentan con evitar el *escándalo*, porque con él se resentiría su orgullo, y la consideración que les dispensan los hombres quedaría empañada. Mientras sus torpezas sean ignoradas, con eso les alcanza para que su conciencia permanezca en paz. Estos son, según las palabras de Jesús: "Sepulcros blanqueados por fuera, pero llenos de podredumbre por dentro; recipientes limpios en su exterior y sucios en el interior".

En el sentido evangélico, la acepción de la palabra *escándalo*, empleada con tanta frecuencia, es mucho más general, motivo por el cual en ciertos casos no se comprende su significado. Ya no es sólo lo que choca a la conciencia ajena, sino todo lo que deriva de los vicios y las imperfecciones de los hombres, todas las reacciones perjudiciales de un individuo hacia otro, tengan o no repercusión. El escándalo, en ese caso, *es la consecuencia efectiva del mal moral.*

13. *Es preciso que haya escándalo en el mundo*, dijo Jesús, porque los hombres, a causa de su imperfección, se inclinan a practicar el mal, y porque los malos árboles dan frutos malos. Se debe entender, pues, por esas palabras, que el mal es una consecuencia de la imperfección de los hombres, y no que tengan ellos la obligación de practicarlo.

14. *Es necesario que venga el escándalo*, porque como los hombres se encuentran en expiación en la Tierra, se castigan a sí mismos al mantenerse en contacto con sus vicios, cuyas

primeras víctimas son ellos mismos, y cuyos inconvenientes terminan por comprender. Cuando se hayan cansado de sufrir por causa del mal, buscarán el remedio en el bien. Por consiguiente, la reacción de esos vicios sirve, al mismo tiempo, de castigo para unos y de prueba para otros. De ese modo Dios hace que el bien surja del mal, y los propios hombres aprovechan las cosas malas o sin valor.

15. Si es así –se dirá–, el mal es necesario y durará para siempre; porque si desapareciera, Dios estaría privado de un poderoso medio para castigar a los culpables. Así pues, es inútil tratar de mejorar a los hombres. A eso respondemos que, si ya no hubiese culpables, tampoco habría necesidad de castigos. Supongamos que la humanidad se transforme y llegue a estar constituida por hombres de bien: nadie pensará en hacer mal al prójimo, y todos estarán felices, porque serán buenos. Ese es el estado de los mundos adelantados, de los que el mal ha sido excluido. Y ese llegará a ser el de la Tierra, cuando haya progresado lo suficiente. Con todo, mientras ciertos mundos adelantan, otros se forman, en los que habitan Espíritus primitivos; mundos que, además, sirven de habitación, de exilio y de lugar de expiación para los Espíritus imperfectos, rebeldes y obstinados en el mal, que son expulsados de los mundos que han llegado a ser felices.

16. *Pero ¡ay de aquel por quien el escándalo viene!* Esto quiere decir que como el mal siempre es el mal, aquel que, incluso sin saberlo, ha servido de instrumento para la justicia divina, aquel cuyos malos instintos fueron utilizados, no por eso ha dejado de hacer el mal, de modo que merece ser castigado. Así, por ejemplo, un hijo ingrato constituye un castigo

o una prueba para el padre que sufre por eso, porque es posible que ese padre haya sido también un mal hijo, que hizo sufrir a su padre, en cuyo caso experimenta la pena del talión. Sin embargo, esa circunstancia no puede servir de excusa para el hijo, quien, a su vez, se hará merecedor de un castigo a través de sus propios hijos, o de algún otro modo.

17. *Si vuestra mano es motivo de escándalo, cortadla.* Esta enérgica figura sería absurda si se tomara al pie de la letra, pues significa simplemente que cada uno debe destruir en sí mismo toda causa de escándalo, es decir, de mal; arrancar de su corazón todo sentimiento impuro y todo principio vicioso. Quiere decir también que, para el hombre, más vale que se le corte una de sus manos, a que esa mano sirva de instrumento para una mala acción; más vale que quede privado de la vista, a que sus ojos le sirvan para concebir pensamientos malos. Jesús no dijo nada absurdo para quien sepa interpretar el sentido alegórico y profundo de sus palabras. No obstante, muchas cosas no pueden comprenderse sin la clave que el espiritismo provee.

## INSTRUCCIONES DE LOS ESPÍRITUS

### Dejad que los niños vengan a mí

18. Cristo dijo: "Dejad que los niños vengan a mí". Estas palabras, profundas pese a su sencillez, no contenían una simple convocatoria dirigida a los niños, sino a las almas que gravitan en las regiones inferiores, donde la desdicha no sabe nada acerca de la esperanza. Jesús llamaba hacia él a la infancia intelectual de la criatura formada: a los débiles, a los esclavizados, a los viciosos. No podía enseñar nada a la infancia

física, prisionera de la materia, sometida al yugo del instinto, que aún no estaba integrada en el orden superior de la razón y de la voluntad, que se ejercen en función de ella y para ella.

Jesús quería que los hombres se acercaran a él con la misma confianza de esos pequeños seres de pasos vacilantes, cuya convocatoria atrae hacia él al corazón de las mujeres, porque todas son madres. De ese modo, sometía a las almas a su tierna y misteriosa autoridad. Jesús fue la antorcha que disipa las tinieblas, el clarín de la mañana que toca a despertar. Fue el iniciador del espiritismo, que debe a su vez atraer hacia él, no a los niños, sino a los hombres de buena voluntad. La acción viril ha comenzado. Ya no se trata de creer instintivamente, ni de obedecer en forma maquinal; es preciso que el hombre siga la ley inteligente, que le es revelada en su universalidad.

Amados míos, han llegado los tiempos en que, explicados, los errores se convertirán en verdades. Nosotros os enseñaremos el sentido exacto de las parábolas, y os mostraremos la correlación poderosa que existe entre lo que fue y lo que es. En verdad os digo: la manifestación espírita se amplía en el horizonte, y aquí está su enviado, que habrá de resplandecer como el sol en la cima de los montes. (Juan el Evangelista. París, 1863.)

19. Dejad venir a mí a los niños, porque yo poseo el alimento que fortifica a los débiles. Dejad venir a mí a aquellos que, tímidos y cansados, tienen necesidad de apoyo y de consuelo. Dejad venir a mí a los ignorantes, para que yo los instruya. Dejad venir a mí a todos los que sufren, a la multitud de los afligidos y los desventurados. ¡Yo les enseñaré el gran remedio para aliviar los males de la vida! ¡Yo les revelaré el secreto para curar sus heridas! ¿Cuál es, amigos míos, ese bálsamo soberano que posee la virtud por excelencia, ese bálsamo que se aplica

a todas las llagas del corazón y las cicatriza? ¡Es el amor, es la caridad! Si tenéis ese fuego divino, ¿a qué temeréis? Diréis en todos los instantes de vuestra vida: "Padre mío, hágase tu voluntad y no la mía. Si te complace probarme mediante el dolor y las tribulaciones, bendito seas, pues sé que es por mi bien que tu mano pesa sobre mí. Si es de tu agrado, Señor, tener piedad de tu frágil criatura, si concedes a su corazón los goces puros, bendito seas también. Con todo, ¡haz que el amor divino no se adormezca en su alma, sino que sin cesar la estimule a que la voz de su reconocimiento se eleve hasta tus pies…!".

Si tenéis amor, poseeréis todo lo que se puede desear en la Tierra, poseeréis la perla por excelencia, que ni los acontecimientos ni las fechorías de los que os aborrecen y os persiguen podrán arrebataros. Si tenéis amor, habréis colocado vuestro tesoro allí donde las polillas y la herrumbre no pueden alcanzarlo, y veréis borrarse gradualmente de vuestra alma todo lo que pueda manchar su pureza. Sentiréis que el peso de la materia se aligera día a día y, semejante al ave que surca los aires y no se acuerda ya de la Tierra, ascenderéis sin cesar, ascenderéis siempre, hasta que vuestra alma, embriagada, pueda saciarse de su elemento de vida en el seno del Señor. (Un espíritu protector. Burdeos, 1861.)

## Bienaventurados los que tienen los ojos cerrados[9]

20. Mis buenos amigos, ¿para qué me habéis llamado? ¿Ha sido para que imponga las manos sobre la pobre que aquí

9. Esta comunicación fue dada en relación con una persona ciega, a favor de la cual se había evocado al Espíritu de J. B. Vianney, cura de Ars. (N. de Allan Kardec.)

sufre, y la cure? ¡Ah! ¡Qué sufrimiento, buen Dios! Ha perdido la vista y se halla entre tinieblas. ¡Pobre hija! Que ruegue y aguarde. No sé hacer milagros sin la voluntad del buen Dios. Todas las curaciones que he podido obtener, y de las que habéis tenido noticia, sólo debéis atribuirlas a Aquel que es el Padre de todos nosotros. En vuestras aflicciones, elevad siempre los ojos al Cielo y decid desde el fondo de vuestro corazón: "Padre mío, cúrame, pero haz que mi alma enferma se cure antes que mi cuerpo. Que mi carne sea castigada, si es necesario, para que mi alma se eleve hacia ti con la blancura que poseía cuando la creaste". Después de esa plegaria, mis buenos amigos, que el buen Dios escuchará siempre, recibiréis la fuerza y el valor, y quizá también la curación que vosotros habréis pedido temerosamente, en recompensa de vuestra abnegación.

Sin embargo, ya que estoy aquí, en una reunión que ante todo se propone realizar estudios, os diré que los que están privados de la vista deberían considerarse como los bienaventurados de la expiación. Acordaos que Cristo dijo que era preciso que arrancaseis vuestro ojo si era malo, y que valía más que lo echarais al fuego que permitir que se convirtiera en causa de vuestra condenación. ¡Ah! ¡Cuántos hay en vuestra Tierra que un día maldecirán, en las tinieblas, por haber visto la luz! ¡Oh, sí, qué felices son aquellos que, en su expiación, son afectados en la vista! Sus ojos no serán causa de escándalo o de pecado. Pueden vivir por completo la vida de las almas. Pueden ver más que vosotros, que veis claramente... Cuando Dios me permite abrir los párpados a alguno de esos pobres que sufren, y devolverles la luz, me digo: "Alma querida, ¿por qué no conoces todas las delicias del Espíritu que vive en la contemplación y el amor? Si lo hicieras, no solicitarías que te

fuera concedido ver imágenes menos puras y menos delicadas que las que te es dado entrever en tu ceguera".

¡Oh, sí, bienaventurado el ciego que quiere vivir con Dios! Más feliz que vosotros que estáis aquí, él siente la felicidad, la palpa, ve las almas y puede elevarse con ellas a las esferas espirituales, que ni siquiera los predestinados de la Tierra consiguen divisar. El ojo abierto siempre está listo para hacer caer en falta al alma. El ojo cerrado, por el contrario, siempre está dispuesto a hacer que ascienda hacia Dios. Creedme, mis buenos y queridos amigos, la ceguera de los ojos suele ser la verdadera luz del corazón, mientras que la vista suele ser el ángel tenebroso que conduce a la muerte.

Ahora, algunas palabras para ti, mi pobre sufridora. ¡Aguarda y ten valor! Si yo te dijera: "Hija mía, tus ojos van a abrirse", ¡cuánto te alegrarías! Pero ¿quién sabe si esa alegría no te ocasionaría un fracaso? ¡Confía en la bondad de Dios, que ha hecho la felicidad y también permite la tristeza! Haré por ti cuanto me esté permitido. No obstante, a tu vez, ruega y, sobre todo, reflexiona acerca de lo que acabo de decirte.

Antes de que me retire, todos los que estáis aquí reunidos, recibid mi bendición. (Vianney, *cura de Ars*. París, 1863.)

21. *Nota*. Cuando una aflicción no es la consecuencia de los actos de la vida presente, es preciso buscar su causa en una vida anterior. Lo que se denomina *caprichos de la suerte*, no son otra cosa que los efectos de la justicia de Dios. Él no aplica castigos arbitrarios, pues quiere que la pena siempre esté en correlación con la falta. Si bien, en su bondad, ha echado un velo sobre nuestros actos pasados, por otro lado nos muestra el camino, cuando nos dice: "El que ha herido con la espada, perecerá por la espada", palabras estas que pueden traducir-

se así: "Siempre somos castigados por donde hemos pecado". Por consiguiente, si alguien está afligido por la pérdida de la vista, es porque la vista ha sido la causa de su falta. También puede ser que él haya sido la causa de que otro perdiera la vista, o de que alguien haya perdido la vista a consecuencia del exceso de trabajo que él le impuso, o por malos tratos, por falta de cuidados, etc. En ese caso, sufre la pena del talión. Probablemente, él mismo, en su arrepentimiento, haya escogido esa expiación, aplicando a sí mismo estas palabras de Jesús: "Si tu ojo es motivo de escándalo, arráncalo".

## Capítulo IX

# Bienaventurados los que son mansos y pacíficos

Injurias y violencias.- *Instrucciones de los Espíritus*: La afabilidad y la dulzura.- La paciencia.- Obediencia y resignación.- La cólera.

## Injurias y violencias

1. *Bienaventurados los que son mansos, porque ellos poseerán la Tierra.* (*San Mateo*, 5:4.)

2. *Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios*. (*San Mateo*, 5:9.)

3. *Habéis oído que fue dicho a los antepasados:* No matarás*, y aquel que mate merecerá ser condenado ante el tribunal. Pero yo os digo que todo aquel que se encolerice contra su hermano, merecerá ser condenado ante el tribunal; que aquel que llame a su hermano* Racca*, merecerá ser condenado ante el concejo; y el que le diga:* Estás loco*, merecerá ser condenado al fuego del Infierno.* (*San Mateo*, 5:21 y 22.)

4. Por medio de estas máximas, Jesús convirtió en ley la dulzura, la moderación, la mansedumbre, la afabilidad y la paciencia. Por consiguiente, condena la violencia, la cólera e incluso toda expresión descortés para con los semejantes. *Racca* era, entre los hebreos, una palabra despectiva que significaba *hombre que no vale nada*, y se pronunciaba escupiendo y volviendo la cabeza a un lado. Pero Jesús va más lejos aún, puesto que amenaza con el fuego del Infierno al que diga a su hermano: *Estás loco*.

Es evidente que en esta, como en cualquier otra circunstancia, la intención agrava o atenúa la falta. No obstante, ¿cómo puede tener tanta gravedad una simple palabra, para merecer una reprobación tan severa? Sucede que toda palabra ofensiva es la expresión de un sentimiento contrario a la ley de amor y de caridad que debe regir las relaciones entre los hombres y mantener entre ellos la concordia y la unión. Es también un atentado a la benevolencia recíproca y a la fraternidad, y alimenta el odio y la animosidad. Sucede, en suma, que después de la humildad hacia Dios, la caridad para con el prójimo es la primera ley de todo cristiano.

5. Pero ¿qué entiende Jesús por estas palabras: "Bienaventurados los que son mansos, porque ellos poseerán la Tierra", puesto que él mismo ha recomendado a los hombres que renunciaran a los bienes de este mundo y les ha prometido los del Cielo?

Mientras aguarda los bienes del Cielo, el hombre tiene necesidad de los de la Tierra para vivir. Jesús sólo le recomienda que no atribuya a estos últimos más importancia que a los primeros.

Con esas palabras, Jesús quiso decir que, hasta ahora, los bienes de la Tierra son acaparados por los violentos, en perjuicio de los que son mansos y pacíficos, y que a estos les falta muchas veces lo necesario, mientras que los otros tienen lo superfluo. Jesús promete que a los mansos se les hará justicia, *así en la Tierra como en el Cielo*, porque serán llamados hijos de Dios. Cuando la humanidad se someta a la ley de amor y de caridad, ya no habrá egoísmo; el débil y el pacífico ya no serán explotados ni pisoteados por el fuerte y el violento. Ese será el estado de la Tierra cuando, según la ley del progreso y la promesa de Jesús, se haya transformado en un mundo feliz, en virtud de la expulsión de los malos.

## INSTRUCCIONES DE LOS ESPÍRITUS

### La afabilidad y la dulzura

6. La benevolencia para con los semejantes, fruto del amor al prójimo, produce la afabilidad y la dulzura, que son sus formas de manifestarse. Sin embargo, no siempre debemos confiar en las apariencias. La educación y el trato social pueden dar al hombre el barniz de esas cualidades. ¡Cuántos hay cuya fingida hombría de bien sólo es una máscara para el exterior, un traje cuyo corte esmerado disimula las deformidades que hay debajo! El mundo está lleno de esas personas que tienen la sonrisa en los labios y el veneno en el corazón; *que son dulces con tal de que nada las incomode, pero que muerden a la menor contrariedad*; esas personas cuya lengua, dorada cuando hablan cara a cara, se convierte en un dardo envenenado cuando están detrás.

A esa clase pertenecen también los hombres que fuera de su casa parecen benignos, pero que dentro de ella son tiranos domésticos, que hacen sufrir a su familia y a sus subordinados el peso de su orgullo y de su despotismo, como si quisieran compensar la opresión que a sí mismos se imponen afuera. Como no se atreven a hacer uso de la autoridad para con los extraños, que los llamarían al orden, quieren al menos hacerse temer por los que no pueden resistirse. Se envanecen de poder decir: "Aquí mando yo y se me obedece", sin pensar que con más razón podrían añadir: "Y se me detesta".

No es suficiente con que de los labios broten leche y miel. Si el corazón no participa de algún modo, sólo se trata de hipocresía. Aquel cuya afabilidad y dulzura no son fingidas, nunca se contradice: es el mismo tanto ante el mundo como en la intimidad. Sabe, por otra parte, que si con las apariencias consigue engañar a los hombres, no puede engañar a Dios. (Lázaro. París, 1861.)

## La paciencia

7. El dolor es una bendición que Dios envía a sus elegidos. No os aflijáis, pues, cuando sufrís. Por el contrario, bendecid a Dios todopoderoso, que mediante el dolor en este mundo os ha señalado para la gloria en el Cielo.

Sed pacientes. La paciencia también es un tipo de caridad, y debéis practicar la ley de caridad que enseñó Cristo, el enviado de Dios. La caridad que consiste en la limosna que se da a los pobres, es la más fácil de todas. Pero hay una mucho más penosa y, por consiguiente, mucho más meritoria: *la de perdonar a aquellos que Dios ha colocado en nuestro camino*

*para que sean los instrumentos de nuestras aflicciones y para poner nuestra paciencia a prueba.*

La vida es difícil, ya lo sé. Se compone de mil frioleras que son otros tantos alfilerazos que acaban por herir. Pero si estamos atentos a los deberes que se nos han impuesto, a los consuelos y las compensaciones que por otra parte recibimos, entonces habremos de reconocer que las bendiciones son mucho más numerosas que los dolores. La carga parece menos pesada cuando miramos hacia lo alto que cuando doblamos la frente hacia el suelo.

Ánimo, amigos, Cristo es vuestro modelo. Él sufrió más que ninguno de vosotros, y no tenía nada que reprocharse, mientras que vosotros tenéis que expiar vuestro pasado y fortificaros para el porvenir. Así pues, sed pacientes, sed cristianos. Esta palabra lo resume todo. (Un espíritu amigo. El Havre, 1862.)

## Obediencia y resignación

8. La doctrina de Jesús enseña, en todos sus conceptos, la obediencia y la resignación: dos virtudes compañeras de la dulzura y muy activas, aunque los hombres las confunden equivocadamente con la negación del sentimiento y de la voluntad. *La obediencia es el consentimiento de la razón; la resignación es el consentimiento del corazón*. Ambas son fuerzas activas, porque cargan el fardo de las pruebas que la insensata rebeldía dejó caer. El cobarde no puede ser resignado, de la misma manera que el orgulloso y el egoísta no pueden ser obedientes. Jesús fue la encarnación de estas virtudes, que la antigüedad materialista despreció. Él vino en el momento en

que la sociedad romana perecía en los estertores de la corrupción. Vino a hacer que brillasen, en el seno de la humanidad agobiada, los triunfos del sacrificio y de la renuncia carnal.

Cada época lleva, pues, el sello de la virtud que habrá de salvarla o del vicio que determinará su fracaso. La virtud de vuestra generación consiste en la actividad intelectual; su vicio radica en la indiferencia moral. Y sólo digo actividad, porque el genio se eleva de repente y descubre por sí mismo los horizontes que la multitud sólo llegará a ver más tarde, mientras que la actividad consiste en la reunión de los esfuerzos de todos para alcanzar un objetivo menos brillante, es cierto, pero que pone en evidencia la elevación intelectual de una época. Someteos al impulso que venimos a dar a vuestros espíritus; obedeced a la gran ley del progreso, que es la palabra de vuestra generación. ¡Desdichado el espíritu perezoso, que cierra su entendimiento! ¡Ay de él! Porque nosotros, que somos los guías de la humanidad en marcha, lo fustigaremos y forzaremos su voluntad rebelde, por medio del doble efecto del freno y la espuela. Toda resistencia orgullosa habrá de ceder, tarde o temprano. Bienaventurados, entre tanto, los que son mansos, porque prestarán oídos dóciles a las enseñanzas. (Lázaro. París, 1863.)

## La cólera

9. El orgullo os conduce a creeros más de lo que sois, a no soportar una comparación que pueda rebajaros; a que os consideréis, por el contrario, de tal modo por encima de vuestros hermanos, sea en cuanto a la inteligencia o en la posición social, o incluso en lo que atañe a ventajas personales, que el

menor paralelo os irrita y os disgusta. ¿Qué sucede entonces? Os entregáis a la cólera.

Buscad el origen de esos accesos de demencia pasajera que os asemejan al bruto, y os hacen perder la sangre fría y la razón. Buscad, y casi siempre encontraréis en la base el orgullo herido. ¿Acaso no es el orgullo, herido por una contradicción, el que os hace invalidar las observaciones justas, y rechazar, encolerizados, los más sabios consejos? Aun la impaciencia, que tiene origen en contrariedades a menudo triviales, es consecuencia de la importancia que cada uno atribuye a su personalidad, ante la cual considera que todos deben inclinarse.

En su frenesí, el hombre encolerizado se enoja con todo: con la naturaleza bruta, con los objetos inanimados, a los cuales rompe porque no lo obedecen. ¡Ah! ¡Si en esos momentos pudiera observarse fríamente, se horrorizaría de sí mismo, se vería muy ridículo! Con esto puede evaluar la impresión que produce en los demás. Aunque no fuese más que por respeto a sí mismo, debería esforzarse por vencer una inclinación que lo hace objeto de piedad.

Si pensara que la cólera no remedia nada, que perjudica su salud e incluso compromete su vida, reconocería que él mismo es la primera víctima de ella. No obstante, sobre todo, otra consideración debería detenerlo: la de pensar que hace desdichados a todos los que lo rodean. Si tiene corazón, ¿no será un motivo de remordimiento para él hacer sufrir a los seres que más ama? ¡Y qué pena mortal si, en un arrebato de furia, cometiese un acto que tuviera que reprocharse el resto de su vida!

En suma, la cólera no excluye ciertas cualidades del corazón, pero impide hacer mucho bien y puede contribuir a que

se haga mucho mal. Esto debe bastar para inducir al hombre a que se esfuerce en dominarla. El espírita, además, es instigado por otro motivo: la cólera es contraria a la caridad y a la humildad cristianas. (Un espíritu protector. Burdeos, 1863.)

10. Según la muy falsa idea de que no puede reformar su propia naturaleza, el hombre se cree dispensado de realizar esfuerzos para corregir los defectos en los que se complace voluntariamente, o que le demandarían demasiada perseverancia si se propusiera extirparlos. Así, por ejemplo, el hombre inclinado a la cólera se justifica casi siempre con su temperamento. En vez de confesarse responsable, atribuye la culpa a su organismo y, de ese modo, acusa a Dios de sus propias faltas. Esto es, además, una consecuencia del orgullo que se halla mezclado con todas sus imperfecciones.

Por cierto, existen temperamentos que se prestan más que otros a los actos violentos, como hay músculos más flexibles, que se prestan mejor a los movimientos que requieren fuerza. Pero no creáis que sea esa la causa principal de la cólera, y persuadíos de que un Espíritu pacífico, aunque esté en un cuerpo bilioso, siempre será pacífico; y que un Espíritu violento, en un cuerpo linfático, no por eso será más dócil; sino que la violencia adoptará otro carácter. Al no disponer de un organismo apropiado para secundar su violencia, la cólera se concentrará; mientras que en el otro caso se expandirá.

El cuerpo no confiere la cólera al que no la tiene, así como tampoco confiere los demás vicios. Las virtudes y los vicios son inherentes al Espíritu. Si no fuera así, ¿dónde estaría el mérito y la responsabilidad? El hombre contrahecho no puede enderezarse, porque el Espíritu no toma parte en eso; pero

sí puede modificar lo que pertenece al Espíritu, cuando tiene la firme voluntad de hacerlo. ¿No os muestra la experiencia, espíritas, por medio de las transformaciones verdaderamente milagrosas que se producen ante vuestros ojos, hasta dónde puede llegar el poder de la voluntad? Reconoced, pues, que *el hombre sólo se mantiene vicioso porque así lo quiere*. En cambio, el que desea corregirse siempre puede hacerlo. De lo contrario, la ley del progreso no existiría para el hombre. (Hahnemann. París, 1863.)

Capítulo X

# Bienaventurados los que son misericordiosos

Perdonad para que Dios os perdone.- Reconciliarse con los adversarios.- El sacrificio más agradable a Dios.- La paja y la viga en el ojo.- No juzguéis para que no seáis juzgados. El que esté sin pecado, que le arroje la primera piedra.- *Instrucciones de los Espíritus*: Perdón de las ofensas.- La indulgencia.- ¿Está permitido reprender al prójimo, observar sus imperfecciones y revelar el mal que comete?

## Perdonad para que Dios os perdone

1. *Bienaventurados los que son misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia*. (*San Mateo*, 5:7.)

2. *Si perdonáis a los hombres las faltas que ellos cometen contra vosotros, vuestro Padre celestial también os perdonará vuestros pecados; pero si no perdonáis a los hombres cuando os ofenden, vuestro Padre tampoco os perdonará vuestros pecados.* (*San Mateo*, 6:14 y 15.)

3. *"Si tu hermano pecó contra ti, vete y hazle ver su falta en privado, a solas con él. Si te escucha, habrás ganado a tu hermano." Entonces, Pedro se aproximó a él y le dijo: "¿Señor,*

*cuántas veces perdonaré a mi hermano, cuando haya pecado contra mí? ¿Hasta siete veces?" Jesús le respondió: "No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete veces".* (*San Mateo*, 18:15; 21 y 22.)

4. La misericordia es el complemento de la mansedumbre, porque el que no es misericordioso no puede ser manso ni pacífico. La misericordia consiste en el olvido y el perdón de las ofensas. El odio y el rencor denotan un alma sin elevación ni grandeza. El olvido de las ofensas es propio del alma elevada, que está más allá del alcance de los golpes que se pretenda lanzar sobre ella. Una siempre está ansiosa, su susceptibilidad es sombría y desbordante de hiel; la otra es serena, plena de mansedumbre y caridad.

Desdichado el que dice: "Jamás perdonaré", porque si no lo condenan los hombres, por cierto Dios lo hará. ¿Con qué derecho reclamaría el perdón de sus propias faltas, si él mismo no perdonara las de los otros? Cuando Jesús manifiesta que se debe perdonar a un hermano, no siete veces, sino setenta veces siete veces, nos enseña que la misericordia no debe tener límites.

Sin embargo, hay dos maneras muy diferentes de perdonar: la primera es grande, noble, verdaderamente generosa, sin segundas intenciones, y evita con delicadeza herir el amor propio y la susceptibilidad del adversario, aunque este último se encuentre completamente equivocado. La segunda, en cambio, se verifica cuando el ofendido, o el que cree haber sido ofendido, impone al otro condiciones humillantes y le hace sentir el peso de un perdón que irrita en vez de calmar. Si tiende la mano a su ofensor, no lo hace con benevolencia, sino con ostentación, a fin de poder decir a todo el mundo:

"¡Mirad qué generoso soy!" En esas circunstancias, es imposible que la reconciliación sea sincera, tanto de una como de otra parte. No, allí no hay generosidad, sino un modo de satisfacer el orgullo. En toda contienda, el que se manifiesta más conciliador, el que demuestra más desinterés, más caridad y verdadera grandeza de alma, captará siempre la simpatía de las personas imparciales.

## Reconciliarse con los adversarios

5. *Ponte cuanto antes de acuerdo con tu adversario, mientras estás en el camino con él, no sea que tu adversario te entregue al juez, y que el juez te entregue al guardia, y te metan en la cárcel. En verdad te digo, que no saldrás de allí hasta que no hayas pagado el último óbolo.* (*San Mateo*, 5: 25 y 26.)

6. En la práctica del perdón, al igual que en la del bien en general, existe algo más que un efecto moral: hay también un efecto material. Se sabe que la muerte no nos libera de nuestros enemigos. Los Espíritus vengativos persiguen muchas veces con su odio, más allá de la tumba, a aquellos contra quienes conservan rencor. Por esa razón, el proverbio que dice: "Muerto el perro, se acabó la rabia", es falso cuando se aplica al hombre. El Espíritu malo espera que aquel a quien quiere mal se encuentre encadenado a su cuerpo y, de ese modo, disponga de menos libertad, a fin de atormentarlo más fácilmente y perjudicarlo en sus intereses o en sus afectos más preciados. En este hecho puede verse la causa de la mayor parte de los casos de obsesión; sobre todo de aquellos que presentan cierta gravedad, como la subyugación y la posesión.

Así pues, tanto el obseso como el poseso son, casi siempre, víctimas de una venganza anterior, a la que probablemente dieron lugar con su conducta. Dios lo permite para castigarlos por el mal que han hecho o, si no lo han hecho, por haber faltado a la indulgencia y a la caridad, al no perdonar. Conviene, pues, desde el punto de vista de nuestra futura tranquilidad, que cada uno repare, cuanto antes, los daños que haya podido causar a su prójimo, que perdone a sus enemigos, a fin de que se extinga, antes de que le llegue la muerte, todo motivo de disensiones, toda causa fundada de animosidad ulterior. Así, de un enemigo obstinado en este mundo, podemos hacer un amigo en el otro o, al menos, colocarnos del lado de la justicia. En ese caso, Dios no permite que quien perdonó quede expuesto a la venganza. Cuando Jesús recomienda que nos reconciliemos cuanto antes con nuestro adversario, no es sólo con el propósito de apaciguar las discordias durante la existencia actual, sino para evitar que se perpetúen en las existencias futuras. Él dijo: "no saldrás de la cárcel hasta que no hayas pagado el último óbolo", es decir, mientras no hayamos satisfecho por completo la justicia de Dios.

## El sacrificio más agradable a Dios

7. *Si, pues, al presentar tu ofrenda en el altar, te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja tu ofrenda allí, al pie del altar, y ve primero a reconciliarte con tu hermano; luego vuelve para presentar tu ofrenda.* (*San Mateo*, 5:23 y 24.)

8. Cuando Jesús dice: "Ve a reconciliarte con tu hermano, antes de presentar tu ofrenda en el altar", enseña que el sacri-

ficio más agradable al Señor es el que el hombre hace de su propio resentimiento; que antes de presentarse ante Él para ser perdonado es preciso que haya perdonado él mismo, y que haya reparado el daño que ha podido causar a sus hermanos. Sólo entonces la ofrenda será aceptada, porque provendrá de un corazón puro, exento de todo pensamiento malo. Como los judíos ofrecían sacrificios materiales, Jesús materializó ese precepto. Él debía adaptar sus palabras a las costumbres de ese pueblo. El cristiano, por su parte, no ofrece bienes materiales; ha espiritualizado el sacrificio, razón por la cual el precepto tiene más fuerza. El cristiano ofrece su alma a Dios, y esa alma debe estar purificada. *Al entrar en el templo del Señor, debe dejar fuera todo sentimiento de odio y de animosidad, todo pensamiento malo contra su hermano.* Sólo en ese caso los ángeles llevarán su plegaria a los pies del Eterno. Eso es lo que enseña Jesús con estas palabras: Deja tu ofrenda al pie del altar, y ve primero a reconciliarte con tu hermano, si quieres ser agradable al Señor.

## La paja y la viga en el ojo

9. ¿Por qué miras la paja que hay en el ojo de tu hermano, y no miras la viga que hay en tu propio ojo? *¿O cómo dices a tu hermano: "Déjame sacar la paja de tu ojo", tú que tienes una viga en el tuyo? Hipócrita, quita primero la viga de tu ojo, y entonces verás cómo sacar la paja del ojo de tu hermano.* (*San Mateo*, 7: 3 a 5.)

10. Uno de los defectos de la humanidad consiste en ver el mal del otro antes de que veamos el mal que está en nosotros.

Para juzgarse a sí mismo, sería preciso que el hombre pudiera verse en un espejo, transportarse en cierto modo fuera de sí, a fin de considerarse como otra persona, y preguntarse: ¿Qué pensaría yo si viese hacer a otro lo que yo hago? No cabe duda de que es el orgullo el que hace que el hombre disimule sus propios defectos, tanto morales como físicos. Ese defecto es esencialmente contrario a la caridad, porque la verdadera caridad es modesta, sencilla e indulgente. La caridad orgullosa es un absurdo, puesto que ambos sentimientos se neutralizan uno a otro. En efecto, ¿cómo es posible que un hombre, suficientemente presuntuoso para creer en la importancia de su personalidad y en la supremacía de sus cualidades, tenga al mismo tiempo la abnegación necesaria para hacer resaltar en los demás el bien que podría eclipsarlo, en lugar del mal que lo realzaría? Si bien el orgullo es el padre de muchos vicios, es también la negación de muchas virtudes. Se lo encuentra en el fondo y como móvil de casi todas las acciones. Por eso Jesús se empeñó en combatirlo como al principal obstáculo del progreso.

## No juzguéis para que no seáis juzgados. El que esté sin pecado, que le arroje la primera piedra

11. *No juzguéis, para que no seáis juzgados. Porque seréis juzgados según el modo como hayáis juzgado a los otros; y se empleará para con vosotros la misma medida que halláis empleado para con ellos.* (*San Mateo*, 7:1 y 2.)

12. *Entonces los escribas y los fariseos le trajeron una mujer que había sido sorprendida en adulterio; la pusieron de pie en*

*medio del pueblo, y dijeron a Jesús: "Maestro, esta mujer acaba de ser sorprendida en adulterio. Ahora bien, Moisés nos ordenó en la ley que se lapide a las adúlteras. ¿Cuál es tu opinión acerca de eso?". Y esto lo decían para tentarlo, a fin de tener de qué acusarlo. Pero Jesús, inclinándose, se puso a escribir con el dedo en la tierra. Y como ellos insistían en preguntarle, él se levantó y les dijo:* "Aquel de vosotros que esté sin pecado, que le arroje la primera piedra". *Luego, se inclinó de nuevo, y continuó escribiendo en la tierra. Ellos, al oír que Jesús habló de ese modo, se retiraron uno tras otro, y los ancianos se alejaron primero. Y así, Jesús quedó a solas con la mujer, que estaba en medio de la plaza.*

*Entonces Jesús se incorporó y le dijo: "Mujer, ¿dónde están los que te acusan? ¿Ninguno te condenó?". Ella le dijo: "No, Señor". Jesús le respondió: "Tampoco yo te condenaré. Vete, y en adelante no peques más".* (*San Juan*, 8:3 a 11.)

13. "Aquel que esté sin pecado, que le arroje la primera piedra", dijo Jesús. Esta máxima hace de la indulgencia un deber, porque no hay nadie que no la necesite para sí mismo. Nos enseña que no debemos juzgar a los otros con mayor severidad que aquella con la que nos juzgamos a nosotros mismos, ni condenar en los demás lo que absolvemos en nosotros. Antes de reprochar una falta a alguien, miremos si no podría recaer sobre nosotros la misma reprobación.

La reprobación de la conducta ajena puede tener dos motivos: reprimir el mal o desacreditar a la persona cuyos actos se critican. Este último propósito nunca tiene disculpa, porque en ese caso sólo existe maledicencia y maldad. El primero puede ser loable, e incluso constituye un deber en ciertos casos, porque de ahí puede resultar un bien, y porque de no ser

así, el mal jamás sería reprimido en la sociedad. Por otra parte, ¿no debe el hombre cooperar en el progreso de su semejante? Así pues, este principio no debería ser tomado en su sentido absoluto: "No juzguéis si no queréis ser juzgados", porque la letra mata, mientras que el espíritu vivifica.

Jesús no podía prohibir la reprobación de lo que está mal, puesto que él mismo nos dio el ejemplo de ello, y lo hizo en términos enérgicos. Con todo, quiso decir que la autoridad de la reprobación está en razón directa de la autoridad moral del que la pronuncia. Ser culpable de aquello mismo por lo que se recrimina a otro, implica abdicar de esa autoridad. Además, es arrogarse el derecho de represión. La conciencia íntima, por otra parte, niega todo respeto y toda sumisión voluntaria a aquel que, investido de algún poder, viola las leyes y los principios que está encargado de aplicar. *Para Dios, la única autoridad legítima es la que se apoya en el ejemplo que ella misma da del bien.* Eso es igualmente lo que se destaca de las palabras de Jesús.

## INSTRUCCIONES DE LOS ESPÍRITUS

### Perdón de las ofensas

14. ¿Cuántas veces perdonaré a mi hermano? Lo perdonarás no siete veces, sino setenta veces siete veces. Aquí tenéis una máxima de Jesús que debe impresionar a vuestra inteligencia y hablar más alto a vuestro corazón. Comparad esas palabras misericordiosas con la oración que Jesús enseñó a sus discípulos, tan sencilla, tan resumida y tan grande en sus aspiraciones, y encontraréis siempre el mismo pensamiento. Jesús,

el justo por excelencia, responde a Pedro: Perdonarás, pero sin límites; perdonarás cada ofensa que se te haga; enseñarás a tus hermanos ese olvido de sí mismo que hace al hombre invulnerable contra el ataque, los malos procederes y las injurias; serás dulce y humilde de corazón, y nunca medirás tu mansedumbre; harás, en suma, lo que deseas que el Padre celestial haga por ti. ¿No te perdona Él a menudo? ¿Cuenta Él, acaso, las veces que su perdón desciende para borrar tus faltas?

Prestad atención, pues, a esa respuesta de Jesús y, como Pedro, aplicadla a vosotros mismos. Perdonad, sed indulgentes, caritativos, generosos y hasta pródigos de vuestro amor. Dad, porque el Señor os retribuirá. Perdonad, porque el Señor os perdonará. Rebajaos, porque el Señor os elevará. Humillaos, porque el Señor os hará sentar a su derecha.

Id, mis bienamados, estudiad y comentad estas palabras que os dirijo de parte de Aquel que, desde lo alto de los esplendores celestiales, mira siempre hacia vosotros, y prosigue con amor la tarea ingrata que empezó hace dieciocho siglos. Perdonad a vuestros hermanos, como tenéis necesidad de que ellos os perdonen a vosotros. Si sus actos os han perjudicado personalmente, mayor motivo tenéis para ser indulgentes, porque el mérito del perdón se halla proporcionado a la gravedad del mal. No tendríais ningún merecimiento al perdonar los errores de vuestros hermanos si sólo os hubiesen hecho pequeñas heridas.

Espíritas, no olvidéis nunca que tanto en palabras como en acciones, el perdón de las injurias no debe ser un término vano. Si os llamáis espíritas, sedlo realmente. Olvidad el mal que os hayan hecho, y no penséis sino en una cosa: el bien que podéis dar a cambio. El que ha ingresado en este camino no debe apartarse de él, ni siquiera con el pensamiento, por-

que también sois responsables de vuestros pensamientos, que Dios conoce. Haced, por consiguiente, que estén despojados de todo sentimiento de rencor. Dios conoce lo que habita en el fondo del corazón de cada uno. *Feliz, pues, aquel que cada noche puede dormirse diciendo: "No tengo nada contra mi prójimo".* (Simeón. Burdeos, 1862.)

15. Perdonar a los enemigos es pedir perdón para uno mismo. Perdonar a los amigos es darles una prueba de amistad. Perdonar las ofensas es mostrarse mejor de lo que se era. Perdonad, pues, amigos míos, a fin de que Dios os perdone, porque si sois rígidos, exigentes e inflexibles, si empleáis el rigor hasta por una ligera ofensa, ¿cómo pretenderíais que Dios olvide que cada día tenéis mayor necesidad de indulgencia? ¡Oh! Desdichado el hombre que dice: "Nunca perdonaré", porque pronuncia su propia condena. Además, ¿quién sabe si, al descender hasta el fondo de sí mismo, no reconocería que ha sido el agresor? ¿Quién sabe si, en esa lucha que empieza por un alfilerazo y concluye en una ruptura, no fue él mismo quien dio el primer golpe? ¿Si no se le ha escapado alguna palabra ofensiva? ¿Si ha procedido con la moderación necesaria? Sin duda, su adversario comete un error al manifestarse tan susceptible, pero esa es una razón más para ser indulgente con él y para que no merezca los reproches que se le dirigen. Admitamos que aquel hombre haya sido realmente ofendido en alguna circunstancia: ¿quién le dice que él mismo no envenenó la situación con represalias, y que hizo que degenerara en una querella formal lo que fácilmente hubiera podido quedar en el olvido? Si dependía de él impedir las consecuencias de esa acción y no lo hizo, es culpable. Admitamos, por último,

que no tenga absolutamente ningún cargo que hacerse: en ese caso, tendrá mucho más mérito si se muestra clemente.

Con todo, hay dos maneras muy diferentes de perdonar: está el perdón de los labios y también el del corazón. Muchas personas dicen acerca de su adversario: "Lo perdono", mientras que interiormente experimentan un placer secreto por el mal que padece, y alegan que eso es lo que se merece. ¿Cuántos dicen: "Yo perdono", y añaden: "Pero no me reconciliaré nunca; no lo volveré a ver en mi vida"? ¿Acaso es ese el perdón según el Evangelio? No; el verdadero perdón, el perdón cristiano, es aquel que echa un velo sobre el pasado; es el único que os será tomado en cuenta, porque Dios no se contenta con las apariencias: sondea el fondo de los corazones y los pensamientos más secretos. Nadie se impone a Él con palabras vanas ni con apariencias. El olvido completo y absoluto de las ofensas es propio de las almas grandes. El rencor es en todos los casos una señal de bajeza y de inferioridad. No olvidéis que el verdadero perdón se reconoce mucho más en los actos que en las palabras. (Pablo apóstol. Lyón, 1861.)

## La indulgencia

16. Espíritas, hoy queremos hablaros de la indulgencia, ese sentimiento tan dulce y fraternal que todo hombre debe tener para con sus hermanos, pero que muy pocos ponen en práctica.

La indulgencia no ve los defectos del prójimo, o si los ve, evita hablar de ellos o divulgarlos. Por el contrario, los oculta con el fin de que sólo ella los conozca, y si la malevolencia los descubre, siempre tiene a mano una excusa para disimularlos,

es decir, una excusa plausible, formal, y no de aquellas que, con la apariencia de atenuar la falta, la hacen resaltar con pérfida maestría.

La indulgencia nunca se ocupa de los actos malos de los demás, a menos que sea para prestar un servicio; y aun así tiene cuidado de atenuarlos tanto como le sea posible. No hace observaciones que choquen, ni tiene reproches en los labios, sino solamente consejos, lo más a menudo velados. Cuando criticáis, ¿qué consecuencia debe extraerse de vuestras palabras? La de que vosotros, que pronunciáis una censura, no haréis lo que reprocháis, y que valéis más que el culpable. ¡Oh, hombres! ¿Cuándo juzgaréis a vuestros propios corazones, a vuestros propios pensamientos, a vuestros propios actos, sin ocuparos de lo que hacen vuestros hermanos? ¿Cuándo dirigiréis vuestra severa mirada sólo hacia vosotros mismos?

Sed, pues, severos para con vosotros e indulgentes para con los demás. Recordad a Aquel que juzga en última instancia, que ve los pensamientos secretos de cada corazón, y que, por consiguiente, disculpa a menudo las faltas que vosotros censuráis, o condena las que disculpáis, porque conoce el móvil de todos los actos. Recordad que vosotros, que exclamáis tan alto la palabra ¡anatema!, quizás habéis cometido faltas más graves.

Sed indulgentes, amigos míos, porque la indulgencia atrae, calma, rescata; mientras que el rigor desalienta, aparta e irrita. (JOSÉ, Espíritu protector. Burdeos, 1863.)

17 Sed indulgentes para con las faltas del prójimo, cualesquiera que sean. Sólo juzgad con severidad vuestras propias acciones, y el Señor empleará la indulgencia para con

vosotros, así como vosotros la habéis empleado para con los demás.

Sostened a los fuertes y animadlos a la perseverancia. Fortaleced a los débiles y enseñadles la bondad de Dios, que toma en cuenta hasta el menor arrepentimiento. Mostrad a todos el ángel de la penitencia, que extiende sus blancas alas sobre las faltas de los humanos, y las oculta de ese modo ante aquel que no puede tolerar lo que es impuro. Comprended la misericordia infinita de vuestro Padre, y no os olvidéis jamás de decirle con vuestro pensamiento, y sobre todo con vuestros actos: "Perdona nuestras ofensas, así como nosotros perdonamos a los que nos han ofendido". Comprended el valor de esas sublimes palabras, pues no sólo la letra es admirable, sino también la enseñanza que encierra.

¿Qué solicitáis al Señor cuando le imploráis que os perdone? ¿Es sólo el olvido de vuestras ofensas? Ese olvido os dejaría en la nada, porque si Dios se contentase con olvidar vuestras faltas, Él no castigaría, *pero tampoco recompensaría*. La recompensa no puede ser el precio del bien que no se ha hecho, y menos aún el del mal que se ha causado, aunque ese mal haya sido olvidado. Al pedir a Dios perdón para vuestras transgresiones, le pedís el favor de su gracia para que no volváis a caer, así como la fuerza necesaria para entrar en un camino nuevo, el de la sumisión y el del amor, en el que al arrepentimiento podréis añadir la reparación.

Cuando perdonéis a vuestros hermanos, no os contentéis con correr el velo del olvido sobre sus faltas, pues ese velo suele ser muy transparente para vuestra mirada. Cuando los perdonéis, ofrecedles al mismo tiempo vuestro amor; haced por ellos lo que quisierais que el Padre celestial hiciera por vosotros. Reemplazad la cólera que mancha por el amor que

purifica. Predicad con el ejemplo esa caridad activa, infatigable, que Jesús os ha enseñado. Predicadla como él mismo lo hizo durante todo el tiempo que vivió en la Tierra, visible a los ojos del cuerpo, y como la predica también sin cesar desde que sólo es visible a los ojos del espíritu. Seguid ese divino modelo; no os apartéis de sus huellas; ellas os conducirán al refugio donde encontraréis el reposo después de la lucha. Cargad vuestra cruz, como él lo hizo, y subid penosamente vuestro calvario, pero con valor, pues en su cima está la glorificación. (Juan, obispo de Burdeos, 1862.)

18. Queridos amigos, sed severos para con vosotros mismos e indulgentes para con las debilidades de los otros. Esta es también una práctica de la santa caridad que muy pocas personas observan. Todos tenéis malas inclinaciones que vencer, defectos que corregir, costumbres que modificar. Todos tenéis que desprenderos de una carga más o menos pesada, para ascender a la cima de la montaña del progreso. ¿Por qué, pues, sois tan clarividentes en relación con el prójimo, y tan ciegos en relación con vosotros mismos? ¿Cuándo dejaréis de advertir en el ojo de vuestro hermano la paja que lo molesta, para ver en vosotros la viga que os ciega y os hace andar de caída en caída? Creed en vuestros hermanos, los Espíritus. Todo hombre suficientemente orgulloso para considerarse superior, en virtud y en mérito, a sus hermanos encarnados, es insensato y culpable, y Dios lo castigará en el día de su justicia. El verdadero carácter de la caridad es la modestia y la humildad, que consisten en no ver, más que superficialmente, los defectos del prójimo, así como en esforzarse para hacer que prevalezca lo que en él hay de bueno y virtuoso. Porque aunque el corazón humano sea un abismo de corrupción, siempre existe

en algunos de sus pliegues más recónditos el germen de los buenos sentimientos, chispa brillante de la esencia espiritual.

¡Espiritismo, doctrina consoladora y bendita! ¡Felices los que te conocen y hallan provecho en las saludables enseñanzas de los Espíritus del Señor! Para ellos el camino es claro, y al recorrerlo pueden leer estas palabras, que les indican el medio de llegar a destino: caridad práctica, caridad del corazón, caridad para con el prójimo como para uno mismo; en una palabra, caridad para con todos y amor de Dios por encima de todas las cosas, porque el amor de Dios resume todos los deberes, y porque es imposible amar realmente a Dios sin practicar la caridad, de la que Él ha hecho una ley para todas sus criaturas. (Dufêtre, obispo de Nevers. Burdeos.)

## ¿Está permitido reprender al prójimo, observar sus imperfecciones y revelar el mal que comete?

19. *Puesto que nadie es perfecto, ¿se sigue de ahí que nadie tiene derecho a reprender al prójimo?*

Por cierto que no, pues cada uno de vosotros debe trabajar por el progreso de todos y, sobre todo, de aquellos cuya tutela se os ha confiado. No obstante, por esa misma razón, debéis hacerlo con moderación, con un fin útil, y no como se hace la mayor parte de las veces, por el placer de denigrar. En este último caso, la reprobación es una maldad. En el primero, es un deber que la caridad ordena cumplir con todos los miramientos posibles. Más aún, la reprobación que alguien haga a otro debe también dirigirla a sí mismo, procurando averiguar si la merece. (San Luis. París, 1860.)

20. *¿Será reprensible observar las imperfecciones del prójimo, cuando de eso no resulte ningún provecho para él, y aunque no las divulguemos?*

Todo depende de la intención. Por cierto, no está prohibido ver el mal, cuando el mal existe. Sería incluso inconveniente ver en todas partes solamente el bien, pues esa ilusión perjudicaría al progreso. El error consiste en hacer que esa observación redunde en detrimento del prójimo, y lo desacredite, sin necesidad, ante la opinión de los demás. También sería reprensible hacerlo sólo para complacerse uno mismo con un sentimiento de malevolencia y de satisfacción por encontrar a los otros en falta. Todo lo contrario sucede cuando, al echar un velo sobre el mal, para ocultarlo a los demás, nos limitamos a observarlo para provecho personal, es decir, para ejercitarnos en evitar lo que reprobamos en el prójimo. Por otra parte, esa observación, ¿no es útil para el moralista? ¿Cómo podría él describir los males de la humanidad, si no estudiara los modelos? (San Luis. París, 1860.)

21. *¿Habrá casos en los que sea útil revelar el mal ajeno?*

Esta cuestión es muy delicada, y aquí es preciso que hagamos un llamado a la caridad bien entendida. Si las imperfecciones de una persona sólo la perjudican a ella misma, no habrá ninguna utilidad en darlas a conocer. En cambio, si pueden ocasionar perjuicio a otros, debemos preferir el interés del mayor número al interés de uno solo. Según las circunstancias, desenmascarar la hipocresía y la mentira puede constituir un deber, porque más vale que caiga un hombre, y no que muchos lleguen a ser sus víctimas. En un caso así, es necesario evaluar la suma de las ventajas y de los inconvenientes. (San Luis. París, 1860.)

## Capítulo XI

# Amar al prójimo como a sí mismo

El mayor mandamiento. Hacer por los otros lo que quisiéramos que ellos hiciesen por nosotros. Parábola de los acreedores y los deudores.- Dad al César lo que es del César.- *Instrucciones de los Espíritus*: La ley del amor.- El egoísmo.- La fe y la caridad.- Caridad para con los criminales.- ¿Debemos exponer la vida por un malhechor?

## El mayor mandamiento. Hacer por los otros lo que quisiéramos que ellos hiciesen por nosotros. Parábola de los acreedores y los deudores.

1. *Cuando los fariseos se enteraron de que Jesús había tapado la boca a los saduceos, se reunieron. Y uno de ellos, que era doctor de la ley, le hizo esta pregunta, para tentarlo: "Maestro, ¿cuál es el mayor mandamiento de la ley?" Jesús le respondió: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente; este es el mayor y el primer mandamiento. Y el segundo es semejante a ese:* Amarás a tu prójimo como a ti mismo. *Toda la ley y los profetas se hallan contenidos en esos dos mandamientos".* (*San Mateo*, 22:34 a 40.)

2. Haced a los hombres todo lo que quisierais que ellos os hiciesen, *porque esta es la ley y los profetas.* (*San Mateo*, 7:12.)

*Tratad a todos los hombres de la misma manera que quisierais que ellos os tratasen.* (*San Lucas*, 6:31.)

3. *El reino de los Cielos es comparable a un rey que quiso arreglar cuentas con sus servidores; y habiendo comenzado a hacerlo, le presentaron uno que le debía diez mil talentos. Pero como no tenía recursos para pagar, su señor mandó que lo vendieran a él, a su mujer y a sus hijos, y a todo lo que tenía, como pago de la deuda. Entonces el servidor se arrojó a sus pies, y le rogaba, diciendo: "Señor, ten un poco de paciencia, y te pagaré todo". Entonces el señor de aquel servidor, movido a compasión, lo dejó ir y le perdonó la deuda. Pero ese servidor, al salir de allí, se encontró con uno de sus compañeros, que le debía cien denarios; lo tomó por la garganta y lo estrangulaba, diciendo: "Págame lo que me debes". Su compañero, arrojándose a sus pies, le suplicaba diciendo: "Ten un poco de paciencia, y te pagaré todo". Pero el otro no quiso escucharlo, sino que fue e hizo que lo metieran en la cárcel, para que estuviera preso hasta que pagase lo que le debía.*

*Los otros servidores, sus compañeros, al ver lo que pasaba, sumamente afligidos, fueron a contar a su señor todo lo que había pasado. Entonces el señor mandó llamar a aquel servidor y le dijo: "Servidor malo, te había perdonado todo lo que me debías, porque me lo pediste. ¿Acaso no debías tú también compadecerte de tu compañero, como yo me compadecí de ti?". Y su señor, encolerizado, lo entregó a los verdugos hasta que pagase todo lo que debía.*

*Del mismo modo os tratará mi Padre, que está en el Cielo, si no perdonáis desde el fondo de vuestros corazones las faltas que vuestro hermano haya cometido contra vosotros.* (*San Mateo*, 18:23 a 35.)

4. "Amar al prójimo como a sí mismo; hacer por los otros lo que quisiéramos que los otros hiciesen por nosotros", es la expresión más completa de la caridad, porque resume todos los deberes del hombre para con el prójimo. Al respecto, no se puede tener una guía más segura que tomar como medida de lo que debemos hacer a los otros, aquello que deseamos para nosotros mismos. ¿Con qué derecho exigiríamos a nuestros semejantes un mejor proceder, mayor indulgencia, benevolencia y devoción, que los que tenemos para con ellos? La práctica de esas máximas tiende a la destrucción del egoísmo. Cuando los hombres las adopten como regla de conducta y como base de sus instituciones, comprenderán la verdadera fraternidad, y harán que reine entre ellos la paz y la justicia. Ya no habrá odios ni disensiones, sino unión, concordia y benevolencia mutua.

## Dad al César lo que es del César

5. *Entonces los fariseos se retiraron y consideraron entre sí cómo habrían de sorprender a Jesús en algunas palabras. Y le enviaron a sus discípulos, junto con los herodianos, a decirle: "Maestro, sabemos que eres veraz y que enseñas el camino de Dios a través de la verdad, sin que tengas en cuenta a quienquiera que sea, porque en los hombres no consideras a la persona. Dinos, pues, tu opinión sobre esto: ¿Nos está permitido pagar el tributo al César, o no?"*

*Pero Jesús, que conocía la malicia de ellos, les dijo: "Hipócritas, ¿por qué me tentáis? Mostradme la moneda que se da en pago del tributo". Y cuando ellos le presentaron un denario, Jesús les dijo: "¿De quién es esta imagen y la inscripción?" Le*

*respondieron: "Del César". Entonces, Jesús les respondió: "*Dad, pues, al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios*".*

*Y cuando lo oyeron hablar de ese modo, se maravillaron de su respuesta y, dejándolo, se retiraron.* (*San Mateo*, 22:15 a 22; *San Marcos*, 12:13 a 17.)

6. La cuestión propuesta a Jesús estaba motivada por la circunstancia de que los judíos detestaban el tributo que les imponían los romanos, razón por la cual habían hecho del pago de ese tributo una cuestión religiosa. Habían formado un partido numeroso contrario al impuesto. Por consiguiente, el pago del tributo era para ellos un tema de irritante actualidad, sin lo cual no hubiera tenido ningún sentido la pregunta formulada a Jesús: "¿Nos está permitido pagar o dejar de pagar el tributo al César?". Esta pregunta escondía una trampa, porque, según la respuesta que diera Jesús, los fariseos esperaban excitar en contra de él a la autoridad romana, o bien a los judíos disidentes. No obstante, "Jesús, que conocía la malicia de ellos", eludió la dificultad impartiéndoles una lección de justicia, al decir que a cada uno debe dársele lo que le corresponde. (Véase, en la *Introducción*, el artículo "Publicanos".)

7. Esta máxima: "Dad al César lo que es del César", no debe ser entendida de una manera restrictiva ni absoluta. Como todas las enseñanzas de Jesús, se trata de un principio general, resumido en una forma práctica y usual, y deducido de una circunstancia particular. Ese principio es la consecuencia de aquel otro según el cual debemos obrar, en relación con los demás, como quisiéramos que los demás obrasen en relación con nosotros. Condena todo perjuicio material y moral que se pueda causar al prójimo, toda violación de sus

intereses. Prescribe el respeto a los derechos de cada uno, así como cada uno desea que se respeten los suyos. Se extiende al cumplimiento de los deberes contraídos para con la familia, la sociedad y la autoridad, tanto como para con los individuos en general.

## INSTRUCCIONES DE LOS ESPÍRITUS

### La ley del amor

8. El amor resume toda la doctrina de Jesús, porque es el sentimiento por excelencia, y los sentimientos son los instintos elevados a la altura del progreso realizado. El hombre, en su origen, sólo tiene instintos; más avanzado y corrompido, sólo tiene sensaciones; más instruido y purificado, tiene sentimientos; y el punto primoroso del sentimiento es el amor. No el amor en el sentido vulgar de la palabra, sino ese sol interior que condensa y reúne en su ardiente foco todas las aspiraciones y todas las revelaciones sobrehumanas. La ley del amor sustituye la personalidad por la fusión de los seres; aniquila las miserias sociales. ¡Feliz aquel que, elevándose sobre su condición humana, ama con amplio amor a sus hermanos en sufrimiento! ¡Feliz aquel que ama, porque no conoce la miseria del alma ni la del cuerpo; sus pies son livianos, y vive como transportado fuera de sí mismo! Cuando Jesús pronunció esa divina palabra: "amor", se estremecieron los pueblos, y los mártires, embriagados de esperanza, descendieron a la arena del circo.

El espiritismo, a su vez, viene a pronunciar la segunda palabra del alfabeto divino. Estad atentos, porque esa palabra

levanta la lápida de las tumbas vacías, y la *reencarnación*, que triunfa sobre la muerte, revela al hombre deslumbrado su patrimonio intelectual. La muerte ya no lo conduce al suplicio, sino a la conquista de su ser, elevado y transfigurado. La sangre ha rescatado al Espíritu, y hoy el Espíritu debe rescatar al hombre de la materia.

He dicho que en su origen el hombre sólo tiene instintos. Así pues, aquel en quien dominan los instintos está más cerca del punto de partida que de la meta. Para avanzar hacia la meta es preciso vencer los instintos en provecho de los sentimientos, es decir, perfeccionar estos últimos y sofocar los gérmenes latentes de la materia. Los instintos son la germinación y los embriones del sentimiento. Llevan consigo el progreso, como la bellota contiene en sí al roble, y los seres menos adelantados son los que, como emergen poco a poco de sus crisálidas, permanecen esclavizados a sus instintos. El Espíritu debe ser cultivado como un campo. La riqueza del porvenir depende del trabajo del presente, y más que bienes terrenales, ese trabajo os hará conquistar la gloriosa elevación. Entonces, cuando comprendáis la ley de amor que une a todos los seres, buscaréis en ella los sutiles goces del alma, que son el preludio de la dicha celestial. (Lázaro. París, 1862.)

9. La esencia del amor es divina, y vosotros, del primero al último, tenéis en el fondo del corazón la chispa de ese fuego sagrado. He aquí un hecho que habéis podido constatar muchas veces: todo hombre, incluso el más abyecto, vil y criminal, dispensa a un ser o a un objeto cualquiera un afecto vivo y ardiente, a prueba de todo lo que tienda a disminuirlo, y que a menudo alcanza proporciones sublimes.

He dicho "a un ser o a un objeto cualquiera", porque entre vosotros hay individuos que prodigan tesoros de amor, de que están rebosantes sus corazones, a los animales, a las plantas y aun a los objetos materiales. Son una especie de misántropos que, mientras se quejan de la humanidad en general y se resisten a la tendencia natural de sus almas, buscan alrededor suyo afecto y simpatía. En realidad, rebajan la ley del amor al estado de instinto. Con todo, por más que hagan, no conseguirán sofocar el germen vivo que Dios, al crearlos, depositó en sus corazones. Ese germen se desarrolla y crece con la moralidad y con la inteligencia, y aunque muchas veces se encuentre oprimido por el egoísmo, es la fuente de santas y dulces virtudes que constituyen los afectos sinceros y perdurables, y os ayudan a superar el camino escarpado y árido de la existencia humana.

Hay algunas personas a quienes la prueba de la reencarnación causa verdadera repugnancia, dada la posibilidad de que otros compartan sus simpatías afectuosas, de las que sienten celos. ¡Pobres hermanos! Vuestro afecto os hace egoístas. Vuestro amor se halla restringido a un círculo íntimo de parientes y amigos, y todos los demás os resultan indiferentes. Pues bien, para practicar la ley de amor tal como Dios la entiende, es preciso que lleguéis poco a poco a amar a todos vuestros hermanos, indistintamente. La tarea será prolongada y difícil, pero se cumplirá. Dios así lo quiere, y la ley de amor constituye el primero y más importante precepto de vuestra nueva doctrina, porque un día ella habrá de matar al egoísmo, sea cual fuere el aspecto con que se presente, puesto que además del egoísmo personal existe también el egoísmo de familia, de casta, de nacionalidad. Jesús dijo: "Ama a tu prójimo como a ti mismo". Ahora bien, ¿cuál es el límite en relación con el

prójimo? ¿Será, acaso, la familia, la creencia religiosa, la nación? No; es la humanidad entera. En los mundos superiores, el amor mutuo armoniza y rige a los Espíritus adelantados que en ellos habitan; y vuestro planeta, destinado a un progreso inminente, en virtud de la transformación social que experimentará, habrá de ver que sus habitantes practican esa sublime ley, reflejo de la Divinidad.

Los efectos de la ley de amor son el mejoramiento moral de la raza humana y la felicidad durante la vida terrenal. Los más rebeldes, al igual que los más viciosos, habrán de reformarse cuando vean los beneficios producidos por la puesta en práctica de esta máxima: "No hagáis a los otros lo que no quisierais que ellos os hiciesen"; hacedles, por el contrario, todo el bien que podáis.

No creáis en la esterilidad ni en la dureza del corazón humano. Este, a pesar suyo, cede al amor verdadero, que es un imán al que no se puede resistir. El contacto de ese amor vivifica y fecunda los gérmenes de esa virtud, que se encuentra en vuestro corazón en estado latente. La Tierra, morada de pruebas y de exilio, será entonces purificada por ese fuego sagrado, y en ella se practicará la caridad, la humildad, la paciencia, la devoción, la abnegación, la resignación, el sacrificio y las demás virtudes hijas del amor. No os canséis, pues, de escuchar las palabras de Juan, el Evangelista. Como sabéis, cuando la enfermedad y la vejez lo obligaron a suspender el curso de sus predicaciones, sólo repetía estas dulces palabras: "Hijitos míos, amaos los unos a los otros".

Amados hermanos, aprovechad esas lecciones. Su práctica es difícil, pero el alma extrae de ellas un bien inmenso. Creedme, haced el esfuerzo sublime que os pido: "Amaos", y muy pronto veréis a la Tierra transformada en el Elíseo donde ven-

drán a reposar las almas de los justos. (Fenelón. Burdeos, 1861.)

10. Mis queridos condiscípulos, los Espíritus aquí presentes os dicen por mi intermedio: "Amad mucho, a fin de que seáis amados". Ese pensamiento es tan exacto que encontraréis en él todo lo que consuela y calma las penas de cada día. O, más bien, si practicáis ese sabio consejo, habréis de elevaros de tal modo por encima de la materia, que os espiritualizaréis antes de abandonar vuestra envoltura terrenal. Dado que los estudios espíritas han desarrollado en vosotros la comprensión del porvenir, tenéis una certeza: la del adelanto hacia Dios, con el cumplimiento de todas las promesas que responden a las aspiraciones de vuestra alma. Por eso, debéis elevaros lo suficiente para juzgar sin las restricciones de la materia, a fin de que no condenéis a vuestro prójimo antes de haber dirigido vuestro pensamiento hacia Dios.

Amar, en el sentido profundo de la palabra, implica ser leal, probo, de conciencia recta, a fin de que hagáis a los otros lo que quisierais para vosotros mismos. Amar es buscar alrededor vuestro el sentido íntimo de todos los dolores que abruman a vuestros hermanos, para llevarles alivio. Amar es considerar como propia la gran familia humana, porque volveréis a encontrar a esa familia, dentro de un cierto período, en mundos más avanzados, y porque los Espíritus que la componen son, tanto como vosotros, hijos de Dios señalados en la frente para elevarse hacia lo infinito. Por eso no podéis negar a vuestros hermanos lo que Dios os concede con tanta prodigalidad, puesto que, por vuestra parte, estaríais muy felices de que vuestros hermanos os diesen lo que os hiciera falta. Así pues,

para cada sufrimiento tened siempre una palabra de esperanza y de amparo, a fin de que seáis todo amor, todo justicia.

Confiad en que esta sabia exhortación: "Amad mucho, a fin de que seáis amados", abrirá un camino. Son palabras revolucionarias y siguen una senda segura e invariable. No obstante, vosotros, los que me escucháis, ya habéis ganado. Sois infinitamente mejores que hace cien años. Habéis cambiado de tal modo, para vuestro beneficio, que aceptáis sin discusión una infinidad de ideas nuevas sobre la libertad y la fraternidad, que en otro tiempo hubierais rechazado. Ahora bien, de aquí a cien años aceptaréis con la misma facilidad otras ideas que aún no han podido penetrar en vuestro cerebro.

Hoy, cuando el movimiento espírita ha dado un gran paso, veis con qué rapidez las ideas de justicia y de renovación, contenidas en los dictados de los Espíritus, son aceptadas por el promedio del mundo inteligente. Eso se debe a que tales ideas responden a todo lo que hay de divino en vosotros; a que estáis preparados por una siembra fecunda: la del siglo pasado, que implantó en la sociedad las grandes ideas de progreso. Y como todo se eslabona bajo la supervisión del Todopoderoso, aquellas lecciones recibidas y asimiladas se completarán en este intercambio universal del amor al prójimo. Gracias a Él, los Espíritus encarnados, que habrán de juzgar y de sentir mejor, se tenderán las manos desde los confines de vuestro planeta. Se reunirán para entenderse y amarse, para destruir todas las injusticias, todas las causas de desinteligencia entre los pueblos.

Extraordinario pensamiento de renovación mediante el espiritismo, tan bien descrito en *El libro de los Espíritus*, habrás de producir el gran milagro del siglo venidero, el de conciliar todos los intereses materiales y espirituales del hombre, mediante la aplicación de esta máxima bien comprendida: "Amad

mucho, a fin de que seáis amados". (Sanson, ex miembro de la Sociedad Espírita de París. 1863.)

## El egoísmo

11. El egoísmo, esa llaga de la humanidad, debe desaparecer de la Tierra, porque impide su progreso moral. Al espiritismo está reservada la tarea de hacerla ascender en la jerarquía de los mundos. El egoísmo es, pues, el objetivo hacia el cual todos los verdaderos creyentes deben apuntar sus armas, sus fuerzas, su valor. Digo valor, porque es necesario mucho más valor para vencerse a sí mismo que para vencer a los otros. Por consiguiente, ponga cada uno el mayor empeño para combatirlo en sí mismo, pues ese monstruo devorador de las inteligencias, ese hijo del orgullo, es la fuente de todas las miserias de la Tierra. El orgullo es la negación de la caridad y, en consecuencia, el más grande obstáculo para la felicidad de los hombres.

Jesús os ha dado el ejemplo de la caridad, y Poncio Pilato el del egoísmo, porque cuando el Justo va a recorrer las santas estaciones de su martirio, Pilato se lava las manos diciendo: "¡Qué me importa!" Y dice a los judíos: "Este hombre es justo, ¿por qué queréis crucificarlo?" Sin embargo, permite que lo conduzcan al suplicio.

A ese antagonismo entre la caridad y el egoísmo, a la invasión de esa lepra del corazón humano, se debe que el cristianismo todavía no haya cumplido por completo su misión. A vosotros, nuevos apóstoles de la fe, a quienes los Espíritus superiores iluminan, incumbe la tarea y el deber de extirpar ese mal, para dar al cristianismo toda su fuerza y despejar el camino de los obstáculos que entorpecen su marcha. Echad el

egoísmo de la Tierra, para que ella pueda ascender en la escala de los mundos, pues ya es tiempo de que la humanidad vista la toga viril. Para eso es necesario que primero expulséis al egoísmo de vuestro corazón. (Emmanuel. París, 1861.)

12. Si los hombres se amaran con un mutuo amor, la caridad se practicaría mejor. Con todo, para eso sería preciso que os esforzarais por desembarazaros de esa coraza que cubre vuestros corazones, a fin de que fueran más sensibles para con los que sufren. El rigor mata los buenos sentimientos. Cristo no se desanimaba. No rechazaba al que iba en busca de él, fuera quien fuese. Socorría tanto a la mujer adúltera como al criminal. Nunca temió que su reputación fuera perjudicada por eso. ¿Cuándo, pues, habréis de tomarlo como modelo de vuestras acciones? *Si la caridad reinara en la Tierra, el malo no predominaría en ella: huiría avergonzado, se ocultaría, pues se hallaría desubicado en cualquier lugar.* En ese caso, el mal desaparecería; estad convencidos de ello.

Comenzad vosotros mismos por dar el ejemplo. Sed caritativos para con todos indistintamente. Esforzaos por no prestar atención a los que os miran con desdén, y dejad a Dios la tarea de hacer justicia, porque cada día, en su reino, Él separa la cizaña del trigo.

El egoísmo es la negación de la caridad. Ahora bien, sin caridad no habrá paz en la sociedad. Os digo más, no habrá seguridad. Con el egoísmo y el orgullo dándose la mano, la vida será siempre una carrera en la que triunfa el más astuto, una lucha de intereses en la que son pisoteados los más puros afectos, en la que ni siquiera se respetan los sagrados lazos de la familia. (Pascal. Sens, 1862.)

## La fe y la caridad

13. Os dije hace poco tiempo, queridos hijos, que la caridad sin la fe no basta para mantener entre los hombres un orden social capaz de hacerlos felices. Debería haber dicho que la caridad es imposible sin la fe. Por cierto, podéis encontrar impulsos generosos incluso en personas que no tienen religión. Pero esa caridad austera, que sólo se ejerce por abnegación, por el sacrificio constante de todo interés egoísta, únicamente puede ser inspirada por la fe, porque sólo ella puede hacernos cargar con valor y perseverancia la cruz de esta vida.

Así es, hijos míos; en vano el hombre ávido de goces procura hacerse ilusiones acerca de su destino en la Tierra, afirmando que sólo debe ocuparse de su felicidad. Es verdad que Dios nos creó para que seamos felices en la eternidad. No obstante, la vida terrenal debe servir exclusivamente para nuestro perfeccionamiento moral, que se conquista con más facilidad con la ayuda de los órganos corporales y del mundo material. Sin tener en cuenta las vicisitudes ordinarias de la vida, la diversidad de vuestros gustos, de vuestras inclinaciones y necesidades, es también un medio para perfeccionaros, mediante el ejercicio de la caridad. Porque sólo a costa de concesiones y de sacrificios mutuos podéis mantener la armonía entre elementos tan dispares.

Sin embargo, tendríais razón si afirmarais que la felicidad está destinada al hombre en este mundo, siempre que la busquéis en el bien, y no en los goces materiales. La historia de la cristiandad se refiere a los mártires que iban al suplicio con alegría. Hoy, en vuestra sociedad, para ser cristianos no hace falta el holocausto del martirio, ni el sacrificio de la vida, sino única y exclusivamente el sacrificio de vuestro egoísmo, de vuestro

orgullo y de vuestra vanidad. Triunfaréis, si la caridad os inspira y la fe os sostiene. (Espíritu protector. Cracovia, 1861.)

## Caridad para con los criminales

14. La verdadera caridad es una de las más sublimes enseñanzas que Dios ha impartido al mundo. Entre los verdaderos discípulos de su doctrina debe existir una fraternidad absoluta. Debéis amar a los desdichados, a los criminales, como criaturas de Dios a las cuales se les concederá el perdón y la misericordia si se arrepienten, al igual que se os concederá a vosotros mismos por las faltas que cometéis contra su ley. Pensad que vosotros sois más reprensibles, más culpables que aquellos a quienes rehusáis el perdón y la conmiseración, puesto que muchas veces ellos no conocen a Dios como vosotros lo conocéis, y por eso se les pedirá menos que a vosotros.

No juzguéis, ¡oh!, no juzguéis de ningún modo, queridos amigos, porque el juicio que vosotros pronunciéis os será aplicado aún con mayor severidad, y tenéis necesidad de indulgencia por los pecados que cometéis sin cesar. ¿No sabéis que hay muchas acciones que son crímenes delante del Dios de pureza, y a las que el mundo ni siquiera considera como faltas leves?

La verdadera caridad no consiste solamente en la limosna que dais, ni en las palabras de consuelo con que podéis acompañarla. No, no es sólo eso lo que Dios exige de vosotros. La caridad sublime que Jesús enseñó consiste también en la benevolencia que empleéis siempre y en todas las cosas para con vuestro prójimo. Incluso podéis ejercitar esa sublime virtud en relación con seres que no tienen necesidad de vuestras

limosnas, pero a quienes las palabras de amor, de consuelo y de estímulo conducirán al Señor.

Se acercan los tiempos, os lo repito, en que la gran fraternidad reinará en este globo, y en que los hombres obedecerán la ley de Cristo, la única ley que constituirá el freno y la esperanza, y conducirá a las almas a la morada de los bienaventurados. Amaos, pues, como los hijos de un mismo padre. No hagáis diferencia entre los otros desdichados, porque Dios quiere que todos sean iguales. No despreciéis a nadie. Dios permite que haya entre vosotros grandes criminales, a fin de que os sirvan de enseñanza. Muy pronto, cuando los hombres sean inducidos a respetar las verdaderas leyes de Dios, ya no habrá necesidad de esas enseñanzas, *y todos los Espíritus impuros y rebeldes serán expulsados hacia mundos inferiores, en armonía con sus inclinaciones.*

Debéis a aquellos de quienes hablo el socorro de vuestras oraciones: en eso consiste la verdadera caridad. Nunca digáis de un criminal: "Es un miserable. Hay que eliminarlo de la Tierra. La muerte que se le impone es demasiado benigna para un ser de esa calaña". No, no es así como debéis hablar. Contemplad a Jesús, vuestro modelo. ¿Qué diría él si viese a ese desdichado a su lado? Se compadecería de él. Lo consideraría como un enfermo digno de lástima. Le tendería la mano. Realmente, vosotros no podéis hacer lo mismo que Jesús, pero al menos podéis rogar por ese criminal y asistir a su Espíritu durante los pocos instantes que aún deba pasar en la Tierra. El arrepentimiento puede conmover su corazón, si rogáis con fe. Es vuestro prójimo, al igual que el mejor de los hombres. Su alma descarriada y rebelde fue creada, como la vuestra, para perfeccionarse. Así pues, ayudadlo a salir del cenagal, y orad por él. (Elisabeth de Francia. El Havre, 1862.)

## ¿Debemos exponer la vida por un malhechor?

15. *Un hombre se encuentra en peligro de muerte. Para salvarlo, debemos exponer nuestra vida. Sin embargo, sabemos que ese hombre es un malhechor y que, si lo libráramos de la muerte, podría cometer nuevos crímenes. A pesar de eso, ¿debemos exponernos para salvarlo?*

Esta es una cuestión muy delicada, que naturalmente puede presentarse al entendimiento. Responderé según mi adelanto moral, pues se trata de saber si se debe exponer la propia vida, incluso por un malhechor. La abnegación es ciega. Del mismo modo que se presta socorro a un enemigo personal, se debe socorrer a un enemigo de la sociedad, en una palabra, a un malhechor. Pues no creáis que ese desgraciado sólo se librará de la muerte. Es probable que se libre de todo su pasado. En efecto, imaginad que en esos breves instantes que le arrebatan los últimos minutos de su vida, ese hombre perdido recapacita acerca de su pasado o, mejor aún, que toda su vida se presenta delante de él. Tal vez la muerte le llegue demasiado pronto, y en ese caso su próxima reencarnación podría ser terrible. ¡Salvadlo, pues, hombres! Vosotros, a quienes la ciencia espírita ha iluminado, ¡salvadlo! Arrojaos para librarlo de su perdición. Y entonces, tal vez, ese hombre, que hubiera muerto blasfemando contra vosotros, se arroje en vuestros brazos. Con todo, no debéis preguntaros si lo hará o no. Id en su auxilio, porque al salvarlo obedecéis a esa voz del corazón que os dice: "Puedes salvarlo, ¡sálvalo entonces!" (Lamennais. París, 1862.)

## Capítulo XII

# Amad a vuestros enemigos

Retribuir el mal con el bien.- Los enemigos desencarnados.- Si alguien os golpea en la mejilla derecha, ofrecedle también la otra.- *Instrucciones de los Espíritus:* La venganza.- El odio.- El duelo.

## Retribuir el mal con el bien

1. *Habéis oído que se dijo: "Amarás a tu prójimo y odiarás a tus enemigos". Pues yo os digo:* Amad a vuestros enemigos; haced el bien a los que os odian, y orad por los que os persiguen y calumnian, *para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los Cielos, que hace que salga el sol sobre los malos y los buenos, y que llueva sobre los justos y los injustos. Porque, si sólo amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también lo mismo los publicanos? Y si saludáis solamente a vuestros hermanos, ¿qué hacéis con eso más que los otros? ¿No hacen lo mismo los gentiles? - Os digo que si vuestra justicia no es mayor que la de los escribas y los fariseos, no entraréis en el reino de los Cielos.* (*San Mateo*, 5:43 a 47 y 20.)

2. *Si sólo amáis a los que os aman, ¿qué mérito tenéis? Puesto que los pecadores también aman a quienes los aman. Si solamente hacéis el bien a los que os lo hacen a vosotros, ¿qué*

*mérito tenéis? Puesto que los pecadores también hacen lo mismo. Si sólo prestáis a aquellos de quienes esperáis recibir el mismo favor, ¿qué mérito tenéis? Puesto que también los pecadores se prestan ayuda unos a otros, para recibir otro tanto. Mas, en cuanto a vosotros,* amad a vuestros enemigos; haced el bien a todos, y prestad sin esperar nada a cambio. *Entonces, vuestra recompensa será muy grande, y seréis hijos del Altísimo, porque Él es bueno aun con los ingratos y los malvados. Sed, pues, misericordiosos, como también vuestro Dios es misericordioso.* (*San Lucas*, 6:32 a 36.)

3. Si el amor al prójimo es el principio de la caridad, amar a los enemigos es su aplicación sublime, porque esa virtud es una de las más grandes victorias obtenidas contra el egoísmo y el orgullo.

Sin embargo, en esta circunstancia, por lo general se comete una equivocación en cuanto al sentido de la palabra *amar*. Jesús no pretendió, mediante esas palabras, que tengamos para con el enemigo la misma ternura que para con un hermano o un amigo. La ternura presupone confianza. Ahora bien, no podemos confiar en una persona cuando sabemos que nos quiere mal. No podemos tener para con ella las expansiones de la amistad, porque sabemos que sería capaz de abusar de esa actitud. Entre las personas que desconfían recíprocamente no pueden existir los impulsos de simpatía que hay entre los que mantienen una comunión de pensamientos. En fin, nadie puede experimentar, al encontrarse con un enemigo, el mismo placer que se siente en compañía de un amigo.

Incluso, ese sentimiento es el resultado de una ley física: la de la asimilación y la repulsión de los fluidos. El pensamiento malévolo emite una corriente fluídica cuya impresión es

penosa. El pensamiento benévolo nos envuelve en un efluvio agradable. De ahí resulta la diferencia de las sensaciones que se experimentan ante la proximidad de un amigo o de un enemigo. Por lo tanto, no es posible que "amar a los enemigos" signifique que no debemos hacer ninguna diferencia entre ellos y los amigos. Este precepto sólo parece difícil, y aun imposible de practicar, porque se considera falsamente que prescribe dar a ambos, amigos y enemigos, el mismo lugar en el corazón. Si la pobreza de las lenguas humanas nos obliga a servirnos de la misma palabra para expresar los diversos matices de un sentimiento, corresponde a la razón establecer la diferencia, según los casos.

Amar a los enemigos no significa, pues, dispensarles un afecto que no está en nuestra naturaleza, porque el contacto con un enemigo nos hace latir el corazón de muy diferente modo que el contacto con un amigo. Amar a los enemigos es no sentir por ellos ni odio, ni rencor, ni deseos de venganza; es perdonarles *sin segundas intenciones e incondicionalmente* el mal que nos hacen; es no poner ningún obstáculo para la reconciliación; es desearles el bien en lugar del mal; es alegrarse, en vez de afligirse, con el bien que les sucede; es tenderles una mano caritativa en caso de necesidad; es abstenerse *tanto en palabras como en acciones* de todo lo que pudiera perjudicarlos; es, en definitiva, retribuirles el mal con el bien, *sin intención de humillarlos*. Cualquiera que haga esto reúne las condiciones del mandamiento: "Amad a vuestros enemigos".

4. Para el incrédulo, amar a los enemigos es un absurdo. Aquel para quien la vida presente lo es todo, sólo ve en su enemigo un ser pernicioso que perturba su tranquilidad, y cree que sólo la muerte puede librarlo de él. De ahí proviene su de-

seo de venganza. No tiene ningún interés en perdonar, salvo que sea para satisfacer su orgullo ante el mundo. Perdonar, en ciertos casos, le parece incluso una debilidad indigna de él. Si no responde con la venganza, no dejará por eso de guardarle rencor y de alimentar un secreto deseo de perjudicarlo.

Para el creyente, pero sobre todo para el espírita, la manera de ver es muy diferente, porque fija su mirada en el pasado y en el porvenir, entre los cuales la vida presente es apenas un punto. Sabe que, por el destino mismo de la Tierra, no habrá de encontrar en ella más que hombres malvados y perversos; que las maldades a que está expuesto forman parte de las pruebas que debe sufrir, y el punto de vista elevado en que se coloca contribuye a que las vicisitudes le resulten menos amargas, ya sea que estas provengan de los hombres o de las cosas. *Si no se queja de las pruebas, tampoco debe quejarse de aquellos que les sirven de instrumento.* Si, en vez de quejarse, da gracias a Dios porque lo puso a prueba, *también debe dar gracias a la mano que le proporciona la ocasión de demostrar su paciencia y su resignación.* Ese pensamiento lo predispone naturalmente al perdón. Siente, además, que cuanto más generoso es, más se engrandece ante sí mismo y se ubica fuera del alcance de los dardos malévolos de su enemigo.

El hombre que en el mundo ocupa una posición elevada no toma como una ofensa los insultos de aquel a quien considera inferior. Lo mismo sucede con el que se eleva, en el mundo moral, por encima de la humanidad material. Comprende que el odio y el rencor lo envilecerían y lo rebajarían. Ahora bien, para que sea superior a su adversario, es preciso que tenga el alma más grande, más noble y más generosa.

## Los enemigos desencarnados

5. El espírita tiene también otros motivos para ser indulgente con sus enemigos. En primer lugar, sabe que la maldad no es un estado permanente de los hombres, sino que se debe a una imperfección momentánea y que, de la misma manera que el niño se corrige de sus defectos, el hombre malo reconocerá un día sus errores y se volverá bueno.

Sabe además que la muerte sólo lo libera de la presencia material de su enemigo, porque este puede perseguirlo con su odio aun después de que haya dejado la Tierra. Así, la venganza no consigue su objetivo, sino que, por el contrario, tiene por efecto producir una irritación más grande, que puede prolongarse de una existencia a la otra. Correspondía al espiritismo demostrar, por medio de la experiencia y de la ley que rige las relaciones entre el mundo visible y el mundo invisible, que la expresión *extinguir el odio con sangre* es radicalmente falsa, y que la verdad, en cambio, es que la sangre alimenta el odio, incluso más allá de la tumba. Correspondía al espiritismo, por consiguiente, dar una razón de ser efectiva y una utilidad práctica tanto al perdón como a la sublime máxima de Cristo: *Amad a vuestros enemigos.* No hay corazón tan perverso que, aun sin saberlo, no se conmueva ante una buena acción. Con el buen proceder se quita, por lo menos, todo pretexto para las represalias, y de un enemigo se puede hacer un amigo, antes y después de la muerte. Por el contrario, con el mal proceder se irrita al enemigo, *que entonces sirve él mismo de instrumento a la justicia de Dios para castigar a quien no ha perdonado.*

6. Podemos, pues, tener enemigos entre los encarnados y entre los desencarnados. Los enemigos del mundo invisible manifiestan su malevolencia a través de las obsesiones y las subyugaciones, de las que son víctimas tantas personas, y que representan una variedad en las pruebas de la vida. Tanto estas pruebas, como las otras, contribuyen a nuestro adelanto y deben ser aceptadas con resignación y como consecuencia de la naturaleza inferior del globo terrestre. Si no hubiese hombres malos en la Tierra, no habría Espíritus malos alrededor de ella. Así pues, si debemos ser indulgentes y benevolentes para con los enemigos encarnados, del mismo modo debemos proceder en relación con los que están desencarnados.

En el pasado se sacrificaba a víctimas sangrientas para apaciguar a los dioses infernales, que no eran otra cosa que Espíritus malos. A los dioses infernales los han sucedido los demonios, que son lo mismo. El espiritismo viene a probar que esos demonios no son sino las almas de los hombres perversos, que todavía no se han despojado de los instintos materiales; *que nadie consigue apaciguarlos a no ser con el sacrificio de su odio, es decir, mediante la caridad*; que la caridad no tiene sólo por efecto impedir que hagan el mal, sino conducirlos nuevamente al camino del bien, con lo cual contribuye a su salvación. Por consiguiente, la máxima: *Amad a vuestros enemigos* no se halla circunscripta al círculo estrecho de la Tierra y de la vida presente, sino que forma parte de la magna ley de la solidaridad y la fraternidad universales.

## Si alguien os golpea en la mejilla derecha, ofrecedle también la otra.

7. *Habéis oído que se dijo: "ojo por ojo y diente por diente". Pues yo os digo que no resistáis al mal que os quieran hacer; sino que,* si alguien os ha golpeado en la mejilla derecha, ofrecedle también la otra*; y si alguien quiere pleitear con vosotros para quitaros la túnica, dejadle también el manto; y si alguien os obliga a caminar mil pasos junto a él, caminad dos mil. Al que os pida, dadle; y al que quiera pediros prestado, no lo rechacéis.* (*San Mateo*, 5:38 a 42.)

8. Los prejuicios del mundo, sobre lo que se convino en denominar pundonor, producen esa susceptibilidad sombría, nacida del orgullo y de la exaltación de la personalidad, que conduce al hombre a devolver una injuria con otra injuria, una herida con otra herida, lo que es considerado justo por aquel cuyo sentido moral no se eleva por encima de las pasiones terrenales. A eso se debe que la ley mosaica prescribiera: "Ojo por ojo, diente por diente", ley en armonía con la época en que vivió Moisés. Cristo vino y dijo: "Retribuid el mal con el bien". Y dijo además: "No resistáis al mal que os quieran hacer; *si os golpean en una mejilla, presentadles la otra*". Al orgulloso esta máxima le parece una cobardía, pues no comprende que haya más valor en soportar un insulto que en vengarse. Esto le sucede siempre debido a que su vista no llega más allá del presente. Con todo, ¿es preciso tomar literalmente esa máxima? No, como tampoco se debe tomar literalmente la que ordena que nos arranquemos el ojo que ha sido causa de escándalo. Llevada hasta sus últimas consecuencias, aquella máxima equivaldría a condenar toda represión

del mal, incluso legal, y dejar el campo libre a los malos, que se verían liberados de todo motivo de temor. Si no se pusiera un freno a las agresiones de los malos, muy pronto los buenos serían sus víctimas. Hasta el instinto de conservación, que es una ley de la naturaleza, impide que pongamos benévolamente el cuello a disposición del asesino. Con esas palabras, pues, Jesús no prohibió la defensa, *sino que condenó la venganza*. Al decir que presentemos la otra mejilla cuando nos golpean, quiso decir, de otra forma, que no hay que retribuir el mal con el mal; que el hombre debe aceptar con humildad todo lo que tienda a rebajar su orgullo; que es más glorioso para él ser golpeado que golpear, y soportar con paciencia una injusticia que cometerla él mismo; que vale más ser engañado que engañar, ser arruinado que arruinar a los demás. Al mismo tiempo, esto implica la condena del duelo, que no es otra cosa que una manifestación de orgullo. Sólo la fe en la vida futura y en la justicia de Dios, que nunca deja el mal impune, puede infundirnos fuerzas para soportar con paciencia los ataques que se dirigen a nuestros intereses y a nuestro amor propio. Por eso repetimos sin cesar: Dirigid vuestra mirada hacia adelante; cuanto más os elevéis con el pensamiento por encima de la vida material, tanto menos os afligirán las cosas de la Tierra.

## INSTRUCCIONES DE LOS ESPÍRITUS

### La venganza

9. La venganza es uno de los últimos restos de las costumbres bárbaras que tienden a desaparecer entre los hombres. Constituye, al igual que el duelo, uno de los postreros vestigios de las costumbres salvajes por efecto de las cuales se

debatía la humanidad al comienzo de la era cristiana. A eso se debe que la venganza sea un indicio cierto del estado de atraso de los hombres que se entregan a ella, así como de los Espíritus que todavía la inspiran. Por consiguiente, amigos míos, ese sentimiento jamás debe hacer vibrar el corazón de quien se diga y se proclame espírita. Vengarse, bien lo sabéis, es tan contrario a esta prescripción de Cristo: "Perdonad a vuestros enemigos", que quien rehúsa perdonar no sólo no es espírita sino que tampoco es cristiano. La venganza es una inspiración más funesta aún, porque la falsedad y la bajeza son sus asiduas compañeras. En efecto, aquel que se entrega a esa fatal y ciega pasión casi nunca lo hace a cielo descubierto. Cuando es el más fuerte, se lanza como una fiera sobre el que considera su enemigo, puesto que la presencia de este enciende su pasión, su cólera, su odio. No obstante, la mayoría de las veces asume una apariencia hipócrita, porque oculta en lo más hondo de su corazón los malos sentimientos que lo animan. Elije caminos sesgados, persigue entre las sombras a su enemigo, que no desconfía, y aguarda el momento propicio para atacarlo sin peligro. Se oculta de él, pero lo acecha en forma permanente. Le tiende trampas aborrecibles; y si encontrara la ocasión, vertería veneno en su copa. En el caso de que su odio no llegue a tales extremos, lo ataca entonces en su honor y en sus afectos. No retrocede ante la calumnia, y sus insinuaciones pérfidas, hábilmente desparramadas por todas partes, crecen a su paso. De ese modo, cuando el perseguido se presenta en los lugares por donde pasó el aliento envenenado de su perseguidor, se lleva la sorpresa de encontrar rostros indiferentes donde otras veces lo recibían semblantes amistosos y benévolos, y queda estupefacto cuando las manos que antes se le tendían, ahora se niegan a tomar las suyas. Por último, se siente anonadado

cuando verifica que sus más queridos amigos y parientes se apartan y lo evitan. ¡Ah! El cobarde que se venga de esa manera es cien veces más culpable que aquel que enfrenta a su enemigo y lo insulta cara a cara.

¡Acabemos, pues, con esas costumbres salvajes! ¡Acabemos con esos hábitos perimidos! El espírita que hoy pretendiese ejercer el derecho de vengarse, sería indigno de pertenecer por más tiempo a la falange que eligió para sí esta divisa: *¡Fuera de la caridad no hay salvación!* Pero no, no debo detenerme en la idea de que un miembro de la gran familia espírita sea capaz, en lo sucesivo, de ceder al impulso de la venganza, sino, por el contrario, al de perdonar. (Jules Olivier. París, 1862.)

## El odio

10. Amaos unos a otros y seréis felices. Procurad, sobre todo, amar a los que os inspiran indiferencia, odio o desprecio. Cristo, a quien debéis considerar vuestro modelo, os dio ese ejemplo de abnegación. Misionero de amor, amó hasta dar su sangre y su vida. El sacrificio que os obliga a amar a los que os ultrajan y os persiguen es penoso; pero eso es precisamente lo que os hace superiores a ellos. Si los aborrecieseis, como ellos os aborrecen, no valdríais más que ellos. Amarlos es la hostia sin mancha que ofrecéis a Dios en el altar de vuestros corazones, hostia de agradable aroma cuya fragancia asciende hasta Él. Aunque la ley de amor prescriba que amemos indistintamente a todos nuestros hermanos, no protege al corazón contra los malos procederes. Por el contrario, esa es la prueba más penosa, bien lo sé, pues durante mi última existencia terrenal experimenté esa tortura. Con todo, Dios

existe, y castiga tanto en esta vida como en la otra a los que transgreden la ley de amor. No olvidéis, queridos hijos, que el amor os aproxima a Dios, mientras que el odio os aparta de Él. (FENELÓN. Burdeos, 1861.)

## El duelo

11. Sólo es en verdad grande aquel que, dado que considera la vida como un viaje que debe conducirlo a un determinado lugar, presta poca atención a las asperezas del recorrido, y no deja ni por un instante que sus pasos se desvíen del camino recto. Con la vista permanentemente dirigida hacia la meta, poco le importa que los abrojos y las espinas del sendero amenacen con producirle arañazos, pues ambos lo rozan sin herirlo ni impedirle que prosiga su curso. Exponer sus días para vengarse de una injuria, equivale a retroceder ante las pruebas de la vida. Eso siempre es un crimen ante Dios, y si vosotros no fueseis, como lo sois, engañados por vuestros prejuicios, sería también una ridícula y suprema locura ante los hombres.

El homicidio cometido en un duelo es un crimen. Incluso vuestra legislación lo reconoce. Nadie tiene el derecho, en ningún caso, de atentar contra la vida de su semejante. Se trata de un crimen a los ojos de Dios, que os ha trazado la línea de conducta que debéis seguir. En esto, más que en cualquier otra circunstancia, sois los jueces de vuestra propia causa. Tened presente que se os perdonará conforme hayáis perdonado. A través del perdón os acercáis a la Divinidad, pues la clemencia es hermana del poder. Mientras la mano de los hombres derrame una gota de sangre humana en la Tierra, no habrá llegado a ella el verdadero reino de Dios, el reino de

paz y de amor que debe desterrar definitivamente de vuestro globo la animosidad, la discordia y la guerra. Entonces, la palabra *duelo* sólo existirá en vuestro lenguaje como un lejano y difuso recuerdo de un pasado que ya no existe. Los hombres no conocerán otro antagonismo más que la noble rivalidad del bien. (Adolfo, obispo de Argel. Marmande, 1861.)

12. No cabe duda de que, en ciertos casos, el duelo puede constituir una prueba de destreza física, de desprecio de la vida; pero es también, indiscutiblemente, una demostración de cobardía moral, al igual que el suicidio. Así como el suicida no tiene el valor de afrontar las vicisitudes de la vida, el duelista no tiene el valor de afrontar las ofensas. ¿No os ha dicho Cristo que hay más honor y coraje en ofrecer la mejilla izquierda al que os ha golpeado en la derecha, que en vengarse de una injuria? ¿No dijo Cristo a Pedro, en el huerto de los Olivos: "Envaina tu espada, porque el que mate con espada, a espada perecerá"? Con esas palabras, ¿no ha condenado Jesús definitivamente el duelo? En efecto, hijos míos, ¿en qué consiste ese valor nacido de un temperamento violento, sanguinario y colérico, que ruge ante la primera ofensa? ¿Dónde está la grandeza del alma de aquel que, ante la menor injuria, quiere lavarla con sangre? No obstante, ¡que tiemble!, porque en el fondo de su conciencia una voz le advertirá siempre: "¡Caín! ¡Caín! ¿Qué has hecho de tu hermano?" Y él le contestará: "He tenido que verter sangre para salvar mi honor". Pero la voz le replicará: "¡Has querido salvar tu honor ante los hombres, por algunos instantes de vida que te restaban en la Tierra, y no pensaste en salvarla ante Dios! ¡Pobre loco!" ¡Cuánta sangre, pues, os exigiría Cristo por todos los ultrajes que recibió! No solamente lo habéis herido con los espinos

y la lanza, no solamente lo habéis clavado a un madero infamante, sino que aun en medio de su agonía debió escuchar las burlas que le prodigasteis. ¿Qué reparación os ha pedido, después de tantos ultrajes? El último grito del Cordero fue una oración por sus verdugos. ¡Oh! Perdonad y orad por los que os ofenden, como él lo hizo.

Amigos, tomad en cuenta este precepto: "Amaos unos a otros". En ese caso, al golpe lanzado por el odio contestaréis con una sonrisa; y al ultraje, con el perdón. Sin duda, el mundo se alzará furioso y os tratará de cobardes. Entonces vosotros levantaréis bien alto la cabeza, y mostraréis que vuestra frente, a ejemplo de Cristo, tampoco temería ceñirse con espinas, pero que vuestra mano no desea ser cómplice de un asesinato autorizado por una falsa apariencia de honor, que no es otra cosa más que orgullo y amor propio. ¿Acaso Dios, al crearos, os concedió el derecho sobre la vida y la muerte de vuestro prójimo? No, sólo ha conferido ese derecho a la naturaleza, para que se reforme y se reconstruya. En cambio, en lo atinente a vosotros, ni siquiera os permite que dispongáis de vosotros mismos. Del mismo modo que el suicida, el duelista estará manchado con sangre cuando llegue hasta Dios, y tanto a uno como a otro el Soberano Juez reserva arduos y prolongados castigos. Si Él amenazó con su justicia al que diga *racca* a su hermano, ¡cuánto más severa habrá de ser la pena para el que comparezca ante su presencia con las manos teñidas por la sangre de su hermano! (San Agustín. París, 1862.)

13. El duelo, al igual que lo que en otro tiempo se denominaba "el juicio de Dios", es una de esas instituciones bárbaras que todavía rigen la sociedad. Con todo, ¿qué diríais vosotros si vieseis a los dos antagonistas sumergidos en agua

que hierve, o sometidos al contacto de un hierro candente, para dirimir la querella y dar la razón al que resista mejor la prueba? Diríais que esas costumbres son insensatas. El duelo es aún peor que todo eso. Para el duelista experimentado, se trata de un asesinato a sangre fría, cometido con toda la premeditación necesaria, porque tiene la certeza de la eficacia del golpe que dirigirá. Para el adversario, que está casi seguro de que habrá de sucumbir en razón de su debilidad y su inexperiencia, se trata de un suicidio llevado a cabo con la más fría reflexión. Sé que muchas veces se procura evitar esa alternativa, igualmente criminal, sometiendo la cuestión al acaso. Pero entonces, ¿no implica eso volver, con otra forma, al juicio de Dios de la Edad Media? En aquella época, incluso, eran infinitamente menos culpables que ahora. La locución *juicio de Dios* indica una fe ingenua, es verdad, pero que no deja de ser fe en la justicia de Dios, que no podía dejar que muriese un inocente. En el duelo, en cambio, todo se reduce a la fuerza bruta, de tal modo que muchas veces es el ofendido el que sucumbe.

¡Oh! ¡Estúpido amor propio, tonta vanidad y loco orgullo! ¿Cuándo seréis reemplazados por la caridad cristiana, el amor al prójimo y la humildad, que Cristo enseñó y ejemplificó? Sólo entonces desaparecerán esos monstruosos prejuicios que aún gobiernan a los hombres, y que las leyes son impotentes para reprimir, pues no basta con prohibir el mal y prescribir el bien: es necesario que el principio del bien y el horror al mal estén en el corazón del hombre. (Un espíritu protector. Burdeos, 1861.)

14 "¿Qué opinión se formarán de mí –decís a menudo– si rehúso la reparación que se me exige mediante el duelo, o si

no la reclamo al que me ha ofendido?" Los locos como vosotros, los hombres atrasados, os criticarán. En cambio, los que se hallan iluminados por la antorcha del progreso intelectual y moral, dirán que obráis de acuerdo con la verdadera sabiduría. Reflexionad un poco. Por causa de una palabra, que con frecuencia uno de vuestros hermanos ha dicho irreflexivamente, o que es inofensiva, vuestro orgullo se siente herido, entonces le contestáis de un modo áspero, y de ahí deriva una provocación. Antes de que llegue el momento decisivo, ¿os preguntáis si obráis como cristianos? ¿Os preguntáis qué cuentas quedaréis debiendo a la sociedad si la priváis de uno de sus miembros? ¿Pensáis en el remordimiento que os asaltará por haber quitado el esposo a una mujer, el hijo a una madre, o el padre que servía de amparo a sus hijos? Por cierto, el autor de la ofensa debe una reparación. Pero ¿no será más honroso para él ofrecerla espontáneamente, mediante el reconocimiento de sus errores, en lugar de exponer la vida de aquel que tiene derecho a quejarse? En el caso del ofendido, convengo en que, en algunas ocasiones, por hallarse gravemente herido, ya sea en su persona o en la de quienes más ama, no sólo está en juego el amor propio, sino que el corazón también se encuentra afligido, sufre. No obstante, además de que sea una tontería arriesgar la vida para enfrentarse a un miserable que es capaz de practicar una infamia, ¿ocurrirá que la afrenta, sea cual fuere, dejará de existir una vez muerto el ofensor? La sangre derramada, ¿no confiere más relevancia a un hecho que, en caso de que sea falso, caerá por su propio peso, y si es verdadero deberá permanecer oculto en el silencio? Sólo queda, pues, la satisfacción de la venganza saciada. ¡Ah! Triste satisfacción, que casi siempre da lugar, desde esta

vida, a acuciantes remordimientos. Y si el que sucumbe es el ofendido, ¿dónde está la reparación?

Cuando la caridad sea la regla de conducta de los hombres, estos adaptarán sus actos y sus palabras a esta máxima: "No hagáis a los otros lo que no quisierais que os hiciesen". Entonces desaparecerán todas las causas de disensiones y, con ellas, las de los duelos y las guerras, que son los duelos entre un pueblo y otro. (Francisco Javier. Burdeos, 1861.)

15. El hombre de mundo, el hombre feliz, que por una palabra hiriente o por una causa insignificante arriesga la vida que Dios le ha dado, así como la vida de su semejante, que pertenece exclusivamente a Dios, ese hombre es cien veces más culpable que el miserable que, empujado por la ambición, o a veces por la necesidad, se introduce en una casa para robar lo que codicia y para matar a aquellos que se oponen a sus designios. Este último es casi siempre un hombre sin educación, con nociones imperfectas del bien y del mal, en tanto que el duelista pertenece casi siempre a la clase más ilustrada. Uno mata brutalmente, mientras que el otro lo hace con método y elegancia, razón por la cual la sociedad lo excusa. Agregaré incluso que el duelista es infinitamente más culpable que el desdichado que, cediendo a un sentimiento de venganza, mata en un momento de exasperación. El duelista no tiene como excusa el arrebato de la pasión, porque entre el insulto y la reparación dispone siempre de tiempo para reflexionar. Obra, pues, fríamente y con un designio premeditado. Todo está calculado y estudiado para matar con más seguridad a su adversario. Es verdad que también expone su vida, y esto es lo que rehabilita el duelo ante el mundo, porque en ese caso sólo se ve en él un acto de valor y de desprecio de su propia vida.

Con todo, ¿habrá verdadero valor por parte de aquel que está seguro de sí mismo? El duelo, un resto de las épocas de barbarie, en que el derecho del más fuerte era ley, desaparecerá por obra de una más sana apreciación del verdadero pundonor, y a medida que el hombre deposite una fe más firme en la vida futura. (Agustín. Burdeos, 1861.)

16. *Nota*. Los duelos se vuelven cada día más raros, y si de vez en cuando todavía se ven algunos dolorosos ejemplos, su número no puede compararse con el de los que se producían antiguamente. En el pasado, un hombre no salía de su casa sin prevenirse para un enfrentamiento, y tomaba las precauciones necesarias. Una señal característica de las costumbres de los tiempos y de los pueblos consiste en llevar habitualmente, en forma ostensible u oculta, armas ofensivas y defensivas. La abolición de ese hábito demuestra la moderación de las costumbres, y es curioso acompañar su transición gradual desde la época en que los caballeros no cabalgaban jamás si no estaban protegidos por armaduras y lanzas, hasta que llevar una simple espada en la cintura constituía más bien un adorno y un accesorio del blasón, que un arma agresiva. Otro indicio de la moderación en las costumbres es que en otro tiempo los combates singulares tenían lugar en medio de la calle, ante la multitud, que se apartaba para dejar el campo libre a los contendientes, mientras que en la actualidad se los oculta. Hoy en día, la muerte de un hombre constituye un acontecimiento que provoca conmoción; mientras que en épocas remotas nadie reparaba en ello. El espiritismo extinguirá esos últimos vestigios de barbarie, al inculcar a los hombres el espíritu de la caridad y la fraternidad.

Capítulo XIII

# No sepa tu mano izquierda lo que da tu mano derecha

Hacer el bien sin ostentación.- Los infortunios ocultos.- La ofrenda de la viuda.- Invitar a los pobres y a los lisiados. Dar sin esperar retribución.- *Instrucciones de los Espíritus*: La caridad material y la caridad moral.- La beneficencia.- La piedad.- Los huérfanos.- Beneficios que se pagan con ingratitud.- Beneficencia exclusiva.

## Hacer el bien sin ostentación

1. *Tened cuidado de no practicar las buenas obras delante de los hombres para que estos las vean, de lo contrario no recibiréis la recompensa de vuestro Padre que está en los Cielos. Por lo tanto, cuando deis limosna, no hagáis sonar la trompeta delante de vosotros, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles para ser honrados por los hombres. En verdad os digo, que ellos ya han recibido su recompensa. Vosotros, en cambio,* cuando deis limosna, que no sepa vuestra mano izquierda lo que hace vuestra mano derecha*; para que la limosna permanezca en secreto, y vuestro Padre, que ve lo que ocurre en secreto, os recompensará*. (*San Mateo*, 6:1 a 4.)

2. *Cuando Jesús descendió del monte, lo siguió una gran multitud. En ese momento, un leproso fue a su encuentro y lo adoró, diciendo: "Señor, si quieres, puedes curarme". Jesús extendió su mano, lo tocó y le dijo: "Quiero, queda curado". Y al instante la lepra fue curada. Entonces Jesús le dijo: "*Mira, no se lo digas a nadie*; sino ve a mostrarte ante los sacerdotes, y presenta la ofrenda que prescribió Moisés, para que les sirva de testimonio"*. (*San Mateo*, 8:1 a 4.)

3. Hacer el bien sin ostentación es un gran mérito; ocultar la mano que da es más meritorio aún. Esto último constituye la señal indiscutible de una importante superioridad moral, porque para ver las cosas desde un punto de vista más elevado que el del común de las personas, es preciso hacer abstracción de la vida presente e identificarse con la vida futura. En una palabra, es necesario ubicarse por encima de la humanidad, a fin de renunciar a la satisfacción que deriva del testimonio de los hombres, y mantenerse en espera de la aprobación de Dios. Aquel que prefiere la adhesión de los hombres antes que la adhesión divina, demuestra que tiene más fe en aquellos que en Dios, y que atribuye más valor a la vida presente que a la vida futura, o incluso que no cree en la vida futura. Aunque manifieste lo contrario, procede como si no estuviera convencido de lo que dice.

¡Cuántos hay que sólo dan con la expectativa de que quien recibe proclame por todas partes el beneficio que ha recibido! ¡Cuántos hay que públicamente donarían grandes sumas, pero que a escondidas no darían ni una sola moneda! Por ese motivo Jesús expresó: "Quienes hacen el bien con ostentación ya han recibido su recompensa". En efecto, aquel que busca ser alabado en la Tierra por el bien que practica, ya se pagó a

sí mismo. Dios no le debe nada más. Sólo le queda recibir una sanción por su orgullo.

*Que la mano izquierda no sepa lo que da la mano derecha* es una imagen que caracteriza admirablemente la beneficencia hecha con modestia. Con todo, si bien existe la modestia verdadera, también existe la falsa modestia, el simulacro de la modestia. Hay personas que ocultan la mano que da, pero que tienen el cuidado de dejar una parte a la vista, y miran alrededor suyo para verificar si alguien los ha visto ocultarla. ¡Es una indigna parodia de las máximas de Cristo! Si los benefactores orgullosos son despreciados entre los hombres, ¡qué no sucederá delante de Dios! También ellos ya han recibido su recompensa en la Tierra. Los han visto, y están satisfechos por ello. Eso es todo lo que tendrán.

¿Cuál será, entonces, la recompensa de aquel que hace pesar sus beneficios sobre quien los recibe, que en cierto modo lo obliga a dar muestras de reconocimiento, que le hace notar su posición al realzar el precio de los sacrificios que se impone para beneficiarlo? ¡Oh! Para ese ni siquiera existe una recompensa terrenal, porque se ve privado de la tierna satisfacción de oír que bendicen su nombre, y ese es el primer castigo para su orgullo. Las lágrimas que enjuga por vanidad, en vez de ascender hacia el Cielo, caen sobre el corazón del afligido y le provocan una llaga. El bien que practicó no le produce provecho alguno, pues se lamenta de haberlo realizado. En esas condiciones, el beneficio es como una moneda falsa: no tiene valor.

La beneficencia practicada sin ostentación es doblemente meritoria. Además de ser caridad material, es caridad moral, pues protege la susceptibilidad del beneficiado, le hace aceptar el beneficio sin afectar a su amor propio, y salvaguarda su dignidad humana, ya que aceptar un servicio es muy distinto

que recibir una limosna. Ahora bien, quien convierte el servicio en limosna, por la manera en que lo presta, humilla a quien lo recibe, y siempre hay orgullo y maldad cuando se hace objeto de humillación a un semejante. La verdadera caridad, por el contrario, es delicada, y se las ingenia para disimular el beneficio y evitar incluso las simples apariencias que pudieran causar alguna molestia, dado que las dificultades morales aumentan el sufrimiento generado por la necesidad. La verdadera caridad sabe encontrar palabras tiernas y afectuosas que predisponen favorablemente al beneficiado en relación con el benefactor, mientras que la caridad orgullosa lo abruma. La auténtica generosidad llega a lo sublime cuando el benefactor invierte los roles y encuentra medios para presentarse como beneficiado ante aquel a quien presta su servicio. Ese es el significado de las palabras: "No sepa la mano izquierda lo que da la derecha".

## Los infortunios ocultos

4. En medio de las grandes calamidades, la caridad se conmueve, y es posible observar generosos impulsos destinados a reparar los desastres. No obstante, a la par de esos desastres generales, existen miles de desastres individuales que pasan desapercibidos, tales como los de las personas que yacen postradas en un camastro, sin quejarse. Esos infortunios discretos y ocultos son los que la verdadera generosidad sabe descubrir, sin esperar que le reclamen su atención.

¿Quién es esa mujer de aspecto distinguido, ataviada con sencillez aunque con esmero, que se hace acompañar por una jovencita vestida también modestamente? Entra en una vivienda de sórdida apariencia, en la que sin duda la conocen,

pues cuando ingresa la saludan con respeto. ¿A dónde se dirige? Sube hasta el desván, donde yace una madre de familia, rodeada de niños pequeños. Su llegada hace brillar la alegría en aquellos rostros demacrados. Es porque fue a aliviar todos sus dolores. Lleva lo que necesitan, sazonado con palabras tiernas y consoladoras, que hacen que sus protegidos, que no son profesionales de la mendicidad, acepten el beneficio sin sonrojarse. El padre está en el hospital, y en tanto aquel permanece allí, la madre no consigue abastecer sus necesidades. Gracias a esa buena mujer, aquellos pobres niños ya no sentirán frío ni hambre, concurrirán a la escuela con abrigo y, para los más pequeños, el seno que los amamanta no habrá de secarse. Si alguno de ellos se enferma, no le faltarán los cuidados materiales que pudiera necesitar. De ahí, la benefactora se dirige al hospital, para llevar al padre algunos dulces, y tranquilizarlo sobre el estado de la familia. En la esquina la espera un carruaje, un verdadero almacén con todo lo que destina a sus protegidos, que reciben sucesivamente su visita. No les pregunta cuál es la creencia que profesan, ni cuáles son sus puntos de vista, pues para ella todos los hombres son hermanos e hijos de Dios. Concluido el recorrido, se dice a sí misma: "Comencé bien mi día". ¿Cuál es su nombre? ¿Dónde vive? Nadie lo sabe. Para los desdichados es un nombre que nada sugiere. No obstante, es el ángel de la consolación. Por la noche, un concierto de bendiciones en su favor se eleva hacia el Creador: católicos, judíos, protestantes, todos la bendicen.

¿Por qué usa ese traje tan sencillo? Para no ofender a la miseria con su lujo. ¿Por qué se hace acompañar de su joven hija? Para enseñarle cómo se debe practicar la beneficencia. También su hija quiere hacer la caridad, pero ella le dice: "¿Qué

puedes dar, hija mía, si no tienes nada que te pertenezca? Si yo pusiera alguna cosa en tus manos para que la des a otros, ¿cuál será tu mérito? En realidad, seré yo quien haga la caridad. ¿Qué merecimiento tendrías por eso? No es lo justo. Cuando visitamos a los enfermos tú me ayudas a atenderlos. Ahora bien, dispensar cuidados ya es dar algo. ¿Consideras que no es suficiente? Nada hay más sencillo: aprende a realizar tareas manuales, y confeccionarás prendas de vestir para esos niños. De esa manera darás algo que provendrá de ti misma". Así, aquella madre auténticamente cristiana forma a su hija en la práctica de las virtudes que Cristo enseñó. ¿Es espírita? ¡Qué importancia tiene eso!

En su ambiente, es una mujer mundana, porque su posición lo requiere. No obstante, allí ignoran lo que hace, porque ella no busca otra aprobación que no sea la de Dios y la de su propia conciencia. En cierta ocasión, una circunstancia fortuita conduce a su casa a una de sus protegidas, que vendía manualidades. Cuando esta la ve, reconoce a su benefactora, y la señora le ordena: "¡Guarda silencio! *No se lo digas a nadie*". Del mismo modo se expresaba Jesús.

## La ofrenda de la viuda

5. *Estaba Jesús sentado delante del arca de las ofrendas, y observaba cómo el pueblo echaba allí su dinero, cuando notó que muchas personas acaudaladas lo depositaban en abundancia. En eso llegó también una viuda pobre, que echó apenas dos pequeñas monedas, que valían diez centavos cada una. Entonces, Jesús llamó a sus discípulos y les dijo: "En verdad os digo, que esta viuda pobre ha dado mucho más que todos los*

*que pusieron previamente sus dádivas en el arca. Porque todos los demás dieron de lo que les sobra, mientras que ella dio de lo que le es necesario, incluso dio todo lo que tenía, todo lo que le quedaba para vivir"*. (*San Marcos*, 12:41 a 44; *San Lucas*, 21:1 a 4.)

6. Muchos se lamentan de que no pueden hacer todo el bien que quisieran, porque carecen de recursos suficientes, y si desean poseer riquezas, alegan que es para hacer un buen uso de ellas. La intención es loable y, sin duda, puede llegar a ser sincera en algunas personas. No obstante, ¿será absolutamente desinteresada en todos los casos? ¿No habrá quienes, animados por el deseo de hacer el bien a sus semejantes, prefieran comenzar por hacerlo a sí mismos, proporcionarse algunas otras satisfacciones, disfrutar algo de lo superfluo que por el momento no tienen, y destinar el resto a los pobres? Esta segunda intención, que tal vez no conozcan, pero que hallarían en el fondo de sus corazones si lo auscultaran minuciosamente, anula el mérito de la intención, porque la auténtica caridad piensa en los otros antes de pensar en sí misma. Lo sublime de la caridad, en ese caso, consistiría en que el hombre buscase mediante su propio trabajo, mediante el empleo de sus fuerzas, de su inteligencia y de su talento, la obtención de los recursos que le faltan para llevar a cabo sus generosas intenciones. En eso consistiría el sacrificio más grato al Señor. Lamentablemente, la mayoría sueña con los medios más fáciles para enriquecerse, con rapidez y sin esfuerzo, de modo que corre detrás de quimeras tales como el descubrimiento de tesoros, de alguna oportunidad circunstancial favorable, de recibir una herencia inesperada, etc. ¿Qué se puede decir de aquellos que esperan encon-

trar, en los Espíritus, a los auxiliares que los secunden en investigaciones de esa naturaleza? Por cierto, no conocen ni comprenden el objetivo sagrado del espiritismo, y menos aún la misión de los Espíritus, que cuentan con el permiso de Dios para comunicarse con los hombres. Las decepciones constituyen, pues, su castigo. (Véase *El libro de los médiums*, §§ 294 y 295.)

Aquellos cuyas intenciones están exentas de todo interés personal deben consolarse ante la imposibilidad en que se encuentran de hacer todo el bien que quisieran, y tener presente que el óbolo del pobre, que al dar se priva de lo necesario, pesa más en la balanza de Dios que el oro del rico, que da sin privarse de nada. Grande sería la satisfacción, sin duda, si pudiéramos socorrer en gran escala a la indigencia; pero si esa satisfacción nos es negada, debemos resignarnos y limitarnos a hacer lo que está a nuestro alcance. Por otra parte, ¿acaso las lágrimas sólo se enjugan con oro? ¿Debemos permanecer inactivos cuando no disponemos de dinero? No, pues quien se propone con sinceridad ser útil a sus hermanos, habrá de encontrar mil ocasiones para ello. Si las busca, las encontrará. Si no lo logra de un modo, lo hará de otro, porque no hay nadie a quien, en pleno goce de sus facultades, le resulte imposible prestar algún servicio, brindar un consuelo, aliviar un padecimiento, sea físico o moral, realizar un esfuerzo en bien del prójimo. A falta de dinero, ¿no cuenta acaso con su trabajo, con su tiempo, incluso con su descanso, de los que puede dar una parte? También en eso consiste el óbolo del pobre, la ofrenda de la viuda.

## Invitar a los pobres y a los lisiados. Dar sin esperar retribución

7. *Dijo también al que lo había invitado: "Cuando ofrezcas una comida o una cena, no convides a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a tus vecinos ricos, no sea que ellos te inviten a su vez, y así retribuyan lo que recibieron de ti. En cambio, cuando ofrezcas un banquete, convida a los pobres, a los lisiados, a los cojos y a los ciegos. Y serás dichoso, porque ellos no disponen de medios para retribuirte, pues eso te será retribuido en la resurrección de los justos".*

*Uno de los que se encontraban sentados a la mesa, al escuchar esas palabras, le dijo: "¡Dichoso el que coma pan en el reino de Dios!"* (*San Lucas*, 14:12 a 15.)

8. "Cuando ofrezcas un banquete –dijo Jesús– no convides a tus amigos, sino a los pobres y a los lisiados." Estas palabras, absurdas en caso de que se las tomara al pie de la letra, resultan sublimes cuando indagamos su sentido. No es posible que Jesús haya querido decir que, en lugar de a los amigos, debemos reunir alrededor de nuestra mesa a los mendigos de la calle. Su lenguaje era muy a menudo figurado y, para los hombres incapaces de captar los delicados matices del pensamiento, necesitaba recurrir a imágenes fuertes, que produjeran el efecto de un color intenso. El fondo de ese pensamiento se revela en estas palabras: "Y serás dichoso, porque ellos no disponen de medios para retribuirte", lo cual quiere decir que no debemos hacer el bien teniendo en cuenta una retribución, sino tan sólo por el placer de practicarlo. A fin de ofrecer una comparación que impresionara, dijo: "Invita a los pobres a tus banquetes, pues sabes que ellos no te pueden

retribuir". Por *banquetes* debe entenderse, no los alimentos propiamente dichos, sino la participación en la abundancia de la que disfrutáis.

Sin embargo, aquellas palabras también pueden ser aplicadas en un sentido más literal. ¡Cuántos hay que sólo comparten su mesa con los que, como ellos mismos dicen, están en condiciones de honrarla o de invitarlos a su vez! Otros, por el contrario, hallan satisfacción en recibir a aquellos de sus parientes y amigos que son menos afortunados. Ahora bien, ¿quién no los tiene entre los suyos? De ese modo, les hacen un gran servicio sin que lo noten. Sin necesidad de ir a convocar a los ciegos y a los lisiados, ponen en práctica la máxima de Jesús, toda vez que lo hagan con benevolencia, sin ostentación, y si saben disimular el beneficio mediante una sincera cordialidad.

## INSTRUCCIONES DE LOS ESPÍRITUS

### La caridad material y la caridad moral

9. "Amémonos los unos a los otros y hagamos a los demás lo que nos gustaría que ellos nos hicieran." Toda la religión y toda la moral se hallan contenidas en esos dos preceptos. Si en la Tierra fueran observados, todos vosotros seríais perfectos: ya no habría odios ni resentimientos. Agregaré además: ya no habría pobreza, porque de lo superfluo de la mesa de cada rico se alimentarían muchos pobres, y ya no veríais, en los lóbregos barrios donde viví durante mi última encarnación, esas pobres mujeres que arrastran consigo a niños hambrientos a los que les falta todo.

¡Ricos! Reflexionad un poco acerca de eso. Ayudad a los desdichados lo mejor que podáis. Dad, para que Dios os retribuya un día el bien que hayáis hecho; para que encontréis, al salir de vuestra envoltura terrenal, un cortejo de Espíritus agradecidos, que os recibirán en el umbral de un mundo más dichoso.

¡Si supierais la alegría que experimenté al reencontrar en el Más Allá a aquellos a los que había prestado servicio durante mi última vida…!

Así pues, amad a vuestro prójimo. Amadlo como a vosotros mismos, pues ahora sabéis que ese menesteroso al que rechazáis, es tal vez un hermano, un padre, un amigo, al que expulsáis lejos de vosotros. En ese caso, ¡cuánta será vuestra desesperación al reconocerlo en el mundo de los Espíritus!

Deseo que comprendáis debidamente en qué consiste la *caridad moral*, esa que todos pueden poner en práctica, esa que *no cuesta nada* desde el punto de vista material y que, sin embargo, es la más difícil de aplicar.

La caridad moral consiste en ejercer la tolerancia mutua, y es lo que menos hacéis en ese mundo inferior donde por el momento estáis encarnados. Creedme, existe un gran mérito en hacer silencio para dejar que hable otro más ignorante que vosotros. Ese es también un tipo de caridad. Saber hacer oídos sordos a una palabra burlona que se escapa de una boca habituada a denigrar. No ver la sonrisa desdeñosa con que os reciben esas personas que, muchas veces equivocadamente, se consideran superiores a vosotros, mientras que, en la vida espiritual, la *única verdadera*, están a veces muy por debajo. Ese es un merecimiento, no desde el punto de vista de la humildad, sino desde el de la caridad, porque no prestar atención a las equivocaciones de los demás es caridad moral.

Con todo, esa caridad no debe ser un impedimento para la otra. Cuidaos, sobre todo, de no despreciar a vuestro semejante. Tened presente siempre lo que os he dicho: cuando rechazáis a un pobre, es probable que estéis rechazando a un Espíritu al que habéis querido, y que de modo circunstancial se halla en una posición inferior a la vuestra. De hecho, yo he vuelto a ver aquí a uno de los que fue pobre en la Tierra, a quien felizmente auxilié en algunas ocasiones, y al cual por mi parte *ahora imploro asistencia*.

Recordad que Jesús dijo que todos somos hermanos, y pensad siempre en eso antes de rechazar al leproso o al mendigo. Adiós. Tened presentes a los que sufren, y orad. (Hermana Rosalía. París, 1860.)

10. Amigos míos, he escuchado que muchos de vosotros os preguntáis: "¿Cómo voy a hacer la caridad, si en muchas ocasiones ni siquiera cuento con lo imprescindible?"

La caridad, amigos míos, se hace de muchas maneras. Podéis realizarla mediante los pensamientos, las palabras y las acciones. Mediante los pensamientos, con la oración a favor de los pobres desprotegidos, que han muerto sin haber visto la luz. Una plegaria hecha de corazón los alivia. Mediante las palabras, con los buenos consejos que dais a vuestros compañeros de todos los días. Decid a los hombres a quienes la desesperación y las privaciones les han agriado el carácter, y que blasfeman del nombre del Altísimo: "Yo era como vosotros. Sufría, era desdichado, pero creí en el espiritismo y, miradme, ahora soy feliz". A los ancianos que os manifiesten: "Es inútil, llegué al final de mi jornada; moriré como he vivido", recomendadles: "Para la justicia de Dios todos somos iguales; pensad en los trabajadores de la última hora". A los niños,

pervertidos por las malas compañías, que andan por las calles predispuestos a sucumbir ante las tentaciones, advertidles: "Dios os mira, queridos pequeños", y no temáis repetirles con frecuencia esas tiernas palabras, que acabarán por germinar en sus jóvenes inteligencias. Así, en vez de niños vagabundos, haréis de ellos hombres. Eso también es caridad.

Muchos de vosotros alegan también: "¡Bah! En la Tierra somos tantos que Dios no puede vernos a todos". Escuchad bien esto, amigos míos: Cuando os halláis en la cumbre de una montaña, ¿no abarca acaso vuestra mirada los millares de granos de arena que la cubren? Pues bien, Dios os ve del mismo modo. Él os permite emplear vuestro libre albedrío, de la misma manera que vosotros dejáis que esos granos de arena se muevan arrastrados por el viento que los dispersa. Con la diferencia de que Dios, en su infinita misericordia, ha depositado en el fondo de vuestro corazón un centinela alerta, que se denomina *conciencia*. Escuchadla, os dará únicamente buenos consejos. En aquellas ocasiones en que conseguís debilitarla, porque le oponéis una intención maligna, ella permanece en silencio. No obstante, tened la convicción de que esa pobre, que fue acallada con desprecio, se hará oír tan pronto como la dejéis percibir un vestigio de remordimiento. Escuchadla, interrogadla, y con frecuencia hallaréis consuelo en el consejo que de ella recibiréis.

Amigos míos, a cada nuevo regimiento el general entrega un estandarte. Yo os doy como divisa esta máxima de Cristo: "Amaos los unos a los otros". Poned en práctica esa máxima, congregaos todos en torno a esa bandera, y alcanzaréis la felicidad y el consuelo. (Un espíritu protector. Lyón, 1860.)

## La beneficencia

11. La beneficencia, amigos míos, os dará en ese mundo los más puros y sutiles goces, los goces del corazón, que no son perturbados por el remordimiento ni por la indiferencia. ¡Oh! ¡Si pudierais comprender cuánto de grande y placentero encierra la generosidad de las almas bellas, ese sentimiento que hace que miréis a los demás del mismo modo que os miráis a vosotros mismos, para quitaros con júbilo el abrigo y dárselo a vuestro hermano! ¡Podríais tener, amigos míos, como única y grata ocupación, la de hacer felices a los demás! ¡Qué fiestas mundanas podríais comparar con esos alegres festejos en los que, como representantes de la Divinidad, sois portadores de felicidad para esas humildes familias, que de la vida apenas conocen las vicisitudes y las amarguras! Festejos en los que veis semblantes mortificados que de pronto irradian esperanza, porque, como no tenían pan, esos desdichados escuchaban a sus hijitos que, ignorantes de que vivir es sufrir, gritaban insistentemente, en medio del llanto, estas palabras que se clavaban en los corazones maternos como un agudo puñal: "¡Tengo hambre…!" ¡Oh! ¡Comprended qué placenteras son las impresiones de aquel que ve renacer la alegría donde hasta unos momentos antes sólo había desesperación! ¡Comprended cuáles son las obligaciones que tenéis para con vuestros hermanos! ¡Id, id al encuentro del infortunio! ¡Id sobre todo a socorrer las miserias ocultas, que son las más dolorosas! Id, mis bienamados, y recordad estas palabras del Salvador: "¡Cuando vestís a uno de estos pequeñitos, tened presente que es a mí a quien vestís!"

¡Caridad! Palabra sublime que resume todas las virtudes. Tú conducirás a los pueblos hacia la felicidad. Al practicar-

te, crearán para ellos mismos infinitos goces en el futuro, y mientras se hallen exiliados en la Tierra, tú serás su consuelo, tú serás el goce anticipado de las alegrías que disfrutarán más tarde, cuando se encuentren reunidos en el seno del Dios de amor. Fuiste tú, virtud divina, la que me proporcionaste los únicos momentos de felicidad que tuve en la Tierra. Crean, mis hermanos encarnados, en la voz de este amigo que les dice: En la caridad debéis buscar la paz del corazón, el contento del alma, el remedio para las aflicciones de la vida. ¡Oh! ¡Cuando estéis a punto de acusar a Dios, dirigid una mirada por debajo de vosotros! ¡Observad cuántas miserias esperan alivio, cuántos pobres niños sin familia, cuántos ancianos sin una mano amiga que los ampare y les cierre los ojos cuando la muerte los reclame! ¡Cuánto bien por hacer! ¡Oh! No os quejéis. Por el contrario, agradeced a Dios y prodigad en abundancia vuestra simpatía, vuestro amor, vuestro dinero a todos los que, desheredados de los bienes de ese mundo, languidecen en el dolor y el aislamiento. Cosecharéis en la Tierra muy tiernas alegrías, y más tarde… ¡sólo Dios lo sabe…! (Adolfo, obispo de Argel. Burdeos, 1861.)

12. Sed buenos y caritativos, porque esa es la llave de los Cielos, llave que está en vuestras manos. La felicidad eterna se encuentra contenida en este precepto: "Amaos los unos a los otros". El alma no puede elevarse en las regiones espirituales si no es a través de su consagración al prójimo, y sólo encuentra dicha y consuelo en los impulsos de la caridad. Sed buenos, amparad a vuestros hermanos, dejad a un lado la horrible llaga del egoísmo. Si cumplís con ese deber se os abrirá el camino de la felicidad eterna. Por otra parte, ¿quién de vosotros no ha sentido que su corazón late de júbilo, de íntima alegría,

ante la narración de un hecho de generosa entrega, de una obra realmente caritativa? Si solamente buscarais el placer que una buena acción proporciona, permaneceríais siempre en el camino del progreso espiritual. No os faltan los ejemplos; la buena voluntad es la que escasea. Considerad la infinidad de hombres de bien cuya veneración registra la historia.

¿No os dijo Cristo todo lo relativo a las virtudes de la caridad y el amor? ¿Por qué dejar a un lado sus divinas enseñanzas? ¿Por qué cerrar los oídos a sus sublimes palabras, y el corazón a sus dulces máximas? Quisiera que los hombres dispensaran más interés, más fe, a las lecturas evangélicas. No obstante, desprecian ese libro, pues lo consideran un depósito de palabras vanas, una carta cerrada. Dejan en el olvido ese código admirable. Vuestros males provienen, de hecho, del abandono voluntario al que relegáis ese compendio de las leyes divinas. Así pues, leed esas páginas que irradian la abnegación de Jesús, y meditad acerca de ellas.

Hombres fuertes, ceñid vuestras armas. Hombres débiles, convertid en armas la benevolencia y la fe que os caracterizan. Sed más persuasivos, tened más constancia en la propagación de vuestra nueva doctrina. Sólo acudimos a vosotros para daros valor. Sólo para estimular vuestra vigilancia y vuestras virtudes es que Dios permite que nos manifestemos. No obstante, si lo quisierais, os bastaría la ayuda de Dios y la de vuestra propia voluntad, pues las manifestaciones espíritas solamente están destinadas a los que tienen los ojos cerrados y el corazón rebelde.

La caridad es la virtud fundamental que debe sustentar el edificio de las virtudes terrenales. Sin ella, las demás no existen. Si falta la caridad no existe la esperanza de un destino mejor, no hay interés moral que nos guíe. Si falta la caridad

no existe la fe, porque la fe no es más que un rayo de gran pureza que confiere brillo al alma caritativa.

La caridad es, en todos los mundos, el ancla eterna de la salvación; es la más pura emanación del Creador; es su propia virtud, que Él ha legado a la criatura. ¿Cómo despreciar esa suprema bondad? ¿Qué corazón compenetrado con ella sería tan perverso para reprimir y expulsar ese sentimiento absolutamente divino? ¿Qué hijo sería tan maligno para revelarse contra esa tierna caricia, la caridad?

No pretendo hablar de lo que hice, porque los Espíritus también tenemos pudor por nuestras obras. Con todo, considero a la que comencé como una de las que más habrán de contribuir al alivio de vuestros semejantes. Veo a menudo que los Espíritus solicitan que se les conceda la misión de continuar mi tarea. Veo a mis bondadosas y queridas hermanas, en su piadoso y divino ministerio. Las veo mientras practican la virtud que os recomiendo, con toda la alegría propia de esa existencia de dedicación y sacrificios. Para mí constituye una inmensa felicidad observar cómo esa obra les ennoblece el carácter, y cuánto aprecian y resguardan la misión que desempeñan con ternura. Hombres de bien, de buena y firme voluntad, uníos para continuar ampliamente la obra de propagación de la caridad. Hallaréis la recompensa de esa virtud en su propia práctica. No hay alegría espiritual que la caridad no proporcione desde la vida presente. Sed unidos. Amaos los unos a los otros, según los preceptos de Cristo. Así sea. (San Vicente de Paúl. París, 1858.)

13. Me llamo Caridad. Soy el camino principal que conduce a Dios. Acompañadme, pues soy la meta hacia la cual debéis dirigiros.

Realicé esta mañana mi paseo habitual y, con el corazón dolorido, vengo a deciros: ¡Oh, amigos míos, cuántas miserias, cuántas lágrimas, y cuánto debéis hacer para enjugarlas a todas! En vano intenté consolar a algunas pobres madres, diciéndoles al oído: ¡Valor! ¡Hay corazones bondadosos que velan por vosotras! ¡No os abandonarán! ¡Paciencia! ¡Dios existe y vosotras sois sus amadas, sus elegidas! Ellas parecían escucharme y volvían hacia mí sus grandes ojos extraviados. Yo leía en esos pobres rostros que sus cuerpos, esos tiranos del Espíritu, estaban hambrientos, y que si mis palabras aportaban alguna calma a sus corazones, no llenaban sus estómagos. Y volvía a repetirles: ¡Valor! ¡Valor! Entonces, una pobre madre, muy joven todavía, que amamantaba a una criatura, la tomó en sus brazos y la alzó en el vacío, como si me rogara que protegiese a ese desdichado y pequeño ser que sólo encontraba en aquel seno estéril una alimentación insuficiente.

En otros lugares, amigos míos, he visto a pobres ancianos sin trabajo y casi sin refugio, víctimas de todos los padecimientos propios de la escasez, que avergonzados de su miseria, no se atrevían, porque nunca habían mendigado, a implorar la piedad de los transeúntes. Con el corazón inundado de compasión, yo, que nada tengo, me convertí en mendiga para ellos, y voy por todas partes estimulando la beneficencia, para inspirar pensamientos nobles a los corazones generosos y compasivos. Por eso acudo a vosotros, amigos míos, y os digo: Muy cerca hay desdichados en cuyas cestas falta el pan; en sus fogones no hay fuego, ni cobertores en sus lechos. No os digo qué debéis hacer; dejo la iniciativa a vuestros generosos corazones. Si yo os indicara una línea de conducta, no habría mérito alguno en vuestra buena acción. Sólo os digo: Soy la caridad, y os tiendo las manos a favor de vuestros hermanos que sufren.

Con todo, si pido también doy, y doy en abundancia. ¡Os invito a un gran banquete, y les ofrezco el árbol donde todos os saciaréis! ¡Observad qué hermoso es, cómo está rebosante de flores y de frutos! Id, id, recoged, tomad todos los frutos de ese hermoso árbol que se llama beneficencia. En el lugar de las ramas que habréis de quitarle, pondré las buenas acciones que vais a practicar, y llevaré el árbol ante Dios, que lo cargará nuevamente, puesto que la beneficencia es inagotable. Acompañadme, entonces, amigos míos, a fin de que pueda contaros entre los que se alistan bajo mi bandera. No temáis. Os conduciré por el camino de la salvación, porque soy la *Caridad*. (Cárita, *martirizada en Roma*. Lyón, 1861.)

14. Hay diversas maneras de hacer la caridad, a la que muchos de vosotros confunden con la limosna. No obstante, existe una gran diferencia entre una y otra. La limosna, amigos míos, algunas veces es útil, porque alivia a los pobres; pero casi siempre resulta humillante, tanto para quien la da como para quien la recibe. La caridad, por el contrario, vincula al benefactor con el beneficiado, y además ¡se disimula de mil maneras! Se puede ser caritativo incluso con los parientes y los amigos, si sois indulgentes los unos para con los otros, y os perdonáis recíprocamente las debilidades, cuidando de no herir el amor propio de nadie. Vosotros, espíritas, podéis ser caritativos en vuestra manera de proceder para con los que no piensan como vosotros, induciendo a los menos ilustrados a creer, aunque sin chocar, sin contradecir abierta y violentamente sus convicciones, sino atrayéndolos con discreción a nuestras reuniones, donde podrán escucharnos y donde sabremos descubrir la brecha en su corazón, a fin de que nosotros penetremos en él. Ese es uno de los aspectos de la caridad.

Escuchad ahora en qué consiste la caridad para con los pobres, esos desheredados de la Tierra, pero que son recompensados por Dios si saben aceptar su miseria sin lamentarse, lo que de vosotros depende. Voy a hacerme entender mediante un ejemplo.

Concurro varias veces a la semana a una reunión de señoras de todas las edades. Para nosotros, como lo sabéis, todas son hermanas. ¿Qué hacen? Trabajan con prisa, con mucha prisa. Sus dedos son ágiles. Además, observad la alegría en sus rostros y cómo laten al unísono sus corazones. Pero ¿con qué fin trabajan? Ven que se aproxima el invierno, que será crudo para los hogares humildes. Las *hormigas* no han conseguido reunir durante el verano las provisiones necesarias, y la mayor parte de sus bienes han sido empeñados. ¡Las pobres madres se inquietan y lloran al pensar en sus pequeños hijos que, durante la estación invernal, padecerán frío y hambre! ¡Tened paciencia, mujeres indigentes! Dios ha inspirado a otras más afortunadas que vosotras. Ellas se reunieron y están confeccionando algunas prendas infantiles. Después, alguno de estos días, cuando el suelo esté cubierto de nieve y vosotras os quejéis, diciendo: "Dios no es justo" –pues esas son vuestras palabras habituales cuando sufrís–, veréis aparecer al hijo de alguna de esas bondadosas trabajadoras, que se han transformado en obreras de los menesterosos. En efecto, ellas trabajan para vosotras. Así, vuestras quejas se convertirán en bendiciones, porque dentro del corazón del desdichado, el amor y el odio van a la par.

Como esas trabajadoras necesitan aliento, los mensajes de los Espíritus buenos les llegan de todos lados. Los hombres que forman parte de esa sociedad también les brindan su aporte, mediante alguna de esas lecturas que tanto agradan. Y

nosotros, a fin de recompensar el empeño de todos y de cada uno en particular, prometemos a las laboriosas obreras una abundante clientela que les pagará al contado, en bendiciones, que son la única moneda que circula en el Cielo, garantizándoles además, sin temor a equivocarnos, que esa moneda no les faltará. (Cárita. Lyón, 1861.)

15. Mis queridos amigos, todos los días escucho que algunos de vosotros decís: "Soy pobre, no puedo hacer la caridad", y todos los días veo también que os falta la indulgencia para con vuestros semejantes. No les perdonáis nada, y os erigís en jueces, a menudo severos, sin preguntaros si estaríais satisfechos en el caso de que ellos procedieran del mismo modo en relación con vosotros. ¿Acaso la indulgencia no es también caridad? Vosotros, que sólo podéis hacer la caridad mediante la práctica de la indulgencia, hacedla al menos, pero hacedla con desprendimiento. En lo que respecta a la caridad material, voy a narraros una historia del otro mundo.

Dos hombres acababan de morir. Dios había dicho: "Mientras esos hombres vivan, se colocarán en bolsas diferentes las buenas acciones de cada uno, y serán pesadas en el momento de su muerte". Cuando ambos llegaron al momento postrero, Dios ordenó que le trajeran las dos bolsas. Una de ellas, voluminosa, estaba repleta y permitía escuchar el tintineo del metal con que había sido llenada. La otra era muy pequeña, y estaba casi vacía, al punto que se podían contar las pocas monedas que contenía. Cada uno de los hombres reconoció su bolsa: "Esta es la mía –manifestó uno de ellos–, la reconozco, fui rico y di en abundancia." "Esta es la mía –dijo el otro–, siempre fui pobre, ¡qué pena! tenía poco para compartir." Pero ¡oh sorpresa!, cuando se pusieron las dos bolsas en la

balanza, la más voluminosa se volvió liviana, y la más pequeña resultó de mayor peso, a tal punto que hizo descender considerablemente el platillo de la balanza. Dios dijo entonces al rico: "Diste mucho, es cierto, pero diste por ostentación, para que tu nombre figurase en los templos del orgullo. Además, al dar no te privaste de nada. Ve hacia la izquierda, y quédate satisfecho de que tu limosna sea tenida en cuenta para algo". A continuación, Dios dijo al pobre: "Tú has dado poco, amigo mío. Sin embargo, cada una de las monedas que hay en esta balanza representa una privación para ti. No diste limosna, y aun así practicaste la caridad y, lo que vale más aún, hiciste la caridad con naturalidad, sin proponerte que fuera tomada en cuenta. Fuiste indulgente; no abriste juicio sobre tu semejante. Por el contrario, disculpaste todas sus acciones. Así pues, pasa a la derecha y ve a recibir tu recompensa". (Un espíritu protector. Lyón, 1861.)

16. La mujer rica, feliz, que no precisa ocupar su tiempo en los trabajos de la casa, ¿no podría consagrar algunas horas a trabajos útiles para sus semejantes? Que compre, con lo que le sobra de sus placeres, algo con qué cubrir al desdichado que tirita de frío. Que confeccione, con sus delicadas manos, prendas toscas pero abrigadas. Que ayude a la madre a cubrir al hijo que va a nacer. Si bien su propio hijo se quedará con algunos encajes de menos, el vástago de la pobre tendrá con qué entrar en calor. Trabajar para los pobres es trabajar en la viña del Señor.

Y tú, pobre obrera, que no dispones de lo superfluo pero que, en el amor que sientes por tus hermanos, también quieres dar algo de lo poco que posees, da algunas horas de tu jornada, de tu tiempo, que representa tu único tesoro. Haz

algunos de esos trabajos delicados que tientan a los felices del mundo. Vende el producto de tus vigilias, y también estarás en condiciones de ofrecer a tus hermanos tu cuota de alivio. Tal vez tengas algunas prendas menos, pero le darás zapatos al que anda descalzo.

Y vosotras, mujeres devotas de Dios, trabajad también en su obra. Con todo, que vuestros trabajos delicados y costosos no sólo sean destinados a adornar vuestras capillas, para llamar la atención sobre vuestra habilidad y vuestra paciencia. Trabajad, hijas mías, y que el producto de vuestras labores sea consagrado al alivio de vuestros hermanos en Dios. Los pobres son sus hijos bienamados. Trabajar para ellos es glorificar al Señor. Sed para los pobres la Providencia, que dice: "Dios da alimento a las aves del Cielo". Que el oro y la plata que vuestras manos tejen, se transformen en ropas y alimentos para los que no los tienen. Haced eso, y vuestro trabajo será bendecido.

Todos vosotros, que estáis en condiciones de producir y de dar, hacedlo. Dad de vuestra capacidad intelectual, dad de vuestra inspiración, dad de vuestro corazón, que Dios os bendecirá. Poetas, literatos, que no sois leídos más que por las personas mundanas, dad satisfacción a su ocio, pero que el beneficio de alguna de vuestras obras sea consagrado al alivio de los desdichados. Pintores, escultores, artistas de todos los géneros, vaya también vuestra inteligencia en auxilio de vuestros hermanos; no por eso será menor vuestra fama, y habrá algunos padecimientos menos.

Todos podéis dar. Cualquiera que sea la clase a la que pertenezcáis, tenéis alguna cosa que podéis compartir. Sea lo que fuere que Dios os haya concedido, debéis una parte de lo que os dio a aquel a quien le falta lo necesario, porque si estuvie-

rais en su lugar, mucho os gustaría que alguien compartiera con vosotros. Vuestros tesoros en el mundo serán algo más reducidos, pero vuestros tesoros en el Cielo serán más abundantes. Allí recibiréis el céntuplo de los beneficios que hayáis sembrado en la Tierra. (Juan. Burdeos, 1861.)

## La piedad

17. La piedad es la virtud que más os aproxima a los ángeles. Hermana de la caridad, os conduce hacia Dios. ¡Ah! Dejad que vuestro corazón se enternezca ante el espectáculo de las miserias y los padecimientos de vuestros semejantes. Vuestras lágrimas son un bálsamo que derramáis en sus heridas, y cuando a través de una dulce simpatía llegáis a infundirles la esperanza y la resignación, ¡cuánto encanto experimentáis! Es verdad que ese encanto conlleva cierta amargura, porque nace junto a la desgracia. No obstante, así como no posee la acrimonia de los goces mundanos, tampoco es portador de las pungentes decepciones del vacío que esos goces dejan en pos de sí. Es un encanto cuya delicadeza penetrante regocija el alma. La piedad… Cuando se siente intensamente, la piedad es amor. El amor es devoción. La devoción es el olvido de uno mismo; y ese olvido, esa abnegación en favor de los que sufren, es la virtud por excelencia, la que el divino Mesías practicó durante toda su vida, la que predicó en su doctrina sagrada y sublime. Cuando esa doctrina sea restablecida en su primitiva pureza, cuando sea aceptada por todos los pueblos, llevará la felicidad a la Tierra, y hará que reinen en ella la concordia, la paz y el amor.

El sentimiento más apropiado para haceros progresar, aquel mediante el cual dominái en vosotros el egoísmo y el orgullo, aquel que predispone vuestra alma a la humildad, a la beneficencia y al amor al prójimo, es ¡la piedad! Esa piedad que os conmueve hasta las entrañas cuando veis los padecimientos de vuestros hermanos, que os impulsa a tenderles la mano para socorrerlos y os arranca lágrimas de simpatía. Por consiguiente, nunca sofoquéis en vuestros corazones esa emoción celestial, ni procedáis como los egoístas empedernidos, que se apartan de los afligidos porque el espectáculo de sus miserias perturbaría durante algunos instantes su alegre existencia. Temed permanecer indiferentes cuando podáis ser útiles. La tranquilidad que se adquiere al precio de la indiferencia culposa es la tranquilidad del Mar Muerto, que oculta en el fondo de sus aguas el fango fétido y la putrefacción.

Con todo, ¡cuán lejos se halla la piedad de causar la perturbación y el disgusto ante los que se espanta el egoísta! Es cierto que el alma experimenta, al contacto con la desgracia ajena, una opresión natural y profunda que estremece todo vuestro ser y lo conmueve penosamente, haciendo que se retraiga en sí mismo. Grande es, no obstante, la compensación cuando conseguís infundir valor y esperanza a un hermano en desgracia, que se enternece cuando una mano amiga aprieta la suya, y cuya mirada, húmeda por la emoción y el reconocimiento, se dirige a vosotros dócilmente, antes de elevarse hacia el Cielo en agradecimiento por haberle enviado un consuelo, un amparo. La piedad es la melancólica pero celestial precursora de la caridad, es la primera de las virtudes que la tienen por hermana, y cuyos beneficios ella anticipa y dignifica. (Miguel. Burdeos, 1862.)

## Los huérfanos

18. Hermanos míos, amad a los huérfanos. Si supieseis cuán triste es estar solo y abandonado, ¡sobre todo durante la infancia! Dios permite que haya huérfanos para estimularnos a que nos pongamos en el lugar de sus padres. ¡Qué divina caridad es ayudar a una pobre criatura abandonada, evitar que padezca hambre y frío, y orientar su alma para que no se pierda en el vicio! Quien tiende la mano a un niño desamparado es grato a Dios, porque comprende y practica su ley. Evaluad también que, muchas veces, el niño al que socorréis es alguien a quien quisisteis en otra encarnación. No obstante, si pudieseis recordarlo, ese socorro ya no sería caridad sino un deber. Así pues, amigos míos, cada ser que padece es vuestro hermano y tiene derecho a vuestra caridad, aunque no a esa caridad que hace daño al corazón, a esa limosna que quema la mano donde cae, porque a menudo vuestros óbolos tienen sabor amargo. ¡Cuántas veces serían rechazados, si no fuera porque la enfermedad y la indigencia los están esperando en el desván donde se guarecen! Dad con delicadeza, sumad a lo que dais el beneficio más precioso de todos: una palabra bondadosa, una caricia, una sonrisa amigable. Evitad ese tono protector que equivale a revolver un cuchillo en el corazón que sangra, y considerad que al hacer el bien estáis trabajando por vosotros mismos y por los vuestros. (Un espíritu familiar. París, 1860.)

## Beneficios que se pagan con ingratitud

19. *¿Qué debemos pensar de quienes, porque recibieron ingratitud en pago por los beneficios que hicieron, dejan de practicar el bien, para no tener que tratar con ingratos?*

En ellos hay más egoísmo que caridad, dado que hacer el bien para recibir demostraciones de reconocimiento equivale a no hacerlo con desinterés. Sólo es agradable a Dios el bien que se practica de modo desinteresado. En ellos también hay orgullo, porque se complacen en la humildad con que el beneficiado deposita a sus pies el testimonio de su reconocimiento. Aquel que busca en la Tierra la recompensa por el bien que hace, no la recibirá en el Cielo. Por el contrario, Dios tendrá en cuenta a aquel que no la busca en este mundo.

Debéis ayudar siempre a los débiles, incluso si sabéis previamente que aquellos a quienes hacéis el bien no os lo agradecerán. Estad seguros de que si la persona a quien prestáis un servicio lo olvida, Dios lo tendrá en cuenta mucho más que si el beneficiado os hubiese pagado con su gratitud. *Dios permite que algunas veces se os pague con la ingratitud, para poner a prueba vuestra perseverancia en la práctica del bien.*

Por otra parte, ¿quién sabe si ese beneficio, olvidado momentáneamente, no habrá de producir más adelante buenos frutos? Tened la certeza de que, por el contrario, es una simiente que con el tiempo germinará. Por desgracia, sólo veis el presente. Trabajáis para vosotros y no para los demás. Los beneficios acaban por ablandar los corazones más empedernidos. Pueden quedar en el olvido en este mundo, pero cuando el Espíritu se despoje de su envoltura carnal, se acordará de ellos, y ese recuerdo será su castigo. Entonces, lamentará su ingratitud, deseará reparar la falta, pagar la deuda en otra existencia, muchas veces aceptando incluso una vida dedicada a su benefactor. Así, sin que lo sospechéis, habréis contribuido a su adelanto moral y llegaréis a reconocer, posteriormente, la verdad de este principio: Una ayuda jamás se desaprovecha. Por otra parte, también habréis trabajado para vosotros mis-

mos, porque conquistaréis el mérito de haber hecho el bien con desinterés, sin dejaros desanimar por las decepciones.

¡Ah!, amigos míos, si conocieseis todos los vínculos que unen vuestra vida actual a vuestras existencias anteriores; si pudieseis captar con una sola mirada la innumerable cantidad de relaciones que ligan a los seres entre sí en bien del progreso mutuo, admiraríais mucho más aún la sabiduría y la bondad del Creador, que os permite volver a vivir para que lleguéis hasta Él. (Un guía protector. Sens, 1862.)

## Beneficencia exclusiva

20. *¿Es lícita la beneficencia, cuando se la practica exclusivamente entre personas que comparten la misma opinión, la misma creencia o el mismo partido?*

No, porque precisamente el espíritu sectario y partidista es el que se debe abolir, puesto que todos los hombres son hermanos. El verdadero cristiano ve solamente hermanos en sus semejantes. Por eso, antes de socorrer al necesitado, no intenta saber cuál es su creencia o su opinión sobre lo que fuere. ¿Obedecería el precepto de Jesucristo, que prescribe amar incluso a los enemigos, alguien que rechazara a un desdichado por el hecho de que profesase una creencia diferente a la suya? Que lo socorra, pues, sin pedir cuentas a su conciencia, porque si es un enemigo de la religión, ese será el medio para hacer que la ame. En cambio, si lo rechaza, hará que la odie. (San Luis, París, 1860.)

Capítulo XIV

# Honra a tu padre y a tu madre

Piedad filial.- ¿Quién es mi madre y
quiénes son mis hermanos?- Parentesco corporal
y parentesco espiritual.- *Instrucciones de los Espíritus*:
La ingratitud de los hijos y los lazos de familia.

1. *Sabes los mandamientos: "No cometas adulterio; no mates; no robes; no levantes falso testimonio; no hagas mal a nadie;* honra a tu padre y a tu madre*".* (*San Marcos*, 10:19; *San Lucas*, 18:20; *San Mateo*, 19:18 y 19.)

2. *Honra a tu padre y a tu madre, para que vivas largo tiempo en la Tierra que el Señor tu Dios te dará.* ("Decálogo", *Éxodo*, 20:12.)

## Piedad filial

3. El mandamiento: "Honra a tu padre y a tu madre" es una consecuencia de la ley general de caridad y de amor al prójimo, dado que no podemos amar al prójimo si no amamos a nuestros padres. No obstante, el imperativo *honra* contiene un deber mayor para con ellos: el de la piedad filial. Así, Dios quiso mostrar que en el amor a nuestros padres debemos

incluir el respeto, las atenciones, la sumisión y la condescendencia. Eso implica la obligación de cumplir para con ellos, en forma aún más rigurosa, todo lo que la caridad nos ordena en relación con el prójimo en general. Ese deber se extiende, naturalmente, a las personas que hacen las veces de padre y madre, y que tienen tanto más mérito cuanto menos obligatoria es su devoción. Dios castiga siempre con rigor cualquier tipo de violación a ese mandamiento.

Honrar al padre y a la madre no significa solamente respetarlos, sino también ampararlos en la necesidad, proporcionarles reposo en la vejez, y rodearlos de cuidados, al igual que ellos lo hicieron con nosotros durante nuestra infancia.

La verdadera piedad filial se demuestra, sobre todo, en relación con los padres sin recursos. ¿Cumplirán ese mandamiento los que suponen que realizan un gran esfuerzo porque dan a sus padres estrictamente lo necesario para que no se mueran de hambre, mientras ellos no se privan de nada? ¿Cumplirán si los relegan a la habitación más pequeña de la casa, sólo por no abandonarlos en la calle, mientras reservan para sí mismos la mejor y más confortable? ¡Cuántas veces lo hacen de mala voluntad y los obligan a pagar caro lo que les resta de vida, descargando sobre ellos todo el peso de las tareas domésticas! ¿Corresponderá a los padres, ancianos y débiles, servir a los hijos jóvenes y fuertes? ¿Acaso la madre les cobró la leche cuando los amamantaba? ¿Tomó en cuenta sus vigilias cuando ellos estuvieron enfermos, o todo lo que debió caminar para conseguir lo que necesitaban? No, los hijos no deben a sus padres indigentes nada más que lo estrictamente necesario; les deben también, en la medida de sus posibilidades, las pequeñas satisfacciones de lo superfluo, la dedicación, los amorosos cuidados, que apenas son el interés de lo que reci-

bieron, el pago de una deuda sagrada. Esta es la única piedad filial que Dios admite.

¡Ay, pues, de aquel que olvida lo que debe a quienes lo ampararon en su debilidad, que junto con la vida material le dieron la vida moral, y que muchas veces se impusieron duras privaciones para garantizarle el bienestar! ¡Ay del ingrato, porque será castigado con la ingratitud y el abandono! Será herido en sus más caros afectos, *en ocasiones incluso desde la vida presente*, pero con certeza en otra existencia, en la que habrá de padecer lo que haya hecho padecer a los otros.

Es cierto que algunos padres menosprecian sus deberes y no son para sus hijos lo que deberían ser. Con todo, a Dios le corresponde castigarlos, y no a los hijos. No corresponde a estos censurarlos, porque tal vez hayan merecido que sus padres fueran de ese modo. Si la ley de caridad establece que el mal se pague con el bien, que haya indulgencia para con las imperfecciones ajenas, que no se hable mal del prójimo, que se olviden y perdonen sus faltas, que se ame incluso a los enemigos, ¡cuánto mayores no habrán de ser esas obligaciones en relación con los padres! Los hijos deben, pues, adoptar como regla de conducta para con la madre y el padre todos los preceptos de Jesús relativos al prójimo, y tener en mente que todo procedimiento censurable en relación con los extraños, es todavía más censurable en relación con los padres, y que lo que tal vez no sea más que una simple falta en el primer caso, puede convertirse en un crimen en el segundo, porque entonces a la falta de caridad se suma la ingratitud.

4. Dios ha dicho: "Honra a tu padre y a tu madre, para que vivas largo tiempo en la tierra que el Señor tu Dios te dará". ¿Por qué Él promete como recompensa la vida en la

Tierra y no la vida celestial? La explicación se encuentra en esta frase: "Que Dios te dará", la cual, suprimida en la fórmula moderna del Decálogo, altera su sentido. Para que comprendamos esas palabras, es preciso que nos remitamos a la situación y a las ideas de los hebreos en la época en que fueron pronunciadas. Ellos todavía no comprendían la vida futura. Su visión no se extendía más allá de la vida corporal. Tenían, pues, que ser impresionados más por lo que veían que por lo que no veían, razón por la cual Dios les habla en un lenguaje que está más a su alcance, como si se dirigiera a niños, y les muestra en perspectiva lo que puede satisfacerlos. Los hebreos todavía se hallaban en el desierto, y la tierra que Dios les *dará* era la Tierra Prometida, el objetivo de sus aspiraciones. No deseaban nada más que eso, y Dios les dice que vivirán en ella largo tiempo, es decir, que la poseerán por largo tiempo, en caso de que observen sus mandamientos.

No obstante, al advenimiento de Jesús las ideas de los hebreos ya estaban más desarrolladas. Había llegado la hora de que recibieran un alimento menos grosero, de modo que el Maestro los inicia en la vida espiritual al decir: "Mi reino no es de este mundo. Allá, y no en la Tierra, recibiréis la recompensa de vuestras buenas obras". Con esas palabras, la Tierra Prometida material se transforma en una patria celestial. Por eso, cuando él los llama a la observancia de aquel mandamiento: "Honra a tu padre y a tu madre", ya no les promete la Tierra, sino el Cielo. (Véanse los Capítulos II y III.)

## ¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?

5. *Y habiendo vuelto a la casa, se reunió allí una multitud tan grande, que ellos ni siquiera podían ingerir sus alimentos. Al saber eso, fueron sus parientes para prenderlo, pues decían* que había perdido la razón.

*Mientras tanto, cuando llegaron su madre y sus hermanos, se quedaron del lado de afuera y enviaron a llamarlo. Y la gente del pueblo estaba sentada alrededor suyo, y le dijeron: "Tu madre y tus hermanos están allá afuera y te llaman". Él les respondió:* "¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?" *Y mirando a los que estaban sentados alrededor suyo dijo: "Estos son mi madre y mis hermanos; pues todo el que hace la voluntad de Dios, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre".* (*San Marcos*, 3:20 y 21, y 31 a 35; *San Mateo*, 12:46 a 50.)

6. Algunas palabras parecen extrañas en boca de Jesús, porque contrastan con su bondad y su inalterable benevolencia para con todos. Los incrédulos no han dejado de valerse de ese argumento para decir que él se contradecía. No obstante, un hecho irrefutable es que su doctrina tiene por base esencial, por piedra angular, la ley de amor y de caridad. Él no podía, pues, derribar por un lado lo que edificaba por otro. De ahí es preciso inferir esta consecuencia rigurosa: si algunas máximas de Cristo se hallan en contradicción con aquel principio básico, es porque las palabras que le atribuyen fueron mal reproducidas, mal comprendidas, o no son suyas.

7. Con razón nos asombramos de ver que, en esta circunstancia, Jesús muestra tanta indiferencia para con sus parientes y, en cierto modo, reniega de su madre.

Por lo que se refiere a sus hermanos, sabemos que jamás tuvieron simpatía por él. Espíritus poco adelantados, no comprendían su misión. Para ellos, la conducta de Jesús era extraña, y sus enseñanzas no los sensibilizaron, puesto que ninguno de ellos lo siguió como discípulo. Parece incluso que compartían, hasta cierto punto, las prevenciones de sus enemigos. Es cierto, por otra parte, que lo recibían más como a un extraño que como a un hermano cuando él se presentaba ante su familia. San Juan dice, positivamente, que *ellos no creían en él*. (*San Juan*, 7:5.)

En cuanto a la madre de Jesús, nadie osaría discutir la ternura que prodigaba a su hijo. Pero también es preciso convenir en que tampoco ella tenía una idea muy precisa de la misión del Maestro, pues jamás la vieron que siguiera sus enseñanzas, ni que diera testimonio de él, como hizo Juan el Bautista. El sentimiento que en ella predominaba era la solicitud maternal. Con respecto a Jesús, suponer que él haya renegado de su madre sería ignorar su carácter. No es posible que un pensamiento semejante animara a aquel que dijo: *Honra a tu padre y a tu madre.* Por consiguiente, es preciso buscar otro sentido a sus palabras, casi siempre veladas por la forma alegórica.

Jesús no descuidaba ninguna ocasión para impartir una enseñanza. Aprovechó, pues, la que le ofrecía la llegada de su familia, para establecer la diferencia que existe entre el parentesco corporal y el parentesco espiritual.

## Parentesco corporal y parentesco espiritual

8. Los lazos de la sangre no determinan necesariamente los vínculos entre los Espíritus. El cuerpo procede del cuerpo, pero el Espíritu no procede del Espíritu, porque este ya existía antes de que el cuerpo se formara. No es el padre quien crea el Espíritu de su hijo: sólo le proporciona una envoltura corporal. Con todo, corresponde al padre contribuir al desarrollo intelectual y moral de su hijo, a fin de que ese Espíritu progrese.

Los Espíritus que encarnan en una misma familia, sobre todo como parientes cercanos, son la mayoría de las veces Espíritus simpáticos, ligados por relaciones anteriores que se traducen en un afecto recíproco durante la vida terrenal. No obstante, también puede suceder que sean Espíritus absolutamente extraños unos con otros, divididos por antipatías también anteriores, las que se ponen de manifiesto en la Tierra mediante un mutuo antagonismo, a fin de que les sirva como prueba. Los verdaderos lazos de familia no son, pues, los de la consanguinidad, sino los de la simpatía y la comunión de pensamientos, que relacionan a los Espíritus *antes, durante y después* de su encarnación. De ahí se sigue que dos seres nacidos de padres diferentes pueden ser más hermanos por el Espíritu que si lo fueran por la sangre. Pueden atraerse, buscarse, complacerse mutuamente, mientras que dos hermanos consanguíneos pueden rechazarse, según se ve todos los días. Es este un problema moral que sólo el espiritismo resuelve mediante la pluralidad de las existencias. (Véase el Capítulo IV, § 13.)

Hay, por consiguiente, dos clases de familias: *las familias unidas por los vínculos espirituales, y las familias unidas por los lazos corporales.* Las primeras son duraderas y se afianzan por medio de la purificación, además de que se perpetúan en

el mundo de los Espíritus a través de las diversas migraciones del alma. Las segundas son frágiles como la materia, se extinguen con el tiempo y a menudo se disuelven moralmente, incluso desde la existencia presente. Eso fue lo que Jesús quiso dar a entender cuando dijo a sus discípulos: "Estos son mi madre y mis hermanos", es decir, mi familia por los lazos del Espíritu, "pues todo el que hace la voluntad de mi Padre que está en los Cielos es mi hermano, mi hermana y mi madre".

La hostilidad de los hermanos de Jesús se halla claramente expresada en el relato de san Marcos, pues manifiesta que aquellos tenían el propósito de atraparlo, con el pretexto de que había *perdido la razón*. Informado de la llegada de sus hermanos, y conociendo los sentimientos que abrigaban para con él, era natural que Jesús dijera, refiriéndose a sus discípulos, desde el punto de vista espiritual: "Estos son mis verdaderos hermanos". Como su madre estaba acompañándolos, él generaliza la enseñanza, lo que no implica de manera alguna que haya pretendido decir que su madre según el cuerpo nada significaba para él como Espíritu, ni que sólo mereciera indiferencia de su parte. Su conducta en otras circunstancias demostró suficientemente lo contrario.

## INSTRUCCIONES DE LOS ESPÍRITUS

### La ingratitud de los hijos y los lazos de familia

9. La ingratitud es uno de los frutos más inmediatos del egoísmo. Siempre causa indignación a los corazones honestos. Pero la de los hijos para con sus padres presenta un carácter todavía más detestable. Es especialmente desde ese punto de

vista que vamos a considerarla, para analizar sus causas y sus efectos. En ese punto, como en todos los demás, el espiritismo proyecta luz sobre uno de los problemas del corazón humano.

Cuando deja la Tierra, el Espíritu lleva consigo las pasiones o las virtudes inherentes a su naturaleza, y en el espacio se perfecciona o permanece estacionario hasta que desea ver la luz. Muchos, por lo tanto, se van llenos de odios violentos y de deseos de venganza sin saciar. Con todo, se permite que algunos de ellos, más adelantados que los demás, entrevean una parte de la verdad. Reconocen entonces las funestas consecuencias de sus pasiones, y son inducidos a adoptar buenas resoluciones. Comprenden que para llegar a Dios, sólo hay una contraseña: *caridad*. Ahora bien, no hay caridad sin el olvido de los ultrajes y las injurias. No hay caridad con el corazón dominado por el odio. No hay caridad sin perdón.

Entonces, mediante un esfuerzo extraordinario, esos Espíritus consiguen observar a aquellos a quienes odiaron en la Tierra. Pero al verlos vuelve a despertarse la animosidad en lo íntimo de cada uno. Se resisten a la idea de perdonar, más aún que a la de renunciar a sí mismos, y principalmente a la idea de amar a los que tal vez les hayan arruinado su fortuna, su honor, su familia. No obstante, el corazón de esos desdichados se ha conmovido. Dudan, vacilan, agitados por esos sentimientos contrarios. Si predominan las buenas resoluciones, oran a Dios, imploran a los Espíritus buenos que les den fuerzas en el momento más decisivo de la prueba.

Por último, luego de años de meditaciones y plegarias, el Espíritu aprovecha un cuerpo que se prepara en la familia de aquel a quien ha detestado, y solicita, a los Espíritus encargados de trasmitir las órdenes supremas, permiso para cumplir en la Tierra los destinos de ese cuerpo que acaba de formarse.

¿Cuál será su conducta dentro de la familia escogida? Dependerá de su mayor o menor persistencia en las buenas resoluciones que adoptó. El contacto ininterrumpido con los seres a los que ha odiado constituye una prueba terrible, bajo cuyo peso sucumbe en algunas ocasiones, en caso de que su voluntad no se encuentre aún suficientemente firme. Así, conforme prevalezcan en él las buenas o las malas resoluciones, será amigo o enemigo de aquellos entre los que fue convocado para vivir. De ese modo se explican esos odios, esas repulsiones instintivas que se notan en algunos niños, a las que ningún hecho anterior pareciera justificar. En efecto, nada en esa existencia pudo provocar semejante antipatía. Para entender su causa es preciso que se dirija la mirada hacia el pasado.

¡Oh espíritas! Comprended ahora el importante rol de la humanidad. Comprended que cuando producís un cuerpo, el alma que en él encarna viene del espacio para progresar. Tened en cuenta vuestros deberes y aplicad todo vuestro amor para aproximar esa alma a Dios. Esa es la misión que se os ha confiado, y cuya recompensa recibiréis en el caso de que la cumpláis fielmente. Vuestros cuidados y la educación que habréis de darle favorecerán su perfeccionamiento y su bienestar futuro. Tened presente que Dios preguntará a cada padre y a cada madre: "¿Qué habéis hecho del hijo que confié a vuestros cuidados?" Si permaneció retrasado por vuestra culpa, tendréis como castigo verlo entre los Espíritus que sufren, cuando de vosotros dependía que fuese feliz. Entonces, vosotros mismos, torturados por los remordimientos, solicitaréis reparar vuestra falta. Solicitaréis, tanto para vosotros como para él, una nueva encarnación, en la cual habréis de rodearlo con mayores cuidados, y en la que él, lleno de gratitud, os envolverá con su amor.

No despreciéis, pues, al niño que desde la cuna rechaza a su madre, ni al que os paga con ingratitud. No fue el acaso el que lo hizo así ni el que os lo confió. Una intuición imperfecta del pasado se revela, de la que podéis deducir que uno u otro ha odiado mucho, o fue muy ofendido; que uno u otro vino para perdonar, o para expiar. ¡Madres!, abrazad al hijo que os da disgustos, y decíos a vosotras mismas: "Uno de nosotros dos es culpable". Esforzaos por merecer los goces sublimes que Dios concede a la maternidad, enseñando a vuestros hijos que ellos se encuentran en la Tierra para perfeccionarse, amar y bendecir. Pero ¡ay!, muchas de vosotras, en vez de eliminar por medio de la educación los malos principios innatos que proceden de las existencias anteriores, alimentáis y desarrolláis esos mismos principios con una culposa debilidad, o por descuido. Más adelante, vuestro corazón lastimado por la ingratitud de los hijos os indicará, desde esta vida, el comienzo de vuestra expiación.

La tarea no es tan difícil como podríais imaginar. No exige la sabiduría del mundo, pues tanto el sabio como el ignorante pueden desempeñarla. El espiritismo viene a facilitar ese desempeño, al dar a conocer la causa de las imperfecciones del corazón humano.

Desde la cuna el niño manifiesta los instintos buenos o malos que trae de su existencia anterior, y es preciso aplicarse a estudiarlos. Todos los males tienen su principio en el egoísmo y el orgullo. Vigilad, pues, las menores señales que revelen el germen de esos vicios, y tratad de combatirlos sin esperar a que echen raíces profundas. Haced como el buen jardinero, que arranca los brotes defectuosos a medida que los ve asomar en el árbol. Si dejáis que se desarrollen el egoísmo y el orgullo, no os espantéis más tarde de que se os pague con la

ingratitud. Los padres que han hecho todo lo debido por el adelanto moral de sus hijos, y no obtuvieron el éxito deseado, no tienen por qué culparse a sí mismos, y su conciencia puede estar tranquila. En compensación por la muy natural amargura que experimentan por el fracaso de sus esfuerzos, Dios les reserva un importante e inmenso consuelo, mediante la *certeza* de que ese fracaso es apenas una postergación, y que se les concederá concluir en otra existencia la obra que han comenzado en esta, hasta que un día el hijo ingrato habrá de recompensarlos con su amor. (Véase el Capítulo XIII, § 19.)

Dios no hace que la prueba sea superior a las fuerzas de quien la solicita. Sólo permite las que pueden ser superadas. Si alguien no lo logra, no es porque no tenga una oportunidad, sino porque le falta voluntad. De hecho, ¿cuántos hay que en vez de resistirse a las malas inclinaciones, se complacen en ellas? A esos están reservados el llanto y los lamentos en existencias posteriores. Con todo, admirad la bondad de Dios, que nunca cierra la puerta al arrepentimiento. Llegará el día en que el culpable se cansará de sufrir y en que su orgullo será finalmente vencido. Entonces, Dios abrirá sus brazos paternales al hijo pródigo que habrá de arrojarse a sus pies. *Las pruebas difíciles,* escuchadme bien, *casi siempre son indicio del final de un sufrimiento y del perfeccionamiento del Espíritu, en caso de que sean aceptadas con el pensamiento puesto en Dios.* Es un momento supremo en el cual, sobre todo, lo que importa es que el Espíritu no cometa el error de quejarse, si es que no quiere perder el fruto de esas pruebas y tener que volver a comenzar. En lugar de quejaros, agradeced a Dios la oportunidad que os proporciona de salir vencedores, a fin de otorgaros el premio de la victoria. Entonces os liberaréis del torbellino del mundo terrenal para ingresar al mundo de

los Espíritus, y allí seréis aclamados como el soldado que sale triunfante de la lucha.

Entre todas las pruebas, las más penosas son las que afectan al corazón. Hay quien soporta con coraje la miseria y las privaciones materiales, pero sucumbe bajo el peso de las amarguras domésticas, torturado por la ingratitud de los suyos. ¡Oh! ¡Cuán punzante es esa angustia! No obstante, en esas circunstancias, ¿qué puede restablecer mejor la entereza moral, sino el conocimiento de las causas del mal, y la certeza de que, aunque existan profundos quebrantos, no hay desesperaciones eternas? Pues no es posible que Dios quiera que su criatura sufra indefinidamente. ¿Qué hay más reconfortante, más estimulante que la idea de que depende de los esfuerzos de cada uno la posibilidad de abreviar el sufrimiento mediante la destrucción en sí mismo de las causas del mal? Para eso, sin embargo, es necesario que el hombre no detenga su mirada en la Tierra ni vea una existencia solamente, sino que se eleve para sobrevolar en lo infinito del pasado y del porvenir. Recién entonces la soberana justicia de Dios se os pone de manifiesto, y vosotros aguardáis con paciencia, porque encontráis una explicación para lo que en la Tierra os parecían verdaderas monstruosidades. Las heridas que ahí recibís no os parecen más que simples rasguños. En ese golpe de vista lanzado sobre el conjunto, los lazos de familia aparecen en su verdadera perspectiva. Ya no son apenas los lazos frágiles de la materia los que unen a sus miembros, sino los vínculos duraderos del Espíritu, que se perpetúan y consolidan al purificarse, en vez de diluirse con la reencarnación.

Los Espíritus que son inducidos a reunirse por la similitud de gustos, así como por la identidad del progreso moral y el afecto, forman familias. Esos mismos Espíritus, en sus

migraciones terrenales, se buscan para agruparse, como lo hacen en el espacio, y de ahí se originan las familias unidas y homogéneas. Si acaso en sus peregrinaciones están temporalmente separados, más tarde vuelven a encontrarse, felices por los nuevos progresos que han logrado. Pero como no deben trabajar solamente para sí, Dios permite que Espíritus menos adelantados encarnen entre ellos, a fin de que reciban consejos y buenos ejemplos, a favor de su adelanto. En ocasiones esos Espíritus se convierten en una causa de perturbación, pero ahí se encuentra la prueba, ahí está la tarea. Acogedlos, por consiguiente, como a hermanos. Ayudadlos, y más tarde, en el mundo de los Espíritus, la familia se felicitará de haber salvado a los náufragos que, a su vez, podrán salvar a otros. (San Agustín. París, 1862.)

Capítulo XV

# Fuera de la caridad no hay salvación

Lo que es necesario para salvarse. Parábola del buen samaritano.- El mayor mandamiento.- Necesidad de la caridad según san Pablo.- Fuera de la Iglesia no hay salvación. Fuera de la verdad no hay salvación.- *Instrucciones de los Espíritus:* Fuera de la caridad no hay salvación.

## Lo que es necesario para salvarse. Parábola del buen samaritano

1. *Cuando el Hijo del hombre venga en su majestad, acompañado de todos los ángeles, se sentará en su trono de gloria. Reunidas ante él todas las naciones, él separará los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos, y colocará las ovejas a su derecha, y los cabritos a su izquierda.*

*Entonces dirá el Rey a los que estén a su derecha: "Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del reino preparado para vosotros desde el principio del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; no tenía techo, y me hospedasteis; estuve desnudo, y me vestisteis; estuve enfermo, y me visitasteis; estuve en prisión, y fuisteis a verme".*

*Entonces los justos le responderán: "Señor, ¿cuándo te vimos con hambre, y te dimos de comer; o con sed, y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos sin techo, y te hospedamos; o sin ropa, y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o en prisión, y fuimos a visitarte?" Y el Rey les responderá: "En verdad os digo, que todas las veces que hicisteis eso a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí mismo lo hicisteis".*

*Dirá a continuación a los que estén a su izquierda: "Apartaos de mí, malditos; id al fuego eterno, que fue preparado para el diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; no tenía techo, y no me hospedasteis; estuve sin ropa, y no me vestisteis; estuve enfermo y en la cárcel, y no me visitasteis".*

*Entonces ellos también responderán: "Señor, ¿cuándo te vimos con hambre, con sed, sin techo o sin ropa, enfermo o en prisión, y no te asistimos?" Pero él les responderá: "En verdad os digo, que todas las veces que dejasteis de asistir a uno de estos más pequeños, dejasteis de hacerlo para conmigo mismo".*

*Y esos irán al suplicio eterno, y los justos a la vida eterna.* (*San Mateo*, 25:31 a 46.)

2. *Entonces, un doctor de la ley se levantó y le dijo, para tentarlo: "Maestro, ¿qué debo hacer para poseer la vida eterna?" Le respondió Jesús: "¿Qué está escrito en la ley? ¿Qué lees en ella?" Él respondió: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente, y a tu prójimo como a ti mismo". Jesús le dijo: "Respondiste muy bien. Haz eso y vivirás".*

*Pero ese hombre, queriendo parecer que era justo, dijo a Jesús: "Y ¿quién es mi prójimo?" Jesús tomó la palabra y le dijo:*

*"Un hombre que bajaba de Jerusalén hacia Jericó, cayó en manos de ladrones, que lo despojaron, lo cubrieron de heridas, y se marcharon dejándolo medio muerto. Sucedió a continuación que un sacerdote descendía por el mismo camino y, al verlo, siguió adelante. Un levita, que también pasó por el lugar, luego de observarlo, siguió del mismo modo su camino. Pero un samaritano que iba de paso, al llegar al lugar donde yacía aquel hombre, y habiéndolo visto, tuvo compasión. Se aproximó a él, derramó aceite y vino en sus heridas, y las vendó. Después lo acomodó sobre su propio caballo, lo llevó hasta una posada y cuidó de él. Al día siguiente tomó dos denarios, y se los entregó al posadero diciéndole: 'Cuida bien a este hombre, y todo lo que gastes de más te lo pagaré cuando regrese'.*

*"¿Cuál de los tres te parece que ha sido el prójimo de aquel que cayó en manos de los ladrones?" El doctor le respondió: "Aquel que practicó la misericordia para con él". "Entonces ve –le dijo Jesús– y haz tú lo mismo".* (*San Lucas*, 10:25 a 37)

3. Toda la moral de Jesús se resume en la caridad y en la humildad, es decir, en las dos virtudes contrarias al egoísmo y al orgullo. En cada una de sus enseñanzas, él alude a esas dos virtudes como las que conducen a la eterna felicidad. Bienaventurados –dijo– los pobres de espíritu, o sea, los humildes, porque de ellos es el reino de los Cielos; bienaventurados los limpios de corazón; bienaventurados los que son mansos y pacíficos; bienaventurados los que son misericordiosos; amad a vuestro prójimo como a vosotros mismos; haced a los demás lo que quisierais que se os hiciese; amad a vuestros enemigos; perdonad las ofensas, si queréis ser perdonados; haced el bien sin ostentación; juzgaos a vosotros mismos antes de juzgar a los demás. Humildad y caridad, eso es lo que no cesa de re-

comendar y aquello de lo que él mismo da ejemplo. Orgullo y egoísmo, eso es lo que no cesa de combatir. Sin embargo, Jesús no se limita a recomendar la caridad: la coloca claramente y en términos explícitos como la condición absoluta para la felicidad futura.

En el cuadro que Jesús trazó del juicio final, como en muchas otras cosas, es preciso apartar lo que es figurado y alegórico. A hombres como aquellos a los que se dirigía, incapaces aún de comprender las cosas puramente espirituales, tenía que presentarles imágenes materiales chocantes, que los impresionaran. Incluso, para que lo aceptaran mejor, no debía apartarse demasiado de las ideas habituales, en cuanto a la forma, de modo que siempre reservaba para el porvenir la verdadera interpretación, tanto de sus palabras como de aquellos aspectos sobre los cuales no podía explayarse con mayor claridad. Con todo, junto a la parte accesoria y figurada de ese cuadro, existe una idea dominante: la de la felicidad reservada al justo, y la de la desdicha que aguarda al malvado.

En ese juicio supremo, ¿cuáles son los considerandos de la sentencia? ¿En qué se basa la prueba judicial? ¿Pregunta el juez si se completó tal o cual formalidad, si se observó en mayor o menor medida tal o cual práctica exterior? No; indaga solamente acerca de una cosa: la práctica de la caridad; y su sentencia es la siguiente: "Vosotros, los que habéis asistido a vuestros hermanos, pasad a la derecha; y vosotros, los que fuisteis rigurosos para con ellos, pasad a la izquierda". ¿Acaso hace averiguaciones sobre la ortodoxia de la fe? ¿Establece alguna distinción entre el que cree de un modo y el que cree de otro? No, pues Jesús coloca al samaritano, considerado herético, pero que practica el amor al prójimo, por encima del ortodoxo que falta a la caridad. Así pues, Jesús no sólo

hace de la caridad una de las condiciones para la salvación, sino la condición exclusiva. Si hubiera otras que cumplir, él las habría mencionado. Si coloca a la caridad en el primer lugar entre las virtudes, es porque ella abarca implícitamente a todas las otras: la humildad, la dulzura, la benevolencia, la indulgencia, la justicia, etc., y porque es la negación absoluta del orgullo y del egoísmo.

## El mayor mandamiento

4. *Cuando los fariseos se enteraron de que él había tapado la boca a los saduceos, se reunieron. Y uno de ellos, que era doctor de la ley, le hizo esta pregunta, para tentarlo: "Maestro, ¿cuál es el mayor mandamiento de la ley?" Jesús le respondió: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente; este es el mayor y el primer mandamiento. Y el segundo es semejante a ese: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Toda la ley y los profetas se hallan contenidos en esos dos mandamientos".* (*San Mateo*, 22:34 a 40.)

5. Caridad y humildad, ese es el único camino a la salvación. Egoísmo y orgullo, ese es el de la perdición. Este principio se halla formulado en términos precisos en las siguientes palabras: "Amarás a Dios con toda tu alma, y a tu prójimo como a ti mismo; *toda la ley y los profetas se hallan contenidos en esos dos mandamientos*". Y para que no haya equivocaciones acerca de la interpretación del amor a Dios y al prójimo, Jesús agrega: "Y aquí está el segundo mandamiento, que es semejante al primero", es decir, que no se puede verdaderamente amar a Dios sin amar al prójimo, ni amar al prójimo

sin amar a Dios. Por consiguiente, todo lo que se haga en contra del prójimo equivale a hacerlo contra Dios. Como no se puede amar a Dios sin practicar la caridad para con el prójimo, todos los deberes del hombre se hallan resumidos en esta máxima: FUERA DE LA CARIDAD NO HAY SALVACIÓN.

## Necesidad de la caridad según san Pablo

6. *Aunque yo hablara las lenguas de los hombres y hasta la lengua de los ángeles, si no tengo caridad, sólo soy como el bronce que resuena o como el címbalo que retiñe. Aunque tuviera el don de la profecía, y penetrara todos los misterios; y aunque tuviera perfecta comprensión de todas las cosas; aunque tuviera incluso toda la fe posible, al punto de transportar montañas,* si no tengo caridad, no soy nada. *Y aunque hubiera distribuido mis bienes para alimentar a los pobres, y entregado mi cuerpo para que fuera quemado, si no tengo caridad, todo eso de nada me sirve.*

*La caridad es paciente; es dulce y bienhechora; la caridad no es envidiosa; no es imprudente ni irreflexiva; no se llena de orgullo; no es despreciativa; no busca su propio interés; no se enfada y no se irrita por nada; no piensa mal; no goza con la injusticia, sino que goza con la verdad; todo lo soporta, todo lo cree, todo lo espera, todo lo sufre.*

*Ahora permanecen estas tres virtudes: la fe, la esperanza y la caridad. Pero entre ellas la de mayor excelencia es* la caridad. (San Pablo, *Primera Epístola a los Corintios*, 13:1 a 7, y 13.)

7. San Pablo comprendió de tal modo esa gran verdad, que dijo: *Aunque yo tuviera el lenguaje de los ángeles; aunque*

*tuviera el don de profecía, y penetrara todos los misterios; aunque tuviera toda la fe posible, al punto de transportar montañas, si no tengo caridad, no soy nada. Entre estas tres virtudes: la fe, la esperanza y la caridad, la de mayor excelencia es la caridad.* Así, sin equivocaciones, coloca a la caridad por encima incluso de la fe. Eso se debe a que la caridad está al alcance de todo el mundo, tanto del ignorante como del sabio, tanto del rico como del pobre, y porque es independiente de cualquier creencia particular.

Hace más: define la verdadera caridad. La muestra no sólo en la beneficencia, sino también en el conjunto de todas las cualidades del corazón, en la bondad y en la benevolencia para con el prójimo.

## Fuera de la Iglesia no hay salvación. Fuera de la verdad no hay salvación

8. Mientras que la máxima *Fuera de la caridad no hay salvación* se apoya en un principio universal, y abre a todos los hijos de Dios el acceso a la felicidad suprema, el dogma *Fuera de la Iglesia no hay salvación* se basa, no en la fe fundamental en Dios y en la inmortalidad del alma, fe común a todas las religiones, sino *en una fe especial, una fe en dogmas particulares.* Se trata, pues, de un dogma exclusivo y absoluto. En vez de unir a los hijos de Dios, los separa. En vez de incitarlos a amar a sus hermanos, alimenta y sanciona la irritación entre los sectarios de los diferentes cultos, que se consideran recíprocamente malditos por toda la eternidad, aunque esos sectarios sean parientes o amigos en este mundo. Mediante el desprecio a la gran ley de igualdad ante la tumba, separa a

unos y otros incluso en el cementerio. La máxima *Fuera de la caridad no hay salvación* es la consagración del principio de la igualdad ante Dios, así como del de la libertad de conciencia. Con esta máxima como regla, todos los hombres son hermanos, y cualquiera que sea la manera en que adoren al Creador, se tienden las manos y oran los unos por los otros. Con el dogma *Fuera de la Iglesia no hay salvación* los hombres se imponen el anatema y se persiguen mutuamente, viviendo como enemigos. El padre no ora por su hijo, el hijo no ora por su padre, ni el amigo por el amigo, ya que mutuamente se consideran condenados sin remisión. Por consiguiente, es un dogma esencialmente contrario a las enseñanzas de Cristo y a la ley evangélica.

9. *Fuera de la verdad no hay salvación* equivaldría a *Fuera de la Iglesia no hay salvación,* y también sería exclusivo, porque no existe una sola secta que no pretenda tener el privilegio de la verdad. ¿Qué hombre podría vanagloriarse de poseerla de modo integral, cuando el círculo de los conocimientos se amplia sin cesar y las ideas se rectifican cada día? La verdad absoluta es una prerrogativa exclusiva de los Espíritus de la categoría más elevada, y la humanidad terrenal no podría pretender poseerla, pues no le es dado saberlo todo. La humanidad solamente puede aspirar a una verdad relativa y proporcional a su adelanto. Si Dios hubiera hecho de la posesión de la verdad absoluta una condición expresa para la felicidad futura, eso habría significado dictar un decreto de proscripción general. La caridad, en cambio, incluso en la más amplia de sus acepciones, puede ser practicada por todos. El espiritismo, de acuerdo con el Evangelio, al admitir la salvación para todos, sea cual fuere su creencia, siempre que sea respetada la

ley de Dios, no dice: *Fuera del espiritismo no hay salvación;* y como no pretende enseñar aún toda la verdad, tampoco dice: *Fuera de la verdad no hay salvación*, máxima que, en lugar de unir, dividiría y perpetuaría los antagonismos.

## INSTRUCCIONES DE LOS ESPÍRITUS

### Fuera de la caridad no hay salvación

10. Hijos míos, en la máxima *Fuera de la caridad no hay salvación* se hallan contenidos los destinos de los hombres en la Tierra y en el Cielo. En la Tierra, porque al amparo de esa bandera ellos vivirán en paz. En el Cielo, porque los que la hayan practicado encontrarán gracia ante el Señor. Esa divisa es la antorcha celestial, la columna luminosa que guía al hombre en el desierto de la vida, para conducirlo a la Tierra Prometida. Brilla en el Cielo como una aureola de santidad en la frente de los elegidos; y en la Tierra, está grabada en el corazón de aquellos a quienes Jesús dirá: "Pasad a la derecha, benditos de mi Padre". Los reconoceréis por el aroma de la caridad que esparcen alrededor suyo. Nada expresa mejor el pensamiento de Jesús, nada resume tan bien los deberes del hombre, que esa máxima de índole divina. Nada mejor podía hacer el espiritismo, para probar su propio origen, que presentarla como regla, pues esa máxima constituye el reflejo del más puro cristianismo. Con una guía así, el hombre nunca se desviará. Dedicaos, pues, amigos míos, a comprender su profundo sentido y sus consecuencias, a buscar por vosotros mismos todas sus aplicaciones. Someted la totalidad de vuestras acciones al control de la caridad, y vuestra conciencia os responderá. No sólo evitará que cometáis el mal, sino que

también os ayudará a practicar el bien, pues no alcanza con una virtud negativa: hace falta una virtud activa. Para hacer el bien, se requiere siempre la acción de la voluntad. En cambio, para no practicar el mal, alcanza en muchas ocasiones con la inercia y la indiferencia.

Amigos míos, agradeced a Dios que os ha permitido que pudieseis gozar de la luz del espiritismo. Esto no significa que solamente quienes poseen esa luz serán salvados, sino que, al ayudaros a comprender mejor las enseñanzas de Cristo, os hace mejores cristianos. Así pues, haced que, cuando os observen vuestros hermanos, puedan decir que el verdadero espírita y el verdadero cristiano son una sola y la misma persona, dado que todos los que practican la caridad son discípulos de Jesús, sea cual fuere el culto al que pertenezcan. (Pablo, apóstol. París, 1860.)

Capítulo XVI

# No se puede servir a Dios y a Mamón

Salvación de los ricos.- Preservarse de la avaricia.- Jesús en casa de Zaqueo.- Parábola del rico malo.- Parábola de los talentos.- Utilidad providencial de la riqueza. Pruebas de la riqueza y de la miseria.- Desigualdad de las riquezas.- *Instrucciones de los Espíritus*: La verdadera propiedad.- Empleo de la riqueza.- Desprendimiento de los bienes terrenales.- Transmisión de la riqueza.

## Salvación de los ricos

1. *Nadie puede servir a dos señores, porque odiará a uno y amará al otro, o preferirá a uno y despreciará al otro. No podéis servir al mismo tiempo a Dios y a Mamón*[10]. (*San Lucas*, 16:13.)

2. *Entonces se aproximó a él un joven y le dijo: "Maestro bueno, ¿qué bien debo hacer para conquistar la vida eterna?" Respondió Jesús: "¿Por qué me llamas bueno? Sólo Dios es bueno. Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos".*

10. En lengua aramea, la palabra *mamón* significa *riqueza*. Asimismo, algunos pueblos de Oriente Medio designaban con ese nombre al dios de las riquezas. (N. del T.)

*"¿Cuáles mandamientos?" –le preguntó el joven–. Jesús le dijo: "No matarás; no cometerás adulterio; no robarás; no darás falso testimonio; honra a tu padre y a tu madre, y ama a tu prójimo como a ti mismo".*

*El joven le respondió: "He guardado todos esos mandamientos desde que llegué a la juventud. ¿Qué me falta todavía?" Jesús le dijo: "Si quieres ser perfecto, ve, vende todo lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en el Cielo. Luego ven, y sígueme".*

*Al oír esas palabras, el joven se retiró apenado, porque tenía muchos bienes. Jesús dijo entonces a sus discípulos: "En verdad os digo, que es muy difícil que un rico entre en el reino de los Cielos. Una vez más os digo:* Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que un rico entre en el reino de los Cielos[11]." (*San Mateo*, 19:16 a 24; *San Lucas*, 18:18 a 25; *San Marcos*, 10:17 a 25.)

## Preservarse de la avaricia

3. *Entonces, en medio de la turba, un hombre le dijo: "Maestro, dile a mi hermano que reparta conmigo la herencia que nos tocó". Pero Jesús le dijo: "¡Oh, hombre! ¿Quién me ha designado para que os juzgue, o para que reparta entre vosotros?" Luego les dijo: "Sed cuidadosos de guardaros de la ava-*

11. Esta arrojada figura puede parecer un poco forzada, porque no se percibe la relación que existe entre un camello y una aguja. Esto proviene del hecho de que, en hebreo, la misma palabra sirve para designar a un *cable* y a un *camello*. En la traducción de los Evangelios le asignaron el último de esos significados. Es probable que Jesús la haya empleado en la acepción de *cable*. Al menos, es más lógica. (N. de Allan Kardec.)

*ricia, porque sea cual fuere la abundancia en que el hombre se halle, su vida no depende de los bienes que posee".*

*Les relató a continuación esta parábola: "Había un hombre rico cuyas tierras habían producido en abundancia, y pensaba entre sí de este modo: '¿Qué haré, pues ya no tengo lugar donde guardar todo lo que he cosechado?' Y dijo: 'Esto es lo que haré: Demoleré mis graneros y construiré otros más grandes, donde pondré toda mi cosecha y todos mis bienes. Y le diré a mi alma: Alma mía, tienes muchos bienes en reserva para largos años; descansa, come, bebe, goza'. Pero Dios, al mismo tiempo, dijo a ese hombre: '¡Qué insensato eres! Esta misma noche reclamarán tu alma; ¿para quién será lo que acumulaste?'*

*"Eso le sucede al que acumula tesoros para sí mismo, y no es rico para con Dios".* (*San Lucas*, 12:13 a 21.)

## Jesús en casa de Zaqueo

4. *Jesús, habiendo entrado en Jericó, atravesaba la ciudad; y había allí un hombre llamado Zaqueo, que era jefe de los publicanos y muy rico. Y Zaqueo trataba de ver a Jesús para conocerlo, pero no lo conseguía a causa de la multitud, pues era de muy baja estatura. Por eso se adelantó corriendo y se subió a un sicómoro para verlo, pues Jesús debía pasar por allí. Al llegar Jesús a ese lugar, dirigió la mirada hacia lo alto; y al verlo, le dijo: "Zaqueo, baja pronto, porque es necesario que me hospedes hoy en tu casa". Zaqueo bajó de inmediato, y lo recibió con alegría. Al ver eso, todos murmuraban, diciendo: "Él fue a hospedarse en la casa de un hombre de mala vida".* (Véase, en la *Introducción*, el artículo "Publicanos".)

*Mientras tanto, Zaqueo se presentó ante el Señor y le dijo: "Señor, doy la mitad de mis bienes a los pobres, y si en algo causé daño a alguien, le devuelvo cuatro veces más". A lo que Jesús le dijo: "Esta casa recibió hoy la salvación, porque también éste es hijo de Abraham; pues el Hijo del hombre vino a buscar y salvar lo que estaba perdido."* (*San Lucas*, 19:1 a 10.)

## Parábola del rico malo

5. *Había un hombre rico, que se vestía con púrpura y lino, y que se trataba a sí mismo magníficamente todos los días. Había también un pobre, llamado Lázaro, tirado junto a su puerta y cubierto de úlceras, a quien mucho le habría gustado poder saciar su hambre con las migajas que caían de la mesa del rico; pero nadie le daba, y los perros venían a lamerle las llagas. Entonces sucedió que el pobre murió y fue conducido por los ángeles hasta el seno de Abraham. El rico también murió, y tuvo por sepultura el infierno. Cuando se hallaba entre los tormentos, el rico levantó los ojos, y vio a lo lejos a Abraham, y a Lázaro en su seno. Y gritando, dijo estas palabras: "Padre Abraham, ten piedad de mí, y envíame a Lázaro, para que moje la punta de su dedo en agua y refresque mi lengua, pues padezco un horrible tormento en esta llama".*

*Pero Abraham le respondió: "Hijo mío, recuerda que recibiste tus bienes en vida, y que Lázaro sólo tuvo males; por eso, ahora él recibe consuelo, y tú tormentos.*

*"Además, existe un gran abismo entre nosotros y vosotros, de modo que los que quieran pasar de aquí para ahí, no pueden, como tampoco ninguno puede pasar del lugar en que tú estás para aquí".*

*El rico le dijo: "Entonces te suplico, padre Abraham, que envíes a Lázaro a la casa de mi padre, donde tengo cinco hermanos, para que les dé testimonio de estas cosas, y no vengan también ellos a este lugar de tormentos". Abraham le replicó: "Ellos tienen a Moisés y los profetas; que los escuchen". El rico dijo: "No, padre Abraham, sino que si alguno de los muertos fuera a decírselo, harán penitencia". Abraham le respondió: "Si ellos no escuchan a Moisés ni a los profetas, tampoco creerán cuando alguno de los muertos resucite".* (*San Lucas,* 16:19 a 31.)

## Parábola de los talentos

6. *El Señor obra como un hombre que, teniendo que hacer un largo viaje fuera de su país, llamó a sus servidores y les encomendó sus bienes. Después de dar cinco talentos a uno, dos a otro y uno a otro, a cada cual según su capacidad, partió de inmediato. Entonces el que había recibido cinco talentos se fue, negoció con aquel dinero y ganó otros cinco talentos. Del mismo modo, el que había recibido dos, ganó otros dos. Pero el que apenas había recibido uno, cavó un hoyo en la tierra y escondió el dinero de su señor. Al cabo de largo tiempo, el señor de aquellos servidores regresó y los llamó a rendir cuentas. Vino el que había recibido cinco talentos y le presentó otros cinco, diciendo: "Señor, me entregaste cinco talentos; aquí tienes, además, otros cinco que gané". Le respondió su señor: "Bien, servidor bueno y fiel; fuiste fiel en poca cosa, te confiaré muchas otras; entra en el gozo de tu señor". El que había recibido dos talentos se presentó a su turno y le dijo: "Señor, me entregaste dos talentos; aquí tienes, además, otros dos que gané". Su señor le respondió: "Bien,*

*servidor bueno y fiel, fuiste fiel en poca cosa, te confiaré muchas otras; entra en el gozo de tu señor". Vino a continuación el que había recibido solamente un talento, y dijo: "Señor, sé que eres un hombre duro, que siegas donde no sembraste y recoges donde nada pusiste; por eso, como tenía temor de ti, escondí tu talento en la tierra; aquí está: te devuelvo lo que es tuyo". Pero su señor le respondió: "Servidor malo y perezoso; sabías que siego donde no sembré y recojo donde nada puse; debías entregar mi dinero a los banqueros, para que a mi regreso yo tuviera con intereses lo que me pertenece. Quítenle, pues, su talento y dénselo al que tiene diez talentos; porque a todos los que ya tienen se les dará y quedarán con mayor cantidad de bienes; pero al que nada tiene, se le quitará hasta lo que parezca que tiene. Y a ese servidor inútil echadlo a las tinieblas exteriores, donde habrá llantos y crujir de dientes".* (*San Mateo*, 25:14 a 30.)

## Utilidad providencial de la riqueza. Pruebas de la riqueza y de la miseria

7. Si la riqueza fuese un obstáculo absoluto para la salvación de los que la poseen, según se podría deducir de ciertas palabras de Jesús, interpretadas según la letra y no conforme al espíritu, Dios, que la concede, habría puesto en las manos de algunos un instrumento de perdición inevitable, idea esta que la razón rechaza. Sin duda, la riqueza es una prueba sumamente delicada, más peligrosa que la miseria, en virtud de los apegos que estimula, las tentaciones que genera y la fascinación que ejerce. Es el supremo excitante del orgullo, del egoísmo y de la vida sensual. Es el lazo más poderoso que sujeta al hombre a la Tierra y desvía su pensamiento del Cielo.

El vértigo que produce es tan fuerte que, muchas veces, el que pasa de la miseria a la riqueza olvida rápidamente su condición anterior, así como a quienes la compartieron con él y a los que le dieron ayuda, y se torna insensible, egoísta y vano. No obstante, si bien la riqueza hace más difícil el camino, eso no significa que lo haga imposible, y que no pueda llegar a ser un medio de salvación en poder de aquel que sabe servirse de ella, del mismo modo que ciertos venenos pueden restituir la salud, en caso de que sean empleados intencionalmente y con discernimiento.

Cuando Jesús dijo al joven que lo interrogaba acerca de los medios de obtener la vida eterna: "Despréndete de todos tus bienes y sígueme", no pretendía establecer como un principio absoluto que cada uno debe despojarse de lo que posee, ni que la salvación sólo se obtiene a ese precio; sino mostrar que *el apego a los bienes terrenales* es un obstáculo para la salvación. Aquel joven, en efecto, se consideraba dispensado porque había observado algunos mandamientos, pero retrocedió ante la idea de abandonar sus bienes. Su deseo de conquistar la vida eterna no era tan intenso como para que hiciera ese sacrificio.

Lo que Jesús le proponía era una prueba decisiva, destinada a descubrir el fondo de su pensamiento. El joven podía, sin duda, ser un hombre perfectamente honesto en la opinión del mundo, no causar daño a nadie, no maldecir a su prójimo, no ser arrogante ni orgulloso, honrar a su padre y a su madre. Sin embargo, no tenía la verdadera caridad, pues su virtud no llegaba hasta la abnegación. Eso fue lo que Jesús quiso demostrar. Era una aplicación del principio: *Fuera de la caridad no hay salvación.*

La consecuencia de aquellas palabras de Jesús, tomadas en su acepción rigurosa, sería la abolición de la riqueza, por

tratarse de un elemento perjudicial para la felicidad futura, así como la causa de una infinidad de males en la Tierra. Sería, además, la condenación del trabajo que puede proporcionarla. Es una consecuencia absurda, que devolvería al hombre a la vida salvaje y que, por eso mismo, estaría en contradicción con la ley del progreso, que es una ley de Dios.

Si la riqueza es la fuente de tantos males, si estimula tantas pasiones malas, si provoca incluso tantos crímenes, no debemos pues culpar a la riqueza en sí misma, sino al hombre que abusa de ella, al igual que lo hace con todos los dones de Dios. Por el abuso, el hombre vuelve pernicioso aquello que podría ser de gran utilidad para él. Es la consecuencia del estado de inferioridad del mundo terrenal. Si la riqueza sólo produjera males, Dios no la habría puesto en la Tierra. Compete al hombre hacer que de ella surja el bien. Aunque no sea un elemento directo del progreso moral, no cabe duda de que la riqueza es un poderoso elemento del progreso intelectual.

En efecto, la misión del hombre consiste en trabajar por el mejoramiento material del globo. Le corresponde roturarlo, sanearlo, prepararlo para que reciba un día a toda la población que su extensión admite. Para alimentar a esa población que crece sin cesar, es preciso aumentar la producción. Si la producción de un país es insuficiente, hay que buscarla fuera de él. Por eso mismo, las relaciones entre los pueblos constituyen una necesidad. A fin de facilitarlas es preciso destruir los obstáculos materiales que los separan, y hacer más rápidas las comunicaciones. Para llevar adelante trabajos que son obra de los siglos, el hombre tuvo que extraer los materiales hasta de las entrañas de la Tierra, y procuró en la ciencia los medios de ejecutarlos con mayor seguridad y rapidez. No obstante, para eso necesitó recursos. La necesidad, pues, lo llevó a crear la ri-

queza, así como lo impulsó a descubrir la ciencia. La actividad impuesta por esos mismos trabajos amplía y desarrolla su inteligencia, y esa inteligencia, que él concentra al principio en la satisfacción de sus necesidades materiales, habrá de ayudarlo más adelante a comprender las grandes verdades morales. Dado que la riqueza es el principal medio de ejecución, sin ella desaparecerían los grandes trabajos, ya no habría actividades, no habría estímulos ni investigaciones. Con toda razón, pues, la riqueza es considerada un elemento de progreso.

## Desigualdad de las riquezas

8. La desigualdad de las riquezas es uno de los problemas que en vano se procurará resolver, en tanto sólo se considere la vida actual. Al respecto, la primera cuestión que se presenta es esta: ¿Por qué no todos los hombres son igualmente ricos? No lo son por una razón muy sencilla: *porque no son igualmente inteligentes, activos y laboriosos para adquirir, ni sobrios y previsores para conservar.* Además, está matemáticamente demostrado que si la riqueza se repartiera en partes iguales, cada uno recibiría una porción mínima e insuficiente; que en el supuesto de que esa distribución se efectuara, el equilibrio se rompería en poco tiempo a causa de la diversidad de caracteres y de aptitudes; pero que si fuera posible y duradera, como cada uno tendría apenas lo necesario para vivir, el resultado sería el aniquilamiento de los trabajos importantes que cooperan al progreso y el bienestar de la humanidad; por último, que en el caso de que esa distribución asignase a cada uno lo necesario, ya no existiría el aguijón que impulsa a los hombres a los grandes descubrimientos y a las iniciativas útiles. Si Dios concentra

la riqueza en ciertos puntos, es para que desde allí se expanda en cantidad suficiente, de acuerdo con las necesidades.

Admitido eso, nos preguntamos por qué Dios concede la riqueza a personas incapaces de hacerla fructificar para el bien de todos. Allí reside también una prueba de la sabiduría y de la bondad de Dios. Al dar al hombre el libre albedrío, ha querido Dios que él llegara, por su propia experiencia, a diferenciar el bien del mal, y que la práctica del bien fuese el resultado de sus esfuerzos y de su propia voluntad. El hombre no debe ser conducido fatalmente ni al bien ni al mal, pues en ese caso sólo sería un instrumento pasivo e irresponsable, como los animales. La riqueza es un recurso para ponerlo a prueba moralmente. Con todo, como al mismo tiempo representa un poderoso medio de acción para el progreso, Dios no quiere que quede por mucho tiempo improductiva, razón por la cual *la cambia de lugar incesantemente*. Cada uno debe poseerla para ejercitarse en su administración y demostrar el uso que sabe hacer de ella. No obstante, como es materialmente imposible que todos la posean al mismo tiempo –por otra parte, si todos la poseyesen nadie trabajaría, y el mejoramiento del globo quedaría comprometido–, *cada uno la posee a su vez.* El que hoy no la tiene, la tuvo ya o la tendrá en otra existencia; y el que la tiene ahora, tal vez no la tenga mañana. Hay ricos y pobres porque, dado que Dios es justo, cada uno debe trabajar en el momento oportuno. Para unos, la pobreza es la prueba de la paciencia y la resignación; para otros, la riqueza es la prueba de la caridad y la abnegación.

Nos lamentamos, con razón, por el pésimo empleo que algunos hacen de su riqueza, así como por las indignas pasiones que la codicia provoca, y nos preguntamos si Dios es justo al dar la riqueza a esas personas. Es cierto que si el hombre sólo tuviera

una existencia, nada justificaría semejante reparto de los bienes de la Tierra. No obstante, si en vez de tener en cuenta tan sólo la vida presente, consideramos el conjunto de las existencias, veremos que todo se equilibra con justicia. Por consiguiente, el pobre no tiene motivo alguno para acusar a la Providencia, ni para envidiar a los ricos; como tampoco estos tienen derecho a vanagloriarse de lo que poseen. Si abusan de ello, no será con decretos ni con leyes suntuarias como podrá remediarse el mal. Las leyes pueden cambiar momentáneamente lo exterior, pero no consiguen cambiar el corazón. Por eso tienen una duración temporaria, y siempre van seguidas de una reacción más desenfrenada. El origen del mal reside en el egoísmo y en el orgullo. Los abusos de toda índole cesarán por sí mismos cuando los hombres se regeneren mediante la ley de la caridad.

## INSTRUCCIONES DE LOS ESPÍRITUS

### La verdadera propiedad

9. Al hombre sólo le pertenece exclusivamente aquello que puede llevarse de este mundo. Lo que encuentra cuando llega, al igual que lo que deja cuando parte, lo disfruta mientras permanece en la Tierra. No obstante, como está obligado a abandonarla, no tiene la posesión real de todos esos bienes, sino simplemente el usufructo. ¿Qué es lo que posee, entonces? Nada de lo que es para uso del cuerpo; todo lo que es para uso del alma: la inteligencia, los conocimientos, las cualidades morales. Eso es lo que trae y lo que se lleva consigo, lo que nadie puede arrebatarle, lo que le será de mayor utilidad en el otro mundo que en este. De él depende que sea más rico al partir que al llegar, porque de todo lo bueno que haya

conquistado depende su posición futura. Cuando un hombre se marcha a un país lejano, arma su equipaje con los objetos que habrá de emplear en ese país, y deja los que le resultarían inútiles. Así pues, proceded del mismo modo en relación con la vida futura, y haced provisión de todo lo que allí os será necesario.

Al viajero que llega a una posada se le ofrece buen alojamiento en caso de que pueda pagarlo. Al de recursos más modestos, le corresponde uno menos agradable. En cuanto al que no tiene nada, irá a dormir sobre la paja. Eso mismo sucede con el hombre cuando llega al mundo de los Espíritus: su lugar en ese mundo está subordinado a sus recursos. Sin embargo, no habrá de pagarlo con oro. Nadie le preguntará: "¿Cuánto tenías en la Tierra?" "¿Qué posición ocupabas?" "¿Eras príncipe o artesano?" Sino que se le preguntará: "¿Qué traes contigo?" No se evaluarán sus bienes ni sus títulos, sino la suma de las virtudes que posea. Ahora bien, en ese aspecto, el artesano puede ser más rico que el príncipe. En vano el rico alegará que antes de partir de la Tierra pagó a precio de oro su ingreso al otro mundo. Le responderán: "Aquí no se compran los puestos, se conquistan mediante la práctica del bien. Con la moneda terrestre pudiste comprar campos, casas, palacios; pero aquí todo se paga con las cualidades del corazón. ¿Eres rico en esas cualidades? Sé bienvenido, y ve hacia uno de los lugares de la primera categoría, donde te esperan todas las felicidades. ¿Eres pobre en ellas? Ve a uno de los lugares de la última, donde serás tratado de acuerdo con tus recursos". (Pascal. Ginebra, 1860.)

10. Los bienes de la Tierra pertenecen a Dios, que los distribuye según su voluntad. El hombre no es más que el

usufructuario, el administrador, más o menos íntegro e inteligente, de esos bienes. A tal punto no constituyen una propiedad individual del hombre, que Dios invalida a menudo todas las previsiones, de modo que hace que la riqueza huya de aquel que se considera con los mejores títulos para poseerla.

Probablemente diréis que eso se aplica a la riqueza hereditaria, pero no a la que se consigue con el trabajo. No cabe duda de que, si existe una riqueza legítima, es esta última, cuando se adquiere honestamente, porque *una propiedad sólo se obtiene legítimamente cuando para adquirirla no se ha hecho daño a nadie*. Se pedirán cuentas hasta de un centavo mal habido, es decir, obtenido con perjuicio para alguien. Con todo, del hecho de que un hombre deba su riqueza a sí mismo, ¿se concluye que al morir tendrá alguna ventaja por ello? Las precauciones que toma para trasmitirla a sus descendientes, ¿no son inútiles muchas veces? Porque, si Dios no quiere que alguno de ellos la reciba, nada prevalecerá contra su voluntad. ¿Puede ese hombre usar y abusar impunemente de su riqueza durante la vida, sin tener que rendir cuentas? No. Al permitirle que la adquiera, es probable que Dios tenga la intención de recompensarlo durante la vida presente, por sus esfuerzos, su valor, su perseverancia. No obstante, si sólo la emplea para satisfacción de sus sentidos o de su orgullo, si esa riqueza se convierte en una causa de equivocación en sus manos, más le hubiera valido no poseerla, puesto que pierde por un lado lo que ha ganado por otro, y anula el mérito de su trabajo. Cuando deje la Tierra, Dios le dirá que ya recibió su recompensa. (M., Espíritu protector, Bruselas, 1861.)

## Empleo de la riqueza

11. No podéis servir a Dios y a Mamón. Acordaos bien de eso, vosotros, a quienes domina el amor al oro; vosotros, que venderíais el alma para poseer tesoros, porque ellos dan lugar a que os elevéis por encima de los demás hombres, y os proporcionan el goce de las pasiones. ¡No; no podéis servir a Dios y a Mamón! Así pues, si sentís vuestra alma dominada por la codicia de la carne, apresuraos a soltar el yugo que os oprime, porque Dios, justo y severo, os dirá: "¿Qué has hecho, administrador infiel, con los bienes que te confié? Empleaste ese poderoso móvil de las buenas obras exclusivamente para tu satisfacción personal".

¿Cuál es, pues, el mejor empleo que se puede dar a la riqueza? Buscad la solución del problema en estas palabras: "Amaos los unos a los otros". Allí está el secreto para el correcto empleo de las riquezas. Quien se encuentre animado por el amor al prójimo, tiene trazada claramente su línea de conducta. El empleo que agrada a Dios es la caridad, no esa caridad fría y egoísta, que consiste en esparcir alrededor suyo lo superfluo de una existencia dorada, sino la caridad plena de amor, que va en busca del desdichado y lo ayuda a levantarse sin humillarlo. Rico, da de lo que te sobra; haz más aún: da un poco de lo que te es necesario, porque aquello que crees que necesitas también te sobra. Pero da con sabiduría. No rechaces al que se queja, por temor a ser engañado. Por el contrario, ve hasta el origen del mal. Primero, consuela. A continuación, infórmate y observa si el trabajo, los consejos, el propio afecto, no serán más eficaces que tu limosna. Esparce alrededor tuyo, en abundancia, el amor de Dios, el amor al trabajo, el amor al prójimo. Invierte tus riquezas en la empresa que nunca fracasa

y que te dará importantes intereses: la de las buenas obras. La riqueza de la inteligencia debe servirte tanto como la del oro. Esparce alrededor tuyo los tesoros de la instrucción; esparce sobre tus hermanos los tesoros de tu amor, pues habrán de fructificar. (Cheverus. Burdeos, 1861.)

12. Cuando considero cuán breve es la vida, me impresiona dolorosamente la incesante preocupación de que es objeto en vosotros el bienestar material, mientras que atribuís tan poca importancia a vuestro perfeccionamiento moral, al que consagráis poco o ningún tiempo, y que debe importaros para la eternidad. Podría decirse, al considerar la actividad que desplegáis, que se trata de una cuestión del más elevado interés para la humanidad, mientras que en la mayoría de los casos sólo se trata de que os ponéis en condiciones de satisfacer necesidades exageradas o la vanidad, o de que os entregáis a excesos. ¡Cuántas aflicciones, inquietudes y tormentos se imponen cada uno; cuántas noches de insomnio para incrementar una fortuna que muchas veces es más que suficiente! Para colmo de la ceguera, no es raro encontrar personas esclavizadas a penosos trabajos por el apego descontrolado a las riquezas y a los goces que proporciona, que se vanaglorian de una existencia a la cual denominan de sacrificios y méritos, ¡como si trabajasen para los otros y no para ellos mismos! ¡Insensatos! ¿Acaso creéis realmente que os serán tomados en cuenta los cuidados y los esfuerzos que invertís impulsados por el egoísmo, la ambición o el orgullo, mientras que descuidáis vuestro porvenir, así como los deberes que la solidaridad fraterna impone a todos los que gozan de las ventajas de la vida social? Apenas habéis pensado en vuestro cuerpo y en su bienestar. Sus goces han sido el exclusivo objeto de vuestro egoísta es-

mero. Por ese cuerpo, que habrá de morir, habéis despreciado a vuestro Espíritu, que vivirá para siempre. Por eso mismo, ese señor tan mimado y acariciado se ha vuelto vuestro tirano. Él comanda a vuestro Espíritu, que se ha convertido en su esclavo. ¿Será ese el objetivo de la existencia que Dios os concedió? (Un espíritu protector. Cracovia, 1861.)

13. Puesto que el hombre es el depositario, el administrador de los bienes que Dios ha puesto en sus manos, se le pedirán rigurosas cuentas del empleo que les haya dado, en virtud de su libre albedrío. El mal uso consiste en hacerlos servir exclusivamente para su satisfacción personal. Por el contrario, el empleo de esos bienes es satisfactorio siempre que de él resulte algún bien para los demás. El mérito es proporcional al sacrificio que el hombre se impone. La beneficencia no es más que una de las maneras de emplear la riqueza; atenúa la miseria actual, aplaca el hambre, preserva del frío y proporciona asilo a quien no lo tiene. No obstante, hay un deber que es al mismo tiempo imperioso y meritorio: el de prevenir la miseria. Esa es la misión de las grandes fortunas, mediante los trabajos de toda índole que con ellas se pueden ejecutar. Y aunque se extraiga un legítimo provecho de esos trabajos, el bien no dejará de existir, porque el trabajo desarrolla la inteligencia y enaltece la dignidad del hombre, siempre ávido de poder decir que gana el pan que come, mientras que la limosna humilla y degrada. La riqueza concentrada en una sola mano debe ser como un manantial de agua viva que esparce la fecundidad y el bienestar alrededor suyo. ¡Oh! Vosotros, los que sois ricos, que empleáis la riqueza según los designios del Señor: vuestro corazón será el primero en saciar su sed en esa fuente bienhechora. Disfrutaréis incluso en esta vida los

inefables goces del alma, en vez de los goces materiales del egoísta, que dejan vacío el corazón. Vuestros nombres serán bendecidos en la Tierra, y cuando la dejéis, el soberano Señor os dirá, como en la parábola de los talentos: "Bien, servidor bueno y fiel, entra en el gozo de tu Señor". En esa parábola, el servidor que enterró el dinero que le había sido confiado, ¿no es la imagen de los avaros, en cuyas manos la riqueza se mantiene improductiva? Con todo, si Jesús habla principalmente de limosnas, eso se debe a que en aquel tiempo y en el país en que vivía no se conocían los trabajos que las artes y la industria crearon más tarde, y en los cuales la riqueza puede ser empleada útilmente, para el bien general. Por consiguiente, a todos los que pueden dar, poco o mucho, les diré: "Dad limosna cuando sea necesario. No obstante, en lo posible, convertidla en un salario, a fin de que el que la reciba no se avergüence de ella". (Fenelón. Argel, 1860.)

## Desprendimiento de los bienes terrenales

14. Vengo, hermanos míos, amigos míos, a traeros mi óbolo, para ayudaros a avanzar con valor por la senda del mejoramiento en la que habéis ingresado. Nosotros nos debemos unos a otros. La regeneración sólo será viable mediante la unión sincera y fraternal entre los Espíritus y los encarnados.

El apego a los bienes terrenales es una de las mayores trabas para vuestro adelanto moral y espiritual. Por ese afán de poseer destruís vuestras facultades de amar, al aplicarlas completamente a las cosas materiales. Sed sinceros: ¿Proporciona la riqueza una felicidad plena? Cuando vuestros cofres están repletos, ¿no hay siempre un vacío en vuestro corazón? En el

fondo de ese cesto de flores, ¿no hay siempre un reptil oculto? Comprendo la satisfacción, legítima por supuesto, que experimenta el hombre que gracias a su trabajo honrado y constante ha obtenido riquezas. No obstante, entre esa satisfacción, tan natural y que Dios aprueba, y un apego que absorbe los demás sentimientos y paraliza los impulsos del corazón, existe mucha distancia, tanta como la que separa la prodigalidad exagerada de la sórdida avaricia, dos vicios entre los cuales Dios ha colocado la caridad: sagrada y saludable virtud, que enseña al rico a dar sin ostentación, para que el pobre reciba sin menoscabo.

Ya sea que la riqueza provenga de vuestra familia, o que la hayáis ganado con vuestro trabajo, hay algo que jamás debéis olvidar: que todo viene de Dios y todo retorna a Dios. Nada os pertenece en la Tierra, ni siquiera vuestro propio cuerpo, pues la muerte os despoja de él, como también de todos los bienes materiales. Vosotros sois depositarios y no propietarios, no os engañéis. Dios os hizo un préstamo, debéis devolvérselo. Él os presta con la condición de que lo superfluo, al menos, retorne a favor de los que no tienen siquiera lo necesario.

Uno de vuestros amigos os presta una suma. Por poco honestos que seáis, procuráis devolvérsela escrupulosamente, y le quedáis agradecidos. Pues bien, esa es la situación del hombre rico. Dios es el amigo celestial que le ha prestado la riqueza. Sólo le pide a cambio amor y reconocimiento, si bien le exige que por su parte dé a los pobres, pues el Padre los considera sus hijos tanto como al rico.

Los bienes que el Señor os ha confiado excitan en vuestros corazones una ardiente y descontrolada codicia. ¿Habéis reflexionado, cuando os apegáis sin moderación a una riqueza perecedera y pasajera como vosotros mismos, que llegará el día en que deberéis rendir cuentas a Dios de lo que de Él pro-

cede? ¿Olvidáis que, a causa de la riqueza, estáis revestidos del carácter sagrado de ministros de la caridad en la Tierra, para que seáis sus dispensadores inteligentes? Así pues, cuando empleáis para vuestro exclusivo provecho lo que se os ha confiado, ¿qué sois, sino depositarios infieles? ¿Qué resulta de ese olvido voluntario de vuestros deberes? La muerte, inflexible e inexorable, llega para rasgar el velo bajo el cual os ocultabais, y os obliga a rendir cuentas al amigo que os favoreció, y que en ese momento se presenta ante vosotros con la toga del juez.

En vano procuráis engañaros en la Tierra, coloreando con el nombre de virtud lo que muchas veces sólo es egoísmo. En vano denomináis economía y previsión a lo que no es otra cosa que ambición y avaricia; o generosidad a lo que simplemente es prodigalidad para vuestro beneficio. Un padre de familia, por ejemplo, se abstendrá de practicar la caridad, economizará, acumulará oro, y alegará que es para dejar a sus hijos la mayor suma posible de bienes, para evitar que caigan en la miseria. Eso es legítimo y paternal, convengo en ello, y nadie habrá de censurarlo. No obstante, ¿será ese siempre el único motivo que lo guía? ¿No se tratará en muchas ocasiones de un compromiso con su conciencia, para justificar ante sí mismo y ante el mundo su apego personal a los bienes terrenales? Con todo, aunque admitamos que el amor paternal sea su único móvil, ¿será ese un motivo para que olvide a sus hermanos ante Dios? Cuando ya tiene lo superfluo, ¿dejará a sus hijos en la miseria por el hecho de que tengan algo menos de lo que les sobra? Endurecer su corazón, ¿no será darles una lección de egoísmo? ¿No será ahogar en ellos el amor al prójimo? Padres y madres, cometéis un grave error si creéis que de ese modo conquistáis mayor afecto de parte de vuestros hijos.

Cuando les enseñáis a ser egoístas para con los demás, les enseñáis a serlo en relación con vosotros mismos.

Cuando un hombre ha trabajado mucho, y con el sudor de su frente ha acumulado bienes, le oiréis decir a menudo que cuando el dinero se ha ganado de ese modo se conoce mejor su valor. No hay verdad más grande. Pues bien, que ese hombre, que dice conocer bien el valor del dinero, practique la caridad según sus posibilidades, y tendrá más mérito que aquel que, nacido en la abundancia, ignora la ardua fatiga del trabajo. Por el contrario, si ese hombre que se acuerda de sus penas, de sus esfuerzos, fuera egoísta e indiferente para con los pobres, será mucho más culpable que el otro, porque cuanto más conoce cada uno, por sí mismo, los dolores ocultos de la miseria, tanto mayor será su deber de aliviar los de los demás.

Lamentablemente, en el hombre rico siempre existe un sentimiento tan intenso como el apego a la riqueza: el orgullo. No es raro ver que un nuevo rico, en vez de ayudar al desventurado que implora su asistencia, lo aturde con la narración de sus esfuerzos y sus habilidades, para decirle por último: "Haz lo que yo hice". Según él, la bondad de Dios no ha intervenido para nada en la obtención de la riqueza que acumuló; sólo atribuye el mérito a sí mismo. El orgullo le pone una venda sobre los ojos y le tapa los oídos. Pese a toda su inteligencia y su aptitud, no comprende que Dios puede hacerlo caer con una sola palabra.

Despilfarrar la riqueza no es una demostración de desprendimiento de los bienes terrenales, sino descuido e indiferencia. El hombre, depositario de esos bienes, no tiene derecho a dilapidarlos, como tampoco a confiscarlos para su provecho. La prodigalidad no es generosidad; muchas veces constituye una forma del egoísmo. Todo aquel que, para satisfacer su ca-

pricho, entrega a manos llenas el oro que posee, no daría un centavo para prestar un servicio. El desapego de los bienes terrenales consiste en apreciar la riqueza en su justo valor, en saber servirse de ella en beneficio de los otros y no sólo de vosotros mismos, en no sacrificar por ella los intereses de la vida futura, así como en perderla sin quejarse, en caso de que Dios disponga quitárosla. Si por obra de reveses imprevistos os convertís en otro Job, decid como él: "Señor, tú me diste la riqueza, tú me la haz quitado; hágase tu voluntad". Ese es el verdadero desprendimiento. En primer lugar, sed sumisos. Tened fe en Aquel que habiéndoos dado y quitado, puede restituiros nuevamente lo que os quitó. Resistid con valor al abatimiento y la desesperación, que paralizan vuestras fuerzas. Cuando Dios os lance un golpe, jamás olvidéis que al lado de la más ardua prueba, Él siempre coloca un consuelo. Pero pensad, sobre todo, que hay bienes infinitamente más preciosos que los de la Tierra, y ese pensamiento os ayudará a desprenderos de estos últimos. El escaso valor que se atribuye a una cosa hace menos difícil su pérdida. El hombre que se apega a los bienes de la Tierra es como un niño que sólo ve el momento presente. El que se desprende de ellos es como un adulto que ve las cosas más importantes, porque comprende estas palabras proféticas del Salvador: "Mi reino no es de este mundo".

El Señor no ordena a nadie que se despoje de lo que posee, para que quede reducido a una mendicidad voluntaria, pues quien obrara de ese modo se convertiría en una carga para la sociedad. Proceder así sería comprender mal el desprendimiento de los bienes terrenales. Sería un egoísmo de otro tipo, porque el hombre se eximiría de la responsabilidad que la riqueza hace pesar sobre el que la posee. Dios la concede a quien mejor le parece, a fin de que la administre en provecho de

todos. Por consiguiente, el rico tiene una misión, que él puede hacer agradable y provechosa para sí mismo. Rechazar la riqueza cuando Dios os la da, significa renunciar a los beneficios del bien que puede hacerse cuando se la administra con sabiduría. Saber pasar sin ella cuando no se la tiene, saber emplearla útilmente cuando se la posee, saber sacrificarla cuando es necesario, significa obrar según los designios del Señor. Aquel a cuyas manos ha llegado lo que en el mundo se llama una buena fortuna, exclame: "¡Dios mío, me has enviado un nuevo encargo; dame la fuerza para cumplirlo según tu santa voluntad!"

Esto es, amigos míos, lo que deseaba enseñaros acerca del desprendimiento de los bienes terrenales. Resumiré lo que he expuesto diciendo: Sabed contentaros con poco. Si sois pobres, no envidiéis a los ricos, porque la fortuna no es necesaria para la felicidad. Si sois ricos, no olvidéis que esos bienes están a vuestro cuidado, y que deberéis justificar su empleo como si rindierais cuenta de una tutela. No seáis depositarios infieles, utilizándolos para la satisfacción de vuestro orgullo y de vuestra sensualidad. No os consideréis con derecho a disponer, para vuestro exclusivo provecho, de lo que sólo es un préstamo, y no una donación. Si no sabéis devolver, no tenéis derecho a pedir, y acordaos de que aquel que da a los pobres, salda la deuda que ha contraído para con Dios. (Lacordaire. Constantina, 1863.)

## Transmisión de la riqueza

15. *El principio en virtud del cual el hombre sólo es depositario de la riqueza de que Dios le permite gozar durante la vida, ¿le quita el derecho de trasmitirla a sus descendientes?*

El hombre puede trasmitir perfectamente, al morir, aquello de que ha gozado durante la vida, porque el efecto de ese derecho está siempre subordinado a la voluntad de Dios, que puede, cuando lo desee, impedir que los descendientes hagan usufructo de esos bienes. No es otro el motivo por el cual se arruinan fortunas que parecen sólidamente constituidas. La voluntad del hombre para conservar en las manos de sus descendientes la riqueza que posee es, pues, impotente, aunque eso no lo priva del derecho de transmitir el préstamo que ha recibido, puesto que Dios se lo quitará cuando lo considere conveniente. (San Luis. París, 1860.)

## Capítulo XVII

# Sed perfectos

Caracteres de la perfección.- El hombre de bien.- Los buenos espíritas.- Parábola del sembrador.- *Instrucciones de los Espíritus*: El deber.- La virtud.- Los superiores y los inferiores.- El hombre en el mundo.- Cuidar el cuerpo y el espíritu.

## Caracteres de la perfección

1. *Amad a vuestros enemigos; haced el bien a los que os odian, y orad por los que os persiguen y calumnian; porque si sólo amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también lo mismo los publicanos? Y si saludáis solamente a vuestros hermanos, ¿qué hacéis con eso más que los otros? ¿No hacen lo mismo los gentiles?* Vosotros, pues, sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto. (*San Mateo*, 5:44, 46 a 48.)

2. Puesto que Dios posee la perfección infinita en todas las cosas, esta máxima: "Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto", tomada literalmente supondría la posibilidad de alcanzar la perfección absoluta. Si le fuese dado a la criatura ser tan perfecta como el Creador, llegaría a ser igual a Él, lo que es inadmisible. Pero los hombres a quienes se dirigía Jesús no

hubieran comprendido esa diferencia, por eso se limita a presentarles un modelo y a decirles que se esfuercen por alcanzarlo.

Así pues, es preciso entender esas palabras en el sentido de la perfección relativa de que la humanidad es capaz y que más la aproxima a la Divinidad. ¿En qué consiste esa perfección? Jesús lo dijo: "Amemos a nuestros enemigos, hagamos el bien a los que nos odian, oremos por los que nos persiguen". Él enseña con eso que la esencia de la perfección es la caridad en su más amplia acepción, porque implica la práctica de las demás virtudes.

En efecto, si observamos los resultados de todos los vicios, e incluso de los simples defectos, reconoceremos que no hay uno siquiera que no altere de algún modo el sentimiento de la caridad, porque todos tienen su origen en el egoísmo y en el orgullo, que son su negación. Todo aquello que excita el sentimiento de la personalidad destruye, o al menos debilita, los elementos de la verdadera caridad, que son la benevolencia, la indulgencia, la abnegación y la devoción. Como el amor al prójimo, llevado hasta el nivel del amor a los enemigos, no puede aliarse con ningún defecto contrario a la caridad, es siempre, por eso mismo, un indicio de cierta superioridad moral. De ahí se sigue que el grado de la perfección está en razón directa de la extensión de ese amor. Por eso Jesús, después de haber dado a sus discípulos las reglas de la caridad en lo más sublime que esta posee, les dijo: "Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto".

## El hombre de bien

3. El verdadero hombre de bien es el que practica la ley de justicia, amor y caridad en su mayor pureza. Cuando interroga

a su conciencia sobre sus propios actos, se pregunta a sí mismo si no ha violado esa ley, si no obró mal, si hizo todo el bien *que pudo*, si ha despreciado voluntariamente alguna ocasión de ser útil, si alguien tiene quejas contra él; en fin, si ha hecho a los demás lo que hubiera querido que hicieran por él.

Tiene fe en Dios, en su bondad, en su justicia y en su sabiduría. Sabe que nada sucede sin su permiso, y se somete en todas las cosas a su voluntad.

Tiene fe en el porvenir; por eso coloca los bienes espirituales por encima de los transitorios.

Sabe que todas las vicisitudes de la vida, todos los dolores y desengaños, son pruebas o expiaciones, y las acepta sin quejarse.

El hombre compenetrado del sentimiento de caridad y de amor al prójimo hace el bien por el bien mismo, sin esperar recompensa; retribuye el mal con el bien, asume la defensa del débil contra el fuerte, y sacrifica siempre sus intereses a favor de la justicia.

Encuentra satisfacción en los beneficios que esparce, en los servicios que presta, en hacer felices a los demás, en las lágrimas que enjuga, en los consuelos que prodiga a los afligidos. Su primer impulso es pensar en los otros antes de pensar en sí, es cuidar el interés de los otros antes que el suyo propio. El egoísta, por el contrario, calcula los beneficios y las pérdidas de cada acción generosa.

Es bueno, humanitario y benevolente para con todos, sin distinción *de razas ni de creencias*, porque en todos los hombres ve a sus hermanos.

Respeta en los demás las convicciones sinceras, y no censura a los que no piensan como él.

En todas las circunstancias la caridad es su guía, pues está consciente de que quien causa perjuicio a los demás con palabras malévolas, quien hiere la susceptibilidad de alguien con su orgullo o su desdén, quien no retrocede ante la idea de provocar un sufrimiento o una contrariedad, aunque leve, cuando podría evitarlo, falta al deber de amar al prójimo, y no merece la clemencia del Señor.

No tiene odio, ni rencor, ni deseos de venganza. A ejemplo de Jesús, perdona y olvida las ofensas, y sólo tiene presente los beneficios, porque sabe que será perdonado según el modo como él haya perdonado.

Es indulgente para con las debilidades ajenas, porque sabe que él mismo necesita de indulgencia, y tiene presente estas palabras de Cristo: "Aquel de vosotros que esté sin pecado, que le arroje la primera piedra".

No se complace en averiguar los defectos ajenos ni en ponerlos en evidencia. Si la necesidad lo obliga a ello, busca siempre el bien que pueda atenuar el mal.

Estudia sus propias imperfecciones y trabaja sin cesar para combatirlas. Emplea todos sus esfuerzos para poder decir, al día siguiente, que hay en él algo mejor que en la víspera.

Nunca se propone dar valor a su carácter ni a sus talentos a expensas de los otros. Por el contrario, aprovecha todas las ocasiones para hacer resaltar lo que es ventajoso para los demás.

No se envanece de su riqueza ni de sus ventajas personales, porque sabe que todo lo que ha recibido se le puede quitar.

Usa, pero no abusa, de los bienes que se le conceden, pues sabe que constituyen un depósito del cual deberá rendir cuentas, y que el empleo más perjudicial que pudiese hacer de ellos consistiría en emplearlos para la satisfacción de sus pasiones.

Si el orden social ha colocado hombres bajo su dependencia, los trata con bondad y benevolencia, porque son sus iguales ante Dios. Recurre a su autoridad para levantarles la moral y no para abrumarlos con su orgullo, y evita lo que podría hacer más penosa la situación subalterna en que se encuentran.

El subordinado, por su parte, comprende los deberes de la posición que ocupa y procura cumplirlos a conciencia. (Véase el Capítulo XVII, § 9.)

Finalmente, el hombre de bien respeta en sus semejantes todos los derechos que les confieren las leyes de la naturaleza, como quisiera que ellos respetaran los suyos.

No han sido enumeradas aquí todas las cualidades que distinguen al hombre de bien. Con todo, quien se esfuerce en poseer las que acabamos de describir está en el camino que lo conduce hacia las demás.

## Los buenos espíritas

4. El espiritismo bien comprendido, pero sobre todo bien sentido, conduce forzosamente a los resultados expuestos más arriba, que caracterizan al verdadero espírita tanto como al verdadero cristiano, pues ambos son lo mismo. El espiritismo no crea una moral nueva: simplemente facilita a los hombres la comprensión y la práctica de la moral de Cristo, al ofrecerles una fe sólida e ilustrada a los que dudan o vacilan.

Sin embargo, muchos de los que creen en los hechos de las manifestaciones no comprenden sus consecuencias ni su alcance moral, o, en caso de que los comprendan, no los aplican a sí mismos. ¿A qué se debe eso? ¿A una falta de precisión de la doctrina? No, pues no contiene alegorías ni figuras que

puedan dar lugar a falsas interpretaciones. La claridad está en su esencia, y en eso reside su fuerza, porque va directo a la inteligencia. Nada tiene de misteriosa, y sus iniciados no están en posesión de ningún secreto oculto para el vulgo.

Así pues, para comprenderla, ¿se requiere una inteligencia fuera de lo común? No, porque hay hombres de una capacidad notoria que no la comprenden, mientras que inteligencias vulgares, e incluso jóvenes apenas salidos de la adolescencia, comprenden sus matices más sutiles con admirable precisión. Eso es consecuencia de que la parte, por así decirlo, *material* de la ciencia, sólo requiere la vista para observar, mientras que la parte *esencial* precisa cierto grado de sensibilidad, al que se puede denominar *madurez del sentido moral*, madurez independiente de la edad y del grado de instrucción, porque es inherente al desarrollo, en un sentido especial, del Espíritu encarnado.

En algunas personas, los lazos de la materia son aún muy tenaces para permitir que el Espíritu se desprenda de las cosas de la Tierra. La niebla que las envuelve los priva de la visión de lo infinito, razón por la cual no cortan fácilmente con sus gustos ni con sus costumbres, como tampoco comprenden que exista algo mejor que aquello de lo que están dotados. La creencia en los Espíritus es para ellos un simple hecho, que modifica poco o nada sus tendencias instintivas. En una palabra, no perciben más que un rayo de luz, que es insuficiente para guiarlos y proporcionarles una aspiración poderosa, capaz de vencer a sus inclinaciones. Se atienen más a los fenómenos que a la moral, que les parece banal y monótona. Solicitan sin cesar a los Espíritus que los inicien en nuevos misterios, pero no intentan saber si ya son dignos de penetrar los secretos del Creador. Se trata de los espíritas imperfectos, algunos de los cuales se quedan a mitad del camino o se apartan de sus her-

manos en creencia, porque retroceden ante la obligación de reformarse, o bien reservan sus simpatías para los que comparten sus debilidades o sus prejuicios. No obstante, la aceptación del principio de la doctrina constituye el primer paso que hará que el segundo les resulte más fácil, en otra existencia.

Aquel que puede, con razón, recibir la calificación de verdadero y sincero espírita, se encuentra en un grado superior de adelanto moral. El Espíritu, que en él domina de modo más completo la materia, le confiere una percepción más clara del porvenir. Los principios de la doctrina hacen vibrar en él las fibras que permanecen inertes en los demás. En una palabra: *le han tocado el corazón*. Por eso su fe es inquebrantable. Uno es como el músico al que le alcanzan unos pocos acordes para conmoverse, mientras que el otro sólo oye sonidos. *Se reconoce al verdadero espírita por su transformación moral y por los esfuerzos que hace para dominar sus malas inclinaciones.* Mientras que uno se conforma con su horizonte limitado, el otro, que capta algo mejor, se esfuerza en superar sus límites, y siempre lo consigue, cuando tiene firmeza de voluntad.

## Parábola del sembrador

5. *Ese mismo día, salió Jesús de la casa y se sentó junto al mar. Y se reunió una gran multitud alrededor suyo, por lo que se subió a una barca y se sentó en ella, y toda la gente permanecía en la rivera. Y les dijo muchas cosas en parábolas, hablándoles de este modo:*

*"El sembrador salió a sembrar; y mientras sembraba, una parte de las semillas cayó a lo largo del camino, y las aves del cielo vinieron y se las comieron.*

*"Otra parte cayó en lugares pedregosos, donde no había mucha tierra; y las semillas brotaron pronto porque la tierra donde cayeron no era profunda. Pero en cuanto salió el sol las quemó y, como no tenían raíces, se secaron.*

*"Otra parte cayó entre los espinos, y cuando estos crecieron las ahogaron.*

*"Otra, finalmente, cayó en tierra buena, y las semillas dieron fruto, unas ciento, otras sesenta, y otras treinta.*

*"El que tenga oídos para oír, que oiga".* (*San Mateo*, 13:1 a 9.)

*"Escuchad, pues, vosotros, la parábola del sembrador.*

*"Si alguien escucha la palabra del reino y no le presta atención, viene el espíritu maligno y le arrebata lo que estaba sembrado en su corazón. Ese es el que recibió la semilla a lo largo del camino.*

*"El que recibe la semilla en medio de las piedras, es el que escucha la palabra y la recibe con gozo en el primer momento. Pero como no tiene raíz, dura poco tiempo. Y cuando sobrevienen las tribulaciones y las persecuciones por causa de la palabra, saca él de ahí un motivo de escándalo y de caída.*

*"El que recibe la semilla entre los espinos, es el que oye la palabra, pero pronto las preocupaciones del mundo y la ilusión de las riquezas ahogan en él esa palabra y la vuelven infructuosa.*

*"Pero el que recibe la semilla en tierra buena, es el que escucha la palabra y le presta atención; y en él da fruto, cien, o sesenta, o treinta por uno."* (*San Mateo*, 13:18 a 23.)

6. La parábola del sembrador expresa perfectamente los matices que existen en el modo como son aprovechadas las

enseñanzas del Evangelio. ¡Cuántas personas hay, en efecto, para las cuales sólo constituye una letra muerta que, semejante a la semilla que cayó sobre las piedras, no produce ningún fruto!

La parábola encuentra una explicación, no menos apropiada, en las diferentes categorías de los espíritas. ¿No es acaso el emblema de los que sólo están atentos a los fenómenos materiales, y no extraen de ellos ninguna consecuencia, porque los ven apenas como un motivo de curiosidad? ¿No simboliza a los que solamente buscan el lado brillante de las comunicaciones de los Espíritus, por las que sólo se interesan cuando satisfacen su imaginación, pero que después de haberlas oído permanecen tan fríos e indiferentes como antes? ¿No representa a los que consideran muy apropiados esos consejos, y los admiran, pero para aplicarlos a los demás y no a sí mismos? ¿No alude, por último, a aquellos para quienes esas instrucciones son como la semilla que cayó en tierra buena y da frutos?

## INSTRUCCIONES DE LOS ESPÍRITUS

### El deber

7. El deber es la obligación moral del hombre, en primer lugar para consigo mismo, y a continuación para con los otros. El deber es la ley de la vida. Se encuentra en los más ínfimos detalles, así como en los actos más elevados. Me propongo hablar aquí exclusivamente del deber moral, y no del deber que imponen las creencias.

En el orden de los sentimientos, es muy difícil que el deber se cumpla, porque se halla en antagonismo con las se-

ducciones del interés y del corazón. Sus victorias no tienen testigos, y sus derrotas no están sometidas a la represión. El deber íntimo del hombre está confiado a su libre albedrío. El aguijón de la conciencia, ese guardián de la probidad interior, le advierte y lo sostiene, pero a menudo se muestra impotente ante los sofismas de la pasión. El deber del corazón, fielmente observado, eleva al hombre. Pero ¿cómo especificarlo con exactitud? ¿Dónde comienza? ¿Dónde termina? *El deber comienza exactamente en el punto en que amenazáis la felicidad o la tranquilidad de vuestro prójimo, y termina en el límite que no deseáis que nadie trasponga en relación con vosotros.*

Dios ha creado a todos los hombres iguales en cuanto al dolor. Pequeños o grandes, ignorantes o instruidos, todos sufren por las mismas causas, para que cada uno juzgue en su sana conciencia el mal que ha podido hacer. No existe el mismo criterio para el bien, que es infinitamente más variado en sus manifestaciones. *La igualdad ante el dolor es una sublime previsión de Dios, que quiere que sus hijos, instruidos por la experiencia en común, no cometan el mal alegando que ignoran sus efectos.*

El deber es el resumen práctico de todas las reflexiones morales. Es la valentía del alma que afronta las angustias de la lucha. El deber es austero y dócil. Dispuesto a ceder ante las más diversas complicaciones, permanece inflexible ante las tentaciones. *El hombre que cumple su deber ama a Dios más que a las criaturas, y a las criaturas más que a sí mismo.* Es, al mismo tiempo, juez y prisionero en su propia causa.

El deber es el más hermoso galardón de la razón. Depende de ella, como el hijo depende de su madre. El hombre debe amar el deber, no porque este preserve de los males de la vida,

males a los que la humanidad no puede sustraerse, sino porque confiere al alma el vigor necesario para su desarrollo.

El deber crece y se propaga con un aspecto más elevado en cada una de las etapas superiores de la humanidad. La obligación moral de la criatura para con Dios no cesa nunca; debe reflejar las virtudes del Eterno, que no admite bosquejos imperfectos, porque quiere que la belleza de su obra resplandezca ante Él. (Lázaro. París, 1863.)

## La virtud

8. La virtud, en su más alto grado, comprende el conjunto de las cualidades esenciales que constituyen el hombre de bien. Ser bueno, caritativo, laborioso, sobrio y modesto, son cualidades del hombre virtuoso. Lamentablemente, esas cualidades muchas veces están acompañadas de pequeñas enfermedades morales, que les quitan el encanto y las empalidecen. Aquel que hace ostentación de su virtud no es virtuoso, puesto que le falta la cualidad principal: la modestia, y tiene el vicio que se le opone: el orgullo. A la virtud verdaderamente digna de ese nombre no le gusta exhibirse. Hay que adivinar su presencia, pues se oculta en la oscuridad, y huye de la admiración de las multitudes. San Vicente de Paúl era virtuoso, como eran virtuosos el digno cura de Ars y muchos otros a quienes el mundo prácticamente ignora, pero a quienes Dios conoce. Todos esos hombres de bien no pensaban que fuesen virtuosos: se dejaban llevar por el impulso de sus sagradas inspiraciones, y practicaban el bien con desinterés absoluto y pleno olvido de sí mismos.

A esa virtud, comprendida y practicada de ese modo, os invito, hijos míos. A esa virtud, en verdad cristiana y espírita, os exhorto a que os consagréis. No obstante, apartad de vuestros corazones la idea del orgullo, de la vanidad y del amor propio, que ineludiblemente quitan el encanto de las más hermosas cualidades. No imitéis a ese hombre que se presenta como modelo, y hace alarde de sus propias cualidades a los oídos complacientes. La virtud que se ostenta esconde a menudo una infinidad de pequeñas torpezas y de detestables cobardías.

En principio, el hombre que se enaltece a sí mismo, que erige una estatua a su propia virtud, anula por ese simple hecho todo el mérito efectivo que puede tener. Pero ¿qué diré de aquel cuyo único valor consiste en aparentar lo que no es? Admito que el hombre que practica el bien experimenta una satisfacción íntima en el corazón, pero a partir del momento en que esa satisfacción se exterioriza en busca de recibir elogios, degenera en amor propio.

¡Oh, todos vosotros, a quienes la fe espírita ha dado abrigo con sus rayos, y que sabéis cuán lejos está el hombre de la perfección, jamás tropecéis con semejante escollo! La virtud es una gracia que deseo para todos los espíritas sinceros. Con todo, os diré: Más vale poca virtud con modestia, que mucha con orgullo. Por el orgullo las generaciones sucesivas se han perdido; por la humildad habrán de redimirse un día. (François-Nicolas-Madeleine. París, 1863.)

## Los superiores y los inferiores

9. La autoridad, lo mismo que la riqueza, es un encargo del que deberá rendir cuentas aquel que está investido de ella.

No supongáis que se le ha conferido para proporcionarle el vano placer de mandar; ni tampoco, como lo cree equivocadamente la mayor parte de los poderosos de la Tierra, como un derecho o una propiedad. Dios, por otra parte, les demuestra constantemente que no es ni lo uno ni lo otro, pues la retira cuando le place. Si fuese un privilegio inherente a la persona que la ejerce, sería inalienable. Así pues, nadie puede decir que algo le pertenece cuando se le puede quitar sin su consentimiento. Dios confiere la autoridad a título de *misión* o de prueba, cuando lo juzga conveniente, y la retira del mismo modo.

Quienquiera que sea depositario de autoridad, sea cual fuere la extensión de ella, desde la del señor sobre su servidor hasta la del soberano sobre su pueblo, no debe olvidar que tiene almas a su cargo. Habrá de responder por la buena o la mala orientación que imparta a sus subordinados, y sobre él recaerán las faltas que estos lleguen a cometer, así como los vicios a los cuales sean arrastrados a consecuencia de esa orientación o de los *malos ejemplos* que dé. Por el contrario, recogerá los frutos de la dedicación que emplee para conducirlos hacia el bien. Cada hombre tiene en la Tierra una misión, grande o pequeña, y esa misión, cualquiera que sea, siempre se le otorga para el bien. Por consiguiente, quien la falsea en su principio no hace más que fracasar en su desempeño.

Del mismo modo que Dios pregunta al rico: "¿Qué has hecho de la riqueza que debía ser en tus manos una fuente que esparciera fecundidad alrededor tuyo?", preguntará también al que tenga una autoridad cualquiera: "¿Qué uso has hecho de esa autoridad? ¿Qué males has evitado? ¿Qué progreso promoviste? Si te di subordinados, no fue para que los convirtieras en esclavos de tu voluntad, ni en instrumentos

dóciles a tus caprichos o a tu ambición. Te hice fuerte y te confié a los débiles para que los amparases y los ayudaras a ascender hacia mí".

El superior que se encuentra compenetrado de las palabras de Cristo, no desprecia a ninguno de los que están a sus órdenes, porque sabe que las distinciones sociales no persisten delante de Dios. El espiritismo le enseña que si hoy le obedecen, tal vez antes le han dado órdenes, o se las darán más adelante, y entonces será tratado según la manera como haya tratado a los otros.

Si bien el superior tiene deberes que cumplir, el inferior también los tiene, y no son menos sagrados. Si este último es espírita, su conciencia le dirá aún mejor que no puede considerarse dispensado de ellos, ni siquiera cuando su jefe deje de cumplir con los que le competen, porque sabe que no debe devolver mal por mal, y que las faltas de los unos no justifican las de los otros. Si sufre por su posición, dirá que seguramente lo ha merecido, porque es posible que él mismo haya abusado en otro tiempo de su autoridad, y porque le corresponde a su vez experimentar los inconvenientes que ha hecho sufrir a otros. Si se ve obligado a soportar esa posición, porque no encuentra otra mejor, el espiritismo le enseña a resignarse y a considerarla una prueba para su humildad, necesaria para su adelanto. Su creencia lo guía en la manera de comportarse, y lo induce a proceder como le gustaría que sus subordinados procediesen para con él, en el caso de que fuera el jefe. Por eso mismo, es más escrupuloso en el cumplimiento de sus obligaciones, pues comprende que toda negligencia en el trabajo que se le ha confiado es un perjuicio para aquel que lo remunera, y al que debe su tiempo y su dedicación. En una palabra, es inducido por el sentimiento del deber que su fe le confiere, y por la certeza

de que todo desvío del camino recto implica una deuda que, tarde o temprano, deberá pagar. (François-Nicolas-Madeleine, Cardenal Morlot. París, 1863.)

## El hombre en el mundo

10. Un sentimiento de piedad debe en todo momento animar el corazón de los que se reúnen bajo el amparo del Señor e imploran la asistencia de los Espíritus buenos. Purificad, pues, vuestros corazones. No permitáis que en él se aloje ningún pensamiento mundano o fútil. Elevad vuestro espíritu hacia aquellos a quienes convocáis, a fin de que, al encontrar en vosotros las disposiciones necesarias, puedan esparcir en abundancia la semilla que debe germinar en vuestros corazones y producir en ellos frutos de caridad y de justicia.

Sin embargo, no creáis que exhortándoos sin cesar a la oración y a la evocación mental, os comprometemos a que llevéis una vida mística, que os coloque al margen de las leyes de la sociedad donde estáis condenados a vivir. De ninguna manera; vivid con los hombres de vuestra época, como deben vivir los hombres. Renunciad a las necesidades, aun a las frivolidades cotidianas; pero hacedlo con un sentimiento de pureza que pueda santificarlas.

Estáis llamados a tomar contacto con almas de diversa índole, de caracteres opuestos: no choquéis con ninguno de aquellos con quienes os encontréis. Sed alegres, sed felices; pero que vuestra alegría sea la que proviene de una conciencia recta, y que vuestra felicidad sea la del heredero del Cielo que cuenta los días que faltan para que tome posesión de su herencia.

La virtud no consiste en revestirse de un aspecto lúgubre y severo, ni en rechazar los placeres que vuestra condición humana os permite. Basta con que dediquéis todos los actos de vuestra vida al Creador, que os ha dado esa vida. Basta con que, cuando empecéis o acabéis una obra, elevéis vuestro pensamiento a ese Creador y le pidáis, en un impulso del alma, ya sea su protección para alcanzar el éxito, o su bendición por la obra concluida. Sea lo que fuere que hagáis, remontaos al origen de todas las cosas. Nunca hagáis nada sin que el recuerdo de Dios venga a purificar y santificar vuestros actos.

La perfección reside por completo, como lo ha dicho Cristo, en la práctica de la caridad absoluta. No obstante, los deberes de la caridad se extienden a todas las posiciones sociales, desde la más insignificante hasta la de mayor importancia. El hombre que viviese aislado no tendría cómo practicar la caridad. Solamente en contacto con sus semejantes, en las luchas más penosas, encuentra él la ocasión de llevarla a cabo. Así pues, aquel que se aísla, se priva voluntariamente del más poderoso medio de perfeccionarse. Si no tiene que pensar más que en sí mismo, su vida es la de un egoísta. (Véase el Capítulo V, § 26.)

No imaginéis, por consiguiente, que para vivir en comunicación constante con nosotros, para vivir bajo el amparo de Dios, sea preciso que os mortifiquéis con el cilicio y os cubráis de cenizas. No y otra vez no. Sed felices de acuerdo con las necesidades de la humanidad. Pero que en vuestra felicidad nunca entre un pensamiento o un acto que pueda ofender al Señor o hacer que se empañe el rostro de los que os aman y dirigen. Dios es amor y bendice a los que aman santamente. (Un espíritu protector. Burdeos, 1863.)

## Cuidar el cuerpo y el espíritu

11. ¿Acaso la perfección moral consiste en la maceración del cuerpo? Para resolver esa cuestión me apoyaré en principios elementales, y comenzaré por demostrar la necesidad de cuidar el cuerpo, que, según las alternativas de salud y de enfermedad, influye de manera decisiva en el alma, que debe ser considerada como cautiva en la carne. Para que esa prisionera viva, se recree y llegue incluso a concebir la ilusión de la libertad, el cuerpo debe estar sano, bien dispuesto, fuerte. Sigamos con la comparación. Supongamos, pues, que ambos se hallan en perfecto estado. ¿Qué deben hacer para mantener el equilibrio entre sus aptitudes y sus necesidades, tan diferentes? La lucha parece inevitable entre los dos y es difícil develar el secreto sobre cómo hacer que encuentren el equilibrio.[12]

Dos sistemas se confrontan aquí: el de los ascetas, que quieren aniquilar el cuerpo, y el de los materialistas, que quieren rebajar el alma. Se trata de dos violencias casi tan insensatas la una como la otra. Al lado de esas dos grandes divisiones pulula la numerosa tribu de los indiferentes, que, sin convicción ni pasión, aman con tibieza y gozan con economía. Así pues, ¿dónde está la sabiduría? ¿Dónde está la ciencia de vivir? En ninguna parte. Y ese gran dilema quedaría sin solución, si no fuera porque el espiritismo viene en auxilio de los investigadores para demostrarles las relaciones que existen entre el cuerpo y el alma, y para decirles que, puesto que son necesarios tanto el uno como la otra, es preciso cuidarlos a los dos. Por consiguiente, amad vuestra alma, pero cuidad también el cuerpo,

12. Esta última oración figura en la 1.ª edición de la presente obra, pero no en la versión definitiva. Véase *Imitation de l'Évangile selon le spiritisme*, París, 1864. (N. del T.)

instrumento del alma. Ignorar las necesidades que la propia naturaleza indica, es ignorar la ley de Dios. No castiguéis al cuerpo por las faltas que vuestro libre albedrío lo indujo a cometer, y de las cuales es tan responsable como el caballo mal dirigido lo es por los accidentes que causa. ¿Acaso seréis más perfectos si martirizáis vuestro cuerpo pero no sois menos egoístas, menos orgullosos y más caritativos para con vuestro prójimo? No, la perfección no consiste en eso, sino en las reformas que hagáis experimentar a vuestro Espíritu. Doblegadlo, sometedlo, humilladlo, mortificadlo: ese es el modo de hacerlo dócil a la voluntad de Dios, y el único que conduce a la perfección. (Georges, espíritu protector. París, 1863.)

Capítulo XVIII

# Muchos son los llamados, y pocos los escogidos

Parábola del festín de bodas.- La puerta estrecha.-
No todos los que dicen: *¡Señor! ¡Señor!*, entrarán en el reino
de los Cielos.- Mucho se pedirá a quien mucho recibió.-
*Instrucciones de los Espíritus*: Se dará al que tiene.-
Se reconoce al cristiano por sus obras.

## Parábola del festín de bodas

1. *Jesús habló otra vez en parábolas, y les dijo:*

*"El reino de los Cielos es semejante a un rey que quería festejar el casamiento de su hijo. Envió sus servidores a llamar para las bodas a los que habían sido invitados; pero estos se negaron a ir. El rey envió otros servidores con la orden de decir de su parte a los convidados: 'Preparé mi banquete; mandé matar a mis novillos y a todos los animales cebados; todo está dispuesto; venid a la boda'. Pero ellos, sin hacer caso, se fueron uno a su casa de campo, otro a su negocio. Los demás tomaron a los servidores y los mataron, después de haber cometido muchos ultrajes contra ellos. Al saber eso, el rey se encolerizó y, enviando sus ejércitos, acabó con aquellos asesinos y prendió fuego a la ciudad.*

*"Entonces, dijo a sus servidores: 'El festín de bodas está preparado; pero los que fueron invitados no eran dignos. Id, pues, a los cruces de los caminos, y llamad a las bodas a todos los que encontréis'. Los servidores salieron a las calles y reunieron a todos los que encontraron, buenos y malos; y la sala de bodas se llenó de comensales.*

*"El rey entró enseguida para ver a los que estaban a la mesa, y vio allí un hombre que no estaba vestido con la túnica nupcial, y le dijo: 'Amigo, ¿cómo has entrado aquí sin la túnica nupcial?' El hombre enmudeció. Entonces, el rey dijo a su gente: 'Atadle de pies y manos, y arrojadlo a las tinieblas exteriores: allí habrá llanto y crujir de dientes. Porque* muchos son los llamados, y pocos los escogidos*'."* (*San Mateo*, 22:1 a 14.)

2. El incrédulo se burla de esta parábola, que le parece de una pueril ingenuidad, porque no comprende que pueda haber tantas dificultades para asistir a una fiesta y, menos aún, que los invitados lleven su resistencia hasta el extremo de masacrar a los enviados del dueño de casa. "No cabe duda de que las parábolas –dice el incrédulo– son imágenes, pero aun así no deben superar los límites de lo verosímil."

Lo mismo puede decirse de todas las alegorías, así como de las fábulas más ingeniosas, si no se las despoja de su envoltura para buscar en ellas el sentido oculto. Jesús componía las suyas con los hábitos más comunes de la vida, y las adaptaba a las costumbres y al carácter del pueblo al cual hablaba. La mayoría de ellas tenía como objetivo hacer que penetrara en las masas la idea de la vida espiritual. El sentido de muchas de las parábolas parece ininteligible sólo porque sus intérpretes no se ubican en ese mismo punto de vista.

En esta parábola, Jesús compara el reino de los Cielos, donde todo es alegría y felicidad, con un festín de bodas. Con los primeros invitados, él hace alusión a los hebreos, que fueron los primeros a quienes Dios llamó al conocimiento de su ley. Los enviados del rey son los profetas, que venían a exhortarlos a que siguieran el camino de la verdadera felicidad; pero sus palabras fueron poco escuchadas, y sus advertencias despreciadas, a tal punto que muchos fueron masacrados, como los servidores de la parábola. Los invitados que rechazan la invitación, alegando que tienen que ir a cuidar de sus campos y sus negocios, son el símbolo de las personas mundanas que, absorbidas por las cosas terrenales, se mantienen indiferentes a las celestiales.

Los judíos de aquella época creían que su nación debía conquistar la supremacía sobre todas las otras. En efecto, ¿no había Dios prometido a Abraham que su posteridad cubriría toda la Tierra? No obstante, como en todos los casos, tomaron la forma por el fondo, y estaban convencidos de que se trataba de una dominación efectiva, en el sentido material.

Antes de la venida de Cristo, con excepción de los hebreos, todos los pueblos eran idólatras y politeístas. Si algunos hombres superiores al vulgo concibieron la idea de la unidad divina, esa idea se mantuvo en estado de sistema personal, y en ningún lugar fue aceptada como verdad fundamental, salvo por algunos iniciados que ocultaban sus conocimientos bajo un velo misterioso e impenetrable para las masas. Los hebreos fueron los primeros que practicaron públicamente el monoteísmo. A ellos trasmitió Dios su ley, primero por medio de Moisés, y después por Jesús. De ese pequeño foco salió la luz destinada a esparcirse por todo el mundo, a triunfar sobre el paganismo y a dar a Abraham una posteridad *espiritual* "tan

numerosa como las estrellas del firmamento". Pero los judíos, aunque rechazaban por completo la idolatría, habían despreciado la ley moral, para dedicarse a la práctica más sencilla del culto exterior. El mal había llegado a su colmo: la nación, además de esclavizada, era destrozada por las facciones y dividida por las sectas. La incredulidad misma había penetrado hasta en el santuario. Entonces apareció Jesús, enviado para llamarlos al cumplimiento de la ley y para desplegar ante ellos los nuevos horizontes de la vida futura. Los judíos fueron los *primeros* invitados al gran banquete de la fe universal, pero rechazaron la palabra del celestial Mesías, y lo mataron. Así perdieron el fruto que hubieran podido recoger de su propia iniciativa.

Sería injusto, con todo, acusar al pueblo entero de ese estado de cosas. La responsabilidad incumbía principalmente a los fariseos y a los saduceos, que sacrificaron la nación por el orgullo y el fanatismo de unos, y por la incredulidad de los otros. Son ellos, principalmente, a quienes identifica Jesús con los invitados que se rehusaron a comparecer en el festín de bodas. Después añade: "El rey, al ver eso, ordenó invitar a todos los que se encontraran en los cruces de los caminos, tanto buenos como malos". Pretendía decir con eso que la palabra iba a ser predicada a todos los otros pueblos, paganos e idólatras, y que si la aceptaban, serían admitidos en el festín para que ocuparan el lugar de los que habían sido invitados en primer término.

Pero no basta con ser invitado. No basta con denominarse cristiano, ni con sentarse a la mesa para tomar parte del celestial banquete. Es preciso, ante todo y como expresa condición, estar vestido con la túnica nupcial, es decir, tener pureza de corazón y practicar la ley según su espíritu. Ahora bien, la ley está resumida en estas palabras: *Fuera de la caridad no hay salvación.* No obstante, entre los que oyen la palabra divina,

¡cuán pocos hay que la respetan y la aplican provechosamente! ¡Cuán pocos se hacen dignos de entrar en el reino de los Cielos! Por eso dijo Jesús: *Muchos serán los llamados, y pocos los escogidos.*

## La puerta estrecha

3. *Entrad por la puerta estrecha, porque ancha es la puerta de la perdición, y espacioso el camino que conduce a ella, y muchos son los que entran por ella. En cambio, ¡qué pequeña es la puerta de la vida! ¡Y qué estrecho el camino que conduce a ella! ¡Y qué pocos son los que la encuentran!* (*San Mateo*, 7:13 y 14.)

4. *Y alguien le hizo esta pregunta: "Señor, ¿serán pocos los que se salven?" Él les respondió: "Esforzaos en entrar por la puerta estrecha, pues os aseguro que muchos procurarán entrar y no podrán. Y cuando el padre de familia haya entrado y cerrado la puerta, vosotros desde afuera comenzaréis a golpear, diciendo: 'Señor, ábrenos'. Y él os responderá: 'No sé de dónde sois'. Entonces comenzaréis a decir: 'Comimos y bebimos en tu presencia, y en nuestras plazas públicas enseñaste'. Y él os responderá: 'No sé de dónde sois. Apartaos de mí todos vosotros, que practicáis la iniquidad'.*

*"Entonces habrá llanto y crujir de dientes, cuando veáis a Abraham, a Isaac, a Jacob y a todos los profetas en el reino de Dios, mientras vosotros sois arrojados fuera. Y vendrán de Oriente y de Occidente, de Septentrión y del Mediodía, para participar del festín en el reino de Dios. Entonces, los que fueron los últimos serán los primeros, y los que fueron primeros serán los últimos."* (*San Lucas*, 13:23 a 30.)

5. La puerta de la perdición es ancha porque las malas pasiones son numerosas, y la mayoría de los hombres frecuenta el camino del mal. La puerta de la salvación es estrecha porque el hombre que quiere penetrar por ella debe hacer grandes esfuerzos sobre sí mismo para vencer sus malas tendencias, y pocos se resignan a ello. Esta enseñanza es el complemento de la máxima: "Muchos son los llamados, y pocos los escogidos".

Tal es el estado actual de la humanidad terrena, pues dado que la Tierra es un mundo de expiación, en ella predomina el mal. Cuando se haya transformado, el camino del bien será el más frecuentado. Aquellas palabras deben, pues, entenderse en un sentido relativo y no absoluto. Si ese debiera ser el estado normal de la humanidad, Dios habría condenado voluntariamente a la perdición a la inmensa mayoría de sus criaturas: suposición inadmisible desde el momento en que se reconoce que Dios es la justicia y la bondad por excelencia.

No obstante, ¿de qué delitos se habría hecho culpable esta humanidad para merecer una suerte tan penosa, en su presente y también en su porvenir, si ella estuviese en su totalidad relegada a la Tierra y si el alma no hubiera tenido otras existencias? ¿Por qué tantos inconvenientes sembrados en su camino? ¿Por qué esa puerta tan estrecha que sólo a unos pocos es dado trasponer, si la suerte del alma está fijada definitivamente después de la muerte? Así, con la unidad de la existencia, el hombre está siempre en contradicción consigo mismo y con la justicia de Dios. En cambio, con la anterioridad del alma y la pluralidad de los mundos, el horizonte se ensancha; se hace la luz sobre los puntos más obscuros de la fe; el presente y el porvenir se eslabonan con el pasado, y sólo entonces se llega a comprender toda la profundidad, toda la verdad y toda la sabiduría de las máximas de Cristo.

## No todos los que dicen: *¡Señor! ¡Señor!*, entrarán en el reino de los Cielos

6. *No todos los que me dicen: "¡Señor! ¡Señor!", entrarán en el reino de los Cielos, sino sólo entrará el que hace la voluntad de mi Padre, que está en los Cielos. Muchos me dirán ese día: "¡Señor! ¡Señor! ¿No profetizamos en tu nombre? ¿No expulsamos al demonio en tu nombre, y en tu nombre no hicimos muchos milagros?" Yo entonces les declararé: "Apartaos de mí, vosotros que obráis la iniquidad"*. (*San Mateo*, 7:21 a 23.)

7. *Así pues, todo el que oiga estas palabras mías y las ponga en práctica, será comparado a un hombre prudente que edificó su casa sobre la roca: cayó la lluvia, los ríos desbordaron, soplaron los vientos sobre la casa; pero ella no se derrumbó, porque estaba edificada sobre la roca. Mas todo el que oiga estas mis palabras y no las ponga en práctica, será como el hombre insensato que construyó su casa en la arena: cayó la lluvia, los ríos desbordaron, soplaron los vientos sobre la casa, y ella se derrumbó; y fue grande su ruina.* (*San Mateo*, 7:24 a 27; *San Lucas*, 6:46 a 49.)

8. *El que viole uno de estos mandamientos menores, y enseñe a los hombres a violarlos, será considerado como el último en el reino de los Cielos. En cambio, el que los cumpla y los enseñe será grande en el reino de los Cielos*. (*San Mateo*, 5:19.)

9. Todos los que reconocen la misión de Jesús dicen: "¡Señor! ¡Señor!" Pero ¿de qué sirve que lo llamen Maestro o Señor si no siguen sus preceptos? ¿Son acaso cristianos los que lo honran mediante actos exteriores de devoción y, al mismo tiempo, se consagran por completo al orgullo, al egoísmo, a

la ambición y a todas sus pasiones? ¿Son acaso discípulos del Señor los que pasan los días orando y, sin embargo, no son mejores, ni más caritativos, ni más indulgentes para con sus semejantes? No, porque al igual que los fariseos, tienen la plegaria en los labios pero no en el corazón. Con la apariencia pueden imponerse a los hombres, pero no a Dios. En vano le dirán a Jesús: "Señor, nosotros hemos profetizado, es decir, enseñado en tu nombre; hemos expulsado en tu nombre los demonios; hemos comido y bebido contigo". Él les responderá: "No sé quiénes sois. Apartaos de mí, vosotros que cometéis iniquidades, vosotros que desmentís con vuestros actos lo que decís con los labios, que calumniáis a vuestro prójimo, que despojáis a las viudas y cometéis adulterio. Apartaos de mí, vosotros cuyos corazones destilan el odio y la hiel, vosotros que derramáis la sangre de vuestros hermanos en mi nombre, que hacéis correr las lágrimas en vez de enjugarlas. Para vosotros habrá llanto y crujir de dientes, porque el reino de Dios es para los que son mansos, humildes y caritativos. No esperéis torcer la justicia del Señor con la multiplicidad de vuestras palabras y de vuestras genuflexiones. El único camino que está abierto a vosotros para encontrar gracia ante Él, es el de la práctica sincera de la ley de amor y caridad".

Las palabras de Jesús son eternas, porque representan la verdad. No sólo constituyen el salvoconducto de la vida celestial, sino también la garantía de la paz, de la tranquilidad y de la estabilidad en las cosas inherentes a la vida terrenal. Por esa razón, todas las instituciones humanas, ya sean políticas, sociales o religiosas, que se apoyen en esas palabras, serán estables como la casa construida sobre la piedra. Los hombres habrán de conservarlas porque en ellas encontrarán su felicidad. Sin embargo, las instituciones que constituyan una violación

de esas palabras serán como la casa edificada en la arena: el viento de las revoluciones y el río del progreso las arrastrarán.

## Mucho se pedirá a quien mucho recibió

10. *Aquel servidor que supo de la voluntad de su señor y que, sin embargo, no estuvo listo y no hizo lo que quería su señor, será rudamente castigado. Pero el que no supo de su voluntad e hizo cosas dignas de castigo, recibirá una pena menor. Mucho se pedirá a aquel a quien mucho se haya dado, y mayores cuentas se pedirán a aquel a quien se hayan confiado más cosas.* (*San Lucas*, 12:47 y 48.)

11. *"Vine a este mundo para cumplir con un juicio; a fin de que los que no ven, vean; y los que ven, se vuelvan ciegos." Algunos fariseos que estaban con él, al oír esas palabras le dijeron: "¿Acaso también nosotros somos ciegos?" Jesús les respondió: "Si fuerais ciegos, no tendríais pecado; pero ahora, como decís que veis, vuestro pecado permanece en vosotros".* (*San Juan*, 9:39 a 41.)

12. Estas máximas encuentran su aplicación, de modo especial, en la enseñanza de los Espíritus. Quien conoce los preceptos de Cristo y no los practica, por cierto es culpable. No obstante, aparte de que el Evangelio que contiene esos preceptos está difundido exclusivamente en el ámbito de las sectas cristianas, incluso dentro de esas mismas sectas, ¡cuántas personas hay que no lo leen; y entre las que lo leen, cuántas hay que no lo comprenden! De ahí resulta que las palabras de Jesús son desaprovechadas por la mayoría de los hombres.

La enseñanza de los Espíritus, que reproduce esas máximas bajo diferentes aspectos, que las desarrolla y las comenta con el fin de ponerlas al alcance de todos, tiene la particularidad de que no está circunscripta. Todos, sean letrados o iletrados, creyentes o incrédulos, cristianos o no, pueden recibirla, puesto que los Espíritus se comunican en todas partes. Ninguno de los que reciben esa enseñanza, directamente o por intermedio de otros, puede alegar desconocimiento, como tampoco puede excusarse con su falta de instrucción, ni con la oscuridad del sentido alegórico de esas máximas. Aquel, pues, que no saca provecho de ellas para mejorar, que las admira como a cosas interesantes y curiosas, sin que penetren en su corazón, que no se vuelve menos vano, ni menos orgulloso, ni menos egoísta, ni menos apegado a los bienes materiales, ni mejor para con su prójimo, es mucho más culpable, porque cuenta con más elementos para conocer la verdad.

Los médiums que obtienen buenas comunicaciones son aún más reprensibles si persisten en el mal, porque muchas veces redactan su propia condena y porque, si no los cegara el orgullo, reconocerían que los Espíritus se dirigen a ellos mismos. No obstante, en vez de tomar para sí las lecciones que escriben, o que otros escriben, su única preocupación es aplicarlas a las demás personas, con lo que confirman estas palabras de Jesús: "Veis una paja en el ojo de vuestro hermano, y no veis la viga que está en el vuestro". (Véase el Capítulo X, § 9.)

Mediante este otro precepto: "Si fueseis ciegos no tendríais pecados", Jesús da a entender que la culpabilidad es proporcional a las luces que la persona posee. Ahora bien, los fariseos, que tenían la pretensión de ser, como en efecto lo eran, el sector más ilustrado de la nación, eran más repren-

sibles a los ojos de Dios que el pueblo ignorante. Lo mismo sucede en la actualidad.

A los espíritas, pues, se les pedirá mucho, porque han recibido mucho; como también se dará mucho a los que hayan asimilado las enseñanzas.

El primer pensamiento del espírita sincero debe ser el de intentar saber si, en los consejos que dan los Espíritus, hay algo que le concierne.

El espiritismo viene a multiplicar el número de los *llamados*. A través de la fe que infunde, también multiplicará el número de los *escogidos*.

## INSTRUCCIONES DE LOS ESPÍRITUS

### Se dará al que tiene

13. *Acercándose, los discípulos le dijeron: "¿Por qué les hablas en parábolas?". Él respondió, y les dijo: "Porque a vosotros os ha sido dado conocer los misterios del reino de los Cielos, pero a ellos no. Porque al que ya tiene, más se le dará y tendrá en abundancia; pero al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará. Por eso les hablo en parábolas, porque viendo no ven, y oyendo no entienden ni comprenden. En ellos se cumple la profecía de Isaías, cuando dice: 'Oiréis con vuestros oídos y nada entenderéis; miraréis con vuestros ojos y nada veréis'."* (*San Mateo*, 13:10 a 14.)

14. *Estad atentos a lo que oís; porque emplearán con vosotros la misma medida con que hayáis medido a los otros, y*

*además se os añadirá; pues se dará al que ya tiene, y al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará.* (*San Marcos*, 4:24 y 25.)

15. "Se da al que ya tiene y se quita al que no tiene." Meditad acerca de estas grandes enseñanzas, que muchas veces os han resultado paradójicas. Aquel que recibió es el que posee el sentido de la palabra divina. Ha recibido simplemente porque procuró hacerse digno, y porque el Señor, en su amor misericordioso, estimula los esfuerzos que tienden al bien. Sostenidos, perseverantes, esos esfuerzos invocan la gracia del Señor: son como un imán que atrae hacia sí a lo más avanzado, la gracia abundante que os hace fuertes para escalar el monte santo, en cuya cúspide se encuentra el descanso después del trabajo.

"Se quita al que no tiene o tiene poco." Tomad eso como una antítesis figurada. Dios no quita a sus criaturas el bien que se ha dignado hacerles. ¡Hombres ciegos y sordos!, abrid vuestras inteligencias y vuestros corazones, mirad con el espíritu, escuchad con el alma, y no interpretéis de una manera tan groseramente injusta las palabras de aquel que ha hecho resplandecer ante vosotros la justicia del Señor. No es Dios el que quita al que ha recibido poco; es el Espíritu mismo el que, pródigo e indolente, no sabe conservar lo que tiene, ni acrecentar, haciéndolo fecundo, el óbolo que ha caído en su corazón.

El hijo que no cultiva el campo que su padre ha ganado con el trabajo, y que le ha dejado como herencia, ve cómo ese campo se cubre de malezas. ¿Acaso es su padre el que le quita las cosechas que él no ha querido preparar? Si por falta de cuidados ha dejado perder las semillas destinadas a producir en ese campo, ¿debe acusar a su padre porque no han producido nada? No, no. En vez de acusar al que había preparado todo

para beneficiarlo, en vez de criticar lo que le dio, que se queje de sí mismo, pues es el verdadero autor de sus miserias. Entonces, arrepentido y diligente, que se ponga a la obra con valor, que cultive el suelo ingrato con el esfuerzo de su voluntad, que lo labre a fondo con la ayuda del arrepentimiento y de la esperanza, que arroje en él con confianza la semilla que por su calidad ha escogido entre las demás, que la riegue con su amor y su caridad, y Dios, el Dios de amor y caridad, dará al que ya ha recibido. Entonces verá sus esfuerzos coronados por el éxito, y un grano producirá ciento y otro mil. ¡Valor, obreros! Empuñad vuestros rastrillos y vuestros arados; labrad vuestros corazones; arrancad de ellos la cizaña; sembrad la buena semilla que el Señor os confía, y el rocío del amor la hará producir frutos de caridad. (Un espíritu amigo. Burdeos, 1862.)

## Se reconoce al cristiano por sus obras

16. "No todos los que me dicen: '¡Señor! ¡Señor!', entrarán en el reino de los Cielos, sino sólo los que hacen la voluntad de mi Padre que está en los Cielos."

Escuchad estas palabras del Maestro, todos vosotros, los que rechazáis la doctrina espírita como una obra del demonio. Abrid vuestros oídos; el momento de escuchar ha llegado.

¿Bastará con que uséis la librea del Señor para ser sus fieles servidores? ¿Bastará con que alguien diga: "Soy cristiano", para que sirva a Cristo? Buscad a los verdaderos cristianos, y los reconoceréis por sus obras. "Un árbol bueno no puede dar frutos malos, ni un árbol malo puede dar frutos buenos." "Todo árbol que no da buenos frutos es cortado y arrojado al fuego." Esas son las palabras del Maestro. Discípulos de

Cristo, comprendedlas correctamente. ¿Cuáles son los frutos que debe dar el árbol del cristianismo, árbol vigoroso, cuyo espeso follaje cubre con su sombra una parte del mundo, pero que no ha abrigado aún a todos los que deben reunirse alrededor suyo? Los frutos del árbol de la vida son frutos de vida, de esperanza y de fe. El cristianismo, tal como lo ha hecho desde muchos siglos atrás, sigue predicando esas divinas virtudes, y procura esparcir sus frutos. Con todo, ¡cuán pocos los recogen! El árbol es siempre bueno, pero los jardineros son ineficaces. Han querido adaptarlo a sus ideas, han querido modelarlo según sus necesidades; lo han tallado, reducido y mutilado; sus ramas estériles no dan frutos malos, pero ya no producen. El viajero sediento, que se detiene bajo su sombra en busca del fruto de la esperanza que le devuelva la fuerza y el valor, sólo observa ramas secas que anuncian la tempestad. En vano solicita el fruto de vida al árbol de la vida: debilitadas, las hojas caen. La mano del hombre las ha maltratado tanto, que las quemó.

¡Abrid, pues, vuestros oídos y vuestros corazones, queridos míos! Cultivad ese árbol de vida, cuyos frutos confieren la vida eterna. Aquel que lo ha plantado os invita a tratarlo con amor, de modo que lleguéis a verlo dando sus frutos divinos en abundancia. Conservadlo tal como Cristo os lo entregó: no lo mutiléis. Él quiere que su sombra inmensa se extienda por todo el universo: no recortéis sus ramas. Sus frutos bienhechores caen abundantes para alimentar al viajero sediento que intenta llegar a destino. No recojáis esos frutos para almacenarlos y dejar que se pudran, para que no le sirvan a nadie. "Muchos son los llamados y pocos los escogidos." Eso se debe a que hay monopolizadores del pan de la vida, así como los hay del pan material. No os incluyáis entre ellos. El árbol que

da frutos buenos debe distribuirlos a todos. Id, pues, en busca de los que están hambrientos; ubicadlos bajo la copa del árbol y compartid con ellos el abrigo que os ofrece. "No se cosechan uvas de los espinos." Así pues, amigos míos, alejaos de los que os llaman para mostraros los abrojos del camino. Seguid, en cambio, a los que os conducen a la sombra del árbol de la vida.

El divino Salvador, el justo por excelencia lo ha dicho, y sus palabras no pasarán: "No todos los que me dicen: '¡Señor! ¡Señor!', entrarán en el reino de los Cielos, sino solamente aquellos que hacen la voluntad de mi Padre, que está en los Cielos".

¡Que el Señor de bendiciones os bendiga; que el Dios de luz os ilumine; que el árbol de la vida os brinde sus frutos con abundancia! Creed y orad. (Simeón. Burdeos, 1863.)

Capítulo XIX

# La fe transporta montañas

Poder de la fe.- La fe religiosa. Condición de la fe inquebrantable.- Parábola de la higuera estéril.- *Instrucciones de los Espíritus*: La fe, madre de la esperanza y de la caridad.- La fe divina y la fe humana.

## Poder de la fe

1. *Cuando Jesús llegó al encuentro del pueblo, un hombre se aproximó a él y, poniéndose de rodillas a sus pies, le dijo: "Señor, ten piedad de mi hijo, que es lunático y sufre mucho, pues muchas veces cae en el fuego, y muchas veces en el agua. Lo he presentado a tus discípulos, pero ellos no han podido curarlo". Jesús respondió y dijo: "¡Oh, generación incrédula y corrompida! ¿Hasta cuándo estaré con vosotros? ¿Hasta cuándo habré de soportaros? Traedme a ese niño". Y Jesús amenazó al demonio, y este salió del niño, que quedó curado en ese mismo instante. Entonces los discípulos fueron a ver a Jesús aparte, y le dijeron: "¿Por qué nosotros no pudimos expulsar ese demonio?" Jesús les respondió: "Por causa de vuestra incredulidad. Porque en verdad os digo que* si tenéis la fe del tamaño de un grano de mostaza, diréis a esta montaña: 'Trasládate de ahí para allá', y ella se trasladará*, y nada os será imposible".* (*San Mateo*, 17:14 a 20.)

2. En el sentido adecuado, es cierto que la confianza en sus propias fuerzas hace que el hombre sea capaz de realizar cosas materiales que no logra concretar cuando duda de sí mismo. No obstante, estas palabras de Jesús deben entenderse exclusivamente en el sentido moral. Las montañas que la fe transporta son las dificultades, las resistencias, en síntesis, la mala voluntad que hallamos entre los hombres, aunque se trate de las mejores cosas. Los prejuicios de la rutina, el interés material, el egoísmo, la ceguera del fanatismo y las pasiones orgullosas, son otras tantas montañas que interceptan el camino de los que trabajan a favor del progreso de la humanidad. La fe sólida confiere la perseverancia, la energía y los recursos que permiten vencer los obstáculos, tanto en las pequeñas como en las grandes cosas. La fe vacilante aporta la incertidumbre y la duda, de las que se aprovechan los adversarios a quienes debemos combatir. Este tipo de fe no busca los medios para vencer, porque no cree que pueda hacerlo.

3. En otro sentido, se entiende por fe la confianza que tenemos en la realización de una cosa, la certeza de alcanzar un determinado objetivo. Ella otorga una especie de lucidez que permite que se vea con el pensamiento la meta que se desea alcanzar, así como los medios de llegar hasta ella, de manera que aquel que la posee avanza, por decirlo así, con absoluta seguridad. En ambos casos esa fe puede dar lugar a que se realicen grandes cosas.

La fe sincera y verdadera es siempre serena. Confiere la paciencia que sabe esperar, porque al tener su punto de apoyo en la inteligencia y en la comprensión de las cosas, está convencida de alcanzar la meta. Por su parte, la fe vacilante experimenta su propia debilidad. Cuando recibe el estímulo

del interés, se vuelve irascible, y supone que habrá de suplir con violencia la fuerza que le falta. La calma en medio de la lucha es siempre una señal de fuerza y de confianza. La violencia, por el contrario, es una prueba de debilidad y de duda en relación con uno mismo.

4. No debe confundirse la fe con la presunción. La verdadera fe es aliada de la humildad. El que la posee deposita más confianza en Dios que en sí mismo, porque sabe que, como es un simple instrumento de la voluntad de Dios, nada puede sin Él. Por ese motivo, los buenos Espíritus vienen en su ayuda. La presunción es más orgullo que fe, y el orgullo siempre es castigado, tarde o temprano, mediante los desengaños y las derrotas que sufre.

5. El poder de la fe encuentra una aplicación directa y especial en la acción magnética. Por su intermedio el hombre actúa sobre el fluido, que es el agente universal. Modifica sus cualidades y le da un impulso que, por decirlo así, es irresistible. Por esa razón, la persona dotada de un gran poder fluídico normal, en caso de que sume a ese poder su fe ardiente, solo con la voluntad dirigida hacia el bien, puede producir esos fenómenos singulares de cura y otros, que antiguamente eran considerados como prodigios, pero que no son más que el efecto de una ley natural. Ese es el motivo por el cual Jesús dijo a sus apóstoles: "Si no lo habéis curado, se debe a que no teníais fe".

## La fe religiosa. Condición de la fe inquebrantable

6. Desde el punto de vista religioso, la fe consiste en la creencia en dogmas especiales, los cuales constituyen las diferentes religiones. Todas ellas tienen sus artículos de fe. En ese sentido la fe puede ser *razonada* o *ciega.* La fe ciega no analiza; admite sin control tanto lo verdadero como lo falso, y a cada paso choca contra la evidencia y la razón. Llevada hasta el exceso, produce el *fanatismo*. Cuando la fe se apoya en el error, tarde o temprano se derrumba. La única fe que garantiza el porvenir es aquella cuya base es la verdad, porque nada tiene que temer del progreso de las luces, habida cuenta de que *lo que es verdadero en la oscuridad, también lo es a la luz del día.* Cada religión aspira a la posesión exclusiva de la verdad. Con todo, *preconizar la fe ciega sobre un determinado punto de la creencia, equivale a confesarse impotente para demostrar que se tiene razón.*

7. Se dice vulgarmente que *la fe no se receta*, lo que ha llevado a muchas personas a alegar que no tienen la culpa de carecer de fe. Sin duda, la fe no se receta, y es más cierto aún que *la fe no se impone.* No, no se receta, pero se adquiere; y nadie está impedido de poseerla, ni siquiera el más incrédulo. Nos referimos a la fe de las verdades espirituales fundamentales, y no a la de tal o cual creencia en particular. No le compete a la fe ir a buscar a los descreídos, son ellos quienes deben ir a su encuentro; y si la buscan con sinceridad, la encontrarán. Así pues, tened como cierto que los que dicen: "No deseamos otra cosa más que creer, pero no podemos", lo dicen con los labios y no con el corazón, porque al decir eso se tapan los

oídos. No obstante, las pruebas se multiplican alrededor suyo. Entonces, ¿por qué se resisten a verlas? En algunos es por indiferencia; en otros, por temor a verse obligados a cambiar sus hábitos; y en la mayoría de ellos, por el orgullo que se niega a reconocer la existencia de un poder superior, pues en ese caso tendrían que inclinarse ante él.

En algunas personas, la fe parece en cierto modo innata. Una chispa es suficiente para desarrollarla. Esa facilidad para asimilar las verdades espirituales es una señal evidente de progreso anterior. En otras personas, por el contrario, esas verdades sólo penetran con dificultad, señal no menos evidente de una naturaleza atrasada. Los primeros ya han creído y comprendieron; de modo que, cuando *renacen*, traen la intuición de su saber: su educación se ha completado. Los segundos tienen que aprender todo: su educación está por realizarse; y no cabe duda de que se llevará a cabo, pues si no la concluyen en esta existencia, lo harán en la otra.

Debemos convenir en que, muchas veces, la resistencia del incrédulo proviene menos de él que de la manera como le presentan las cosas. La fe necesita una base, y esa base es la comprensión plena de aquello en que se debe creer. Para creer no basta con *ver*, es necesario sobre todo *comprender*. La fe ciega ya no es de este siglo. Ahora bien, el dogma de la fe ciega es, precisamente, el que produce en la actualidad el mayor número de incrédulos, porque pretende imponerse al hombre y le exige la abdicación de una de sus más valiosas prerrogativas: el raciocinio y el libre albedrío. Contra esa fe se rebela principalmente el incrédulo, y de ella se puede decir, en verdad, que no se receta. Al no admitir pruebas, deja en el espíritu un vacío, de donde se origina la duda. La fe razonada, en cambio, dado que se apoya en los hechos tanto como en

la lógica, no deja en pos de sí ninguna oscuridad. La persona cree porque tiene certeza, y tiene certeza porque ha comprendido. Por eso la fe razonada no cede. *Sólo es inquebrantable la fe que puede mirar a la razón cara a cara, en todas las épocas de la humanidad.*

El espiritismo conduce a ese resultado, motivo por el cual triunfa sobre la incredulidad, siempre que no encuentre una oposición sistemática e interesada.

## Parábola de la higuera estéril

8. *Cuando salían de Betania, él tuvo hambre. Y viendo a lo lejos una higuera, fue a ver si encontraba algo en ella. Pero cuando se aproximó, solamente encontró hojas, porque no era tiempo de higos. Entonces, Jesús dijo a la higuera: "Que nadie coma de ti fruto alguno". Y lo oyeron sus discípulos. Al día siguiente, vieron que la higuera se había secado hasta la raíz. Pedro recordó lo que Jesús había dicho, y le dijo: "Maestro, mira cómo se ha secado la higuera que maldijiste". Jesús tomó la palabra y les dijo: "Tened fe en Dios. En verdad os digo que todo el que diga a esta montaña: 'Sal de ahí y lánzate al mar', y no dude en su corazón, sino que crea firmemente que todo lo que ha dicho sucederá, en efecto lo obtendrá".* (*San Marcos*, 11:12 a 14 y 20 a 23.)

9. La higuera estéril es el símbolo de las personas que sólo tienen la apariencia del bien, porque en realidad no producen nada bueno. Representa a los oradores que tienen más brillo que solidez. Sus palabras están cubiertas de un barniz superficial, de modo que agradan al oído, pero cuando se las analiza no revelan nada sustancial para los corazones. Después de que

las pronunciaron, se pregunta uno qué provecho extrajeron de ellas quienes los escucharon.

También es el símbolo de todas las personas que, pese a que disponen de los medios para ser útiles, no lo son. Es el símbolo de todas las utopías, de todos los sistemas inconsistentes, de todas las doctrinas que no poseen una base sólida. La mayoría de las veces, lo que falta es la verdadera fe, la fe productiva, la fe que conmueve las fibras del corazón, en una palabra, la fe que transporta montañas. Aquellos son como árboles cubiertos de follaje, pero carentes de frutos. Por eso Jesús los condena a la esterilidad, porque vendrá el día en que estarán secos hasta la raíz. Esto significa que todos los sistemas, todas las doctrinas que no hayan producido ningún bien para la humanidad, caerán reducidas a la nada; que todos los hombres deliberadamente inútiles, que no hayan puesto en acción los recursos de que eran portadores, serán tratados como la higuera estéril.

10. Los médiums son los intérpretes de los Espíritus. Suplen en estos últimos la falta de los órganos materiales por medio de los cuales nos transmiten sus instrucciones. Por eso están dotados de facultades a tal efecto. En estos momentos de renovación social, los médiums tienen una misión muy especial: son árboles que deben proporcionar el alimento espiritual a sus hermanos. Se multiplican en número para que el alimento sea abundante. Se los encuentra en todas partes, en todos los países, en todas las clases de la sociedad, entre los ricos y entre los pobres, entre los grandes y entre los pequeños, a fin de que no haya desheredados en ningún lugar, y para probar a los hombres que *todos son llamados*. No obstante, si desvían de su objetivo providencial la facultad valiosa que se

les ha concedido, si la emplean en cosas fútiles o perjudiciales, si la ponen al servicio de intereses mundanos, si en vez de frutos saludables los dan malsanos, si se niegan a emplearla en bien de los demás, si no extraen de ella ningún provecho para sí mismos, en el sentido de mejorar, son como la higuera estéril. Dios les retirará un don que se volvió inútil en sus manos: el de la semilla que no saben hacer fructificar, y dejará que se conviertan en presa de los Espíritus malos.

## INSTRUCCIONES DE LOS ESPÍRITUS

### La fe, madre de la esperanza y de la caridad

11. Para que sea fructífera, la fe debe ser activa; no tiene que aletargarse. Madre de todas las virtudes que conducen a Dios, le corresponde velar atentamente por el desarrollo de las hijas que engendró.

La esperanza y la caridad son una consecuencia de la fe. Esas tres virtudes forman una trinidad inseparable. ¿Acaso no es la fe la que otorga la esperanza de ver que se cumplan las promesas del Señor? Porque si no tenéis fe, ¿qué habréis de esperar? ¿No es la fe la que otorga el amor? Porque si no tenéis fe, ¿cuál será vuestro mérito y, por consiguiente, vuestro amor?

La fe, divina inspiración de Dios, despierta los nobles instintos que conducen al hombre hacia el bien. La fe es la base de la regeneración. Es imprescindible, por lo tanto, que esa base sea firme y duradera, porque si una mínima duda la hace vacilar, ¿qué será del edificio que construyáis encima de ella? Erigid, pues, ese edificio sobre cimientos inamovibles. Que vuestra fe sea más fuerte que los sofismas y las burlas de los

incrédulos, porque la fe que no desafía al ridículo de los hombres no es una fe verdadera.

La fe sincera es atrayente y contagiosa: se comunica a los que no la tienen, e incluso a los que no desean tenerla, y encuentra palabras persuasivas que se dirigen al alma. En cambio, la fe aparente sólo emplea palabras ostentosas que dejan frío e indiferente a quien las escucha. Predicad con el ejemplo de vuestra fe para transmitirla a los hombres. Predicad con el ejemplo de vuestras obras para demostrarles el mérito de la fe. Predicad con vuestra esperanza inquebrantable para que vean la confianza que fortifica y que os pone en condiciones de afrontar todas las vicisitudes de la vida.

Tened fe, pues, con todo lo que ella tiene de hermoso y de bueno, con su pureza y su racionalidad. No admitáis la fe sin comprobación, hija ciega de la ceguera. Amad a Dios, pero sabed por qué lo amáis; creed en sus promesas, pero sabed por qué creéis en ellas. Seguid nuestros consejos, pero compenetrados del objetivo que os señalamos y de los medios que os ofrecemos para obtenerlos. Creed y esperad sin desfallecer jamás: los milagros son obra de la fe. (José, espíritu protector. Burdeos, 1862.)

## La fe divina y la fe humana

12. La fe es, en el hombre, el sentimiento innato de su destino futuro. Es la conciencia que él tiene de sus facultades inmensas, cuyo germen se depositó en su interior, al principio en estado latente, y a las que debe desarrollar y aumentar mediante la acción de su voluntad.

Hasta el presente, la fe sólo ha sido comprendida en el aspecto religioso, porque Cristo la preconizó como palanca poderosa, y porque él fue considerado exclusivamente como el jefe de una religión. No obstante, Cristo, que hizo milagros materiales, demostró con esos milagros el poder del hombre cuando tiene fe, es decir, la *voluntad de querer*, y la certeza de que esa voluntad puede alcanzar su objetivo. Los apóstoles, que siguieron su ejemplo, ¿no realizaron también milagros? Ahora bien, ¿qué eran esos milagros, sino efectos naturales cuya causa ignoraban los hombres de esa época? En la actualidad, la mayoría de los milagros tienen una explicación, y llegarán a ser comprendidos en su totalidad por medio del estudio del espiritismo y del magnetismo.

La fe es humana o divina, según el hombre aplique sus facultades a la satisfacción de las necesidades terrenales o a sus aspiraciones celestiales y relativas al porvenir. El hombre de genio, que persigue la realización de alguna iniciativa importante, triunfa si tiene fe, porque siente íntimamente que puede y que debe llegar a concretar su proyecto, y esa certeza le confiere una fuerza poderosa. El hombre de bien que, creyendo en su porvenir celestial, siente el deseo de colmar su existencia de bellas y nobles acciones, absorbe de su fe, de la convicción de la felicidad que lo aguarda, la fuerza necesaria, y entonces se producen los milagros de la caridad, del fervor y de la abnegación. En definitiva, no existen malas tendencias que no puedan ser dominadas por medio de la fe.

El magnetismo es una de las más grandes pruebas del poder de la fe puesta en acción. Gracias a la fe, esa energía cura y produce los fenómenos sorprendentes que en el pasado fueron calificados de milagros.

Lo repito, la fe es *humana* y *divina*. Si todos los encarnados estuvieran absolutamente persuadidos de la fuerza que tienen en sí mismos, y si quisieran poner su voluntad al servicio de esa fuerza, serían capaces de lograr lo que hasta el presente se ha denominado prodigios, pero que se trata simplemente del desarrollo de las facultades humanas. (Un espíritu protector. París, 1863.)

## Capítulo XX

# Los obreros de la última hora

*Instrucciones de los Espíritus*: Los últimos serán los primeros.- Misión de los espíritas.- Los obreros del Señor.

1. *El reino de los Cielos es semejante a un padre de familia que salió de madrugada a fin de contratar obreros para su viña. Y habiendo convenido con los obreros en que pagaría a cada uno un denario por día, los envió a su viña. Salió de nuevo hacia la hora tercera del día, y al ver a otros que estaban en la plaza sin hacer nada, les dijo: "Id también vosotros a mi viña, y os daré lo que sea razonable". Y ellos fueron. Salió nuevamente a la hora sexta y a la hora nona del día, e hizo lo mismo. Y al salir una vez más hacia la hora undécima, todavía halló a otros que estaban desocupados, y les dijo: "¿Por qué permanecéis aquí el día entero sin trabajar?" "Se debe –le dijeron ellos– a que nadie nos ha contratado". Él entonces les dijo: "Id vosotros también a mi viña".*

*Al caer la tarde, el señor de la viña dijo a quien atendía sus negocios: "Llama a los obreros y págales, comenzando por los últimos y siguiendo hasta los primeros". Vinieron, pues, los que habían llegado a la viña recién a la hora undécima, y recibió cada uno un denario. Luego vinieron los que habían sido contratados en primer lugar, y creyeron que iban a recibir más,*

*pero recibieron solamente un denario cada uno. Y al recibirlo se quejaban ante el padre de familia, diciendo: "Estos últimos han trabajado sólo una hora, y les das tanto como a nosotros, que soportamos el peso del día y el calor".*

*Pero el señor de la viña respondió a uno de ellos: "Amigo, no te hago daño alguno. ¿No conviniste conmigo en recibir un denario por el día? Toma lo que te pertenece y vete. Por mi parte, quiero dar a este último tanto como a ti. ¿No me es lícito hacer lo que quiero con lo mío? ¿Tienes mal ojo, porque yo soy bueno?"*

*Así,* los últimos serán los primeros, y los primeros serán los últimos, porque muchos son los llamados, y pocos los escogidos. (*San Mateo*, 20:1 a 16. Véase también: "Parábola del festín de bodas", Capítulo XVIII, § 1.)

INSTRUCCIONES DE LOS ESPÍRITUS

## Los últimos serán los primeros

2. El obrero de la última hora tiene derecho al salario, pero es preciso que su buena voluntad lo haya mantenido a disposición del señor que habría de emplearlo, y que su retraso no fuera fruto de la pereza o de la mala voluntad. Tiene derecho al salario porque, desde el alba, esperaba con impaciencia al que finalmente lo convocaría al trabajo. Este obrero era laborioso, sólo le faltaba una tarea.

Por el contrario, si hubiese rechazado el trabajo a cualquier hora del día; si hubiese dicho: "Tengamos paciencia, el reposo me es grato. Cuando suene la última hora será el momento de pensar en el salario de la jornada. ¡Qué necesidad tengo

de tomarme molestias por un patrón al que no conozco ni estimo! Cuanto más tarde, mejor". En ese caso, amigos míos, él no habría recibido el salario del obrero, sino el de la pereza.

¡Qué diremos, pues, de aquel que, en vez de permanecer simplemente inactivo, empleó las horas destinadas al trabajo del día en cometer hechos reprensibles; que blasfemó contra Dios, derramó la sangre de sus hermanos, instaló la perturbación en las familias, causó la ruina de los hombres que confiaron en él, abusó de la inocencia; en suma, que se deleitó con todas las ignominias de la humanidad! ¿Qué será de él? ¿Le bastará con decir, en la última hora: "Señor, he empleado mal mi tiempo; contrátame hasta que concluya el día, de modo que haga algo de mi tarea, aunque sea poco, y entrégame el salario del trabajador de buena voluntad?" No, no; pues el Señor le dirá: "En este momento no tengo trabajo para ti. Desperdiciaste tu tiempo; olvidaste lo que habías aprendido; ahora ya no sabes trabajar en mi viña. Empieza otra vez el aprendizaje, y cuando estés mejor dispuesto, vuelve, y pondré mi vasto campo a tu disposición, y en él podrás trabajar a cualquier hora del día".

Buenos espíritas, queridos míos, todos vosotros sois trabajadores de la última hora. Muy orgulloso sería el que dijese: "Comencé la tarea al despuntar el día y no la concluiré hasta el anochecer". Vosotros habéis venido cuando fuisteis convocados, más temprano o más tarde, para la encarnación cuya cadena arrastráis. ¡Pero han pasado siglos y siglos desde que el Señor os llamó a su viña, sin que quisierais entrar en ella! Ha llegado el momento de que recibáis el salario. Emplead convenientemente la hora que os queda, y nunca olvidéis que vuestra existencia, tan extensa que os parece, sólo es un momento fugitivo en la inmensidad de los tiempos que compo-

nen para vosotros la eternidad. (Constantino, espíritu protector. Burdeos, 1863.)

3. Jesús apreciaba la sencillez de los símbolos. En su lenguaje vigoroso, los obreros llegados a la primera hora son los profetas, Moisés y todos los iniciadores que marcaron las etapas del progreso, etapas que se prolongaron a través de los siglos por obra de los apóstoles, los mártires, los padres de la Iglesia, los sabios, los filósofos y, finalmente, los espíritas. Estos, que llegaron en último término, fueron anunciados y predichos desde la aurora del advenimiento del Mesías, y recibirán la misma recompensa. ¡Qué digo!, recibirán una recompensa mayor. Últimos en llegar, los espíritas aprovechan los trabajos intelectuales de sus antecesores, porque el hombre debe heredar del hombre, y porque sus trabajos, tanto como los resultados, son colectivos: Dios bendice la solidaridad. Por otra parte, muchos de esos antecesores vuelven a vivir hoy, o vivirán otra vez mañana, a fin de concluir la obra que comenzaron en el pasado. Más de un patriarca, más de un profeta, más de un discípulo de Cristo, más de un propagador de la fe cristiana, se encuentran entre ellos, aunque más esclarecidos, con más adelanto, y trabajan ya no en la base sino en el coronamiento del edificio. Su salario será, por consiguiente, proporcional al mérito de la obra.

La reencarnación, ese bello dogma, eterniza y define la filiación espiritual. El Espíritu, llamado a rendir cuentas de su mandato terrenal, comprende la continuidad de la tarea interrumpida, pero siempre reiniciada. Ve, siente que ha tomado del aire el pensamiento de quienes lo precedieron. Vuelve a entrar en la lid, con la madurez de la experiencia, para avanzar aún más. Y todos, tanto los obreros de la primera hora como

los de la última, conscientes de la profunda justicia de Dios, ya no se quejan: lo adoran.

Ese es uno de los verdaderos sentidos de esta parábola, que contiene, como todas las que Jesús dirigió al pueblo, el germen del porvenir; y constituye también, bajo todas las formas, bajo todas las alegorías, la revelación de esa magnífica unidad que armoniza todos los elementos del universo, de esa solidaridad que vincula a los seres del presente con el pasado y el porvenir. (Henri Heine. París, 1863.)

## Misión de los espíritas

4. ¿No oís ya el rugido de la tempestad que habrá de arrasar al viejo mundo y que sepultará en la nada el conjunto de las iniquidades terrenales? ¡Ah! bendecid al Señor, vosotros, los que habéis depositado vuestra fe en su soberana justicia, y que, como nuevos apóstoles de la creencia revelada por las voces proféticas superiores, vais a predicar el nuevo dogma de la *reencarnación* y de la elevación de los Espíritus, según hayan cumplido, bien o mal, sus respectivas misiones, así como soportado sus pruebas terrenales.

¡Ya no temáis! Las lenguas de fuego están sobre vuestras cabezas. ¡Auténticos adeptos del espiritismo, sois los elegidos de Dios! Id y predicad la palabra divina. Ha llegado la hora en que debéis sacrificar, para su propagación, vuestras costumbres, vuestro trabajo y vuestras actividades fútiles. Id y predicad: los Espíritus de lo Alto están con vosotros. Por cierto, hablaréis a personas que no querrán escuchar la voz de Dios, porque esa voz las incita sin cesar a la abnegación. Predicaréis el desinterés a los avaros, la abstinencia a los disolutos,

la mansedumbre a los tiranos domésticos, como también a los déspotas. Palabras perdidas, lo sé. Pero ¡qué importa! Es preciso que reguéis con vuestro sudor el terreno que habréis de sembrar, porque no fructificará ni producirá más que con los esfuerzos reiterados de la azada y el arado del Evangelio. ¡Id y predicad!

Así es, vosotros, hombres de buena fe, convencidos de vuestra inferioridad en relación con los mundos diseminados en el infinito, enrolaos en la cruzada contra la injusticia y la iniquidad. Id y derribad el culto del becerro de oro, cada día más invasor. ¡Avanzad, Dios os conduce! Hombres simples e ignorantes, vuestras lenguas se desatarán, y hablaréis como ningún orador lo hace. Id y predicad, que las poblaciones atentas recogerán felices vuestras palabras de consuelo, fraternidad, esperanza y paz.

¡Qué importan las emboscadas que os tenderán en el camino! Sólo los lobos caen en las trampas para lobos, porque el pastor sabrá defender a sus ovejas de los carniceros que pretendan sacrificarlas.

Hombres valerosos, id delante de Dios, pues, más dichosos que santo Tomás, creéis sin pedir ver, y aceptáis los hechos de la mediumnidad aunque no hayáis podido obtenerlos mediante vosotros mismos. Id, el Espíritu de Dios os conduce.

¡Marcha, pues, hacia adelante, falange imponente por tu fe! Los numerosos batallones de los incrédulos se dispersarán ante ti, como la niebla de la mañana ante los primeros rayos del sol naciente.

La fe es la virtud que transportará montañas, dijo Jesús. No obstante, más pesados que las más pesadas montañas, están depositados en el corazón de los hombres la impureza y

todos los vicios derivados de ella. Partid, pues, con valor, a fin de remover esa montaña de iniquidades que las generaciones futuras sólo llegarán a conocer como una leyenda, del mismo modo que vosotros conocéis muy imperfectamente el período que precedió a la civilización pagana.

En efecto, las perturbaciones morales y filosóficas van a estallar en todos los puntos del globo. Se acerca la hora en que la luz divina aparecerá en los dos mundos.[13]

Id, pues. Llevad la palabra divina: a los grandes, que la desdeñarán; a los científicos, que exigirán pruebas; a los pequeños y a los sencillos, que la aceptarán, porque entre los mártires del trabajo, en esta expiación terrenal, encontraréis el fervor y la fe. Id, pues ellos recibirán con cánticos de gratitud y alabanza a Dios el sagrado consuelo que les llevaréis, e inclinarán su frente en agradecimiento al Creador por la porción que les toca en relación con las miserias de la Tierra.

¡Que vuestra falange se arme con decisión y valor! ¡Manos a la obra! El arado está preparado y la tierra espera: es necesario que trabajéis.

Id y agradeced a Dios la gloriosa tarea que os ha confiado. No obstante, tened presente que, entre los llamados al espiritismo, muchos se han desviado. Estad atentos a vuestra ruta, y tomad el camino de la verdad.

13. El texto que sigue a continuación, probablemente por un error de imprenta, no figura a partir de la 3.ª edición francesa, de modo que lo hemos tomado de la 1.ª edición, donde se encuentra el mensaje completo, con la firma del Espíritu Erasto. Véase *Imitation de l'Évangile selon le spiritisme*: París, 1864, pág. 291. (N. del T.)

PREGUNTA - *Si entre los convocados al espiritismo muchos se han desviado, ¿mediante qué señales reconoceremos a los que están en el camino del bien?*

RESPUESTA - Los reconoceréis porque enseñan y ponen en práctica los principios de la verdadera caridad. Los reconoceréis por la cantidad de afligidos a los que brindan consuelo, por su amor al prójimo, su abnegación y su desinterés personal. Los reconoceréis, en definitiva, por el triunfo de sus principios, pues Dios quiere que su ley triunfe. Los que siguen su ley son sus elegidos y Él les dará la victoria. En cambio, destruirá a los que falsean el espíritu de esa ley para convertirla en un peldaño que les permita satisfacer su vanidad y su ambición. (Erasto, ángel de la guarda del médium. París, 1863.)

## Los obreros del Señor

5. Habéis llegado en el tiempo en que han de cumplirse las cosas anunciadas para la transformación de la humanidad. ¡Felices los que hayan trabajado en el campo del Señor con desinterés y sin otro motivo que la caridad! Sus jornadas de trabajo se les pagarán al céntuplo de lo que hubieran esperado. ¡Felices los que hayan dicho a sus hermanos: "Hermanos, trabajemos conjuntamente, y unamos nuestros esfuerzos, a fin de que el Señor, cuando llegue, encuentre la obra concluida", pues el Señor les dirá: "¡Venid a mí, vosotros que sois buenos servidores, vosotros que supisteis acallar vuestros celos y vuestras discordias para que la obra no fuera perjudicada!" Pero, ¡ay de aquellos que, a causa de sus disensiones, hayan retrasado la hora de la siega, porque la tempestad vendrá y serán arrastrados por el torbellino! Exclamarán: "¡Gracia! ¡Gracia!"

Pero el Señor les dirá: "¿Por qué imploráis gracia, vosotros, que no habéis tenido piedad de vuestros hermanos, y que os habéis negado a tenderles la mano; vosotros, que abrumasteis al débil en vez de ampararlo? ¿Por qué suplicáis gracia, vosotros, que habéis buscado vuestra recompensa en los goces de la Tierra y en la satisfacción de vuestro orgullo? Ya habéis recibido vuestra recompensa, tal como lo quisisteis. No pidáis nada más, pues las recompensas celestiales son para los que no han buscado las de la Tierra".

En este momento, Dios efectúa el censo de sus servidores fieles, y ha señalado con el dedo a aquellos cuya devoción es sólo aparente, a fin de que no usurpen el salario de los servidores valerosos. Porque a los que no retrocedan ante su tarea, Él confiará los puestos de mayor compromiso en la magna obra de la regeneración a través del espiritismo. Y se cumplirán estas palabras: "¡Los primeros serán los últimos, y los últimos serán los primeros en el reino de los Cielos!" (El espíritu de verdad. París, 1862.)

Capítulo XXI

# Habrá falsos Cristos y falsos profetas

Se conoce al árbol por su fruto.- Misión de los profetas.- Prodigios de los falsos profetas.- No creáis a todos los Espíritus.- *Instrucciones de los Espíritus*: Los falsos profetas.- Caracteres del verdadero profeta.- Los falsos profetas de la erraticidad.- Jeremías y los falsos profetas.

## Se conoce al árbol por su fruto

1. *El árbol que produce malos frutos no es bueno, y el árbol que produce buenos frutos no es malo. Por lo tanto, cada árbol se conoce por su fruto. No se recogen higos de los espinos, ni racimos de uvas de las zarzas. El hombre de bien extrae las cosas buenas del buen tesoro de su corazón, y el hombre malo extrae las malas del tesoro malo de su corazón. Porque la boca habla de aquello con que está lleno el corazón.* (*San Lucas*, 6:43 a 45.)

2. Guardaos de los falsos profetas*, que vienen a vosotros cubiertos con pieles de oveja, pero por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis.* ¿Acaso se cosechan uvas de los espinos, o higos de los abrojos? *Así, todo árbol bueno produce frutos buenos; y todo árbol malo produce frutos malos.* Un ár-

bol bueno no puede producir frutos malos, y un árbol malo no puede producir frutos buenos. *Todo árbol que no produce buenos frutos será cortado y arrojado al fuego. Así pues, por sus frutos los conoceréis.* (*San Mateo*, 7:15 a 20).

3. *Tened cuidado de que no os engañe nadie. Porque vendrán muchos en mi nombre, diciendo: "Yo soy el Cristo", y engañarán a muchos.*

*Surgirán muchos falsos profetas, que engañarán a muchas personas; y porque abundará la iniquidad, la caridad de muchos se debilitará. Pero el que persevere hasta el fin, ese se salvará.*

*Entonces, si alguno os dice: "Cristo está aquí o allí"; no le creáis.* Porque surgirán falsos Cristos y falsos profetas que harán grandes prodigios *y cosas asombrosas para engañar, si fuera posible, incluso a los escogidos.* (*San Mateo*, 24:4 y 5, 11 a 13, 23 y 24; *San Marcos*, 13:5 y 6, 21 y 22.)

## Misión de los profetas

4. Por lo común se atribuye a los profetas el don de revelar el porvenir, de manera que las palabras *profecía* y *predicción* se han vuelto sinónimos. En el sentido evangélico, la palabra *profeta* tiene una significación más amplia. Se denomina así a todo enviado de Dios con la misión de instruir a los hombres y de revelarles las cosas ocultas y los misterios de la vida espiritual. Por consiguiente, un hombre puede ser profeta aunque no haga predicciones. Esa era la idea de los judíos en tiempos de Jesús. Por eso, cuando lo condujeron ante la presencia del sumo sacerdote Caifás, los escribas y los ancianos allí reuni-

dos le escupieron el rostro, y le dieron puñetazos y bofetadas mientras decían: "Cristo, profetiza para nosotros, y di quién fue el que te golpeó". Con todo, hubo profetas que tuvieron la presciencia del porvenir, ya sea por intuición o por revelación providencial, a fin de que trasmitieran avisos a los hombres. Al cumplirse los acontecimientos predichos, el don de predecir el porvenir fue considerado como uno de los atributos propios de la condición de profeta.

## Prodigios de los falsos profetas

5. "Surgirán falsos Cristos y falsos profetas, que harán grandes prodigios y cosas sorprendentes, para engañar incluso a los elegidos." Estas palabras encierran el verdadero sentido de la palabra *prodigio*. En la acepción teológica, tanto los prodigios como los milagros son fenómenos excepcionales, que se hallan fuera de las leyes de la naturaleza. Ahora bien, dado que las leyes de la naturaleza son obra *exclusiva* de Dios, no cabe duda de que Él puede derogarlas, si eso le place. No obstante, el simple buen sentido dice que no es posible que Dios haya conferido a seres inferiores y perversos un poder igual al suyo, y menos aún el derecho de que desbaraten lo que Él ha hecho. No es posible que Jesús haya consagrado semejante principio. Si, pues, según el sentido que se atribuye a esas palabras, el Espíritu del mal tuviera el poder de hacer prodigios tales que hasta los elegidos fueran engañados, el resultado sería que, dado que se puede hacer lo que Dios hace, los prodigios y los milagros no son privilegio exclusivo de los enviados de Dios, y nada prueban, puesto que nada distingue los milagros de los

santos de los milagros del demonio. Por consiguiente, es preciso buscar un sentido más racional a esas palabras.

Conforme a la opinión del vulgo ignorante, todo fenómeno cuya causa no se conoce pasa por sobrenatural, maravilloso y milagroso. Una vez conocida la causa, se reconoce que el fenómeno, por extraordinario que parezca, no es otra cosa que la aplicación de una ley de la naturaleza. De ese modo, el ámbito de los hechos sobrenaturales se estrecha a medida que se ensancha el de la ciencia. En todas las épocas hubo hombres que explotaron, en provecho de su ambición, de su interés y de su anhelo de dominación, ciertos conocimientos que poseían, con la finalidad de conquistar el prestigio de un supuesto poder sobrehumano, o de una pretendida misión divina. Esos son los falsos Cristos y los falsos profetas. No obstante, la difusión de los conocimientos arruina su crédito, razón por la cual su número disminuye a medida que los hombres se ilustran. El hecho de obrar fenómenos que en presencia de ciertas personas pasan por prodigios, no es, pues, la señal de una misión divina, puesto que puede ser el resultado de los conocimientos que cada uno está en condiciones de adquirir, o de facultades orgánicas especiales, que el más indigno puede poseer tanto como el más digno. El verdadero profeta se reconoce por características más formales, y de carácter exclusivamente moral.

## No creáis a todos los Espíritus

6. *Amados míos,* no creáis a todo Espíritu*; sino verificad si los Espíritus son de Dios; porque muchos falsos profetas se han levantado en el mundo.* (*San Juan, Primera epístola*, 4:1.)

7. Los fenómenos espíritas, lejos de dar crédito a los falsos Cristos y a los falsos profetas, como algunas personas se complacen en manifestar, vienen, por el contrario, a darles el golpe definitivo. No pidáis al espiritismo milagros ni prodigios, porque declara formalmente que no los produce. Del mismo modo que la física, la química, la astronomía y la geología han revelado las leyes del mundo material, el espiritismo viene a revelar otras leyes que hasta ahora no se conocían: las que rigen las relaciones entre el mundo corporal y el mundo espiritual. Estas leyes, tanto como las de la ciencia, son leyes de la naturaleza. Al darnos la explicación de un determinado orden de fenómenos, que eran incomprensibles hasta el día de hoy, el espiritismo destruye lo que aún permanecía en el dominio de lo maravilloso. Por lo tanto, aquel que se sintiera tentado de explotar los fenómenos espíritas para aprovecharse de ello, haciéndose pasar por un Mesías de Dios, no conseguiría abusar por mucho tiempo de la credulidad ajena, pues pronto sería desenmascarado. Por otra parte, como ya se ha dicho, esos fenómenos por sí solos nada prueban. Una misión se demuestra por medio de efectos morales, lo que no le es dado producir a cualquiera. Ese es uno de los resultados del desarrollo de la ciencia espírita, pues esta, al investigar la causa de algunos fenómenos, levanta el velo de muchos misterios. Sólo están interesados en combatirla los que prefieren la oscuridad en vez de la luz. No obstante, la verdad es como el sol: disipa incluso las más densas tinieblas.

El espiritismo revela otra categoría mucho más peligrosa de falsos Cristos y falsos profetas, que no se encuentra entre los hombres sino entre los desencarnados: la de los Espíritus embusteros, hipócritas, orgullosos y pseudosabios, que de la Tierra han pasado a la erraticidad, y adoptan nombres venera-

dos. Así, con la máscara detrás de la cual se ocultan, intentan favorecer la aceptación de las más extravagantes y absurdas ideas. Antes de que se conocieran las relaciones mediúmnicas, esos Espíritus ejercían su acción de un modo menos ostensible, a través de la inspiración, de la mediumnidad inconsciente, auditiva o parlante. Es considerable el número de los que en diversas épocas, pero sobre todo en estos últimos tiempos, se han presentado como alguno de los antiguos profetas, como Cristo, o como María, su madre, y también como Dios. San Juan previene a los hombres en contra de ellos cuando dice: "Amados míos, no creáis a todo Espíritu, sino verificad si los Espíritus son de Dios; porque muchos falsos profetas se han levantado en el mundo". El espiritismo nos provee de los recursos para ponerlos a prueba, al enunciar las características por medio de las cuales se reconoce a los Espíritus buenos, *características siempre morales, nunca materiales*[14]. Así, para conocer la diferencia que existe entre los Espíritus buenos y los malos, es posible aplicar, principalmente, las siguientes palabras de Jesús: "Se conoce la calidad del árbol por su fruto; un árbol bueno no puede producir frutos malos, y un árbol malo no puede producir frutos buenos". Se evalúa a los Espíritus por la calidad de sus obras, del mismo modo que se evalúa un árbol por la calidad de sus frutos.

14. Acerca de la manera de diferenciar a los Espíritus, véase *El libro de los médiums*, capítulo XXIV y siguientes. (N. de Allan Kardec.)

INSTRUCCIONES DE LOS ESPÍRITUS

## Los falsos profetas

8. Si alguno os dijera: "Aquí está Cristo", no vayáis. Por el contrario, manteneos en guardia, porque los falsos profetas serán numerosos. ¿Acaso no veis que las hojas de la higuera comienzan a blanquearse? ¿No veis sus abundantes brotes en espera de la época de la floración? ¿No os ha dicho Cristo que por el fruto se conoce al árbol? Por consiguiente, si los frutos son ácidos, juzgad que el árbol es malo. Pero si son dulces y saludables, decid: "Nada que sea puro puede tener un origen malo".

Es así, hermanos míos, como debéis juzgar. Tenéis que evaluar las obras. Tenéis que observar si los que dicen que se hallan investidos del poder divino están acompañados por todas las señales de tan importante misión, es decir, si poseen en el más alto grado las virtudes cristianas y eternas: la caridad, el amor, la indulgencia, la bondad que concilia los corazones; si suman los actos como apoyo para sus palabras. Sólo en ese caso podréis decir: "Estos son verdaderos enviados de Dios".

Pero desconfiad de las palabras rebuscadas, desconfiad de los escribas y los fariseos que oran en las plazas públicas vestidos con largas túnicas. ¡Desconfiad de aquellos que pretenden ejercer el monopolio de la verdad!

No, no, Cristo no está entre ellos, porque los que él envía para propagar su santa doctrina y regenerar a su pueblo serán, por sobre todo, a ejemplo de su Maestro, mansos y humildes de corazón; serán los que habrán de salvar a la humanidad con sus ejemplos y sus consejos, a fin de impedir que esta corra hacia su perdición o deambule por sendas tortuosas; serán esencialmente modestos y humildes. Huid de todo lo que re-

vele un átomo de orgullo, como si os escaparais de una enfermedad contagiosa que corrompe todo lo que toca. Recordad que *cada criatura lleva en la frente, pero especialmente en sus actos, el sello de su grandeza o de su decadencia.*

Avanzad, pues, amados hijos. Marchad sin ardides maliciosos, sin segundas intenciones, por la bendita senda que habéis emprendido. Avanzad, avanzad siempre sin temor. Apartad con valor todo lo que pudiera obstaculizar vuestra marcha en dirección al objetivo eterno. Viajeros, no permaneceréis por mucho tiempo en las tinieblas, en medio de los padecimientos de las pruebas, si abrís vuestro corazón a esa mansa doctrina que viene a revelaros las leyes eternas y a satisfacer todas las aspiraciones de vuestra alma en relación con lo desconocido. De ahora en adelante podéis atribuir un cuerpo a esos silfos etéreos que veis pasar en vuestros sueños y que, efímeros, encantaban a vuestro espíritu pero nada decían a vuestro corazón. Ahora, amados míos, la muerte ha desaparecido para dar lugar al ángel radiante que conocéis: ¡el ángel del reencuentro y de la reunión! Ahora, vosotros, los que habéis cumplido satisfactoriamente la tarea que os encomendó el Creador, nada tenéis que temer de su justicia, porque Él es padre y perdona sin excepciones a sus hijos extraviados que imploran misericordia. Proseguid, pues; avanzad sin cesar. Sea vuestra divisa el progreso, el progreso ininterrumpido en todos los aspectos, hasta que lleguéis por fin a la dichosa culminación, donde os aguardan los que os han precedido. (Luis. Burdeos, 1861.)

## Caracteres del verdadero profeta

9. *Desconfiad de los falsos profetas.* Esta recomendación es útil en todas las épocas, pero sobre todo en los momentos de

transición en que, como ahora, se procesa una transformación de la humanidad, porque entonces una multitud de ambiciosos y de intrigantes se arrogan el título de reformadores y de Mesías. Contra esos impostores se debe estar prevenido, y es el deber de todo hombre honesto desenmascararlos. Sin duda, preguntaréis cómo se los puede reconocer. Aquí tenéis su descripción:

Sólo se confía la responsabilidad de un ejército a un general habilidoso, capaz de comandarlo. ¿Creéis acaso que Dios tiene menos prudencia que los hombres? Estad seguros de que Él confía las misiones importantes a quienes sabe capaces de cumplirlas, pues las grandes misiones son fardos pesados que abrumarían al hombre que no tuviera suficientes fuerzas para cargarlos. Como en todas las cosas, el maestro debe saber más que el discípulo. Para hacer que la humanidad avance moral e intelectualmente se necesitan hombres superiores en inteligencia y en moralidad. Por eso, siempre se eligen Espíritus muy adelantados, que ya han pasado sus pruebas en otras existencias, para que encarnen con el objetivo de cumplir esas misiones, puesto que si no fueran superiores al medio en el que deben desempeñarse, su acción sería nula.

Así, arribaréis a la conclusión de que el verdadero misionero de Dios debe justificar su misión con su superioridad, sus virtudes y su grandeza, al igual que con el resultado y la influencia moralizadora de sus obras. Extraed también como consecuencia, que si por su carácter, por sus virtudes o por su inteligencia, se encuentra por debajo del rol con que se presenta o del personaje cuyo nombre utiliza para resguardarse, es sólo un histrión de baja categoría, que ni siquiera sabe imitar al modelo que escogió.

Otra consideración: la mayoría de los auténticos misioneros de Dios ignoran que lo son. La potencia de su genio los lleva a cumplir la misión a la que han sido convocados, secundados por el poder oculto que los inspira y dirige aunque no lo sepan, pero sin un designio premeditado. En una palabra, *los verdaderos profetas se revelan mediante sus actos, y son otras personas quienes los descubren; mientras que los falsos profetas se presentan a sí mismos como enviados de Dios.* Los primeros son simples y modestos; los segundos son orgullosos y engreídos; hablan con altanería y, como todos los mentirosos, siempre parecen tener miedo de que no les crean.

Se ha visto que algunos de esos impostores pretendieron hacerse pasar por apóstoles de Cristo, otros por el propio Cristo y, para vergüenza de la humanidad, han encontrado personas suficientemente ingenuas para creer en esas torpezas. Sin embargo, una reflexión muy sencilla debería abrir hasta los ojos del más ciego: si Cristo reencarnara en la Tierra, vendría con todo su poder y todas sus virtudes, a menos que se admitiera que él ha degenerado, lo que sería absurdo. Ahora bien, del mismo modo que si quitarais a Dios uno solo de sus atributos ya no tendríais a Dios, si le quitarais a Cristo una sola de sus virtudes ya no tendríais a Cristo. Los que se hacen pasar por Cristo, ¿poseen todas sus virtudes? Esa es la cuestión. Observadlos, escrutad sus pensamientos y sus actos, y reconoceréis que, sobre todas las cosas, carecen de las cualidades distintivas de Cristo: la humildad y la caridad; mientras que tienen las que Jesús no tenía: la ambición y el orgullo. Notad, además, que hay en la actualidad, en diversos países, muchos pretendidos Cristos, del mismo modo que hay muchos pretendidos Elías, muchos san Juan o san Pedro, y que resulta imposible que todos sean verdaderos. Tened la certeza de que se trata de

personas que explotan la credulidad ajena y a quienes les resulta cómodo vivir a expensas de los que los siguen.

Desconfiad, pues, de los falsos profetas, especialmente en una época de renovación, porque muchos impostores se presentarán como enviados de Dios. Ellos procuran satisfacer su vanidad en la Tierra, pero podéis estar seguros de que una inexorable justicia los espera. (Erasto. París, 1862.)

## Los falsos profetas de la erraticidad

10. Los falsos profetas no sólo se encuentran entre los encarnados. Los hay también, y en mucho mayor número, entre los Espíritus orgullosos que, bajo la engañosa apariencia del amor y la caridad, siembran la desunión y retrasan la obra de emancipación de la humanidad. Para ello, ponen obstáculos mediante los absurdos sistemas que sus médiums aceptan. A los efectos de fascinar mejor a aquellos a quienes se proponen engañar, para dar más consistencia a sus teorías, se apoderan sin escrúpulos de nombres que las personas pronuncian con gran respeto.

Esos Espíritus son los que siembran el fermento del antagonismo entre los grupos, son los que los inducen a aislarse unos de otros y a mirarse con desconfianza. Sólo eso bastaría para desenmascararlos, porque al proceder de ese modo ellos mismos desmienten de manera formal aquello que pretenden ser. Por consiguiente, ciegos son los hombres que se dejan atrapar en una celada tan burda.

Con todo, hay otros medios para reconocerlos. Los Espíritus de la categoría a la cual ellos dicen que pertenecen, deben ser no sólo muy buenos, sino también eminentemente raciona-

les. Pues bien, pasad sus sistemas por el tamiz de la razón y del buen sentido, y veréis lo que quedará de ellos. Así pues, convenid conmigo en que cada vez que un Espíritu prescribe, como remedio para los males de la humanidad o como el medio de acceder a su transformación, soluciones utópicas e inviables, medidas pueriles y ridículas, y cuando formula un sistema que se contradice con las más elementales nociones de la ciencia, no puede ser más que un Espíritu ignorante y mentiroso.

Por otra parte, creed que así como los individuos no siempre aprecian la verdad, esta siempre conquista el aprecio del buen sentido de las masas, y este es otro criterio a tener en cuenta. Si dos principios se contradicen, encontraréis la medida del valor intrínseco de cada uno cuando verifiquéis cuál de ellos encuentra más eco y simpatía. En efecto, *sería ilógico admitir que una doctrina cuyos adeptos disminuyen progresivamente sea más auténtica que otra que ve a los suyos en continuo aumento.* Con el propósito de que la verdad llegue a todos, Dios no la limita a un ámbito restringido. Por el contrario, hace que brote en diferentes lugares, a fin de que por todas partes la luz esté junto a las tinieblas.

Rechazad con determinación a todos esos Espíritus que se presentan como consejeros exclusivos, que predican la división y el aislamiento. Casi siempre son Espíritus vanidosos y mediocres, que tratan de imponerse a los hombres débiles y crédulos mediante las alabanzas exageradas que les prodigan, a fin de fascinarlos y mantenerlos bajo su dominio. Por lo general, son Espíritus sedientos de poder, que mientras vivían se comportaron como déspotas, ya sea en público o en la vida privada, y que aun después de haber muerto buscan víctimas a las cuales sojuzgar. En general, *desconfiad de las comunicaciones que tienen un carácter de misticismo y de rareza, o*

*que prescriben ceremonias y actos extravagantes*. En esos casos existe siempre un motivo legítimo de sospecha.

Por otra parte, tened la convicción de que cuando se debe revelar una verdad a la humanidad, esa verdad se comunica, por decirlo así, simultáneamente a todos los grupos serios, que cuentan con médiums serios, y no a este o aquel con exclusión de los demás. Ningún médium es perfecto si está obseso, y hay una obsesión explícita cuando un médium sólo es apto para recibir las comunicaciones de un determinado Espíritu, por más alto que este trate de colocarse. Por consiguiente, tanto los médiums como los grupos que se consideran privilegiados por obtener comunicaciones que sólo ellos están en condiciones de recibir, y que, por otra parte, se entregan a prácticas que tienden a la superstición, se encuentran sin duda bajo el influjo de una obsesión perfectamente caracterizada, sobre todo cuando el Espíritu dominador ostenta un nombre al que todos, tanto los encarnados como los Espíritus, deben honrar y respetar, además de impedir que sea empleado de manera irreverente.

Es indiscutible que, si se sometieran al tamiz de la razón y de la lógica la totalidad de los datos y de las comunicaciones de los Espíritus, sería fácil rechazar lo absurdo y las equivocaciones. Un médium puede estar fascinado, un grupo puede ser engañado, pero el control riguroso de los grupos restantes, el conocimiento adquirido, la elevada autoridad moral de los directores de los grupos, así como las comunicaciones de los principales médiums, que reciben una impronta de lógica y de autenticidad de nuestros mejores Espíritus, pronto harán justicia a esos dictados engañosos y arteros, emanados de una turba de Espíritus mentirosos o malintencionados. (Erasto, discípulo de san Pablo. París, 1862.)

(Véase, en la *Introducción* de este libro, el § II: "Control universal de la enseñanza de los Espíritus". Y *El libro de los médiums*, Capítulo XXIII: "Acerca de la Obsesión".)

## Jeremías y los falsos profetas

11. Esto dice el Señor de los ejércitos: "No escuchéis las palabras de los profetas que os profetizan y os engañan. Ellos difunden las visiones de su propio corazón y no lo que aprendieron de la boca del Señor. Dicen a los que me desprecian: 'El Señor lo dijo, paz tendréis'; y a todos los que caminan en la corrupción de sus corazones: 'No os sucederá nada malo'. Con todo, ¿quién entre ellos asistió al consejo de Dios? ¿Quién vio y oyó lo que Él dijo? Yo no envié a esos profetas, y ellos corrieron por sí mismos. Yo no les hablé, y ellos profetizaron de sus cabezas. He oído lo que dicen esos profetas que en mi nombre profetizan la mentira, diciendo: 'He soñado, he soñado'. ¿Hasta cuándo esa imaginación estará en el corazón de los profetas que profetizan la mentira, y cuyas profecías no son más que las seducciones de su corazón? Así pues, cuando este pueblo, o un profeta, o un sacerdote, os pregunten, diciendo: '¿Cuál es el fardo del Señor?' Les diréis: 'Vosotros mismos sois el fardo, y yo os arrojaré bien lejos de mí, dice el Señor'." (Jeremías, 23:16 a 18, 21, 25, 26 y 33.)

Amigos míos, voy a hablaros sobre este pasaje del profeta Jeremías. A través de su boca habló Dios, y dijo: "Las visiones de su corazón los hacen hablar". Esas palabras indican claramente que ya en aquella época los charlatanes y los exaltados abusaban del don de profecía y lo explotaban. Abusaban, por consiguiente, de la fe sencilla y casi ciega del pueblo, y hacían

predicciones *por dinero* sobre cosas buenas y agradables. Esta clase de fraude estaba muy difundida en la nación judía, y es fácil comprender que el pobre pueblo, en su ignorancia, no tenía la posibilidad de distinguir los buenos de los malos, e invariablemente sufría, en mayor o menor medida, víctima de los supuestos profetas, que sólo eran impostores o fanáticos. Nada hay más significativo que estas palabras: "Yo no envié a esos profetas, y ellos corrieron por sí mismos. Yo no les hablé, y ellos profetizaron". Más adelante, dice: "He oído lo que dicen esos profetas que en mi nombre profetizan la mentira, diciendo: 'He soñado, he soñado'." Indicaba de ese modo uno de los medios que empleaban para explotar la confianza que se les dispensaba. La multitud, siempre crédula, no pensaba en corroborar la veracidad de sus sueños o de sus visiones. Todo eso le parecía muy natural, y siempre invitaba a los profetas a que hablaran.

A continuación de las palabras del profeta Jeremías, escuchad los sabios consejos del apóstol san Juan, cuando dice: "No creáis a todo Espíritu, sino verificad si los Espíritus son de Dios", porque entre los invisibles los hay también que se complacen en engañar cuando encuentran la ocasión. Los burlados son, sin duda, los médiums que no toman las debidas precauciones. Ese es, indiscutiblemente, uno de los mayores escollos con el que muchos tropiezan, sobre todo cuando son novatos en el espiritismo. Para ellos constituye una prueba, que sólo habrán de superar si emplean suma prudencia. Aprended, pues, ante todo, a distinguir los Espíritus buenos de los malos, para que no os convirtáis vosotros mismos en falsos profetas. (Luoz*, Espíritu protector*. Carlsruhe, 1861.)

Capítulo XXII

# No separéis lo que Dios ha unido

Indisolubilidad del matrimonio.- El divorcio.

## Indisolubilidad del matrimonio

1. *Unos fariseos se acercaron a él para tentarlo, y le dijeron: "¿Es lícito a un hombre repudiar a su mujer, cualquiera sea el motivo?" Él respondió: "¿No habéis leído que Aquel que creó al hombre desde el principio, los creó macho y hembra, y que dijo: 'Por esta razón, el hombre dejará a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán los dos una sola carne'? De modo que ya no son dos, sino una sola carne. Por lo tanto, lo que Dios unió, el hombre no lo separe".*

*Le dijeron: "Pero entonces, ¿por qué ordenó Moisés que el marido dé a su mujer una carta de divorcio, y la repudie?" Jesús respondió: "Fue por causa de la dureza de vuestro corazón que Moisés permitió que repudiéis a vuestras mujeres; pero al principio no fue así. Por eso os digo que aquel que repudia a su mujer, a no ser en caso de adulterio, y se casa con otra, comete adulterio; y el que se casa con la que otro repudió, también comete adulterio".* (*San Mateo*, 19:3 a 9.)

2. Sólo lo que viene de Dios es inmutable. Lo que es obra de los hombres está sujeto a cambios. Las leyes de la naturaleza son las mismas en todos los tiempos y en todos los lugares. Las leyes humanas varían según las épocas, los países y el progreso de la inteligencia. En el matrimonio, lo que pertenece al orden divino es la unión de los sexos, a fin de que se produzca la sustitución de los seres que mueren. Con todo, las condiciones que regulan esa unión son a tal punto humanas, que no hay en todo el mundo, ni aun en la cristiandad, dos países donde sean absolutamente las mismas, y ninguno donde no hayan sufrido cambios con el paso del tiempo. De ahí resulta que, para la ley civil, lo que es legítimo en un país y en una época determinados, constituye adulterio en otro país y en otra época. Eso se debe a que el objetivo de la ley civil es regular los intereses de la familia, y esos intereses varían según las costumbres y las necesidades locales. Así, por ejemplo, en ciertos países, el único matrimonio legítimo es el religioso; en otros, es necesario, además, el matrimonio civil; en otros, por último, el matrimonio civil es suficiente.

3. En lo relativo a la unión de los sexos, junto a la ley divina material, común a todos los seres vivos, existe otra ley divina, inmutable como todas las leyes de Dios, de índole exclusivamente moral: la ley de amor. Dios ha querido que los seres se uniesen no sólo por los lazos de la carne, sino también por los del alma, a fin de que el afecto mutuo de los esposos se transmitiera a sus hijos, y que fuesen dos en vez de uno, para amarlos, cuidarlos y hacer que progresen. En las condiciones habituales del matrimonio, ¿se tiene en consideración la ley de amor? De ningún modo. No se tiene en cuenta el afecto de dos seres que se atraen por sentimientos recíprocos, puesto

que muy a menudo ese afecto se interrumpe. Lo que se busca no es la satisfacción del corazón, sino la del orgullo, de la vanidad, de la ambición; en una palabra, la satisfacción de los intereses materiales. Cuando todo está en correspondencia con esos intereses, se dice que el matrimonio es conveniente, y cuando los bolsillos están bien llenos se dice que los esposos están en armonía y deben ser muy felices.

Sin embargo, ni la ley civil ni los compromisos que ella establece pueden suplir a la ley de amor cuando esta última no preside la unión. De ahí resulta que, en muchas ocasiones, *lo que se ha unido por la fuerza se separa por sí mismo*; que el juramento que se pronuncia al pie del altar se transforma en perjurio si se pronuncia como una fórmula banal. De ahí provienen las uniones desdichadas, que se vuelven criminales. Esta doble desgracia se evitaría si, en el momento de establecer las condiciones del matrimonio, no se hiciese abstracción de la única que lo sanciona ante Dios: la ley del amor. Cuando Dios dice: "Seréis una sola carne", y cuando Jesús manifiesta: "No separéis lo que Dios ha unido", esas palabras deben entenderse con referencia a la unión según la ley inmutable de Dios, y no según la ley de los hombres, que se halla sujeta a cambios.

4. Así pues, ¿será superflua la ley civil? ¿Tendremos que volver a los matrimonios según la naturaleza? Por cierto que no. El objetivo de la ley civil es regular los vínculos sociales y los intereses de las familias, de acuerdo con las exigencias de la civilización. Por eso es útil e imprescindible, aunque variable. La ley civil debe ser previsora, porque el hombre civilizado no puede vivir como el salvaje. No obstante, nada, absolutamente nada, se opone a que esa ley sea el corolario de la ley de Dios. Los obstáculos para el cumplimiento de la ley divina

derivan de los prejuicios y no de la ley civil. Esos prejuicios, aunque todavía están vigentes, ya han perdido en gran medida su predominio en el seno de los pueblos ilustrados, y desaparecerán con el progreso moral, que abrirá finalmente los ojos de los hombres en relación con los innumerables males, las faltas, e incluso los crímenes, que son la consecuencia de las uniones que se conforman teniendo en cuenta exclusivamente los intereses materiales. Llegará el día en que el hombre se preguntará qué es más humano, más caritativo y más moral: si mantener unidos a dos seres que no pueden vivir juntos, o devolverles la libertad; y si la perspectiva de una cadena indisoluble no aumenta el número de uniones irregulares.

## El divorcio

5. El divorcio es una ley humana cuyo objetivo consiste en separar legalmente a los que están separados de hecho. No es contrario a la ley de Dios, porque sólo reforma lo que los hombres han hecho, y sólo es aplicable en los casos en que no se ha tenido en cuenta la ley divina. Si fuese contrario a esa ley, la Iglesia misma se vería obligada a considerar como prevaricadores a aquellos de sus jefes que, por su propia autoridad y en nombre de la religión, en más de una circunstancia han impuesto el divorcio. Doble sería en tales casos la prevaricación, debido a que el divorcio estuvo justificado exclusivamente por intereses transitorios, y no para satisfacer la ley de amor.

Con todo, tampoco Jesús consagra la indisolubilidad absoluta del matrimonio. ¿Acaso no dijo que: "Por causa de la dureza de vuestro corazón, Moisés permitió que repudiéis a

vuestras mujeres"? Eso significa que, desde la época de Moisés, dado que el afecto mutuo no era el único objetivo del matrimonio, la separación podría llegar a ser necesaria. Y añadió: "al principio no fue así", es decir, que en el origen de la humanidad, cuando los hombres todavía no estaban pervertidos por el egoísmo y el orgullo, y vivían según la ley de Dios, las uniones estaban cimentadas en la simpatía y no en la vanidad o la ambición y, por consiguiente, no daban lugar al repudio.

Jesús va más lejos, pues especifica el caso en que el repudio puede tener lugar, a saber, cuando existe adulterio. Ahora bien, allí donde reina un sincero afecto recíproco el adulterio no existe. Es verdad que Jesús prohíbe al hombre desposar a la mujer repudiada, pero debemos tener en cuenta las costumbres y el carácter de los hombres de su tiempo. La ley mosaica prescribía, en ese caso, la lapidación. Con la intención de abolir un hábito bárbaro, Jesús recurrió a una penalidad que lo sustituyese, y la encontró en la deshonra que sería consecuencia de la prohibición de un segundo matrimonio. En cierto modo, se trataba de una ley civil que sustituía a otra ley civil, pero que, como todas las leyes de esa índole, debía superar la prueba del tiempo.

## Capítulo XXIII

# Moral extraña

Odiar al padre y a la madre.- Dejar al padre,
a la madre y a los hijos.- Dejad a los muertos el cuidado
de enterrar a sus muertos.- No he venido a traer la paz,
sino la división.

## Odiar al padre y a la madre

1. *Una gran multitud iba con Jesús. Y volviéndose hacia el pueblo, él dijo: "Si alguno viene a mí, y no* odia *a su padre y a su madre, a su mujer y a sus hijos, a sus hermanos y hermanas, e incluso a su propia vida, no podrá ser mi discípulo. Y el que no cargue su cruz y me siga, no puede ser mi discípulo. Así pues, cualquiera de vosotros que no renuncie a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo".* (*San Lucas*, 14:25 a 27 y 33.)

2. *El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí.* (*San Mateo*, 10:37.)

3. Algunas palabras de Cristo, muy extrañas por cierto, contrastan de un modo tan singular con su lenguaje habitual, que instintivamente rechazamos su sentido literal, sin que la

sublimidad de su doctrina sufra menoscabo alguno. Escritas después de su muerte, puesto que ninguno de los Evangelios fue redactado mientras él vivía, esas palabras dan lugar a suponer que, en este caso, el fondo de su pensamiento no ha sido transmitido correctamente o, lo que no es menos probable, que el sentido primitivo ha sufrido alguna alteración al pasar de un idioma a otro. Bastaría con que se cometiera un error una vez, para que los copistas lo repitieran, como sucede tan a menudo en relación con los hechos históricos.

La palabra *odia*, en esta frase de San Lucas: *Si alguno viene a mí y no odia a su padre y a su madre,* se halla comprendida en dicho caso. Nadie tendría la intención de atribuirla a Jesús. Por lo tanto, sería superfluo discutirla y, más aún, tratar de justificarla. En primer lugar sería necesario saber si él la pronunció y, en caso afirmativo, si en el idioma en que se expresaba, la palabra en cuestión tenía el mismo significado que en el nuestro. En este pasaje de San Juan: "El que *odia* su vida en este mundo, la conserva para la vida eterna", no expresa, por cierto, la idea que nosotros le atribuimos.

La lengua hebraica no era rica, y muchas de las palabras tenían varias acepciones. Tal es, por ejemplo, la que en el *Génesis* designa las fases de la Creación, que servía también para expresar simultáneamente un período cualquiera de tiempo y la rotación diurna. De ahí resultó, posteriormente, su traducción por la palabra *día*, así como la creencia de que el mundo ha sido una obra de seis veces veinticuatro horas. Tal es, también, el caso de la palabra que designaba a un *camello* y a un *cable*, porque los cables se hacían con pelos de camello,

razón por la cual la han traducido con el término *camello* en la alegoría del ojo de una aguja. (Véase el Capítulo XVI, § 2.)[15]

Por otra parte, se debe tener en consideración las costumbres y el carácter de los pueblos, que tanto influyen en la índole particular de sus idiomas. Sin ese conocimiento, el sentido verdadero de ciertas palabras se pierde. De un idioma a otro, la misma palabra tiene mayor o menor energía. En uno puede ser una injuria o una blasfemia, y una palabra insignificante en otro, según la idea que sugiera. En un mismo idioma algunas palabras pierden su valor con el transcurso de los siglos. Por eso, una traducción rigurosamente literal no siempre expresa el pensamiento a la perfección y, para ser exacta, debe emplear a veces, no los términos correspondientes, sino otros equivalentes o también perífrasis.

15. *Non odit* en latín, *kaï ou miseï* en griego, no quiere decir *aborrecer* sino *amar menos*. Lo que expresa el verbo griego *miseïn*, el verbo hebreo del cual debe haberse valido Jesús lo expresa mejor aún. Ese verbo no significa sólo *odiar* sino también *amar menos*, *no amar tanto como* a otro o *igual que* a otro. En el dialecto siríaco, del cual se dice que Jesús se valía a menudo, esa significación es aún más notoria. En ese sentido se dice en el *Génesis* (29:30 y 31): "Y Jacob amó también más a Rachel que a Lía, y Jehová viendo que Lía era *odiada*..." Es evidente que el verdadero sentido aquí es *menos amada*. Así debe traducirse. En muchos otros pasajes hebraicos, y sobre todo siríacos, el mismo verbo se emplea en el sentido de *no amar tanto como a otro*, de modo que sería un contrasentido traducirlo por *odiar*, que tiene otra acepción bien determinada. El texto de San Mateo aleja, por otra parte, toda dificultad. (Nota de M. Pezzani.)
*Monsieur* André Pezzani es el autor del libro *Pluralidad de las existencias del alma*, París: Didier et Cie., 1864. Allan Kardec anuncia el lanzamiento de esta obra en la *Revista Espírita* de enero de 1865. Además, la cita en *¿Qué es el espiritismo?*, y la incluye entre las obras complementarias de la doctrina espírita, conforme se lee en el *Catalogue raisonné des ouvrages pouvant servir a fonder une bibliothèque spirite*, p. 6. (N. del T.)

Estas observaciones tienen una aplicación especial en la interpretación de las santas Escrituras y, en particular, de los Evangelios. Si no se tiene en cuenta el ámbito en que vivía Jesús, nos exponemos a equívocos acerca del valor de ciertas expresiones y de ciertos hechos, a consecuencia de que es habitual asimilar los otros lugares al lugar de uno. En todo caso, es necesario descartar del término *odiar* su acepción moderna, pues resulta contraria al espíritu de la enseñanza de Jesús. (Véase también el capítulo XIV, § 5 y siguientes.)

## Dejar al padre, a la madre y a los hijos

4. *Aquel que por mi nombre haya dejado su casa, o sus hermanos, o sus hermanas, o su padre, o su madre, o su mujer, o sus hijos, o sus tierras, recibirá el céntuplo de todo eso y tendrá por herencia la vida eterna.* (*San Mateo*, 19:29.)

5. *Entonces Pedro le dijo: "En cuanto a nosotros, ves que hemos dejado todo y te hemos seguido". Jesús les dijo: "En verdad os digo, que quien haya dejado su casa, o su padre, o su madre, o sus hermanos, o su mujer, o sus hijos por el reino de Dios, habrá de recibir mucho más, incluso en este mundo, y en el siglo venidero la vida eterna".* (*San Lucas*, 18:28 a 30.)

6. *Otro le dijo: "Te seguiré, Señor; pero permíteme que antes disponga de lo que tengo en mi casa". Jesús le respondió: "Ninguno que, poniendo la mano en el arado, mira hacia atrás, es apto para el reino de Dios".* (*San Lucas*, 9:61 y 62.)

Sin discutir las palabras, aquí es necesario buscar el pensamiento, que evidentemente era este: "Los intereses de la vida futura prevalecen sobre los intereses y las consideraciones humanas", porque ese pensamiento se halla de acuerdo con la esencia de la doctrina de Jesús, mientras que la idea de renunciar a la familia sería la negación de esa doctrina.

¿No tenemos a la vista, por otra parte, la aplicación de esas máximas en el sacrificio de los intereses y los afectos de familia a favor de la patria? ¿Se censura a un hijo porque deja a su padre, a su madre, a sus hermanos, a su mujer y a sus propios hijos para ir a defender su país? Por el contrario, ¿no se le reconoce un gran mérito cuando se sustrae del deleite del hogar, de las expansiones de la amistad, para cumplir un deber? Existen, pues, algunos deberes que tienen prioridad sobre otros. ¿Acaso la ley no impone a la hija la obligación de dejar a sus padres para seguir a su esposo? En el mundo se multiplican los casos en que se imponen las más penosas separaciones. No obstante, los afectos no se destruyen por eso. El alejamiento no disminuye el respeto ni el desvelo que el hijo debe a sus padres, ni la ternura de estos para con sus hijos. Se ve, pues, que aunque las tomemos literalmente, a excepción del término *odiar*, aquellas palabras no constituyen una negación del mandamiento que prescribe honrar al padre y a la madre, ni del sentimiento de ternura paternal; y menos aún si se las considera según su espíritu. El objetivo era mostrar al hombre, a través de una hipérbole, cuán imperioso es el deber de ocuparse de la vida futura. Por otra parte, esas palabras debían de resultar poco chocantes para un pueblo y en una época en los que, a consecuencia de las costumbres, los lazos de familia tenían menos fuerza que la que habrían de tener en una civilización moral más avanzada. Esos lazos, más débiles en

los pueblos primitivos, se fortifican mediante el desarrollo de la sensibilidad y del sentido moral. La separación es, incluso, necesaria para el progreso, tanto de las familias como de las razas, pues ellas degeneran cuando no hay cruzamiento, cuando no se mezclan unas con otras. Es una ley de la naturaleza, tanto en favor del progreso moral como del progreso físico.

Aquí las cosas se consideran solamente desde el punto de vista terrenal. El espiritismo, en cambio, contribuye a que las veamos desde más alto, pues nos muestra que los verdaderos lazos de afecto son los del Espíritu y no los del cuerpo, y que esos lazos no se rompen con la separación, ni tampoco con la muerte del cuerpo, sino que se robustecen en la vida espiritual mediante la purificación del Espíritu. Esta es una verdad consoladora que confiere al hombre una gran fuerza para sobrellevar las vicisitudes de la vida. (Véanse los Capítulos IV, § 18, y XIV, § 8.)

## Dejad a los muertos el cuidado de enterrar a sus muertos

7. *A otro le dijo: "Sígueme". Y él le respondió: "Señor, déjame ir antes a enterrar a mi padre". Jesús le respondió: "Deja a los muertos el cuidado de enterrar a sus muertos; en cuanto a ti, ve a anunciar el reino de Dios".* (*San Lucas*, 9:59 y 60.)

8. ¿Qué pueden significar estas palabras: "Deja a los muertos el cuidado de enterrar a sus muertos"? Las consideraciones precedentes demuestran, en primer lugar, que en las circunstancias en que fueron pronunciadas, no podían expresar una reprobación contra aquel que consideraba un deber de piedad

filial el ir a sepultar a su padre. Por el contrario, encierran un sentido más profundo, que sólo un conocimiento más completo de la vida espiritual permite comprender.

En efecto, la vida espiritual es la vida verdadera. Se trata de la vida normal del Espíritu. La existencia terrenal es transitoria y pasajera, y constituye una especie de muerte si se la compara con el esplendor y la actividad de la vida espiritual. El cuerpo no es otra cosa que una vestimenta grosera que reviste momentáneamente al Espíritu, un verdadero grillete que lo sujeta al suelo de este mundo, y el Espíritu se siente feliz cuando consigue liberarse de él. El respeto que se consagra a los muertos no está referido a la materia, sino al Espíritu ausente, por el recuerdo que conservamos de él. Ese respeto es análogo al que se tiene por los objetos que le pertenecieron, que él tocó y que sus afectos guardan como reliquias. Esto es lo que aquel hombre no podía comprender por sí mismo. Jesús, entonces, se lo enseñó al decirle: "No te preocupes por el cuerpo, piensa antes en el Espíritu. Ve a enseñar el reino de Dios; ve a decir a los hombres que su patria no está en la Tierra, sino en el Cielo, pues sólo allí transcurre la verdadera vida".

## No he venido a traer la paz, sino la división

9. *No penséis que he venido a traer la paz a la Tierra. No he venido a traer la paz, sino la espada. Porque he venido a separar al hombre de su padre, a la hija de su madre, y a la nuera de su suegra. Y el hombre tendrá enemigos en su propia casa.* (*San Mateo*, 10:34 a 36.)

10. *He venido a arrojar fuego sobre la Tierra, y ¿qué más deseo, sino que arda? ¡Con un bautismo tengo que ser bautizado, y cuán ansioso me siento de que se cumpla!*

*¿Creéis que he venido a traer la paz a la Tierra? No, os lo aseguro; por el contrario, he venido a traer la división. Porque, desde ahora, si hay cinco personas en una casa, estarán divididas unas contra otras: tres contra dos, y dos contra tres. El padre estará dividido contra el hijo, el hijo contra el padre, la madre contra la hija, y la hija contra la madre, la suegra contra la nuera, y la nuera contra la suegra.* (*San Lucas*, 12:49 a 53.)

11. ¿Será posible que Jesús, la personificación de la dulzura y la bondad, precisamente él, que no cesó de predicar el amor al prójimo, haya dicho: "No he venido a traer la paz, sino la espada; he venido a separar al hijo de su padre, al esposo de su esposa; he venido a arrojar fuego sobre la Tierra, y tengo prisa para que arda?" ¿Acaso estas palabras no están en contradicción manifiesta con sus enseñanzas? ¿No será una blasfemia atribuirle el lenguaje de un conquistador sanguinario y devastador? No, no hay blasfemia ni contradicción en esas palabras, porque es él quien las pronunció, y ellas son el testimonio de su elevada sabiduría. Sólo la forma, un tanto equívoca, no expresa con exactitud su pensamiento, lo que dio origen a que muchas personas se engañaran en cuanto a su verdadero sentido. Tomadas literalmente, tenderían a transformar su misión, absolutamente pacífica, en otra de perturbación y discordia: consecuencia absurda que el buen sentido rechaza, porque Jesús no podía contradecirse. (Véase el Capítulo XIV, § 6.)

12. Toda idea nueva encuentra forzosamente oposición, y no hay una sola que se haya instalado sin luchas. Ahora bien, en esos casos, la resistencia siempre está en relación con la importancia de los resultados *previstos*, porque cuanto más importante es la idea, tanto más numerosos son los intereses que lesiona. Si fuera evidentemente falsa, si la juzgaran sin consecuencias, nadie se alarmaría y la dejarían pasar, convencidos de que adolece de vitalidad. Pero si es verdadera, si se apoya en una base sólida, si es posible entrever su futuro, un secreto presentimiento advierte a sus enemigos que es un peligro tanto para ellos como para el orden de las cosas en cuyo mantenimiento están empeñados. Por eso se arrojan contra ella y contra sus adeptos.

Por consiguiente, la medida de la importancia y de los resultados de una nueva idea se encuentra en el fervor que su aparición provoca, en la violencia de la oposición que despierta, así como en la intensidad y en la persistencia de la cólera de sus adversarios.

13. Jesús vino a proclamar una doctrina que socavaría, desde la base, los abusos en que vivían los fariseos, los escribas y los sacerdotes de su tiempo. Por eso lo hicieron morir, con la convicción de que al matar al hombre mataban a la idea. Con todo, la idea sobrevivió, porque era verdadera; creció, porque formaba parte de los designios de Dios. Asimismo, salida de una humilde e ignorada aldea de la Judea, fue a plantar su estandarte precisamente en la capital del mundo pagano, ante sus enemigos más encarnizados, que tenían sumo interés en combatirla, porque echaba por el suelo creencias seculares, a las que muchos adherían más por interés que por convicción. Allí aguardaban a sus apóstoles las más terribles luchas. Las

víctimas fueron innumerables, pero la idea continuó creciendo y conquistó el triunfo, porque en su carácter de verdad superaba a sus antecesoras.

14. Es preciso destacar que el cristianismo surgió cuando el paganismo ya estaba en decadencia y luchaba contra las luces de la razón. Este se practicaba según la forma, pero la creencia había desaparecido, y sólo el interés personal lo sostenía. Ahora bien, el interés es tenaz: jamás cede a la evidencia, y se irrita tanto más cuanto más convincentes son los razonamientos que se le oponen y cuanto mejor demuestran el error en que incurre. El interés sabe perfectamente que está equivocado, pero eso no lo conmueve, porque no tiene en su alma la verdadera fe. Lo que más teme es la luz que abre los ojos a los ciegos. Como su error le resulta beneficioso, se aferra a él y lo defiende.

¿Acaso Sócrates no había enseñado también una doctrina hasta cierto punto análoga a la de Cristo? ¿Por qué, entonces, no prevaleció en aquella época, en el seno de uno de los pueblos más inteligentes de la Tierra? Porque el tiempo no había llegado aún. Sócrates sembró en una tierra que no estaba labrada. El paganismo todavía no se había *agotado*. Cristo recibió su misión providencial en el momento propicio. Pese a que no todos los hombres de su época estuvieron a la altura de las ideas cristianas, había entre ellos una aptitud más generalizada para asimilarlas, pues se empezaba a experimentar el vacío que las creencias vulgares dejaban en el alma. Sócrates y Platón abrieron el camino y predispusieron los espíritus. (Véase, en la *Introducción*, el § IV: "Sócrates y Platón, precursores de la idea cristiana y del espiritismo".)

15. Lamentablemente, los adeptos de la nueva doctrina no se pusieron de acuerdo en lo relativo a la interpretación de las palabras del Maestro, en su mayor parte cubiertas con el velo de las alegorías y del lenguaje figurado. De ahí nacieron, desde el principio, numerosas sectas que pretendían estar en posesión de la verdad exclusiva, y dieciocho siglos no han sido suficientes para que se pongan de acuerdo. Relegando el más importante de los preceptos divinos, el que Jesús colocó como piedra angular de su edificio y como la condición expresa para la salvación: la caridad, la fraternidad y el amor al prójimo, esas sectas se anatematizaron mutuamente y arremetieron unas contra otras. Así, las más poderosas atacaron a las más débiles: las ahogaron en sangre y las destruyeron por medio de las torturas y las llamas de las hogueras. Los cristianos, vencedores del paganismo, de perseguidos que eran se convirtieron en perseguidores. A hierro y fuego plantaron en los dos mundos la cruz del Cordero sin mancha. Es un hecho constatado que las guerras religiosas han sido las más crueles y han causado más víctimas que las guerras políticas, y que en ninguna otra contienda bélica se cometieron tantos actos de atrocidad y barbarie.

¿Debemos culpar a la doctrina de Cristo? No, por cierto, pues condena formalmente toda clase de violencia. ¿Dijo él alguna vez a sus discípulos: "Id, matad, masacrad, quemad a los que no crean como vosotros"? No, por el contrario, pues les dijo: "Todos los hombres son hermanos, y Dios es soberanamente misericordioso; amad a vuestro prójimo; amad a vuestros enemigos; haced el bien a los que os persiguen". Les dijo además: "Quien mata con la espada, perecerá por la espada". La responsabilidad no le corresponde, pues, a la doctrina de Jesús, sino a los que la han interpretado falsamente y la

convirtieron en un instrumento al servicio de sus pasiones, a los que han despreciado estas palabras: "Mi reino no es de este mundo".

Con su profunda sabiduría, Jesús preveía lo que iba a suceder. No obstante, esos acontecimientos eran inevitables, porque derivaban de la inferioridad de la naturaleza humana, que no podía transformarse repentinamente. Era preciso que el cristianismo pasara por esa prolongada y cruel prueba de dieciocho siglos para que pusiera de manifiesto todo su poder. Porque, a pesar del mal cometido en su nombre, ha salido de él con toda su pureza. Jamás se lo ha puesto en tela de juicio. Las críticas han recaído siempre sobre los que abusaron de él. Ante cada acto de intolerancia se ha dicho siempre: si el cristianismo fuese mejor comprendido y mejor practicado, eso no habría sucedido.

16. Cuando Jesús dijo: "No creáis que he venido a traer la paz, sino la división", su pensamiento era este:

"No creáis que mi doctrina se establecerá pacíficamente. Habrá de traer luchas sangrientas, cuyo pretexto será mi nombre, porque los hombres no me habrán comprendido o no habrán querido comprenderme. Los hermanos, separados por sus respectivas creencias, desenvainarán la espada uno contra otro, y la división reinará en el seno de una familia cuyos miembros no compartan la misma fe. He venido a arrojar fuego a la Tierra para limpiarla de los errores y de los prejuicios, del mismo modo que se prende fuego a un campo para destruir las malas hierbas que han prosperado en él, y tengo urgencia en que ese fuego arda para que la depuración sea más rápida, puesto que de este conflicto saldrá triunfante la verdad. A la guerra la sucederá la paz; al odio de los partidos,

la fraternidad universal; a las tinieblas del fanatismo, la luz de la fe esclarecida. Entonces, cuando el campo esté preparado, os enviaré el *Consolador, el Espíritu de Verdad, que vendrá a restablecer todas las cosas*, es decir, que como dará a conocer el verdadero sentido de mis palabras, que los hombres más esclarecidos podrán finalmente comprender, pondrá término a la lucha fratricida que divide a los hijos del mismo Dios. Cansados, finalmente, de un combate sin consecuencias, que sólo deja a su paso la desolación, y que no lleva más que perturbación al seno de las familias, los hombres reconocerán dónde están sus verdaderos intereses, tanto en lo relativo a este mundo como al otro. Verán de qué lado están los amigos y los enemigos de su tranquilidad. Entonces todos se cobijarán bajo una misma bandera: la bandera de la caridad, y las cosas se restablecerán en la Tierra de acuerdo con la verdad y con los principios que os he enseñado."

17. El espiritismo viene a realizar, en la época prevista, las promesas de Cristo. Sin embargo, no puede cumplirlo sin destruir los abusos. Al igual que Jesús, se topa con el orgullo, con el egoísmo, con la ambición, con la avaricia y con el fanatismo ciego. Estos, empujados hasta sus últimas trincheras, intentan cortarle el camino y le oponen trabas y persecuciones. Por esa razón, también él debe combatir. Pero el tiempo de las luchas y las persecuciones sangrientas ha pasado. Las que deberá enfrentar son de índole moral, y el final de todas ellas está próximo. Las primeras han durado siglos; estas durarán apenas algunos años, porque la luz, en lugar de partir de un único foco, fluye a raudales en todos los puntos del globo, y abrirá más rápidamente los ojos de los ciegos.

18. Por consiguiente, esas palabras de Jesús deben interpretarse en el sentido de la cólera que él preveía que su doctrina iba a provocar, de los conflictos momentáneos a que daría motivo, de las luchas que debería sostener antes de su establecimiento, como sucedió con los hebreos antes de que ingresaran en la Tierra Prometida, y no como consecuencia de un designio premeditado de su parte, en cuanto a sembrar el desorden y la confusión. El mal provendría de los hombres y no de Jesús. Él era como el médico que se presenta para curar, pero cuyos remedios provocan una crisis saludable al remover los humores nocivos del enfermo.

Capítulo XXIV

# No pongáis la lámpara debajo del celemín

La lámpara debajo del celemín. Por qué Jesús habla en parábolas.- No vayáis en busca de los gentiles.- Los sanos no necesitan al médico.- La valentía de la fe.- Cargar la propia cruz. El que quiera salvar su vida, la perderá.

## La lámpara debajo del celemín. Por qué Jesús habla en parábolas

1. *No se enciende una lámpara para ponerla debajo del celemín; sino que se pone sobre el candelero, para que alumbre a todos los que están en la casa.* (*San Mateo*, 5:15.)

2. *Nadie enciende una lámpara y la cubre con una vasija, o la pone debajo de la cama; sino que la pone sobre un candelero, para que los que entran vean la luz. Pues nada hay oculto que no vaya a ser descubierto, y nada secreto que no vaya a ser conocido y presentado públicamente.* (*San Lucas*, 8:16 y 17.)

3. *Acercándose, sus discípulos le dijeron: "¿Por qué les hablas en parábolas?". Él respondió, y les dijo: "Porque a vosotros os ha sido dado conocer los misterios del reino de los Cielos,*

*pero a ellos no. Porque al que ya tiene, más se le dará, y tendrá en abundancia; pero al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará. Por eso les hablo en parábolas, porque viendo no ven, y oyendo no entienden ni comprenden. En ellos se cumple la profecía de Isaías, cuando dice: 'Oiréis con vuestros oídos y nada entenderéis; miraréis con vuestros ojos y nada veréis. Porque el corazón de este pueblo se ha embotado; sus oídos se han vuelto sordos, y han cerrado sus ojos; no sea que vean con sus ojos y con sus oídos oigan, con su corazón entiendan y que, al convertirse, yo los sane'."* (*San Mateo*, 13:10 a 15.)

4. Causa sorpresa oír que Jesús diga que no se debe colocar la luz debajo del celemín, cuando él mismo oculta constantemente el sentido de sus palabras bajo el velo de la alegoría, que no todos pueden comprender. No obstante, él ofrece una explicación a sus apóstoles: "Les hablo en parábolas, porque ellos no están en condiciones de comprender ciertas cosas. Ven, miran, oyen, pero no entienden, de modo que sería inútil decirles todo en este momento. Pero a vosotros os lo digo, porque os ha sido dado comprender estos misterios". Así pues, Jesús obraba con el pueblo como se hace con los niños, cuyas ideas no están aún desarrolladas. De ese modo indica el verdadero sentido de la máxima: "No se debe poner la lámpara debajo del celemín, sino sobre el candelero, para que todos los que entran puedan verla". Eso no significa que haya que revelar sin consideración todas las cosas. La enseñanza debe ser proporcional a la inteligencia de aquel a quien se dirige, porque hay personas a quienes una luz demasiado intensa las deslumbraría sin iluminarlas.

Sucede con los hombres, en general, lo que ocurre con cada individuo en particular. Las generaciones tienen su in-

fancia, su juventud y su edad madura. Cada cosa debe venir a su tiempo, pues la semilla que se arroja al suelo fuera de estación no germina. No obstante, lo que la prudencia aconseja callar momentáneamente, tarde o temprano será descubierto. Esto se debe a que, llegados a cierto grado de desarrollo, los hombres buscan por sus propios medios la luz intensa, pues la oscuridad les molesta. Dios les ha dado la inteligencia para que comprendan y se orienten tanto en las cosas de la Tierra como en las del Cielo, de modo que ellos quieren razonar su fe. Es entonces cuando no se debe poner la lámpara debajo del celemín, puesto que *sin la luz de la razón, la fe se debilita*. (Véase el Capítulo XIX, § 7.)

5. Así pues, si bien la Providencia, en su previsora sabiduría, sólo revela las verdades gradualmente, siempre lo hace a medida que la humanidad está madura para recibirlas. La Providencia las mantiene en reserva y no debajo del celemín. En cambio, los hombres que están en posesión de esas verdades, por lo general las ocultan al común de las personas con la intención de dominarlas. Son ellos los que en realidad colocan la luz debajo del celemín. A eso se debe que todas las religiones tuvieran sus misterios, cuyo examen prohibían. No obstante, mientras esas religiones fueron quedando rezagadas, la ciencia y la inteligencia avanzaron y rasgaron el velo del misterio. El pueblo llegó a la edad adulta y quiere penetrar el fondo de las cosas, de modo que eliminó de su fe lo que se oponía a la observación.

No puede haber misterios absolutos, y Jesús está en lo cierto cuando dice que no hay nada secreto que no vaya a ser conocido. Todo lo que está oculto será descubierto algún día; y lo que el hombre aún no puede comprender en la Tierra le

será develado sucesivamente en mundos más adelantados, a medida que se purifique. Por ahora, en este mundo, se encuentra en medio de tinieblas.

6. Hay quienes preguntan qué beneficio podría extraer el pueblo de esa cantidad de parábolas, cuyo sentido estaba oculto para él. Observemos que Jesús solamente se expresó por medio de parábolas en las partes hasta cierto punto abstractas de su doctrina. No obstante, hizo de la caridad hacia el prójimo, al igual que de la humildad, las condiciones precisas para la salvación, y todo lo que dijo respecto a eso ha quedado perfectamente claro, explícito y sin ambigüedades. Así debía ser, pues se trataba de la regla de conducta, regla que todos debían comprender para estar en condiciones de llevarla a la práctica. Era lo esencial para la multitud ignorante, a la que Jesús se limitaba a decir: "Esto es lo que debéis hacer para conquistar el reino de los Cielos". Acerca de los aspectos restantes, reservaba el desarrollo de su pensamiento exclusivamente para sus discípulos. Puesto que ellos estaban más adelantados, tanto en lo moral como en lo intelectual, Jesús tuvo oportunidad de iniciarlos en el conocimiento de verdades más abstractas. Por eso él manifestó: *A los que ya tienen, más se les dará*. (Véase el Capítulo XVIII, §15.)

Con todo, incluso con sus apóstoles, Jesús conservó sin definir muchos puntos, cuya comprensión plena estaba reservada para tiempos ulteriores. Son esos puntos los que generaron las más diversas interpretaciones, hasta que la ciencia, por un lado, y el espiritismo, por el otro, revelaron nuevas leyes de la naturaleza, que facilitaron la comprensión de su verdadero sentido.

7. El espiritismo, en la actualidad, arroja luz sobre una cantidad de puntos oscuros. Sin embargo, no proyecta su luz sin un criterio. En sus instrucciones, los Espíritus actúan con una prudencia admirable. Abordan los aspectos ya conocidos de la doctrina de modo gradual y sucesivamente, en tanto que dejan los restantes a fin de que sean revelados a medida que resulte conveniente sacarlos de la oscuridad. Si la hubiesen presentado completa desde un primer momento, sólo habría sido accesible para un reducido número de personas. Incluso habría atemorizado a los que no se encontraran preparados para recibirla, lo que hubiera significado un obstáculo para su propagación. Así pues, si los Espíritus aún no revelan la totalidad de modo ostensible, no es porque en la doctrina haya misterios reservados a unos pocos privilegiados, ni porque ellos pongan la lámpara debajo del celemín, sino porque cada cosa debe llegar en el momento oportuno. Los Espíritus dejan que cada idea disponga del tiempo necesario para madurar y propagarse, antes de presentar otra, de modo que *los acontecimientos puedan preparar su aceptación*.

## No vayáis en busca de los gentiles

8. *Jesús envió a estos doce (los apóstoles) después de darles las siguientes instrucciones: "No vayáis en busca de los gentiles, ni entréis en las ciudades de los samaritanos. Id más bien en busca de las ovejas perdidas de la casa de Israel. Y en los lugares adonde fuereis, predicad diciendo que el reino de los Cielos se aproxima".* (*San Mateo*, 10:5 a 7.)

9. En numerosas circunstancias Jesús da evidencias de que sus miras no están circunscriptas al pueblo judío, sino que abarcan toda la humanidad. Por lo tanto, si dice a sus apóstoles que no vayan en busca de los paganos, no es porque desdeñe la conversión de estos, lo que sería poco caritativo, sino porque los judíos, que creían en un Dios único y aguardaban al Mesías, ya estaban preparados –por la ley de Moisés y por los profetas– para recibir su palabra. Como a los paganos les faltaba incluso la base, todo estaba por hacerse, y los apóstoles aún no se encontraban suficientemente esclarecidos para tan ardua tarea. Por esa razón les dijo: "Id en busca de las ovejas descarriadas de Israel", es decir, id a sembrar en un terreno que ya está labrado. Jesús sabía que la conversión de los gentiles se produciría en su momento. En efecto, los apóstoles irían más tarde a plantar la cruz en el centro mismo del paganismo.

10. Esas palabras pueden aplicarse a los adeptos y también a los propagadores del espiritismo. Los incrédulos sistemáticos, los burlones obstinados, los adversarios interesados son, en relación con los espíritas, lo mismo que eran los gentiles en relación con los apóstoles. A ejemplo de estos, los espíritas deben buscar en primer término hacer prosélitos entre las numerosas personas de buena voluntad, que anhelan la luz y poseen en sí un germen fecundo. De ese modo, no perderán el tiempo con los que se rehúsan a ver y oír, y que, por orgullo, se resistirán tanto más cuanto mayor sea la importancia que se le atribuya a su conversión. Más vale abrir los ojos a cien ciegos que desean ver claro, que a uno solo que se complace en las tinieblas, porque así estaremos aumentando en mayor proporción la cantidad de defensores de la causa. Dejar a los demás en paz no constituye una muestra de indi-

ferencia, sino de buena política. Ya llegará su turno cuando sean arrastrados por la opinión general, y cuando oigan reiteradamente las mismas ideas alrededor suyo. Entonces creerán que aceptaron esos conceptos por propia voluntad y no por la presión de otros. Además, algunas ideas son como las semillas: no pueden germinar antes de la estación apropiada, ni en un terreno que no ha sido preparado. Por eso es mejor esperar el tiempo propicio y cultivar antes las semillas que germinaron, para que las restantes no se atrofien a causa de un cultivo demasiado intenso.

En los tiempos de Jesús, y a consecuencia de las ideas limitadas y materialistas de entonces, todo estaba circunscripto y localizado. La casa de Israel era un pueblo pequeño, y los gentiles eran los pequeños pueblos de los alrededores. En la actualidad, las ideas se universalizan y se espiritualizan. La nueva luz no es privilegio de ninguna nación. Para ella no existen barreras; tiene su sede en todas partes y todos los hombres son hermanos. Asimismo, los gentiles tampoco son un pueblo, sino una opinión generalizada, sobre la cual poco a poco triunfa la verdad, al igual que el cristianismo triunfó sobre el paganismo. Ahora ya no se los combate con armas de guerra, sino con el poder de la idea.

## Los sanos no necesitan al médico

11. *Estaba Jesús sentado a la mesa en casa de Mateo, y vinieron allí muchos publicanos y personas de mala vida, que se sentaron a la mesa con Jesús y sus discípulos. Cuando los fariseos vieron eso, dijeron a los discípulos: "¿Por qué vuestro Maestro come con los publicanos y las personas de mala vida?"*

*Pero Jesús, al oírlos, les dijo: "Los sanos no necesitan al médico, sino los enfermos".* (*San Mateo*, 9:10 a 12.)

12. Jesús se dirigía sobre todo a los pobres y a los desheredados, porque son los que están más necesitados de consuelo; a los ciegos dóciles y de buena fe, porque piden volver a ver; pero no a los orgullosos, que creen que poseen toda la luz y no necesitan nada. (Véase, en la *Introducción*, los artículos: "Publicanos" y "Peajeros".)

Esas palabras de Jesús, como tantas otras, encuentran su aplicación en el espiritismo. Hay quienes se sorprenden de que en ocasiones la mediumnidad se conceda a personas indignas y capaces de hacer mal uso de ella. Opinan que una facultad tan valiosa debería ser un atributo exclusivo de quienes tienen mayor merecimiento.

Digamos, ante todo, que la mediumnidad es inherente a una disposición orgánica de la que cualquier hombre puede estar dotado, como lo está de la de ver, oír y hablar. Sin embargo, no hay una sola facultad de la que el hombre, en virtud de su libre albedrío, no pueda abusar. Si Dios solamente hubiese concedido la palabra, por ejemplo, a los que son incapaces de decir cosas malas, habría más mudos que personas aptas para hablar. Dios ha otorgado facultades al hombre, así como la libertad para que las utilice, pero castiga sin excepciones a los que abusan de ellas.

Si el poder de comunicarse con los Espíritus se concediera sólo a los más dignos, ¿quién osaría solicitarlo? Además, ¿dónde estaría el límite que separa la dignidad de la falta de mérito? La mediumnidad se confiere sin distinción, a fin de que los Espíritus puedan llevar la luz a todos los niveles, a todas las clases de la sociedad, tanto al pobre como al rico; a los virtuosos para

afianzarlos en el bien, y a los viciosos para corregirlos. ¿Acaso no son estos últimos los enfermos que necesitan al médico? ¿Por qué Dios, que no quiere la muerte del pecador, lo privaría del auxilio que puede sacarlo del cenagal? Así pues, los Espíritus buenos vienen en su ayuda, y los consejos que recibe directamente pueden impresionarlo con mayor intensidad que si los recibiera por vías indirectas. Dios, en su bondad, deposita la luz en sus manos para ahorrarle el trabajo de irse lejos en su busca. ¿No será más culpable si no quiere mirarla? ¿Podrá disculparse de su ignorancia cuando haya escrito con sus propias manos, visto con sus ojos, escuchado con sus oídos y pronunciado con su boca su propia condenación? Si no la aprovecha, entonces será castigado con la pérdida o con la perversión de su facultad, de la cual se apoderan los Espíritus malos para obsesionarlo y engañarlo, sin perjuicio de las auténticas aflicciones con que Dios hiere a sus servidores indignos, así como a los corazones obstinados en el orgullo y el egoísmo.

La mediumnidad no implica forzosamente que se mantengan relaciones habituales con los Espíritus superiores. Es apenas una *aptitud* para servir de instrumento más o menos flexible a los Espíritus en general. El buen médium no es, pues, el que tiene facilidad para comunicarse, sino el que es simpático a los buenos Espíritus y está asistido sólo por ellos. Únicamente en este sentido la excelencia de las cualidades morales se vuelve omnipotente en relación con la mediumnidad.

## La valentía de la fe

13. *A todo aquel que me confiese y me reconozca ante los hombres, también yo lo reconoceré y lo confesaré ante mi Padre*

*que está en los Cielos. Y al que me niegue ante los hombres, también yo lo negaré ante mi Padre que está en los Cielos.* (*San Mateo*, 10:32 y 33.)

14. *Si alguien se avergüenza de mí y de mis palabras, el Hijo del hombre también se avergonzará de él, cuando venga en su gloria, en la de su Padre y en la de los santos ángeles.* (*San Lucas*, 9:26.)

15. La valentía de opinar ha sido de gran estima entre los hombres, en todas las épocas, porque es un mérito desafiar los peligros, las persecuciones, las contrariedades e incluso simplemente el sarcasmo al que se expone, por lo general, quien no teme proclamar abiertamente ideas que no son las de la mayoría. En esto, como en todo, el mérito está en razón de las circunstancias y de la importancia del resultado. Siempre hay debilidad en quien retrocede ante las consecuencias de su opinión y reniega de ella. Con todo, hay casos en que se trata de una cobardía tan grande como la de huir en el momento del combate.

Jesús resaltó esa cobardía desde el singular punto de vista de su doctrina, cuando dijo que si alguien se avergüenza de sus palabras, de ese también él se avergonzará; que negará al que lo haya negado; que reconocerá ante su Padre que está en los Cielos, a aquel que lo confiese delante de los hombres. En otros términos: *los que tengan miedo de confesarse discípulos de la verdad no son dignos de ser admitidos en el reino de la verdad*. Estos perderán el beneficio de su fe, porque se trata de una fe egoísta, que guardan para sí mismos, y la ocultan a fin de que no les ocasione perjuicios en este mundo. En cambio, los que proclaman la verdad abiertamente y la colocan por encima de

sus intereses materiales, se ocupan de su porvenir y, al mismo tiempo, del porvenir de los demás.

16. Así será con los adeptos del espiritismo. Puesto que la doctrina que profesan no es otra que el desarrollo y la aplicación de la doctrina del Evangelio, también a ellos están dirigidas las palabras de Cristo. Los espíritas siembran en la Tierra lo que habrán de cosechar en la vida espiritual. Allí recogerán los frutos de su valentía, o los de su debilidad.

## Cargar la propia cruz. El que quiera salvar su vida, la perderá

17. *Bienaventurados seréis cuando los hombres os odien y os aparten, cuando os traten injuriosamente y desechen vuestro nombre como malo, por causa del Hijo del hombre. Alegraos ese día y regocijaos, porque una gran recompensa os está reservada en el Cielo, pues de esa manera trataban sus padres a los profetas.* (*San Lucas*, 6:22 y 23.)

18. *Llamando al pueblo y a sus discípulos, les dijo: "Si alguno quiere venir en pos de mí, renuncie a sí mismo, cargue su cruz y sígame. Pues el que quiera salvar su vida, la perderá; y el que pierda su vida por amor a mí y al Evangelio, la salvará. En efecto, ¿de qué le sirve a un hombre ganar todo el mundo, si se pierde a sí mismo?* (*San Marcos*, 8:34 a 36; *San Lucas*, 9:23 a 25; *San Mateo*, 10:38 y 39; *San Juan*, 12:25 y 26.)

19. "Alegraos –dice Jesús– cuando los hombres os odien y os persigan por mi causa, porque seréis recompensados en el

Cielo". Esas palabras pueden traducirse de este modo: Seréis felices cuando los hombres, por la mala voluntad que hayan empleado para con vosotros, os proporcionen la ocasión de demostrar la sinceridad de vuestra fe, porque el mal que os hagan redundará en provecho vuestro. Compadeceos, pues, de su ceguera, y no los maldigáis.

Después añade: "El que quiera seguirme, cargue su cruz", es decir, que sobrelleve con valentía las tribulaciones que su fe le depara, pues el que quiera salvar su vida y sus bienes negándome, perderá las ventajas del reino de los Cielos, mientras que aquellos que hayan perdido todo en este mundo, incluso la vida, en favor del triunfo de la verdad, recibirán en la vida futura el premio a su valentía, a su perseverancia y a su abnegación. En cambio, a los que sacrificaron los bienes celestiales por los goces de la Tierra, Dios dirá: "Ya habéis recibido vuestra recompensa".

Capítulo XXV

# Buscad y hallaréis

Ayúdate, y el Cielo te ayudará.- Contemplad las aves del cielo.- No os pongáis en trabajos para tener oro.

## Ayúdate, y el Cielo te ayudará

1. *Pedid y se os dará;* buscad y hallaréis*; llamad a la puerta y se os abrirá. Porque todo el que pide recibe; el que busca halla; y al que llama a la puerta, se le abrirá.*

*¿Quién de vosotros es el hombre que da una piedra a su hijo cuando este le pide pan? ¿O si le pide un pez, le da una serpiente? Si, pues, vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿con cuánta mayor razón vuestro Padre que está en los Cielos dará los bienes verdaderos a quienes se los pidan?* (*San Mateo*, 7:7 a 11.)

2. Desde el punto de vista terrenal, la máxima *Buscad y hallaréis* es semejante a esta otra: *Ayúdate, y el Cielo te ayudará.* Es el principio de la *ley del trabajo* y, por consiguiente, de la *ley del progreso*, porque el progreso es hijo del trabajo, y porque el trabajo pone en acción las fuerzas de la inteligencia.

En la infancia de la humanidad el hombre sólo aplica su inteligencia a la búsqueda de alimento, así como de los medios para preservarse de la intemperie y defenderse de sus enemigos. No obstante, Dios le ha concedido algo más que al animal: *el deseo incesante de algo mejor*, y ese deseo es el que lo impulsa a investigar las posibilidades para mejorar su posición, y lo conduce a los descubrimientos, a las invenciones y al progreso de la ciencia, porque la ciencia le proporciona aquello de lo que carece. Por medio de esas investigaciones la inteligencia del hombre crece, y su moral se purifica. A las necesidades del cuerpo las suceden las necesidades del espíritu; después del alimento material hace falta el alimento espiritual. De ese modo, el hombre pasa del estado salvaje al de civilización.

Pero el progreso que cada hombre realiza individualmente durante la vida es muy limitado, imperceptible incluso en muchos casos. ¿Cómo podría, entonces, progresar la humanidad, sin la preexistencia y la *reexistencia* del alma? Si las almas se fuesen todos los días para no volver jamás, la humanidad se renovaría sin cesar con elementos primitivos, y tendría todo por hacer y todo por aprender. En consecuencia, no habría razón para que el hombre estuviera ahora más adelantado que en las primeras épocas del mundo, puesto que con cada nacimiento debería volver a comenzar el trabajo intelectual. Por el contrario, al volver con el progreso que ya ha realizado, y al lograr cada vez algo más, el alma pasa gradualmente de la barbarie a la *civilización material,* y de esta a la *civilización moral*. (Véase el Capítulo IV, § 17.)

3. Si Dios hubiese eximido al hombre del trabajo del cuerpo, sus miembros se habrían atrofiado. Si lo hubiese eximido del trabajo de la inteligencia, su espíritu habría permanecido

en la infancia, en el estado de instinto animal. Por eso Él hizo que el trabajo fuera una necesidad; y le dijo: *Busca y hallarás, trabaja y producirás.* De esa manera serás hijo de tus obras, tendrás el mérito de ellas y serás recompensado de acuerdo con lo que hayas hecho.

4. En virtud de la aplicación de ese principio, los Espíritus no vienen para ahorrar al hombre el trabajo de las investigaciones, pues no le traen descubrimientos ni invenciones enteramente realizados o listos para producir, a fin de que no se limite a recibir lo que le pongan en las manos, sin siquiera tomarse el trabajo de agacharse para recogerlo, ni hacer el esfuerzo de pensar. Si así fuera, el más perezoso podría enriquecerse, y el más ignorante se convertiría en sabio sin el menor sacrificio, y ambos se atribuirían el mérito de lo que no han hecho. No, *los Espíritus no vienen a librar al hombre de la ley del trabajo, sino a mostrarle la meta que debe alcanzar y el camino que a ella lo conduce, cuando le dicen: Avanza y llegarás.* Encontrarás piedras a tu paso. Observa, y apártalas tú mismo. Nosotros te daremos la fuerza necesaria si quieres emplearla. (Véase *El libro de los médiums*, Capítulo XXVI, § 291 y siguientes.)

5. Desde el punto de vista moral, esas palabras de Jesús significan: Pedid la luz que debe iluminar vuestro camino, y se os dará; pedid fuerzas para resistir al mal, y la tendréis; pedid la asistencia de los Espíritus buenos, y vendrán a acompañaros, y tal como el ángel de Tobías, os servirán de guía; pedid buenos consejos, y jamás se os negarán; llamad a nuestra puerta, y se abrirá para vosotros; pero pedid sinceramente, con fe, con fervor y confianza; presentaos con humildad y no

con arrogancia, porque de lo contrario seréis abandonados a vuestras propias fuerzas, y vuestras caídas serán el castigo para vuestro orgullo.

Tal es el sentido de estas palabras: "Buscad y hallaréis, llamad a la puerta y se os abrirá".

## Contemplad las aves del cielo

6. *No acumuléis tesoros en la Tierra, donde la herrumbre y los gusanos los consumen, y donde los ladrones los desentierran y los roban. Acumulad tesoros en el Cielo, donde ni la herrumbre ni los gusanos los consumen. Porque donde está vuestro tesoro, allí está también vuestro corazón.*

*Por eso os digo: No os inquietéis por saber dónde hallaréis de comer para sustento de vuestra vida, ni de dónde sacaréis una vestimenta para cubrir vuestro cuerpo. ¿No es la vida más que el alimento, y el cuerpo más que la vestimenta?*

*Contemplad las aves del cielo: no siembran, ni cosechan, ni guardan en graneros; pero vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas? ¿Y quién de vosotros puede, por más que se dedique, añadir un codo a su estatura?*

*¿Por qué también os inquietáis por el vestuario? Contemplad cómo crecen los lirios de los campos; no trabajan, ni hilan. Sin embargo, os digo que ni el mismo Salomón, en toda su gloria, estuvo vestido como uno de ellos. Entonces, si Dios tiene el cuidado de vestir de esa manera a la hierba de los campos, que hoy es y mañana será arrojada en el horno, ¡cuánto mayor cuidado no habrá de tener para con vosotros, hombres de poca fe!*

*No os inquietéis, pues, diciendo: ¿Qué vamos a comer? o ¿qué beberemos? o ¿con qué nos vestiremos?, como hacen los*

*paganos, que van en busca de todas esas cosas; porque vuestro Padre sabe que tenéis necesidad de ellas.*

*Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas esas cosas se os darán por añadidura. Así pues, no os inquietéis por el día de mañana, porque el día de mañana se cuidará a sí mismo.* A cada día le basta con su mal. (*San Mateo*, 6:19 a 21 y 25 a 34.)

7. Estas palabras, interpretadas literalmente, serían la negación de la previsión, del trabajo y, por consiguiente, del progreso. Con un principio como ese, el hombre se limitaría a esperar pasivamente. Sus fuerzas físicas e intelectuales permanecerían inactivas. Si esa hubiera sido su condición normal en la Tierra, el hombre nunca habría salido del estado primitivo, y si de esa condición él hiciera su ley en la actualidad, no le quedaría otra cosa que vivir sin hacer nada. No pudo haber sido ese el pensamiento de Jesús, porque estaría en contradicción con lo que él manifestó en otras oportunidades, e incluso con las leyes mismas de la naturaleza. Dios ha creado al hombre sin vestimenta ni abrigo, pero le ha dado la inteligencia para fabricarlos. (Véase el Capítulo XIV, § 6, y el Capítulo XXV, § 2.)

Así pues, no debe verse en estas palabras más que una alegoría poética de la Providencia, que nunca abandona a los que depositan su confianza en ella, pero quiere que, por su parte, trabajen. Si no siempre presta un socorro material, inspira las ideas mediante las cuales encontramos los medios para que salgamos por nosotros mismos de la dificultad. (Véase el Capítulo XXVII, § 8.)

Dios conoce nuestras necesidades, y las satisface según sea conveniente. Con todo, el hombre, insaciable en sus deseos, no siempre sabe contentarse con lo que tiene. Lo necesario no

le alcanza, necesita lo superfluo. En ese caso, la Providencia lo deja librado a sí mismo. A menudo es desdichado por su propia culpa, y porque ignora la voz de su conciencia, que lo advierte. Así, Dios permite que el hombre sufra las consecuencias, a fin de que le sirvan de lección para el porvenir. (Véase el Capítulo V, § 4.)

8. La tierra produce lo suficiente para alimentar a todos sus habitantes. Cuando los hombres sepan administrar los bienes que ella provee, según las leyes de justicia, de caridad y de amor al prójimo, y cuando la fraternidad reine entre los diversos pueblos, tanto como entre las provincias de un mismo país, lo momentáneamente superfluo de uno suplirá la insuficiencia momentánea de otro, y todos tendrán lo necesario. Entonces el rico se considerará como alguien que posee grandes cantidades de semillas. Si las siembra, producirán al céntuplo tanto para él como para los otros. Pero si se come esas semillas él solo, si desperdicia y deja que se pierda el excedente de lo que ha comido, no producirán, y no habrá lo suficiente para todos. Si las acumula en su granero, los gusanos las devorarán. Por eso dijo Jesús: No os hagáis tesoros en la Tierra, porque son perecederos; hacedlos en el Cielo, donde son eternos. En otros términos, no atribuyáis a los bienes materiales más importancia que a los espirituales, y sabed sacrificar a los primeros en favor de estos últimos. (Véase el Capítulo XVI, § 7 y siguientes.)

La caridad y la fraternidad no se decretan con leyes. Si no están en el corazón, el egoísmo las ahogará siempre. La tarea del espiritismo es hacer que penetren en él.

## No os pongáis en trabajos para tener oro

9. *No os pongáis en trabajos para tener oro o plata, u otra moneda, en vuestra bolsa. No preparéis alforja para el camino, ni dos túnicas, ni sandalias, ni bastón, porque el trabajador merece su alimento.*

10. *Cuando entréis en alguna ciudad o aldea, averiguad quién es digno de daros hospedaje, y permaneced en su casa hasta que os marchéis. Y cuando entréis en la casa, saludadla diciendo: "Que la paz sea en esta casa". Si esa casa es digna, vuestra paz vendrá sobre ella; y si no lo es, vuestra paz volverá hacia vosotros.*

*Cuando alguien no quiera recibiros, ni escuchar vuestras palabras, al salir de la casa o de la ciudad sacudid el polvo de vuestros pies. En verdad os digo: que el día del juicio, Sodoma y Gomorra serán tratadas con menos rigor que esa ciudad.* (*San Mateo*, 10:9 a 15.)

11. Esas palabras, que Jesús dirigió a sus apóstoles cuando los envió por primera vez a anunciar la buena nueva, nada tenían de extraño en aquella época. Estaban en correspondencia con las costumbres patriarcales de Oriente, donde el viajero siempre era recibido en la tienda. Pero entonces los viajeros eran escasos. Entre los pueblos modernos, el aumento de la circulación creó nuevas costumbres. Las de los tiempos antiguos sólo se encuentran en las comarcas retiradas, donde el movimiento intenso no ha penetrado aún. Si Jesús volviese hoy, ya no podría decir a sus apóstoles: Poneos en marcha sin provisiones.

Además del sentido literal, esas palabras tienen un sentido moral muy profundo. Al expresarse así, Jesús enseñaba a sus discípulos que confiaran en la Providencia. Puesto que ellos no llevaban nada, no despertarían la ambición de quienes los recibiesen. Ese era el medio para distinguir a los caritativos de los egoístas. Por eso les dijo: "Procurad saber quién es digno de daros hospedaje", es decir, quién es suficientemente humano para albergar al viajero que no tiene con qué pagar, porque esos son dignos de escuchar vuestras palabras. Los reconoceréis por su caridad.

En cuanto a los que no quisieran recibirlos ni escucharlos, ¿acaso recomendó Jesús a sus apóstoles que los maldijeran, que se impusiesen a ellos, que emplearan la violencia y los apremios para convertirlos? No, sino que les indicó pura y simplemente que fueran a otros lugares, y que buscasen personas de buena voluntad.

Lo mismo expresa actualmente el espiritismo a sus adeptos: No ejerzáis violencia sobre ninguna conciencia; no obliguéis a ninguna persona a que deje sus creencias para adoptar la vuestra; no lancéis el anatema a los que no piensan como vosotros; recibid a los que se acerquen a vosotros y dejad en paz a los que os rechacen. Recordad las palabras de Cristo: En otro tiempo, el Cielo se tomaba por la violencia; hoy se conquista mediante la dulzura. (Véase el Capítulo IV, §§ 10 y 11.)

Capítulo XXVI

# Dad de gracia lo que de gracia recibisteis

El don de curar.- Oraciones pagadas.- Mercaderes expulsados del templo.- Mediumnidad gratuita.

## El don de curar

1. *Devolved la salud a los enfermos, resucitad a los muertos, curad a los leprosos, expulsad a los demonios.* Dad de gracia lo que de gracia recibisteis. (*San Mateo*, 10:8.)

2. "Dad de gracia lo que de gracia recibisteis", dice Jesús a sus discípulos. Con esa recomendación él prescribe que nadie debe cobrar lo que no ha pagado. Ahora bien, lo que ellos habían recibido gratuitamente era la facultad de curar a los enfermos y de expulsar a los demonios, es decir, a los Espíritus malos. Ese don les había sido dado de gracia por Dios, para aliviar a los que sufren y para contribuir a la propagación de la fe. Jesús les recomienda que no hagan de él un objeto de comercio ni de especulación, como tampoco un medio de vida.

## Oraciones pagadas

3. *Dijo a continuación a sus discípulos, ante todo el pueblo que lo escuchaba: "Guardaos de los escribas, que gustan de pasearse con largas túnicas, que se complacen en ser saludados en las plazas públicas, y en ocupar los primeros asientos en las sinagogas y los primeros lugares en los banquetes; y que,* con el pretexto de largas oraciones, devoran las casas de las viudas. *Esas personas recibirán una condenación más rigurosa".* (*San Lucas*, 20:45 a 47; *San Marcos*, 12:38 a 40; *San Mateo*, 23:14.)

4. También dijo Jesús: No cobréis vuestras oraciones; no hagáis como los escribas, "que con el pretexto de largas oraciones *devoran las casas de las viudas*", es decir, se apoderan de sus fortunas. La oración es un acto de caridad, un impulso del corazón. Cobrar la oración dirigida a Dios a favor de otro, significa transformarse en un intermediario asalariado. En ese caso, la oración constituye una fórmula cuyo precio es proporcional al tiempo que lleva pronunciarla. Ahora bien, una de dos: Dios mide o no mide sus gracias por el número de palabras. Si fueran necesarias muchas, ¿por qué se dicen pocas o casi ninguna por el que no puede pagar? Eso es una falta de caridad. Si una sola es suficiente, el exceso es inútil. ¿Por qué cobrarlas, entonces? Quien procede así, incurre en una prevaricación.

Dios no vende los beneficios que concede. ¿Por qué, entonces, alguien que ni siquiera es el distribuidor de esos beneficios, que no puede garantizar su obtención, habría de cobrar un ruego que tal vez no produzca ningún resultado? Dios no puede subordinar un acto de clemencia, de bondad o de justicia que se solicita a su misericordia, a una suma de dinero.

De lo contrario, si la suma no se llegara a pagar, o fuese insuficiente, la justicia, la bondad y la clemencia de Dios quedarían suspendidas. La razón, el buen sentido y la lógica dicen que Dios, la perfección absoluta, no puede delegar en seres imperfectos el derecho a determinar un precio para su justicia. La justicia de Dios es como el sol: existe para todos, tanto para el pobre como para el rico. Si se considera inmoral traficar con las gracias de un soberano terrenal, ¿acaso sería lícito vender las del Soberano del universo?

Las oraciones pagadas presentan otro inconveniente: quien las compra, la mayoría de las veces supone que está dispensado de orar, porque considera que ha cumplido a partir del momento en que entregó su dinero. Es sabido que los Espíritus se conmueven por el fervor del pensamiento de quien les demuestra interés. ¿Cuál puede ser el fervor del que traslada a un tercero el encargo de orar por él mediante un pago? ¿Cuál es el fervor de ese tercero cuando delega su mandato a otro, y este a otro, y así sucesivamente? ¿No será esto reducir la eficacia de la oración al valor de una moneda corriente?

## Mercaderes expulsados del templo

5. *Vinieron luego a Jerusalén, y Jesús, entrando en el templo, comenzó a expulsar de allí a los que vendían y compraban; derribó las mesas de los cambistas, y los puestos de los que vendían palomas; y no consentía que nadie transportara utensilio alguno por el templo. Y también los instruía, diciéndoles: "¿No está escrito: 'Mi casa será denominada casa de oración para todas las naciones'? Sin embargo, vosotros habéis hecho de ella una cueva de ladrones". Los principales de los sacerdotes, al oír*

*eso, buscaban la forma de matarlo; porque le tenían miedo, pues todo el pueblo estaba maravillado de su doctrina.* (*San Marcos*, 11:15 a 18; *San Mateo*, 21:12 y 13.)

6. Jesús expulsó a los mercaderes del templo. Condenó de ese modo el tráfico de las cosas santas *en cualquier forma que fuere.* Dios no vende su bendición ni su perdón, como tampoco vende el ingreso al reino de los Cielos. Por lo tanto, el hombre no tiene derecho a cobrarlos.

## Mediumnidad gratuita

7. Los médiums modernos –pues los apóstoles también tenían mediumnidad– han recibido asimismo de Dios un don gratuito: el de ser los intérpretes de los Espíritus, para instruir a los hombres, mostrarles el camino del bien y conducirlos a la fe, y no para venderles palabras que no les pertenecen, dado que estas no son el fruto de sus *concepciones o investigaciones, ni de su trabajo personal.* Dios quiere que la luz llegue a todos. No está en sus propósitos que el más pobre quede desheredado y llegue a decir: "No tuve fe porque no he podido pagarla; no tuve el consuelo de recibir el estímulo y los testimonios de afecto de aquellos a quienes lloro, porque soy pobre". Por esa razón la mediumnidad no es un privilegio, sino que se la encuentra en todas partes. Cobrar por ella sería, pues, desviarla de su objetivo providencial.

8. Quien conoce las condiciones mediante las cuales se comunican los Espíritus buenos, así como la repulsión que estos experimentan por todo lo que constituye un interés egoísta, y

que sabe cuán poco se necesita para alejarlos, nunca admitirá que los Espíritus superiores se encuentren a disposición del primero que se presente y los convoque, poniendo un precio a la sesión. El buen sentido simplemente rechaza una idea semejante. ¿Acaso no sería también una profanación evocar por dinero a los seres que respetamos o que nos son queridos? No cabe duda de que así se pueden obtener manifestaciones; pero ¿quién podría garantizar su sinceridad? Los Espíritus frívolos, mentirosos, traviesos, y la turba de Espíritus inferiores, de pocos escrúpulos, acuden siempre, y están dispuestos a responder lo que se les pregunte, sin que les preocupe la verdad. Por lo tanto, quien desee comunicaciones serias, debe en primer término solicitarlas con seriedad, y después interiorizarse acerca de la naturaleza de las simpatías del médium con los seres del mundo espiritual. Ahora bien, la primera condición para conquistar la benevolencia de los Espíritus buenos es la humildad, la devoción, la abnegación y el más absoluto desinterés, *tanto moral como material.*

9. Aparte de la cuestión moral se presenta una consideración efectiva no menos importante, que tiene relación con la naturaleza misma de la facultad. La mediumnidad seria no puede ser ni será nunca una profesión, no sólo porque sería desacreditada moralmente, y pronto se la asociaría con los que dicen la buenaventura, sino también porque existe un obstáculo material que se opondría a ello: se trata de una facultad esencialmente inestable, huidiza y variable, con cuya permanencia nadie puede contar. Sería, pues, para quien la explotase, un recurso por completo incierto, que podría llegar a faltarle en el momento en que más necesario le resultara. Diferente es lo que sucede con un talento adquirido a través del

estudio y del trabajo, y que, por eso mismo, es una propiedad de la cual naturalmente se permite a quien la posea extraer un beneficio. Pero la mediumnidad no es un arte ni un talento, razón por la cual no puede ser convertida en una profesión. Sólo existe gracias al concurso de los Espíritus. Si ellos faltan, ya no hay mediumnidad. La aptitud puede subsistir, pero su práctica está anulada. Por eso, no hay en el mundo entero un solo médium que pueda garantizar la obtención de un fenómeno espírita en un momento dado. Explotar la mediumnidad es, pues, disponer de algo de lo que en realidad no se es dueño. Afirmar lo contrario es engañar a la persona que paga. Más aun: el médium no dispone de *sí mismo*, sino de los Espíritus, de las almas de los muertos, a cuya colaboración él pone precio. Esta idea provoca un rechazo instintivo. Y ese comercio, degenerado en abuso y explotado por el charlatanismo, la ignorancia, la credulidad y la superstición, fue el motivo de la prohibición de Moisés. El espiritismo moderno, que comprende el aspecto serio de la cuestión, mediante el descrédito que lanzó sobre esa explotación ha elevado la mediumnidad a la categoría de misión. (Véase *El libro de los médiums*, Capítulo XXVIII, y *El Cielo y el Infierno*, Capítulo XI.)

10. La mediumnidad es una cosa santa, que debe ser practicada con santidad y religiosamente. Si existe una clase de mediumnidad que requiere esa condición de un modo aún más absoluto, esa es la mediumnidad curativa. El médico brinda el fruto de sus estudios, que muchas veces ha realizado a costa de penosos sacrificios. El magnetizador entrega su propio fluido, y a menudo incluso su salud. Ambos pueden ponerles precio. En cambio, el médium curador transmite el fluido saludable de los Espíritus buenos, de modo que no tie-

ne el derecho de venderlos. Jesús y los apóstoles, aunque eran pobres, no cobraban las curaciones que producían.

Así pues, quien no tenga de qué vivir, busque recursos en cualquier parte, menos en la mediumnidad. Si es necesario, que no le consagre más que el tiempo de que pueda disponer materialmente. Los Espíritus tendrán en cuenta su devoción y sus sacrificios, mientras que se apartan de quienes los utilizan como un escalón para elevarse.

Capítulo XXVII

# Pedid y se os dará

Cualidades de la oración.- Eficacia de la oración.- Acción de la oración. Transmisión del pensamiento.- Oraciones inteligibles.- Acerca de la oración por los muertos y por los Espíritus que sufren.- *Instrucciones de los Espíritus*: Modo de orar.- Felicidad que la oración proporciona.

## Cualidades de la oración

1. *Cuando oréis, no seáis como los hipócritas, a quienes les gusta orar de pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles para que los vean los hombres. En verdad os digo que ellos ya recibieron su recompensa. En cambio, cuando tú quieras orar, entra en tu aposento y, con la puerta cerrada, ora a tu Padre en secreto; y tu Padre, que ve lo que sucede en lo secreto, te recompensará.*

*No os preocupéis por pedir mucho en vuestras oraciones, como hacen los paganos, que se imaginan que por sus muchas palabras serán atendidos. No os hagáis semejantes a ellos, porque vuestro Padre sabe lo que os hace falta, antes de que se lo pidáis.* (*San Mateo*, 6:5 a 8.)

2. *Cuando os presentéis para orar, si tenéis algo contra alguien, perdonadlo, a fin de que vuestro Padre, que está en los*

*Cielos, os perdone también vuestros pecados. Porque si no perdonáis, vuestro Padre que está en los Cielos tampoco os perdonará vuestros pecados*. (*San Marcos*, 11:25 y 26.)

3. *Dijo también esta parábola a unos que ponían su confianza en sí mismos, como si fueran justos, y despreciaban a los otros:*

*"Dos hombres subieron al templo para orar. Uno era fariseo; el otro, publicano. El fariseo, estando de pie, oraba en su interior de esta manera: 'Dios mío, te doy gracias porque no soy como los demás hombres, ladrones, injustos y adúlteros, ni tampoco como este publicano. Ayuno dos veces por semana, doy el diezmo de todo lo que poseo'.*

*"El publicano, por el contrario, permaneciendo alejado, no osaba ni alzar los ojos al Cielo; sino que golpeaba su pecho, diciendo: 'Dios mío, ten piedad de mí, que soy un pecador'.*

*"Os declaro que este volvió justificado a su casa, y el otro no. Porque aquel que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado."* (*San Lucas*, 18:9 a 14.)

4. Jesús define claramente las cualidades de la oración. Cuando oréis, dice él, no os pongáis en evidencia, sino orad en secreto. No aparentéis orar mucho, pues no es por la abundancia de las palabras que seréis atendidos, sino por la sinceridad de ellas. Antes de orar, si tenéis algo contra alguien, perdonadlo, porque la oración no puede ser agradable a Dios si no sale de un corazón purificado de todo sentimiento contrario a la caridad. Orad, por último, con humildad, como el publicano, y no con orgullo, como el fariseo. Analizad vuestros defectos y no vuestras virtudes, y si os comparáis con

otros, buscad lo que hay de malo en vosotros. (Véase el Capítulo X, §§ 7 y 8.)

## Eficacia de la oración

5. *Todo lo que pidáis en la oración, creed que lo recibiréis, y os será concedido.* (*San Marcos*, 11:24.)

6. Hay personas que cuestionan la eficacia de la oración basados en el principio según el cual, como Dios conoce nuestras necesidades, es superfluo exponérselas. Además añaden que, como todo en el universo se eslabona mediante leyes eternas, nuestras súplicas no pueden modificar los decretos de Dios.

No cabe duda de que hay leyes naturales e inmutables que Dios no puede derogar según el capricho de cada uno. No obstante, de ahí a creer que todas las circunstancias de la vida están sometidas a la fatalidad, existe una gran distancia. Si así fuera, el hombre sólo sería un instrumento pasivo, carente de libre albedrío y de iniciativa. De acuerdo con esta hipótesis, no tendría más que doblar la cabeza bajo el golpe de los acontecimientos, sin intentar evitarlos. No debería haber tratado de desviar el rayo. Dios no ha dado al hombre el juicio y la inteligencia para que no se sirva de ellos; o la voluntad, para que no quiera; o la actividad, para que permanezca en la inacción. Como el hombre es libre de obrar en un sentido o en otro, sus actos acarrean, tanto para él como para las demás personas, consecuencias subordinadas a lo que hace o deja de hacer. Mediante su iniciativa hay, por lo tanto, acontecimientos que escapan forzosamente a la fatalidad, sin que por eso destruyan la armonía de las leyes universales, del mismo modo que si se

adelanta o retrasa la aguja de un reloj, no se anula la ley del movimiento en el que se basa su mecanismo. Dios puede, por consiguiente, acceder a ciertas súplicas sin derogar la inmutabilidad de las leyes que rigen el conjunto, pero su consentimiento siempre está subordinado a su voluntad.

7. De esta máxima: "Todo lo que pidáis en la oración, creed que os será concedido", sería ilógico deducir que basta con pedir para obtener, como sería injusto acusar a la Providencia si no atendiera todas las súplicas que se le hacen, puesto que sabe mejor que nosotros lo que nos conviene. De ese modo procede un padre prudente que rehúsa a su hijo las cosas que son contrarias a los intereses de este último. En general, el hombre sólo ve el presente. Ahora bien, si el sufrimiento resulta útil para su felicidad futura, Dios dejará que sufra, así como el cirujano permite que un enfermo padezca los dolores de una operación que le deparará la cura.

Lo que Dios le concederá al hombre, si este lo pide con confianza, es el valor, la paciencia y la resignación. Asimismo, habrá de concederle los medios para que él mismo se libere de las dificultades, con la ayuda de ideas que le sugerirá a través de los Espíritus buenos, y le dejará de esa forma el mérito de su decisión. Dios asiste a los que se ayudan a sí mismos, según esta máxima: "Ayúdate, que el Cielo te ayudará", y no a los que todo lo esperan de un socorro ajeno, sin emplear sus propias facultades. No obstante, en casi todas las ocasiones, el hombre preferiría ser socorrido por un milagro, sin hacer nada de su parte. (Véase el Capítulo XXV, § 1 y siguientes.)

8. Pongamos el ejemplo de un hombre que está perdido en el desierto. Padece una sed terrible. Se siente desfallecer

y cae en el suelo. Ruega a Dios que lo asista, y espera. Pero ningún ángel acude a darle de beber. Sin embargo, un Espíritu bueno le *sugiere* la idea de que se levante y tome uno de los senderos que se presentan ante él. Entonces, mediante un movimiento automático, reúne las fuerzas que le quedan, se levanta y camina a la ventura hasta que, desde una colina, descubre a lo lejos un arroyo. Al divisarlo recobra el ánimo. Si tiene fe, exclamará: "Gracias, Dios mío, por la idea que me inspiraste y por la fuerza que me diste". Si no tiene fe, dirá: "¡Qué buena idea *he tenido*! ¡Qué *suerte* la mía, que tomé el camino de la derecha en vez del de la izquierda! ¡La casualidad, en ocasiones, nos sirve realmente! ¡Cuánto me felicito por *mi* valor y por no haberme dejado abatir!"

Con todo, habrá quien diga: "¿Por qué el Espíritu bueno no dijo claramente a ese hombre: *Sigue este sendero, y al final de él encontrarás lo que necesitas?* ¿Por qué no le mostró el camino, para guiarlo y sostenerlo cuando desfallecía? De esa manera el Espíritu lo habría convencido de la intervención de la Providencia". Responderemos, en primer lugar, que el Espíritu se propuso enseñarle que debe ayudarse a sí mismo y emplear sus propias fuerzas. Después, mediante la incertidumbre, Dios pone a prueba la confianza que se deposita en Él, así como la sumisión a su voluntad. Ese hombre estaba en la situación de un niño que se cae y que, si ve a alguien, grita y espera que lo vayan a levantar. Si no ve a nadie, hace esfuerzos y se levanta por sí solo.

Si el ángel que acompañó a Tobías le hubiese dicho: "Soy el enviado de Dios para guiarte en tu viaje y preservarte de todo peligro", Tobías no habría tenido ningún mérito. Confiado en su compañero, no hubiera tenido necesidad de pensar. Por eso el ángel no se dio a conocer hasta que regresaron.

## Acción de la oración. Transmisión del pensamiento

9. La oración es una invocación. A través de ella nos ponemos, con el pensamiento, en relación con el ser a quien se la dirigimos. Puede tener por objeto hacer un pedido, agradecer o alabar. Podemos orar por nosotros mismos y por los demás, por los vivos y por los muertos. Las oraciones dirigidas a Dios son escuchadas por los Espíritus encargados de ejecutar su voluntad. Las que se dirigen a los Espíritus buenos son transmitidas a Dios. Cuando alguien ora a otros seres y no al Señor, no hace más que recurrir a intermediarios, a intercesores, porque nada puede hacerse sin la voluntad de Dios.

10. El espiritismo permite comprender la acción de la oración, porque explica el modo como se transmite el pensamiento, ya sea que el ser a quien oramos atienda nuestro llamado, o que simplemente llegue hasta él nuestro pensamiento. A fin de que comprendamos lo que sucede en esa circunstancia, debemos imaginar que todos los seres, estén encarnados o desencarnados, se hallan sumergidos en el fluido universal que ocupa el espacio, tal como nosotros nos encontramos, en este mundo, dentro de la atmósfera. Ese fluido recibe un impulso de la voluntad. Es el vehículo del pensamiento, del mismo modo que el aire lo es del sonido, con la diferencia de que las vibraciones del aire están circunscriptas, mientras que las del fluido universal se extienden hasta lo infinito. Así pues, cuando el pensamiento se dirige hacia algún ser, tanto si se encuentra en la Tierra o en el espacio, ya sea de un encarnado hacia un desencarnado o de un desencarnado hacia un encarnado, se establece entre uno y otro una corriente fluídica que transmite el pensamiento, igual que el aire transmite el sonido.

La energía de la corriente es proporcional al poder del pensamiento y de la voluntad. De ese modo, los Espíritus oyen la oración que se les envía –sea cual fuere el lugar donde se encuentren–, se comunican entre sí, y nos transmiten sus inspiraciones. De ese modo, también, se establecen las relaciones a distancia entre los encarnados.

Esta explicación está dirigida en especial a los que no comprenden la utilidad de la oración puramente mística. No tiene como objetivo materializar la oración, sino hacer comprensibles sus efectos, mediante la demostración de que puede ejercer una acción directa y efectiva. Con todo, dicha acción no deja por ello de hallarse subordinada a la voluntad de Dios, el juez supremo de todas las cosas, y el único capaz de hacer que resulte eficaz.

11. A través de la oración el hombre atrae la asistencia de los Espíritus buenos, que se acercan para sostenerlo en sus buenas resoluciones y para inspirarle pensamientos de bien. El hombre adquiere así la fuerza moral necesaria para vencer las dificultades y regresar al camino recto, en caso de que se haya desviado. Del mismo modo puede también apartar de sí los males que atraería a causa de sus propias faltas. Un hombre, por ejemplo, que comprende que su salud está deteriorada por los excesos que ha cometido, y que arrastra hasta el fin de sus días una vida de sufrimiento, ¿tendrá derecho a quejarse si no consigue la curación que se propone? No, pues habría podido encontrar en la oración la fuerza necesaria para resistir a las tentaciones.

12. Si dividimos en dos partes los males de la vida, una parte constituida por los males que el hombre no puede evi-

tar, y la otra por las tribulaciones de las cuales él mismo es la principal causa, tanto por su indolencia como por sus excesos (Véase el Capítulo V, § 4), se verá que la segunda supera en un gran número a la primera. Así pues, es evidente que el hombre es el responsable de la mayor parte de sus aflicciones, y que estaría librado de ellas si procediese en todas las circunstancias con sabiduría y prudencia.

No es menos cierto que esas miserias son la consecuencia de nuestras infracciones a las leyes de Dios, y que si observáramos puntualmente esas leyes seríamos felices por completo. Si no fuéramos más allá de lo necesario, en lo que se refiere a la satisfacción de nuestras necesidades, no padeceríamos las enfermedades que resultan de los excesos, ni experimentaríamos las vicisitudes que esas enfermedades acarrean. Si estableciéramos un límite para nuestra ambición, no nos preocuparía quedar en la ruina. Si no quisiéramos subir más alto de lo que podemos, no temeríamos caer. Si fuésemos humildes, no sufriríamos las decepciones del orgullo rebajado. Si pusiéramos en práctica la ley de caridad, no denigraríamos a los otros, no seríamos envidiosos ni celosos, y evitaríamos las disputas y las disensiones. Si no hiciéramos mal a nadie, no temeríamos las venganzas, etc.

Supongamos que el hombre no pudiera hacer nada para evitar los otros males, y que las oraciones fueran inútiles para preservarlo de ellos, ¿no sería suficiente con que pudiera evitar todos los que provienen de su forma de proceder? Ahora bien, en esta circunstancia se concibe fácilmente la acción que ejerce la oración, porque esta tiene por objeto atraer la inspiración saludable de los Espíritus buenos, y solicitarles fuerza para resistir a los malos pensamientos, cuya realización puede resultar funesta para nosotros. En ese caso, *ellos no apartan*

*el mal, sino que desvían de nosotros el mal pensamiento que puede causar el mal. En nada obstaculizan los designios de Dios, ni suspenden el curso de las leyes de la naturaleza, sino que impiden que nosotros las transgredamos, encauzando hacia ellas nuestro libre albedrío.* De todos modos, lo hacen sin que lo notemos, de una manera oculta, para no sojuzgar nuestra voluntad. El hombre se encuentra entonces en la posición de aquel que solicita buenos consejos y los pone en práctica, pero conserva la libertad de seguirlos o no. Dios quiere que así suceda para que el hombre sea el responsable de sus actos y a este le corresponda el mérito de haber elegido entre el bien y el mal. Eso es lo que el hombre siempre puede tener la certeza de recibir, si lo solicita con fervor, y a eso pueden aplicarse, en especial, estas palabras: "Pedid y se os dará".

La eficacia de la oración, aun reducida a esa proporción, ¿no daría resultados inmensos? Estaba reservado al espiritismo mostrarnos sus logros, mediante la revelación de las relaciones que existen entre el mundo corporal y el mundo espiritual. No obstante, los efectos de la oración no se limitan a los que acabamos de señalar.

La oración es recomendada por todos los Espíritus. Renunciar a la oración es ignorar la bondad de Dios; es rechazar, en cuanto a nosotros mismos, su asistencia; y en cuanto a los otros, es despreciar el bien que podemos hacerles.

13. Al atender la súplica que se le dirige, Dios tiene muchas veces el propósito de recompensar la intención, el sacrificio y la fe del que ruega. Por ese motivo la oración del hombre de bien tiene más merecimiento en relación con Dios, y siempre es más eficaz que la del hombre vicioso o malo, porque este no puede orar con el fervor y la confianza que sólo se

consigue con un sentimiento de auténtica piedad. Del corazón del egoísta, de aquel que ora con los labios, sólo pueden salir *palabras*, pero no los impulsos de caridad que confieren a la oración todo su poder. Esto se comprende tan claramente que, por un movimiento instintivo, los que se encomiendan a las plegarias de otras personas, prefieren las de aquellas cuya conducta se considera agradable a Dios, porque son más fácilmente escuchadas.

14. Dado que la oración ejerce una especie de acción magnética, podría suponerse que su efecto se halla subordinado a la potencia fluídica, pero no es así. Como los Espíritus ejercen esa acción sobre los hombres, suplen, cuando es necesario, la insuficiencia del que ora, ya sea obrando directamente *en su nombre*, o bien confiriéndole momentáneamente una fuerza excepcional, en caso de que lo juzguen digno de ese favor, o porque eso puede ser útil.

El hombre que no se crea suficientemente bueno para ejercer una influencia saludable, no por eso debe abstenerse de orar por sus semejantes, con la idea de que no es digno de ser escuchado. La conciencia de su inferioridad es una prueba de humildad siempre agradable a Dios, que toma en cuenta la intención caritativa que lo anima. Su fervor y su confianza en Dios son un primer paso en el sentido de su retorno al bien, circunstancia que los Espíritus buenos se sienten felices de estimular. La oración que se rechaza es la del *orgulloso, que tiene fe en su propio poder y en sus méritos, y cree que puede sustituir a la voluntad del Eterno.*

15. El poder de la oración reside en el pensamiento. No depende de las palabras, ni del lugar, ni del momento en que

se hace. Se puede, pues, orar en todas partes y a toda hora, a solas o en conjunto. La influencia del lugar y de la duración está relacionada con las circunstancias que favorecen el recogimiento. *La oración en conjunto ejerce una acción más poderosa cuando todos los que oran se asocian de corazón a un mismo pensamiento y se proponen el mismo objetivo*, pues equivale a que muchos eleven su voz conjuntamente y al unísono. Pero ¡que importancia tendría que estuviese reunido un gran número de personas, si cada una obrara aisladamente y por su propia cuenta! Cien personas reunidas pueden orar como egoístas, mientras que dos o tres, unidas por una aspiración en común, rogarán como verdaderos hermanos en Dios, y su oración tendrá más poder que la de las otras cien. (Véase el Capítulo XXVIII, §§ 4 y 5.)

## Oraciones inteligibles

16. *Si yo no entiendo el significado de las palabras, seré un bárbaro para aquel a quien hablo, y el que me habla será un bárbaro para mí.*- Si oro en una lengua que no entiendo*, mi corazón ora, pero mi inteligencia queda sin fruto.- Si alabas a Dios sólo con el corazón, ¿de qué modo un hombre entre los que sólo entienden su propia lengua responderá* amén *cuando finalices tu acción de gracias,* si no entiende lo que tú dices*? No es que tu acción no sea buena, sino que* los otros no se edifican con ella. (San Pablo, *Primera Epístola a los Corintios*, 14:11, 14, 16 y 17.)

17. La oración sólo tiene valor en función del pensamiento que está asociado a ella. Ahora bien, es imposible relacionar

un pensamiento con lo que no se comprende, pues lo que no se comprende no puede conmover el corazón. Para la inmensa mayoría de las personas, las oraciones hechas en un lenguaje incomprensible no son más que un conjunto de palabras que nada dicen al espíritu. Para que la oración conmueva, es necesario que cada palabra despierte una idea, y si esas palabras no se comprenden, no pueden despertar idea alguna. En ese caso, la oración se repite como una simple fórmula, cuya virtud dependerá de la cantidad de veces que se diga. Muchos oran por deber, otros en obediencia a las costumbres, razón por la cual consideran que han cumplido cuando han dicho una oración un determinado número de veces, atentos a tal o cual secuencia. Pero Dios lee en el fondo de los corazones, y ve el pensamiento y la sinceridad de cada uno. Así, considerar a Dios más sensible a la forma que al fondo sería menospreciarlo. (Véase el Capítulo XXVIII, § 2.)

## Acerca de la oración por los muertos y por los Espíritus que sufren

18. Los Espíritus que sufren reclaman oraciones, que les son útiles porque de ese modo verifican que hay quien piensa en ellos, y entonces se sienten menos abandonados, menos desdichados. Pero la oración ejerce sobre ellos una acción más directa: les devuelve el ánimo, les infunde el deseo de elevarse a través del arrepentimiento y la reparación, y puede desviarlos de la idea del mal. En ese sentido, la oración no sólo es capaz de aliviar sus padecimientos, sino también de abreviarlos. (Véase *El Cielo y el Infierno*, Segunda parte: "Ejemplos".)

19. Algunas personas no admiten la oración por los muertos porque, según su creencia, el alma solamente tiene dos alternativas: la salvación o la condena a las penas eternas; de modo que tanto en uno como en otro caso la oración sería inútil. Sin discutir el valor de esa creencia, admitamos por algunos instantes la realidad de las penas eternas e irremisibles, y que nuestras oraciones sean impotentes para ponerles un término. Con base en esa hipótesis, preguntamos: ¿es lógico, caritativo y cristiano desechar la oración por los réprobos? Esas oraciones, por impotentes que sean para liberarlos, ¿no son para ellos una demostración de piedad que puede aliviar sus padecimientos? En la Tierra, cuando un hombre está condenado a perpetuidad, aun cuando no exista ninguna esperanza de obtener el perdón para él, ¿estará prohibido a una persona caritativa cargar con sus cadenas para ahorrarle ese peso? Cuando alguien está atacado por un mal incurable, ¿hay que abandonarlo sin proporcionarle ningún alivio, sólo porque no existe esperanza de curación para él? Pensad que entre los réprobos puede encontrarse una persona a quien amasteis, un amigo, tal vez un padre, una madre o un hijo. Por el hecho de que ese ser no sea perdonado, según suponéis, ¿le negaríais un vaso de agua para calmar su sed, un bálsamo para curar sus llagas? ¿No haríais por él lo que por un presidiario? ¿No le daríais un testimonio de amor, un consuelo? No, privarlo de todo eso no sería cristiano. Una creencia que petrifica el corazón es incompatible con la creencia en un Dios que ubica el amor al prójimo en el primer lugar entre los deberes.

Que las penas no sean eternas no implica la negación de una penalidad temporaria, porque Dios, en su justicia, no puede confundir el bien con el mal. Ahora bien, en ese caso, negar la eficacia de la oración sería negar la eficacia del con-

suelo, la posibilidad de infundir valor y de dar buenos consejos; sería negar la fuerza que tomamos de la asistencia moral de los que nos quieren bien.

20. Otros se basan en una razón más engañosa: la inmutabilidad de los decretos divinos. Dios, alegan, no puede modificar sus decisiones a pedido de sus criaturas. Si no fuera así, no habría estabilidad en el mundo. El hombre, pues, nada tiene que pedir a Dios, sólo le corresponde someterse y adorarlo.

Existe en esa idea una falsa aplicación de la inmutabilidad de la ley divina; o mejor dicho, se ignora la ley en lo concerniente a las penas futuras. Esa ley es revelada por los Espíritus del Señor, ahora que el hombre ha madurado para comprender lo que, en materia de fe, es conforme o contrario a los atributos divinos.

Según el dogma de la eternidad absoluta de las penas, no se toman en cuenta los remordimientos ni el arrepentimiento del culpable. Para él, todo deseo de mejorar es inútil: está condenado a permanecer perpetuamente en el mal. Si ha sido condenado por un tiempo determinado, la pena habrá de cesar cuando el tiempo haya expirado. Pero ¿quién podrá garantizar que entonces sus sentimientos serán mejores? ¿Quién podrá afirmar que, a ejemplo de muchos de los condenados de la Tierra, a su salida de la cárcel no será tan malo como antes? En el primer caso, sería mantener en el dolor del castigo a un hombre que regresó al bien. En el segundo, sería conceder una gracia a alguien que sigue siendo culpable. La ley de Dios es más previsora que eso. Siempre justa, equitativa y misericordiosa, no establece ninguna duración para la pena, sea cual fuere. Dicha ley se resume de este modo:

21. "El hombre sufre siempre las consecuencias de sus faltas. No hay una sola infracción a la ley de Dios que no conlleve su castigo.

"La severidad del castigo es proporcional a la gravedad de la falta.

"La duración del castigo es *indeterminada*, cualquiera que sea la falta, y *está subordinada al arrepentimiento del culpable y a su retorno al bien*. La pena dura tanto como la obstinación en el mal. Sería perpetua si la obstinación fuera perpetua. Es de corta duración si el arrepentimiento es inmediato.

"Desde el momento en que el culpable reclama misericordia, Dios lo escucha y le concede esperanza. Pero el simple remordimiento por haber incurrido en el mal no es suficiente; falta la reparación. Por eso el culpable es sometido a nuevas pruebas, en las cuales puede, siempre por su voluntad, practicar el bien para reparar el mal que ha hecho.

"Así pues, el hombre es constantemente el árbitro de su propia suerte. Puede abreviar su suplicio o prolongarlo indefinidamente. Su felicidad o su desventura dependen de su voluntad de practicar el bien."

Esa es la ley; ley *inmutable* y conforme con la bondad y la justicia de Dios.

El Espíritu culpable y desdichado siempre puede, de esa manera, salvarse a sí mismo. La ley de Dios le dice cuáles son las condiciones para hacerlo. Lo que más a menudo le falta es la voluntad, la decisión y el valor. Si con nuestras oraciones le inspiramos esa voluntad, si lo amparamos y le infundimos valor; si con nuestros consejos contribuimos a la comprensión que le falta, *en vez de solicitar a Dios que derogue su ley, nos*

*convertimos en los instrumentos para el cumplimiento de su ley de amor y caridad,* en la cual Él nos permite participar de ese modo, para que nosotros mismos demos una prueba de caridad. (Véase *El Cielo y el Infierno*, Primera parte, Capítulos IV, VII y VIII.)

## INSTRUCCIONES DE LOS ESPÍRITUS

### Modo de orar

22. El primer deber de toda criatura humana, el primer acto que debe señalar su vuelta a la vida activa de cada día, es la oración. Casi todos vosotros oráis, pero ¡cuán pocos son los que saben hacerlo! ¡Qué importan al Señor las frases que pronunciáis una tras otra mecánicamente, porque las habéis convertido en un hábito, en un deber que cumplís y que, como todo deber, os resulta una carga!

La oración del cristiano, del *espírita*, cualquiera que sea su culto, debe ser realizada tan pronto como el Espíritu haya vuelto al yugo de la carne. Debe elevarse a los pies de la Majestad Divina con humildad, con profundidad, en un impulso de reconocimiento por todos los beneficios recibidos hasta ese día; por la noche que ha transcurrido, durante la cual se os permitió, aunque sin tener conciencia de ello, ir a ver a vuestros amigos, a vuestros guías, para absorber mediante el contacto con ellos más fuerza y perseverancia. La oración debe elevarse humildemente hasta los pies del Señor, para confiarle vuestra debilidad, suplicarle amparo, indulgencia y misericordia. Debe ser profunda, porque vuestra alma debe elevarse

hasta el Creador y transfigurarse como Jesús en el Tabor, para que llegue hasta Él pura y radiante de esperanza y de amor.

Vuestra oración debe contener el pedido de las gracias que os son necesarias, pero de las que necesitáis realmente. Inútil sería, por lo tanto, solicitar al Señor que abrevie vuestras pruebas y que os brinde goces y riquezas. Rogadle que os conceda los bienes más preciosos de la paciencia, la resignación y la fe. No aleguéis, como lo hacen muchos entre vosotros: "No vale la pena orar, porque Dios no me escucha". En la mayoría de los casos, ¿qué es lo que pedís a Dios? ¿Habéis pensado alguna vez en pedirle vuestro mejoramiento moral? ¡Oh! no, muy pocas veces. Lo que preferentemente os acordáis de solicitarle es *el éxito de vuestras empresas terrenales,* y habéis exclamado a menudo: "Dios no se ocupa de nosotros. Si lo hiciera, no habría tantas injusticias". ¡Insensatos! ¡Ingratos! Si descendieseis al fondo de vuestra conciencia, casi siempre hallaríais en vosotros mismos el origen de los males de que os quejáis. Pedid, pues, ante todo, vuestro mejoramiento, y veréis qué torrente de gracias y consuelos se derramará sobre vosotros. (Véase el Capítulo V, § 4.)

Debéis orar sin cesar, sin que por eso os retiréis a vuestro oratorio u os pongáis de rodillas en las plazas públicas. La oración durante el transcurso del día consiste en el cumplimiento de vuestros deberes, de todos vuestros deberes, sin excepción, sea cual fuere su naturaleza. ¿Acaso no realizáis un acto de amor al Señor cuando asistís a vuestros hermanos en alguna necesidad, tanto moral como física? ¿No practicáis un acto de reconocimiento al elevar a Él vuestro pensamiento cuando sois felices, cuando os salváis de un accidente, incluso cuando una simple contrariedad apenas roza vuestra alma, si decís con el pensamiento: *¡Bendito seas, Padre mío!*? ¿No es un acto

de contrición el hecho de que os humilléis ante el Juez Supremo cuando sentís que habéis cometido una falta, aunque sólo sea mediante un pensamiento fugaz, para decirle: *Perdóname, Dios mío, porque he pecado (por orgullo, por egoísmo o por falta de caridad). Dame fuerzas para que no vuelva a equivocarme y el valor necesario para reparar mi falta?*

Eso es independiente de las oraciones regulares de la mañana y de la noche, y de las de los días consagrados. Como veis, la oración puede realizarse a cada instante, sin interrumpir en lo más mínimo vuestras actividades. Por el contrario, en ese caso la oración las santifica. Creed que uno solo de esos pensamientos, si brota del corazón, es más escuchado por vuestro Padre Celestial que esas largas oraciones dichas por costumbre, a menudo sin un motivo determinado, a las cuales *sois convocados automáticamente a una hora convenida.* (V. Monod. Burdeos, 1868.)

## Felicidad que la oración proporciona

23. Venid, los que estáis dispuestos a creer. Los Espíritus celestiales acuden a anunciaros cosas importantes. Dios, hijos míos, abre sus tesoros para concederos todos sus beneficios. ¡Hombres incrédulos! ¡Si supieseis cuánto bien hace la fe al corazón y cómo induce al alma al arrepentimiento y a la oración! ¡La oración! ¡Ah!, ¡cuán emotivas son las palabras que salen de la boca de quien está orando! La oración es el rocío divino que aplaca el excesivo ardor de las pasiones. Hija primogénita de la fe, nos encamina por la senda que conduce a Dios. En el recogimiento y en la soledad, estáis con Dios. Para vosotros ya no hay misterios, pues Él se devela ante vosotros.

Apóstoles del pensamiento, sois dueños de la vida. Vuestra alma se desprende de la materia y recorre esos mundos infinitos y etéreos, que los pobres humanos ignoran.

Avanzad, avanzad por los senderos de la oración, y escucharéis las voces de los ángeles. ¡Cuánta armonía! Ya no se trata del ruido confuso ni de los sonidos estridentes de la Tierra. Son las liras de los arcángeles; son las voces dulces y suaves de los serafines, más leves que la brisa matinal cuando juguetea entre el follaje de vuestros grandes bosques. ¡Entre qué delicias no habréis de caminar! ¡Vuestro lenguaje no podrá expresar esa dicha, tanta es la velocidad con que penetra por vuestros poros, tan vivo y refrescante es el manantial donde se bebe, al orar! ¡Dulces voces, embriagadoras fragancias que el alma escucha y aspira, cuando se lanza a esas esferas desconocidas en donde habita la oración! Libres de los deseos carnales, todas las aspiraciones son divinas. Y vosotros también, orad como Cristo cuando llevaba su cruz en dirección al Gólgota, al Calvario. Cargad vuestra cruz, y experimentaréis las inefables emociones que había en su alma, incluso bajo el peso del madero afrentoso. Él iba a morir, pero para vivir la vida celestial en la morada de su Padre. (San Agustín. París, 1861.)

## Capítulo XXVIII

# Compilación de oraciones espíritas

Preámbulo.- Oraciones generales.- Oraciones para sí mismo.- Oraciones para el prójimo.- Oraciones para los que ya no están en la Tierra.- Oraciones para los enfermos y los obsesos.

## Preámbulo

1. Los Espíritus han dicho siempre: "La forma no es nada; el pensamiento lo es todo. Ore cada uno según sus convicciones y de la manera que más lo conmueva, pues un buen pensamiento vale más que numerosas palabras en las que no toma parte el corazón".

Los Espíritus no prescriben ninguna fórmula absoluta para las oraciones. Cuando lo hacen, es con el fin de fijar las ideas y, sobre todo, para llamar la atención sobre ciertos principios de la doctrina espírita. También lo hacen para ayudar a las personas que tienen dificultades para transmitir sus ideas, porque las hay que no creerían haber orado realmente si sus pensamientos no hubiesen sido formulados mediante la palabra.

La compilación de oraciones contenidas en este capítulo es una selección de las que han sido dictadas por los Espíritus en diferentes circunstancias. Hubieran podido dictar otras, y en otros términos, apropiadas a ciertas ideas o a casos espe-

ciales, pero poco importa la forma si el pensamiento fundamental es el mismo. El objetivo de la oración es elevar nuestra alma a Dios. La diversidad de las fórmulas no debe establecer ninguna diferencia entre los que creen en Él, y aún menos entre los adeptos del espiritismo, porque Dios las acepta todas cuando son sinceras.

Así pues, no debe considerarse esta compilación como un formulario absoluto, sino como una variedad entre las instrucciones que imparten los Espíritus. Es una aplicación de los principios de la moral evangélica que se han desarrollado en este libro, y un complemento a sus dictados acerca de los deberes para con Dios y para con el prójimo, donde se recuerdan todos los principios de la doctrina.

El espiritismo reconoce como buenas las oraciones de todos los cultos, cuando se dicen con el corazón y no con la boca. No impone ni rechaza ninguna. Dios es demasiado grande, según la doctrina espírita, para rechazar la voz que le implora o le canta alabanzas, sólo porque lo hace de un modo y no de otro. *Quienquiera que censurase las oraciones que no están en su devocionario, demostraría que no conoce la grandeza de Dios*. Creer que Dios escucha sólo una fórmula implica atribuirle la trivialidad y las pasiones humanas.

Una condición esencial de la oración, según san Pablo (Véase el Capítulo XXVII, § 16), es que sea inteligible, a fin de que pueda hablar a nuestro espíritu. Para conseguirlo no basta con que se diga en un lenguaje comprensible para el que ora. Hay algunas oraciones en lengua vulgar que no le dicen al pensamiento mucho más que si estuviesen en una lengua extraña y que, por ese motivo, no llegan al corazón. Las pocas ideas que contienen suelen quedar sofocadas por la superabundancia de palabras y por el misticismo del lenguaje.

La principal cualidad de la oración es la claridad, la sencillez y la concisión, sin la fraseología inútil ni el derroche de epítetos que apenas son adornos refulgentes. Cada palabra debe tener su sentido, despertar una idea, conmover una fibra. En síntesis, *debe hacernos reflexionar*. Solamente con esa condición la oración puede lograr su objetivo; de otro modo, *no es más que ruido*. Observad, asimismo, con qué aire de distracción y con qué volubilidad son pronunciadas la mayor parte de las veces. Se ve el movimiento de los labios, pero en la expresión de la fisonomía, así como por el sonido de la voz, se identifica un acto mecánico, absolutamente externo, durante el cual el alma permanece indiferente.

Las oraciones que contiene esta compilación han sido divididas en cinco categorías: 1.ª) Oraciones generales; 2.ª) Oraciones para sí mismo; 3.ª) Oraciones para los vivos; 4.ª) Oraciones para los muertos; 5.ª) Oraciones especiales para los enfermos y los obsesos.

Con el propósito de llamar especialmente la atención hacia el sentido de cada oración, y para que se comprenda mejor su alcance, cada una de ellas está precedida de una instrucción, especie de exposición de los motivos, con el título de *prefacio*.

## I. ORACIONES GENERALES

### Oración dominical

2. PREFACIO. Los Espíritus nos han recomendado que colocáramos la *Oración dominical* al principio de esta compilación, no sólo como oración, sino también como símbolo. Entre todas las oraciones, es la que ubican en primer lugar,

sea porque proviene del propio Jesús (*San Mateo*, 6: 9 a 13), sea porque puede suplirlas a todas, según el pensamiento que asociemos a ella. Es el más perfecto modelo de concisión, una verdadera obra maestra de sublimidad dentro de su sencillez. En efecto, pese a su forma breve, resume todos los deberes del hombre para con Dios, para consigo mismo y para con el prójimo. Lleva implícita una profesión de fe, un acto de adoración y de sumisión, la solicitud de las cosas necesarias para la vida, y el principio de la caridad. Pronunciarla a favor de alguna persona significa pedir para ella lo que se pediría para uno mismo.

No obstante, a causa de su brevedad, el profundo sentido encerrado en las escasas palabras que la componen pasa inadvertido para la mayor parte de las personas. Por ese motivo, generalmente se declama sin que el pensamiento se detenga ante las aplicaciones de cada una de sus partes. Se emite como una fórmula cuya eficacia guarda proporción con la cantidad de veces que se repite. Ahora bien, casi siempre la cantidad de repeticiones coincide con alguno de los números cabalísticos: *tres*, *siete* o *nueve*, tomados de la antigua creencia supersticiosa en la virtud de los números, y de su empleo en los procedimientos mágicos.

De acuerdo con la recomendación de los Espíritus buenos y con su asistencia, hemos añadido un comentario a cada una de las proposiciones de esta plegaria. Ese comentario desarrolla su sentido y pone en evidencia sus aplicaciones, a fin de llenar el vacío que su concisión deja en la mente. Según las circunstancias y el tiempo disponible, se puede pronunciar la Oración dominical en su forma *simple* o en la *desarrollada*.

3. ORACIÓN. I. *¡Padre nuestro que estás en los Cielos, santificado sea tu nombre!*

Creemos en ti, Señor, porque todo revela tu poder y tu bondad. La armonía del universo es el testimonio de una sabiduría, una prudencia y una previsión que superan todas las facultades humanas. El nombre de un ser soberanamente grande y sabio está inscripto en todas las obras de la creación, desde la brizna de hierba y el más pequeño de los insectos, hasta los astros que giran en el espacio. En todas partes vemos pruebas de un cuidado paternal. Por eso, ciego es el que no te reconoce en tus obras, orgulloso es el que no te alaba, e ingrato es el que no te da las gracias.

II. *¡Venga a nosotros tu reino!*

Señor, has dado a los hombres leyes plenas de sabiduría, que los harían felices si las observaran. Con esas leyes reinarían entre ellos la paz y la justicia, y todos se prestarían ayuda mutuamente, en vez de maltratarse como lo hacen. El fuerte sostendría al débil en lugar de abrumarlo. Evitarían los males que los abusos y los excesos de toda índole engendran. Todas las miserias de este mundo provienen de la violación de tus leyes, porque no hay una sola infracción a ellas que no acarree funestas consecuencias.

Has dado al animal el instinto que le marca el límite de lo necesario, y él automáticamente se conforma. En cambio, al hombre le diste, además de ese instinto, la inteligencia y la razón. También le has dado la libertad de cumplir o de infringir aquellas de tus leyes que le conciernen específicamente, es

decir, le has dado la libertad de elegir entre el bien y el mal, para que tenga el mérito y la responsabilidad de sus acciones.

Nadie puede alegar que ignora tus leyes, pues con tu providencia paternal has querido que estuviesen grabadas en la conciencia de cada uno, sin distinción de cultos ni de naciones. Los que las violan te menosprecian.

Llegará un día en que, según tu promesa, todos las practicarán. Entonces la incredulidad habrá desaparecido. Todos te reconocerán como el Soberano Señor de todas las cosas, y el reinado de tus leyes será el de tu reino en la Tierra.

Dígnate, Señor, apresurar su advenimiento, brindando a los hombres la luz necesaria para conducirlos al camino de la verdad.

III. *¡Hágase tu voluntad, así en la Tierra como en el Cielo!*

Si la sumisión es un deber del hijo para con su padre, así como del subalterno para con su superior, ¡cuánto más grande debe ser la de la criatura para con su Creador! Hacer tu voluntad, Señor, consiste en respetar tus leyes y en someterse sin quejas a tus designios divinos. El hombre obrará de ese modo cuando comprenda que eres la fuente de toda la sabiduría, y que sin ti, él nada puede. Entonces respetará tu voluntad en la Tierra, así como los elegidos la respetan en el Cielo.

IV. *El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy.*

Danos el alimento para sustentar las fuerzas del cuerpo. Danos también el alimento espiritual para desarrollar nuestro Espíritu.

El animal encuentra su comida, pero el hombre debe su sustento a su propia actividad y a los recursos de su inteligencia, porque lo creaste libre.

Tú le has dicho: "Extraerás tu alimento de la tierra con el sudor de tu frente". Así, transformaste el trabajo en una obligación, a fin de que los hombres ejercitaran su inteligencia en la búsqueda de los medios para proveer a sus necesidades y a su bienestar, los unos mediante el trabajo material, los otros mediante el trabajo intelectual. Sin el trabajo el hombre permanecería estacionario y no podría aspirar a la felicidad de los Espíritus superiores.

Ayudas al hombre de buena voluntad que confía en ti para obtener lo necesario, pero no al que se complace en la ociosidad y que quisiera obtener todo sin esfuerzo, como tampoco al que busca lo superfluo. (Véase el Capítulo XXV.)

¡Cuántos hay que sucumben por su propia falta, por su desidia, por su imprevisión o su ambición, y por no haber querido contentarse con lo que les habías dado! Esos son los artífices de su propio infortunio, y no tienen derecho a quejarse, porque son castigados por donde han pecado. No obstante, ni siquiera a esos abandonas, pues eres infinitamente misericordioso. Les tiendes las manos para socorrerlos, a partir del momento en que, como el hijo pródigo, retornan sinceramente a ti. (Véase el Capítulo V, § 4.)

Antes de quejarnos de nuestra suerte, preguntémonos si no es producto de nuestras propias acciones. Ante cada desgracia que nos afecte, preguntémonos si no ha dependido de nosotros evitarla. Con todo, tengamos presente también que Dios nos ha dado la inteligencia para que salgamos del lodazal, y que de nosotros depende el modo en que la empleemos.

Dado que el hombre está sometido a la ley del trabajo en la Tierra, concédenos el valor y la fuerza para cumplirla. Concédenos además la prudencia, la previsión y la moderación, a fin de que no perdamos sus frutos.

Danos, pues, Señor, el pan nuestro de cada día, es decir, los medios para que adquiramos, mediante el trabajo, las cosas que necesitamos para la vida, puesto que nadie tiene derecho a reclamar lo superfluo.

En caso de que nos veamos impedidos de trabajar, nos confiaremos a tu divina providencia.

Si está entre tus designios ponernos a prueba con las más arduas privaciones, a pesar de nuestros esfuerzos, las aceptamos como la justa expiación de las faltas que hayamos podido cometer en esta vida, o en una vida precedente, porque eres justo. Sabemos que no hay penas inmerecidas, y que nunca castigas sin un motivo.

Presérvanos, Dios mío, de envidiar a los que poseen lo que nosotros no tenemos, o incluso a los que disponen de lo superfluo, cuando a nosotros nos falta hasta lo necesario. Perdónalos, si acaso olvidaron la ley de caridad y de amor al prójimo que les has inculcado. (Véase el Capítulo XVI, § 8.)

Aparta también de nuestro espíritu la idea de negar tu justicia, si notamos que el malvado prospera, y que en ciertas ocasiones la desgracia se precipita sobre el hombre de bien. Gracias a las nuevas enseñanzas que tuviste a bien concedernos, sabemos ahora que tu justicia se cumple inexorablemente, sin excluir a nadie; que la prosperidad material del malvado es efímera, como lo es también su existencia corporal, y que padecerá terribles contratiempos, mientras que la alegría re-

servada al que sufre con resignación será eterna. (Véase el Capítulo V, §§ 7, 9, 12 y 18.)

V. *Perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. Perdona nuestras ofensas, así como nosotros perdonamos a los que nos han ofendido.*

Cada una de nuestras infracciones a tus leyes, Señor, representa una ofensa que te hacemos y una deuda contraída que, tarde o temprano, tendremos que saldar. Te solicitamos que nos las perdones, por tu infinita misericordia, y te prometemos esforzarnos para no contraer nuevas deudas.

Tú nos has impuesto como ley expresa la caridad. Pero la caridad no sólo consiste en asistir a nuestros semejantes en sus necesidades; consiste también en el olvido y en el perdón de las ofensas. ¿Con qué derecho reclamaríamos tu indulgencia, si nosotros mismos no la aplicáramos en relación con aquellos de quienes nos quejamos?

Danos fuerza, Dios mío, para reprimir en nuestra alma el resentimiento, el odio y el rencor. *Haz que la muerte no nos sorprenda con deseos de venganza en el corazón.* Si te satisface sacarnos hoy mismo de este mundo, haz que podamos presentarnos ante ti limpios de toda animosidad, a ejemplo de Cristo, cuyas palabras postreras fueron de clemencia para sus verdugos. (Véase el Capítulo X.)

Las persecuciones que nos hacen padecer los malos forman parte de nuestras pruebas terrenales. Debemos aceptarlas sin quejarnos, al igual que todas las otras pruebas, y no maldecir a los que con sus maldades nos despejan el camino hacia la felicidad eterna, puesto que nos dijiste por boca de Jesús: "¡Bienaventurados los que sufren por la justicia!" Bendiga-

mos, entonces, la mano que nos hiere y nos humilla, porque las heridas del cuerpo fortifican nuestra alma, y seremos exaltados a consecuencia de nuestra humildad. (Véase el Capítulo XII, § 4.)

Bendito sea tu nombre, Señor, porque nos has enseñado que nuestra suerte no está inexorablemente determinada después de la muerte; que encontraremos en otras existencias los medios de rescatar y reparar nuestras faltas del pasado, así como de cumplir en una nueva vida lo que no podemos realizar en esta, a los fines de nuestro adelanto. (Véase el Capítulo IV, y el Capítulo V, § 5.)

Con esto se explican, por último, todas las aparentes anomalías de la vida. La luz se proyecta sobre nuestro pasado y nuestro porvenir, señal evidente de tu soberana justicia y de tu infinita bondad.

VI. *No nos dejes caer en la tentación, más líbranos del mal.*[16]

Danos, Señor, la fuerza para resistir las sugestiones de los Espíritus malos, que intentan desviarnos del camino del bien inspirándonos malos pensamientos.

No obstante, nosotros mismos somos Espíritus imperfectos, encarnados en la Tierra para expiar nuestras faltas y mejorar. La causa primera del mal reside en nosotros mismos, y los

16. Algunas traducciones dicen: *No nos induzcas a la tentación* ("et ne nos inducas in tentationem"). Esa expresión da a entender que la tentación proviene de Dios, y que Él incita voluntariamente a los hombres al mal, lo cual es una idea blasfematoria que igualaría a Dios con Satanás, y que no puede haber sido la de Jesús. Por lo demás, esa idea está conforme con la doctrina vulgar sobre el rol atribuido a los demonios. (Véase *El Cielo y el Infierno*, Capítulo IX, "Los demonios".) (N. de Allan Kardec.)

Espíritus malos no hacen más que aprovecharse de nuestras inclinaciones viciosas, en las que nos mantienen para tentarnos.

Cada imperfección es una puerta abierta a la influencia de esos Espíritus, que por otra parte, son impotentes ante los seres perfectos, y renuncian a toda tentativa contra ellos. Cuanto nos propongamos hacer para apartarlos resultará inútil, si no les oponemos una voluntad inquebrantable en el sentido del bien, y si además no renunciamos por completo al mal. Por consiguiente, es necesario que dirijamos nuestros esfuerzos contra nosotros mismos. Sólo en ese caso los Espíritus malos se apartarán espontáneamente, porque el mal los atrae, mientras que el bien les produce rechazo. (Véase más adelante "Oraciones para los obsesos".)

Señor, danos amparo en relación con nuestra debilidad. Inspíranos, a través de la voz de nuestros ángeles de la guarda y de los Espíritus buenos, la voluntad de corregirnos de nuestras imperfecciones, para que cerremos a los Espíritus impuros el acceso a nuestra alma. (Véase más adelante el § 11.)

El mal no es obra tuya, Señor, porque la fuente de todo bien no puede generar nada malo. Nosotros mismos somos los que creamos el mal, cuando infringimos tus leyes, y por el mal uso que hacemos de la libertad que nos concediste. Cuando los hombres respeten tus leyes, el mal desaparecerá de la Tierra, del mismo modo que ha desaparecido de los mundos más adelantados.

El mal no es una necesidad fatal para nadie, y sólo les parece irresistible a los que se complacen en él. Si tenemos la voluntad de hacer el mal, podemos también tener la de practicar el bien. Por eso, Dios mío, solicitamos tu asistencia y la de los Espíritus buenos, para resistir a la tentación.

VII. *Así sea*.

¡Sea tu voluntad, Señor, que nuestros deseos se cumplan! No obstante, nos inclinamos ante tu sabiduría infinita. Que en todo aquello que no nos es dado comprender, se haga tu santa voluntad y no la nuestra, porque sólo quieres nuestro bien, y sabes mejor que nosotros lo que nos conviene.

Te dirigimos esta plegaria, ¡oh Dios!, por nosotros mismos, y también por todas las almas que sufren, encarnadas o desencarnadas, por nuestros amigos y nuestros enemigos, por todos los que demandan nuestra asistencia y, en particular, por N...

Para todos suplicamos tu misericordia y tu bendición.

*Nota*. Aquí se pueden formular los agradecimientos que se quieran dirigir a Dios, así como lo que se desee pedir para sí mismo o para el prójimo. (Véanse más adelante las oraciones de los §§ 26 y 27.)

## Reuniones espíritas

4. *Donde están dos o tres personas reunidas en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellas.* (*San Mateo*, 18:20.)

5. PREFACIO. Estar reunidos en nombre de Jesús no quiere decir que baste con hallarse materialmente juntos, sino que es necesario reunirse espiritualmente, por la comunión de intenciones y de pensamientos en el sentido del bien. En ese caso, Jesús, o los Espíritus puros que lo representan, estarán presentes en la reunión. El espiritismo nos permite comprender de qué modo los Espíritus pueden estar entre nosotros. Se

presentan con su cuerpo fluídico o espiritual, y con la apariencia que nos permitiría reconocerlos en caso de que se hicieran visibles. Cuanto más elevados son en la jerarquía espiritual, tanto mayor es en ellos el poder de irradiación. Así poseen el don de la ubicuidad y pueden encontrarse simultáneamente en diferentes lugares: para ello basta con un destello de su pensamiento.

Mediante las palabras precedentes, Jesús quiso mostrar el efecto de la unión y la fraternidad. Lo que lo atrae no es la mayor o menor cantidad de personas que se reúnen –puesto que en vez de dos o tres podría haber dicho diez o veinte–, sino el sentimiento de caridad que recíprocamente las anima. Ahora bien, para eso, basta con que haya dos. No obstante, si esas dos personas oran cada una por su lado, aunque ambas se dirijan a Jesús, no existe entre ellas comunión de pensamientos, sobre todo si no están impulsadas por un sentimiento de mutua benevolencia. Si se miran con prevención, con odio, envidia o celos, las corrientes fluídicas de sus pensamientos se rechazan, en lugar de unirse en un común impulso de simpatía. En ese caso *no estarán reunidas en nombre de Jesús*. Jesús será apenas un *pretexto* para la reunión, pero no el auténtico motivo. (Véase el Capítulo XXVII, § 9.)

Eso no significa que Jesús sea sordo a la voz de una persona que se encuentra a solas. Si no dijo: "Acudiré cuando alguien me llame", es porque ante todo exige el amor al prójimo, del cual se pueden aportar más pruebas cuando son muchos los que oran, con exclusión de todo sentimiento personal, que cuando solamente uno lo hace de manera aislada. De ahí se sigue que, si en una reunión numerosa, solamente dos o tres personas se unen de corazón, con un sentimiento de verdadera caridad, mientras que las demás se aíslan y se concentran

en sus pensamientos egoístas o mundanos, Jesús estará con las primeras y no con las otras. No es, pues, la simultaneidad de las palabras, de los cánticos o de los actos exteriores lo que constituye la reunión en nombre de Jesús, sino la comunión de pensamientos en concordancia con el espíritu de caridad que él personifica. (Véase el Capítulo X, §§ 7 y 8, y el Capítulo XXVII, §§ 2 a 4.)

Ese debe ser el carácter de las reuniones espíritas serias, en las que sinceramente se desea el concurso de los Espíritus buenos.

6. ORACIÓN. (Para el comienzo de la reunión.) Rogamos al Señor Dios Todopoderoso que nos envíe Espíritus buenos para asistirnos, aleje a los que podrían inducirnos al error, y nos conceda la lucidez necesaria para que distingamos la verdad de la impostura.

Aparta también, Señor, a los Espíritus malévolos, encarnados o desencarnados, que intentan sembrar la discordia entre nosotros y desviarnos de la caridad y del amor al prójimo. Si algunos de ellos pretenden introducirse aquí, haz que no encuentren acceso en el corazón de ninguno de nosotros.

Espíritus buenos, que os dignáis venir a instruirnos, hacednos dóciles a vuestros consejos, desviad de nosotros toda idea de egoísmo, orgullo, envidia y celos; inspiradnos indulgencia y benevolencia para con nuestros semejantes, presentes o ausentes, amigos o enemigos; haced, en definitiva, que por los sentimientos con que estamos animados, reconozcamos vuestra saludable influencia.

Infundid a los médiums, a quienes escogisteis para transmitir vuestras enseñanzas, la conciencia de la santidad del mandato que se les confía y de la seriedad del acto que van a

cumplir, a fin de que lo hagan con el fervor y el recogimiento necesarios.

Si en esta reunión se encuentran personas que han venido atraídas por otros sentimientos que no son los del bien, abrid sus ojos a la luz, y perdonadlas, como nosotros las perdonamos si vinieron con malas intenciones.

Rogamos especialmente al Espíritu de N..., nuestro guía espiritual, que nos asista y vele por nosotros.

7. ORACIÓN (Para finalizar la reunión.) Damos gracias a los Espíritus buenos que se dignaron comunicarse con nosotros. Les rogamos que nos ayuden a poner en práctica las instrucciones que nos han dado, y que hagan que al salir de aquí, cada uno de nosotros se sienta afianzado en la práctica del bien y del amor al prójimo.

Deseamos también que esas instrucciones sean provechosas para los Espíritus que sufren, ignorantes o viciosos, que asistieron a esta reunión, y a favor de los cuales imploramos la misericordia de Dios.

## Para los médiums

8. *En los últimos días, dice el Señor, derramaré mi Espíritu sobre* toda *carne; vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán; vuestros jóvenes tendrán visiones, y vuestros ancianos soñarán. En esos días derramaré mi Espíritu sobre mis servidores y mis servidoras, y profetizarán.* (*Hechos de los Apóstoles*, 2:17 y 18.)

9. PREFACIO. El Señor ha querido que la luz se haga para todos los hombres, y que penetre en todas partes la voz de los

Espíritus, con el fin de que cada uno pueda obtener la prueba de la inmortalidad. Con ese objetivo, los Espíritus se manifiestan hoy en todos los puntos de la Tierra, y la mediumnidad se revela en personas de todas las edades y condiciones, en los hombres y en las mujeres, en los niños y en los ancianos. Se trata de una de las señales de que han llegado los tiempos predichos.

Para que conozca las cosas del mundo visible y descubra los secretos de la naturaleza material, Dios concedió al hombre la vista del cuerpo, los demás sentidos y los instrumentos especiales. Con el telescopio sumerge la mirada en las profundidades del espacio, y con el microscopio ha descubierto el mundo de lo infinitamente pequeño. Para que el hombre penetre en el mundo invisible, Dios le ha dado la mediumnidad.

Los médiums son los intérpretes encargados de transmitir a los hombres las enseñanzas de los Espíritus, o mejor dicho, *son los órganos materiales a través de los cuales se expresan los Espíritus y se vuelven inteligibles para los hombres.* Su misión es santa, pues tiene por objetivo desplegar los horizontes de la vida eterna.

Los Espíritus vienen a instruir al hombre acerca de su destino futuro, a fin de conducirlo nuevamente al camino del bien, pero no para ahorrarle el trabajo material que aquí debe cumplir a los fines de su adelanto, ni para favorecer su ambición y su codicia. De esto deben compenetrarse debidamente los médiums, para no hacer mal uso de su facultad. El que comprende la gravedad del mandato con que está investido, lo desempeña religiosamente. Su conciencia lo censuraría, como un acto sacrílego, si convirtiera en motivo de diversión o distracción, *para él o para otros,* una facultad que se le ha

concedido con un fin tan serio, y que lo pone en comunicación con los seres de ultratumba.

Como intérpretes de la enseñanza de los Espíritus, los médiums deben desempeñar un rol importante en la transformación moral que se produce. Los servicios que pueden prestar dependen de la buena orientación que impriman a sus facultades, porque los que recorren un camino malo son más perniciosos que útiles a la causa del espiritismo. Por la mala impresión que producen, retardan más de una conversión. Por eso tendrán que rendir cuentas del uso que hayan hecho de una facultad que se les concedió para el bien de sus semejantes.

El médium que quiera preservar la asistencia de los Espíritus buenos, debe trabajar en su propio mejoramiento. Aquel que desee que su facultad se incremente y se desarrolle, debe progresar moralmente y abstenerse de todo lo que pueda contribuir a desviarla de su objetivo providencial.

Si los Espíritus buenos se sirven en ocasiones de instrumentos imperfectos, es para darles buenos consejos y procurar conducirlos de nuevo hacia el bien. Pero si encuentran corazones empedernidos, y si sus recomendaciones no son escuchadas, se retiran, y entonces los malos quedan con el campo libre. (Véase el Capítulo XXIV, §§ 11 y 12.)

La experiencia demuestra que en los médiums que no aprovechan los consejos de los Espíritus buenos, las comunicaciones, después de haber revelado una cierta brillantez durante algún tiempo, degeneran poco a poco y acaban por caer en el error, en la verborragia o el ridículo, señal indiscutible de que los Espíritus buenos se han alejado.

Obtener la asistencia de los Espíritus buenos, apartar a los Espíritus frívolos y mentirosos, tal debe ser la meta de los constantes esfuerzos de los médiums serios. Si eso falta, la mediumnidad se convierte en una facultad estéril, que incluso puede redundar en perjuicio para el que la posee, porque puede degenerar en una peligrosa obsesión.

El médium que comprende su deber, en lugar de enorgullecerse de una facultad que no le pertenece, puesto que puede serle retirada, atribuye a Dios los resultados buenos que obtiene. Si sus comunicaciones reciben elogios, no se envanece, porque sabe que no dependen de su mérito personal, y da gracias a Dios porque ha permitido que Espíritus buenos se manifiesten por su intermedio. Si esas comunicaciones dan lugar a la crítica, no se ofende, porque no son obra de su propio Espíritu. Por el contrario, se dice a sí mismo que no ha sido un instrumento adecuado, y que no posee todas las cualidades necesarias para oponerse a la intromisión de los Espíritus malos. Por eso trata de conquistar esas cualidades y solicita, por medio de la oración, las fuerzas que le faltan.

10. ORACIÓN. Dios Todopoderoso, permite que los Espíritus buenos me asistan en la comunicación que solicito. Presérvame de la presunción de considerarme a salvo de los Espíritus malos; del orgullo que podría hacer que me equivoque acerca del valor de lo que obtenga, y de todo sentimiento contrario a la caridad para con los otros médiums. Si fuera inducido al error, inspira a alguien la idea de advertírmelo, y a mí la humildad que me haga aceptar la crítica con reconocimiento, tomando como dirigidos a mí mismo, y no a los demás, los consejos que los Espíritus buenos se propongan dictarme.

Si por algún motivo fuera tentado a cometer abusos, o a envanecerme de la facultad que has tenido a bien concederme, te ruego que me la retires, en lugar de permitir que pueda desviarla de su objetivo providencial, que es el bien de todos y mi propio adelanto moral.

## II. ORACIONES PARA SÍ MISMO

### A los ángeles de la guarda y a los Espíritus protectores

11. PREFACIO. Todos tenemos un Espíritu bueno, vinculado a nosotros desde nuestro nacimiento, que nos ha tomado bajo su protección. Desempeña junto a nosotros la misión de un padre para con su hijo: la de conducirnos por el camino del bien y del progreso, a través de las pruebas de la vida. Es feliz cuando correspondemos a sus cuidados, y sufre cuando ve que nos rendimos.

Su nombre importa poco, porque puede ser que no tenga un nombre conocido en la Tierra. Lo invocamos, entonces, como nuestro ángel de la guarda, nuestro genio bueno. Podemos incluso invocarlo con el nombre de algún Espíritu superior que nos inspire una especial simpatía.

Además de nuestro ángel de la guarda, que en todos los casos es un Espíritu superior, tenemos Espíritus protectores que, aunque menos elevados, no son menos buenos y benévolos. Se trata de parientes o amigos o, en algunas ocasiones, personas que no hemos conocido en nuestra existencia actual. Nos asisten con sus consejos, y muchas veces intervienen en los acontecimientos de nuestra vida.

Los Espíritus simpáticos son aquellos que se vinculan a nosotros por una cierta semejanza de gustos y de inclinaciones. Pueden ser buenos o malos, según la naturaleza de las inclinaciones que los atraen hacia nosotros.

Los Espíritus seductores se esfuerzan en desviarnos del camino del bien, y nos sugieren malos pensamientos. Se aprovechan de nuestras debilidades, porque estas son como puertas abiertas que les permiten acceder a nuestra alma. Los hay que se aferran a nosotros como a una presa, pero *se alejan cuando reconocen su impotencia en la lucha contra nuestra voluntad.*

Dios nos ha asignado un guía principal y superior: nuestro ángel de la guarda; y guías secundarios: nuestros Espíritus protectores y familiares. No obstante, constituye un error suponer que tenemos *forzosamente* un genio malo a nuestro lado para contrarrestar las influencias buenas. Los Espíritus malos se presentan *voluntariamente*, cuando encuentran la forma de ejercer algún predominio sobre nosotros, sea por nuestra debilidad o por nuestra negligencia en la aceptación de las inspiraciones de los Espíritus buenos. Somos nosotros, pues, los que los atraemos. De ahí resulta que nunca estamos privados de la asistencia de los Espíritus buenos, y depende de nosotros que los malos se aparten. Como el hombre es, debido a sus imperfecciones, la primera causa de las miserias que sufre, la mayoría de las veces es él mismo su propio genio malo. (Véase el Capítulo V, § 4.)

La oración a los ángeles de la guarda y a los Espíritus protectores debe tener por objetivo solicitar que intercedan ante Dios, y pedirles fuerza para resistir a las malas sugestiones, así como su asistencia en las necesidades de la vida.

12. ORACIÓN. Espíritus sabios y benevolentes, mensajeros de Dios, cuya misión consiste en prestar asistencia a los hombres y conducirlos por el camino del bien, sostenedme en las pruebas de esta vida, y dadme fuerzas para soportarlas sin quejarme. Apartad de mí los malos pensamientos y contribuid a que no dé acceso a ninguno de los Espíritus malos que intentan inducirme al mal. Iluminad mi conciencia para que pueda ver mis defectos, y quitad de mis ojos el velo del orgullo, pues me impediría que los viera y me los confesara a mí mismo.

A ti, sobre todo, N..., mi ángel de la guarda, que muy especialmente velas sobre mí, y a vosotros, Espíritus protectores, que os interesáis por mí, permitid que llegue a ser digno de vuestra benevolencia. Conocéis mis necesidades: haced que sean satisfechas según la voluntad de Dios.

13. (OTRA) Dios mío, permite que los Espíritus buenos que me rodean acudan en mi auxilio cuando esté en dificultades, y que me sostengan si vacilo. Haz, Señor, que me inspiren la fe, la esperanza y la caridad; que sean para mí un apoyo, una promesa y una prueba de tu misericordia. Haz, en definitiva, que encuentre en ellos la fuerza que me falta para sobrellevar las pruebas de la vida, y para resistir a las sugestiones del mal, la fe que salva y el amor que consuela.

14. (OTRA) Espíritus amados, ángeles de la guarda, vosotros a quienes Dios, en su infinita misericordia, permite que veléis por los hombres, sed nuestros protectores en las pruebas de la vida terrenal. Concedednos la fuerza, la valentía y la resignación. Inspiradnos todo lo bueno, y evitad que caigamos en la pendiente del mal. Que vuestra dulce influencia penetre

en nuestra alma. Haced que sintamos que un amigo sincero está aquí, junto a nosotros, que ve nuestros padecimientos y comparte nuestras alegrías.

Y tú, mi ángel bueno, no me abandones. Necesito toda tu protección para sobrellevar con fe y amor las pruebas que Dios tenga a bien enviarme.

## Para alejar a los Espíritus malos

15. *¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que limpiáis por fuera la copa y el plato, mientras que por dentro estáis llenos de rapiña y de impurezas! ¡Fariseos ciegos, limpiad primero el interior de la copa y del plato, a fin de que también quede limpio el exterior! ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, pues sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera parecen bellos a los ojos de los hombres, pero que por dentro están llenos de todo tipo de podredumbre! Así también vosotros, por fuera parecéis justos a los ojos de los hombres, pero por dentro estáis llenos de hipocresía y de iniquidades*. (*San Mateo*, 23:25 a 28.)

16. PREFACIO. Los Espíritus malos sólo acuden a los lugares donde hallan oportunidades de satisfacer su perversidad. Para alejarlos no alcanza con pedirles, ni tampoco con ordenarles que se retiren. Es preciso que el hombre elimine de sí lo que los atrae. Los Espíritus malos olfatean las llagas del alma, como las moscas olfatean las llagas del cuerpo. Así como limpiáis el cuerpo, para evitar las infecciones, también debéis limpiar el alma de sus impurezas, para evitar a los Espíritus malos. Dado que vivimos en un mundo donde ellos pululan, no siempre las buenas cualidades del corazón nos

ponen al resguardo de sus tentativas, pero esas cualidades nos dan fuerza para resistirlos.

17. ORACIÓN. ¡En nombre de Dios Todopoderoso, que los Espíritus malos se alejen de mí, y que los buenos me sirvan de amparo contra ellos!

Espíritus malignos, que inspiráis malos pensamientos a los hombres; Espíritus tramposos y mentirosos, que los engañáis; Espíritus burlones, que abusáis de su credulidad, os rechazo con todas las fuerzas de mi alma, y cierro los oídos a vuestras sugestiones. No obstante, imploro para vosotros la misericordia de Dios.

Espíritus buenos, que os dignáis asistirme, dadme la fuerza para resistir a la influencia de los Espíritus malos, y la comprensión necesaria para que no sea víctima de sus perversas intenciones. Preservadme del orgullo y de la presunción. Apartad de mi corazón los celos, el odio, la malevolencia, y todo sentimiento contrario a la caridad, porque son otras tantas puertas abiertas al Espíritu del mal.

## Para corregirse de un defecto

18. PREFACIO. Nuestros malos instintos son el resultado de la imperfección de nuestro propio Espíritu, y no de nuestro organismo. De lo contrario, el hombre estaría exento de toda clase de responsabilidad. Nuestro adelanto depende de nosotros, porque el hombre que se encuentra en pleno goce de sus facultades tiene, en relación con todas las cosas, la libertad de hacer o de dejar de hacer. Para practicar el bien sólo

le hace falta la voluntad. (Véase el Capítulo XV, § 10, y el Capítulo XIX, § 12.)

19. ORACIÓN. ¡Oh, Dios mío! Tú me diste la inteligencia necesaria para distinguir el bien del mal. Así pues, desde el momento en que reconozco que algo es malo, soy culpable si no realizo el esfuerzo para rechazarlo.

Presérvame del orgullo que me impediría percibir mis defectos, y de los Espíritus malos que podrían incitarme a perseverar en ellos.

Entre mis imperfecciones, reconozco que soy particularmente propenso a...; y si no resisto a esa inclinación es porque he contraído el hábito de ceder a ella.

No me has creado culpable, porque eres justo, sino con igual aptitud tanto para el bien como para el mal. Si he seguido el camino del mal es por efecto de mi libre albedrío. No obstante, como he tenido la libertad de hacer mal, tengo también la de hacer bien y, por consiguiente, de cambiar el rumbo.

Mis defectos actuales son un resto de las imperfecciones que he conservado de mis precedentes existencias; son mi pecado original, del que puedo despojarme por obra de mi voluntad, con la asistencia de los Espíritus buenos.

Espíritus buenos que me protegéis, y sobre todo tú, mi ángel de la guarda, dadme fuerza para que resista a las malas sugestiones y pueda salir victorioso de la lucha.

Los defectos son las barreras que nos separan de Dios, y cada defecto vencido es un paso hacia adelante en el camino del progreso que habrá de acercarme a Él.

El Señor, en su infinita misericordia, ha tenido a bien concederme la existencia actual para que ella contribuya a mi adelanto. Espíritus buenos, ayudadme a aprovecharla, a fin de que no sea una existencia perdida para mí, y para que, cuando el Señor decida quitármela, me retire mejor que cuando ingresé en ella. (Véase el Capítulo V, § 5, y el Capítulo XVII, § 3.)

## Para resistir a una tentación

20. PREFACIO. Todo pensamiento malo puede tener dos orígenes: la propia imperfección de nuestra alma, o una influencia funesta que obre sobre ella. Este último caso siempre es el indicio de una debilidad que nos hace propicios para recibir esa influencia y, por consiguiente, pone en evidencia a un alma imperfecta. De ese modo, el que comete una falta no podrá poner como excusa la influencia de un Espíritu extraño, puesto que *ese Espíritu no lo habría inducido al mal si no lo hubiese considerado accesible a la seducción.*

Cuando surge en nosotros un pensamiento malo, podemos, pues, imaginar que un Espíritu malévolo nos induce al mal, pero que somos absolutamente libres de acceder o resistir a su atracción, como si se tratara de las incitaciones de una persona que está viva. Al mismo tiempo, debemos imaginarnos que, por su lado, nuestro ángel de la guarda o Espíritu protector combate en nosotros la mala influencia y aguarda con ansiedad *la decisión que vamos a tomar*. Nuestra vacilación a la hora de hacer o no el mal es la voz del Espíritu bueno, que se hace oír a través de nuestra conciencia.

Se reconoce que un pensamiento es malo cuando se aparta de la caridad, que constituye la base de toda verdadera moral;

cuando tiene por principio el orgullo, la vanidad o el egoísmo; cuando su concreción puede causar algún perjuicio a alguien; cuando, en fin, nos induce a hacer a los otros lo que no quisiéramos que nos hiciesen a nosotros. (Véase el Capítulo XXVIII, § 15, y el Capítulo XV, § 10.)

21. ORACIÓN. Dios Todopoderoso, no me dejes sucumbir ante la tentación que me impulsa a cometer una falta. Espíritus bienhechores, que me protegéis, desviad de mí este pensamiento malo, y dadme fuerza para resistir a la sugestión del mal. Si cedo, mereceré expiar mi falta, tanto en esta vida como en la otra, porque soy libre de elegir.

## Acción de gracias por la victoria obtenida sobre una tentación

22. PREFACIO. El que ha resistido a una tentación debe esa victoria a la asistencia de los Espíritus buenos, cuya voz ha escuchado. Así pues, tiene que dar gracias a Dios y a su ángel de la guarda.

23. ORACIÓN. Dios mío, te doy las gracias por haberme permitido salir victorioso de la lucha que acabo de sostener contra el mal. Haz que esa victoria me dé la fuerza para resistir a nuevas tentaciones.

Y a ti, mi ángel de la guarda, te doy las gracias por la asistencia que me diste. ¡Que mi sumisión a tus consejos me haga nuevamente merecedor de tu protección!

## Para pedir un consejo

24. PREFACIO. Cuando estamos indecisos al momento de hacer o no una cosa, debemos ante todo plantearnos las siguientes preguntas:

1.º) Eso que dudo en hacer, ¿puede acarrear algún perjuicio a alguien?

2.º) ¿Puede ser de utilidad para alguien?

3.º) Si alguien se condujera así con respecto a mí, ¿me quedaría satisfecho?

Si lo que pensamos hacer es solamente de nuestro propio interés, debemos evaluar las ventajas y los inconvenientes personales que de ello pueden resultar.

Si le interesa a otra persona, y dado que lo que resulta bueno para uno puede perjudicar a un tercero, también es preciso considerar la suma de bien y de mal que ocurrirá, antes de adoptar una decisión en cuanto a hacerlo o no.

En síntesis, aun para las mejores cosas debemos considerar la oportunidad y las circunstancias accesorias, porque algo bueno en sí mismo puede dar malos resultados en manos inhábiles, si no fuera manejado con prudencia y circunspección. Antes de emprenderlo conviene que evaluemos sus posibilidades y los medios para su ejecución.

En todos los casos, siempre podemos solicitar la asistencia de nuestros Espíritus protectores, recordando esta sabia máxima: *Ante la duda, abstente*. (Véase el Capítulo XXVII, § 38.)

25. ORACIÓN. En nombre de Dios Todopoderoso, Espíritus buenos que me protegéis, inspiradme para que adopte la mejor resolución en la incertidumbre en que me encuentro.

Dirigid mi pensamiento hacia el bien y desviad la influencia de los que intentan apartarme del camino recto.

## En las aflicciones de la vida

26. PREFACIO. Podemos pedir a Dios favores terrenales, y Él podrá concedérnoslos cuando tengan un objetivo útil y serio. No obstante, como juzgamos la utilidad de las cosas desde nuestro punto de vista, y como nuestras perspectivas están limitadas al presente, no siempre vemos el lado malo de lo que deseamos. Dios, que ve mejor que nosotros y que sólo quiere nuestro bien, puede, pues, negarnos lo que le pedimos, así como un padre le niega a su hijo lo que podría perjudicarlo. Si no se nos concede lo que pedimos, no debemos desanimarnos. Por el contrario, debemos pensar que la privación de lo que deseamos se nos ha impuesto como una prueba, o como una expiación, y que nuestra recompensa será proporcional a la resignación con que la sobrellevemos. (Véase el Capítulo XXVII, § 6, y el Capítulo II, §§ 5 a 7.)

27. ORACIÓN. Dios Todopoderoso, que ves nuestras miserias, dígnate escuchar con benevolencia la súplica que te dirijo en este momento. Si mi pedido es desatinado, perdóname; si es justo y conveniente según tu mirada, que los Espíritus buenos, que ejecutan tu voluntad, vengan en mi ayuda para su cumplimiento.

Comoquiera que sea, Dios mío, hágase tu voluntad. Si mis deseos no son escuchados, es porque está en tus designios ponerme a prueba, y me someto sin quejarme. Haz que

no me afecte el desánimo, y que no flaqueen ni mi fe ni mi resignación.

(Formular el pedido.)

## Acción de gracias por un favor obtenido

28. PREFACIO. No hay que considerar como acontecimientos felices tan sólo a los de gran importancia. A menudo, las cosas que parecen insignificantes son las que más influyen en nuestro destino. El hombre se olvida del bien con facilidad, y prefiere tener presente lo que lo aflige. Si registráramos diariamente los beneficios de que somos objeto, sin haberlos solicitado, nos admiraríamos muchas veces de haber recibido tantos que se han borrado de nuestra memoria, y nos sentiríamos humillados por nuestra ingratitud.

Cada noche, cuando elevamos nuestra alma a Dios, debemos recordar en nuestra intimidad los favores que Él nos ha concedido durante el día, y darle gracias por ello. Pero sobre todo, en el momento mismo en que experimentamos el efecto de su bondad y de su protección debemos, con una actitud espontánea, manifestarle nuestra gratitud. Para eso basta con que le dirijamos un pensamiento atribuyéndole el beneficio, sin que haya necesidad de que interrumpamos nuestro trabajo.

Los beneficios de Dios no consisten sólo en cosas materiales. También es preciso agradecerle las buenas ideas, las inspiraciones acertadas que nos llegan como sugerencia. Mientras que el orgulloso atribuye todo eso a sus méritos personales, y el incrédulo lo atribuye al acaso, el que tiene fe da gracias a Dios y a los Espíritus buenos. Para eso no hacen falta frases extensas. Decir: *Gracias, Dios mío, por el buen pensamiento*

*que me fue inspirado*, es más elocuente que muchas palabras. El impulso espontáneo que nos hace atribuir a Dios todo lo bueno que nos sucede es el testimonio de un hábito de reconocimiento y humildad, que atrae hacia nosotros la simpatía de los Espíritus buenos. (Véase el Capítulo XXVII, §§ 7 y 8.)

29. ORACIÓN. Dios infinitamente bueno, bendito sea tu nombre por los beneficios que me has concedido. Sería indigno de ellos si los atribuyera a la casualidad de los acontecimientos o a mi propio mérito.

Espíritus buenos, que habéis sido los ejecutores de la voluntad de Dios, os agradezco, y sobre todo te agradezco a ti, mi ángel de la guarda. Apartad de mí la idea de enorgullecerme de lo que he recibido, así como de no utilizarlo para el bien.

En especial os doy las gracias por...

## Acto de sumisión y de resignación

30. PREFACIO. Cuando tenemos algún motivo de aflicción, si buscamos su causa descubriremos, muchas veces, que ella es la consecuencia de nuestra imprudencia e imprevisión, o de una acción anterior. En cualquiera de estos casos, a nadie debemos culpar más que a nosotros mismos. Cuando la causa de una desgracia es independiente de toda participación nuestra, se trata de una prueba para esta vida o de la expiación de una falta cometida en una existencia anterior. En este último caso, la naturaleza de la expiación puede hacernos conocer la naturaleza de la falta, porque siempre somos castigados por donde hemos pecado. (Véase el Capítulo V, §§ 4, 6 y siguientes.)

En lo que nos aflige, por lo general sólo vemos el mal presente, y no las consecuencias posteriores favorables que nuestra desdicha puede generar. El bien es, muchas veces, la consecuencia de un mal pasajero, del mismo modo que la curación de una enfermedad es el resultado de las terapias dolorosas que se han empleado para obtenerla. En todos los casos debemos someternos a la voluntad de Dios y soportar con valor las tribulaciones de la vida, si queremos que se nos tomen en cuenta y que se apliquen a nosotros estas palabras de Cristo: "Bienaventurados los que sufren". (Véase el Capítulo V, § 18.)

31. ORACIÓN. Dios mío, eres soberanamente justo. Todo sufrimiento en la Tierra debe, pues, tener su causa y su utilidad. Acepto la aflicción que acabo de experimentar, como una expiación de mis faltas pasadas y como una prueba para el porvenir.

Espíritus buenos que me protegéis, dadme fuerza para soportarla sin quejarme. Haced que para mí sea una advertencia saludable; haced que permita aumentar mi experiencia; que derrote en mí el orgullo, la ambición, la necia vanidad y el egoísmo, y que contribuya de ese modo a mi adelanto.

32. (OTRA) Siento, ¡oh Dios mío!, la necesidad de rogarte que me des fuerza para sobrellevar las pruebas que has tenido a bien enviarme. Permite que la luz sea suficientemente intensa en mi espíritu, a fin de que aprecie la magnitud de un amor que me hace sufrir porque quiere mi salvación. Me someto con resignación, ¡oh Dios mío! Pero, por desgracia, la criatura humana es tan débil, que temo desfallecer si no me sostienes. No me abandones, Señor, porque sin ti nada puedo.

33. (OTRA) Elevé la mirada hacia ti, ¡oh Eterno!, y me sentí fortalecido. Tú eres mi fuerza, no me abandones. ¡Oh Dios! Estoy abrumado bajo el peso de mis iniquidades. Ayúdame. Tú conoces la debilidad de mi carne. ¡No apartes tu mirada de mí!

Una sed ardiente me devora. Haz que brote un manantial de agua viva, y en él saciaré mi sed. Que mi boca sólo se abra para cantarte alabanzas, y no para quejarme de las aflicciones de mi vida. Soy débil, Señor, pero tu amor me sostendrá.

¡Oh Eterno! Sólo tú eres grande, sólo tú eres la finalidad y el objetivo de mi vida. Bendito sea tu nombre, si me haces sufrir, porque tú eres el Señor y yo el servidor infiel. Doblaré la frente sin quejarme, porque sólo tú eres grande, sólo tú eres la meta.

## Ante un peligro inminente

34. PREFACIO. Por medio de los peligros a que estamos expuestos, Dios nos advierte acerca de nuestra debilidad y de la fragilidad de nuestra existencia. Nos enseña que nuestra vida está en sus manos, y que pende de un hilo que puede romperse en el momento en que menos lo esperamos. En ese sentido, no existe privilegio para nadie, porque tanto el grande como el pequeño están sometidos a las mismas alternativas.

Si analizamos las características y las consecuencias del peligro, veremos que esas consecuencias, en caso de que se hicieran efectivas, habrían sido, la mayoría de las veces, el castigo por una falta cometida o por *un deber que se ha descuidado*.

35. ORACIÓN. ¡Dios Todopoderoso, y tú, mi ángel de la guarda, socorredme! Si debo morir, que se cumpla la voluntad de Dios. Si debo salvarme, que durante el resto de mi vida repare el mal que he hecho y del que me arrepiento.

## Acción de gracias por haber salido de un peligro

36. PREFACIO. Por medio del peligro que hemos corrido, Dios nos enseña que en cualquier momento podemos ser convocados a rendir cuentas del empleo que hemos hecho de la vida. De ese modo nos advierte que debemos estar atentos a nosotros mismos y enmendarnos.

37. ORACIÓN. A ti, Dios mío, y a mi ángel de la guarda, os doy las gracias por el socorro que me habéis enviado cuando el peligro me amenazaba. Que ese peligro sea para mí un aviso y me instruya acerca de las faltas que tal vez lo atrajeron hacia mí. Comprendo, Señor, que mi vida está en tus manos, y que puedes quitármela cuando te plazca. Inspírame, a través de los Espíritus buenos que me asisten, la idea de emplear útilmente el tiempo que aún me concedes en este mundo.

Ángel de la guarda, sostenme en la resolución que adopto, de reparar mis errores y de hacer todo el bien que de mí dependa, con el fin de llegar con menos imperfecciones al mundo de los Espíritus, cuando Dios decida llamarme.

## En el momento de dormirse

38. PREFACIO. El sueño es el descanso del cuerpo, pero el Espíritu no necesita reposo. Mientras los sentidos se hallan adormecidos, el alma se desprende parcialmente de la materia, y goza de sus facultades de Espíritu. El sueño se le ha dado al hombre para la reparación de las fuerzas orgánicas y morales. Mientras el cuerpo recupera los elementos que ha perdido por efecto de la actividad de la vigilia, el Espíritu acude a fortalecerse entre otros Espíritus. De lo que ve y escucha, y de los consejos que se le dan, absorbe ideas que, al despertar, vuelve a encontrar en estado de intuición. Es como el desterrado que regresa por un tiempo a su verdadera patria; como el preso a quien se pone en libertad momentáneamente.

Pero sucede, como con el presidiario perverso, que el Espíritu no siempre aprovecha ese momento de libertad para su adelanto. Si conserva malos instintos, en vez de buscar la compañía de Espíritus buenos, busca la de sus iguales, y va de visita a los lugares donde puede dar libre curso a sus inclinaciones.

Aquel que esté compenetrado de esta verdad, eleve su pensamiento, en el momento en que vaya a dormirse, y pida consejos a los Espíritus buenos y a todos aquellos cuyo recuerdo le sea querido, a fin de que acudan a reunirse con él durante los breves instantes de libertad que se le conceden. Entonces, al despertarse, se sentirá reconfortado para luchar contra el mal y con más valor ante la adversidad.

39. ORACIÓN. Mi alma va a encontrarse durante algunos instantes con otros Espíritus. Que vengan los buenos y me ayuden con sus consejos. Ángel de la guarda, haz que al des-

pertar conserve de esa convivencia una impresión duradera y saludable.

## Cuando se prevé la proximidad de la muerte

40. PREFACIO. La fe en el porvenir y la elevación del pensamiento hacia los destinos futuros, favorecen y aceleran durante la vida el desprendimiento del Espíritu, porque debilitan los lazos que lo retienen en el cuerpo, de tal modo que muchas veces no se ha extinguido aún la vida del cuerpo, y el alma, impaciente, ya ha remontado vuelo hacia la inmensidad. Por el contrario, en el hombre que concentra todos sus pensamientos en las cosas materiales, esos lazos son más tenaces, *la separación es penosa y dolorosa*, y el despertar en el Más Allá está caracterizado por la turbación y la ansiedad.

41. ORACIÓN. Dios mío, creo en ti y en tu bondad infinita, razón por la cual no puedo creer que hayas dado al hombre la inteligencia para conocerte y la aspiración al porvenir, para luego sumergirlo en la nada.

Creo que mi cuerpo es sólo la envoltura perecedera de mi alma y que, cuando él haya cesado de vivir, me despertaré en el mundo de los Espíritus.

Dios Todopoderoso, siento que se deshacen los lazos que unen mi alma al cuerpo, y que pronto voy a rendir cuentas del empleo que he hecho de la vida que dejo.

Voy a sufrir las consecuencias del bien y del mal que he realizado. Allá no habrá más fantasías ni subterfugios posibles. Todo mi pasado habrá de desplegarse delante de mí, y seré juzgado según mis obras.

Nada me llevaré de los bienes de la Tierra. Honores, riquezas, satisfacciones de la vanidad y del orgullo; en definitiva, todo lo que pertenece al cuerpo va a quedar en este mundo. Ni la más pequeña de las cosas me acompañará, ni me será de utilidad alguna en el mundo de los Espíritus. Sólo llevaré conmigo lo inherente al alma, es decir, las buenas y las malas cualidades, que serán pesadas en la balanza de la más rigurosa justicia. Seré juzgado con tanta más severidad cuanto mayor haya sido el número de las ocasiones que tuve para hacer el bien y no lo hice, conforme a la posición que ocupé en la Tierra. (Véase el Capítulo XVI, § 9.)

¡Dios de misericordia, llegue hasta ti mi arrepentimiento! Dígnate cubrirme con el manto de tu indulgencia.

Si fuera tu voluntad prolongar mi existencia, que lo que reste de ella sea empleado para reparar, tanto como de mí dependa, el mal que haya hecho. Si ha llegado fatalmente mi hora, llevo conmigo el pensamiento consolador de que me será permitido redimirme por medio de nuevas pruebas, a fin de que un día merezca la felicidad de los elegidos.

Si no me es dado gozar de inmediato de esa felicidad plena, que sólo comparten los justos por excelencia, sé que la esperanza no está definitivamente perdida para mí, y que mediante el trabajo alcanzaré la meta, más tarde o más temprano, según mis esfuerzos.

Sé que los Espíritus buenos y mi ángel de la guarda están cerca de mí, para recibirme; que dentro de poco los veré, así como ellos me ven a mí. Sé que volveré a encontrar a los que he amado en la Tierra, *si lo merezco*, y que los que dejo aquí vendrán a unirse conmigo para que un día estemos juntos para siempre, y que, hasta tanto llegue ese día, podré venir a visitarlos.

Sé también que voy a encontrar a los que he ofendido. ¡Les ruego que me perdonen todo lo que puedan reprocharme: mi orgullo, mi crueldad, mis injusticias, a fin de que en su presencia no me abrume la vergüenza!

Perdono a los que me han hecho o han querido hacerme mal en la Tierra. No tengo contra ellos mala voluntad, y ruego a Dios que los perdone.

Señor, dame fuerzas para que renuncie sin sufrir a los placeres groseros de este mundo, que nada representan en relación con los goces puros del mundo en que voy a ingresar. Allí, para el justo, ya no hay tormentos, sufrimientos ni miserias. Sólo sufre el culpable, pero siempre le queda la esperanza.

A vosotros, Espíritus buenos, y a vos, mi ángel de la guarda, no me dejéis flaquear en este instante supremo. Haced que resplandezca ante mí la luz divina, para que se reanime mi fe si llegase a vacilar.

*Nota.* Véase más adelante el § V: Oraciones para los enfermos y los obsesos.

## III. ORACIONES PARA EL PRÓJIMO

### Para los que están en la aflicción

42. PREFACIO. Si es de interés para el afligido que su prueba siga su curso, esta no se abreviará por nuestro pedido. Con todo, sería falta de piedad que nos desanimáramos porque nuestra súplica no fue atendida. Además, aunque no se produzca la cesación de la prueba, podemos esperar algún otro consuelo que atenúe su pesar. Lo verdaderamente útil para el que sufre es el valor, la resignación, sin los cuales su

sufrimiento no será provechoso para él, porque deberá empezar de nuevo la prueba. Hacia ese objetivo, pues, es menester dirigir todos los esfuerzos, ya sea pidiendo que los Espíritus buenos acudan en su ayuda, o bien apuntalando la moral del afligido por medio de consejos y palabras de estímulo, e incluso asistiéndolo materialmente, si existiera la posibilidad. La oración puede, en ese caso, tener también un efecto directo, al emitir, en dirección a la persona por quien se ora, una corriente fluídica con la intención de fortalecer su moral. (Véase el Capítulo V, §§ 5 y 27, y el Capítulo XXVII, §§ 6 y 10.)

43. ORACIÓN. Dios mío, de infinita bondad, dígnate aliviar la penosa situación de N..., si esa fuera tu voluntad.

Espíritus buenos, en nombre de Dios Todopoderoso, os suplico que lo asistáis en sus aflicciones. Si en bien de su propio interés no fuera posible aliviarlas, hacedle comprender que son necesarias para su adelanto. Infundidle confianza en Dios y en el porvenir, para que le resulten menos pesadas. Dadle también fuerza para que no se abandone a la desesperación, porque perdería el fruto de sus padecimientos y haría que su situación futura fuese aún más penosa. Guiad mi pensamiento hacia él, para que lo ayude a sostener su ánimo.

## Acción de gracias por un favor concedido a otro

44. PREFACIO. El que no está dominado por el egoísmo se alegra del bien que se concede a su prójimo, aunque no lo haya solicitado mediante la oración.

45. ORACIÓN. Dios mío, bendito seas por la felicidad que has concedido a N...

Espíritus buenos, haced que él vea en esa felicidad un efecto de la bondad de Dios. Si el bien que se le concede es una prueba, inspiradlo para que haga de él un buen uso, y no para que se envanezca, a fin de que ese bien no llegue a resultarle perjudicial en el porvenir.

A ti, genio bueno que me proteges y deseas mi felicidad, aleja de mi corazón todo sentimiento de envidia y de celos.

## Para nuestros enemigos y para los que nos quieren mal

46. PREFACIO. Jesús dijo: *Amad incluso a vuestros enemigos*. Esta máxima constituye lo sublime de la caridad cristiana. No obstante, con ella Jesús no pretende que debamos sentir por nuestros enemigos el cariño que dispensamos a nuestros amigos. Con esas palabras nos recomienda que olvidemos sus ofensas, que les perdonemos el daño que nos hacen, que les devolvamos bien por mal. Además del mérito que resulta de ello ante Dios, se muestra a los hombres dónde reside la verdadera superioridad. (Véase el Capítulo XII, §§ 3 y 4.)

47. ORACIÓN. Dios mío, perdono a N... el mal que me ha hecho y el que ha querido hacerme, así como deseo que Tú me perdones y que él también me perdone las faltas que yo haya cometido. Si lo has colocado en mi camino como una prueba, hágase tu voluntad.

Desvía de mí, Dios mío, la idea de maldecirlo y todo deseo malévolo en contra de él. Haz que nunca experimente

alegría por las desgracias que puedan afectarlo, ni pena con lo bueno que se le pudiera conceder, para que no perturbe mi alma con pensamientos indignos de un cristiano.

Señor, que tu bondad se extienda sobre él y lo conduzca a mejores sentimientos con respecto a mí.

Espíritus buenos, inspiradme el olvido del mal y el recuerdo del bien. ¡Que no entren en mi corazón el odio, ni el rencor, ni el deseo de devolverle mal con mal, porque el odio y la venganza sólo pertenecen a los Espíritus malos, ya sea que estén encarnados o desencarnados! Por el contrario, ¡que yo esté dispuesto a tenderle fraternalmente la mano, a devolverle bien por mal y a prestarle auxilio si estuviera a mi alcance!

Deseo, para dar muestra de la sinceridad de mis palabras, que se me ofrezca la ocasión de serle útil; pero sobre todo, ¡oh! Dios mío, presérvame de hacerlo por orgullo u ostentación, agobiándolo con una generosidad humillante, lo que me haría perder el fruto de mi acción, porque entonces sería merecedor de que se me aplicaran estas palabras de Cristo: *Ya recibiste tu recompensa.* (Véase el Capítulo XIII, § 1 y siguientes.)

## Acción de gracias por el bien concedido a nuestros enemigos

48. PREFACIO. No desear el mal a los enemigos es ser caritativo a medias. La verdadera caridad requiere que les deseemos el bien, y que nos alegremos por las gracias que reciben. (Véase el Capítulo XII, §§ 7 y 8.)

49. ORACIÓN. Dios mío, en tu justicia has querido alegrar el corazón de N... Te doy las gracias por él, a pesar del

mal que me ha hecho o ha procurado hacerme. Si se valiese de ese bien para humillarme, lo aceptaré como una prueba para mi caridad.

Espíritus buenos que me protegéis, no permitáis que experimente por ello ningún pesar. Desviad de mí la envidia y los celos que degradan. Inspiradme, por el contrario, la generosidad que eleva. La humillación está en el mal y no en el bien, y sabemos que tarde o temprano a cada uno se hará justicia según sus obras.

## Para los enemigos del espiritismo

50. *Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados.*

*Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los Cielos.*

*Bienaventurados seréis cuando los hombres os agobien con maldiciones, os persigan y digan falsamente toda clase de mal contra vosotros por mi causa. Regocijaos entonces, porque una gran recompensa os está reservada en los Cielos, pues de la misma manera persiguieron a los profetas anteriores a vosotros.* (*San Mateo*, 5:6, 10 a 12.)

*Y no temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma; temed más bien al que puede perder el alma y el cuerpo en el infierno.* (*San Mateo*, 10:28.)

51. PREFACIO. De todas las libertades, la que tiene menos posibilidades de ser vulnerada es la de pensar, que incluye también la libertad de conciencia. Censurar a los que no piensan como nosotros es reclamar esa libertad para sí y

negársela a los demás, es violar el primer mandamiento de Jesús: la caridad y el amor al prójimo. Perseguirlos en virtud de su creencia significa atentar contra el derecho más sagrado que todo hombre tiene de creer en lo que le plazca, así como de adorar a Dios conforme lo entienda. Obligarlos a actos exteriores semejantes a los nuestros es poner de manifiesto que se atiende más a la forma que al fondo, a las apariencias más que a la convicción. La abjuración forzada nunca confirió la fe a quienquiera que fuese; sólo puede generar hipócritas. Constituye un abuso de la fuerza material, que no prueba la verdad. *La verdad está segura de sí misma. Convence pero no persigue, porque no tiene necesidad de perseguir.*

El espiritismo es una opinión, una creencia. Incluso si fuera una religión[17], ¿por qué no habría de tener el hombre la libertad de llamarse espírita, como tiene la de llamarse católico, judío o protestante, adepto de tal o cual doctrina filosófica, de tal o cual sistema económico? Esa creencia puede ser falsa o verdadera. Si es falsa, caerá por su propio peso, porque el error no puede prevalecer sobre la verdad cuando las inteligencias se ilustran. Si es verdadera, la persecución no la convertirá en falsa.

*La persecución es el bautismo de toda idea nueva, grande y justa;* crece con la magnitud y la importancia de la idea. El encarnizamiento y la cólera de sus enemigos son proporcionales al temor que les inspira. Por esa razón el cristianismo fue perseguido en el pasado y el espiritismo lo es en la actualidad, con la diferencia, sin embargo, de que el primero lo fue por paganos, mientras que el segundo lo es por cristianos. Se aca-

17. Acerca de esta cuestión, véase el discurso de Allan Kardec publicado en la *Revista Espírita*, Año XI, N.° 12, diciembre de 1868: "El espiritismo, ¿es una religión?", Buenos Aires: CEA, 2020. (N. del T.)

bó el tiempo de las persecuciones sangrientas, es verdad. Con todo, si bien ya no matan al cuerpo, atormentan al alma; la atacan hasta en sus sentimientos más íntimos, en sus afectos más preciados. Introducen la desunión en las familias, predisponen a la madre contra la hija, a la esposa contra el marido. Atacan incluso el cuerpo, en lo que respecta a sus necesidades materiales, quitándole su medio de vida para someterlo mediante el acoso del hambre. (Véase el Capítulo XXIII, § 9 y siguientes.)

Espíritas, no os aflijáis por los golpes que os lanzan, porque son la prueba de que la verdad está de vuestra parte. En caso contrario, os dejarían tranquilos y no os perseguirían. Se trata de una prueba para vuestra fe, pues gracias a vuestro valor, vuestra resignación y vuestra perseverancia, Dios os reconocerá entre sus fieles servidores, cuya enumeración hace hoy para dar a cada uno la parte que le corresponde según sus obras.

A ejemplo de los primeros cristianos, cargad con dignidad vuestra cruz. Creed en las palabras de Cristo, que dijo: "Bienaventurados los que sufren persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los Cielos. No temáis a los que matan el cuerpo, pues no pueden matar el alma". Dijo también: "Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os hacen mal, y orad por los que os persiguen". Demostrad que sois sus verdaderos discípulos y que vuestra doctrina es buena, haciendo lo que él dijo y lo que él mismo hizo.

La persecución continuará por algún tiempo. Así pues, aguardad con paciencia a que despunte la aurora, porque ya titila en el horizonte el lucero de la mañana. (Véase el Capítulo XXIV, § 13 y siguientes.)

52. ORACIÓN. Señor, tú nos dijiste por boca de Jesús, tu Mesías: "Bienaventurados los que sufren persecución por la justicia; perdonad a vuestros enemigos; orad por los que os persiguen". Y él mismo nos mostró el camino, al orar por sus verdugos.

A fin de seguir su ejemplo, Dios mío, imploramos tu misericordia para los que desprecian tus divinos preceptos, los únicos que pueden garantizar la paz en este mundo y en el otro. Nosotros también decimos, como Cristo: "Perdónalos, Padre, porque no saben lo que hacen".

Danos fuerza para soportar con paciencia y resignación, como pruebas para nuestra fe y nuestra humildad, sus burlas, sus injurias, sus calumnias y persecuciones. Apártanos de todo pensamiento de represalia, porque la hora de tu justicia sonará para todos, y la esperamos con sumisión a tu santa voluntad.

## Para un niño recién nacido

53. PREFACIO. Los Espíritus alcanzan la perfección sólo después de haber pasado por las pruebas de la vida corporal. Los que se encuentran en la erraticidad esperan que Dios les permita volver a tomar una existencia que habrá de proporcionarles los medios para progresar, ya sea por la expiación de sus faltas pasadas, por medio de las vicisitudes a las que son sometidos, o cumpliendo una misión útil a la humanidad. Su adelanto y su felicidad futura serán proporcionales a la manera como hayan empleado el tiempo que deben pasar en la Tierra. El encargo de guiar sus primeros pasos y orientarlos hacia el bien está confiado a sus padres, que responderán

ante Dios por el modo como hayan cumplido ese mandato. Para facilitarles la tarea, Dios ha hecho del amor paternal y del amor filial una ley de la naturaleza, ley que jamás se viola impunemente.

54. ORACIÓN. (Para que la digan los padres.) Espíritu que has encarnado en el cuerpo de nuestro hijo, bienvenido seas entre nosotros. Dios Todopoderoso, que nos lo has enviado, bendito seas.

Este hijo constituye un encargo que nos ha sido confiado y del que un día deberemos rendir cuentas. Si pertenece a la nueva generación de Espíritus buenos que habrán de poblar la Tierra, ¡gracias, Dios mío, por ese favor! Si se trata de un alma imperfecta, nuestro deber es ayudarlo para que progrese en el camino del bien, mediante nuestros consejos y buenos ejemplos. Si cae en el mal por culpa nuestra, responderemos por ello ante ti, pues habremos fracasado en nuestra misión para con él.

Señor, ampáranos en nuestra tarea, y danos la fuerza y la voluntad para llevarla a cabo. Si este niño debe ser un motivo de pruebas para nosotros, ¡que se cumpla tu voluntad!

Espíritus buenos que habéis presidido su nacimiento y que debéis acompañarlo durante su vida, no lo abandonéis. Apartad de él a los Espíritus inferiores que pudieran inducirlo al mal. Dadle fuerza para resistir a sus sugestiones, y valor para que sufra con paciencia y resignación las pruebas que lo esperan en la Tierra. (Véase el Capítulo XIV, § 9.)

55. (OTRA) Dios mío, me has confiado la suerte de uno de tus Espíritus. Haz, Señor, que sea digno de la tarea que me encomendaste. Concédeme tu protección. Ilumina mi in-

teligencia a fin de que pueda percibir desde el comienzo las tendencias de aquel a quien me corresponde preparar para que ingrese en tu paz.

56. (OTRA) Dios de infinita bondad, puesto que has permitido al Espíritu de este niño que venga a sufrir nuevamente las pruebas terrenales, destinadas a hacerlo progresar, dale la luz, a fin de que aprenda a conocerte, amarte y adorarte. Haz, por tu omnipotencia, que esta alma se regenere en el manantial de tus divinas instrucciones; que, al amparo de su ángel de la guarda, su inteligencia se expanda, se desarrolle y le inspire el deseo de aproximarse cada vez más a ti; que la ciencia del espiritismo sea la luz brillante que lo ilumine para superar los escollos de la vida; que sepa, en fin, apreciar la inmensidad de tu amor, que nos pone a prueba para purificarnos.

Señor, envía una mirada paternal a la familia a la que habéis confiado esta alma, para que pueda comprender la importancia de su misión y haga que germinen en este niño las buenas semillas, hasta el día en que él pueda, con el impulso de sus propias aspiraciones, elevarse por sí mismo hacia ti.

Dígnate, ¡oh Dios mío!, escuchar esta humilde plegaria, en nombre y por los méritos de Aquel que dijo: "Dejad a los niños venir a mí, porque el reino de los Cielos es para los que se les parecen".

## Para un agonizante

57. PREFACIO. La agonía es el preludio de la separación entre el alma y el cuerpo. Se puede decir que en ese momento el hombre sólo tiene uno de sus pies en este mundo, y el otro

fuera de él. El trance algunas veces es penoso para los que están demasiado apegados a la materia y han vivido más a favor de los bienes de este mundo que de los del otro, o cuya conciencia está agitada por pesares y remordimientos. En cambio, para aquellos cuyos pensamientos se han elevado hacia lo infinito y se desprendieron de la materia, los lazos se desatan con más facilidad, y sus momentos postreros nada tienen de dolorosos. El alma está entonces ligada al cuerpo solamente por un hilo, mientras que, en el otro caso, profundas raíces la mantienen sujeta. Sea como fuere, la oración ejerce una acción poderosa en el trabajo del desprendimiento. (Véase, más adelante, "Oraciones para los enfermos", y *El Cielo y el Infierno*, Segunda parte, Capítulo I, "El tránsito".)

58. ORACIÓN. Dios omnipotente y misericordioso, aquí tienes un alma que se prepara para abandonar su envoltura terrenal y retornar al mundo de los Espíritus, su verdadera patria. Que pueda volver en paz, y que tu misericordia se extienda sobre ella.

Espíritus buenos, que la habéis acompañado en la Tierra, no la abandonéis en este momento supremo. Dadle fuerza para soportar los últimos padecimientos que debe sobrellevar en este mundo a favor de su adelanto futuro. Inspiradla para que consagre al arrepentimiento de sus faltas los últimos destellos de inteligencia que le restan o que podrían volverle momentáneamente.

Dirigid mi pensamiento, a fin de que su acción haga menos penoso el trabajo del desprendimiento, y que esta alma lleve consigo, en el momento de dejar la Tierra, los consuelos de la esperanza.

## IV. ORACIONES PARA LOS QUE YA NO ESTÁN EN LA TIERRA

### Para los recién fallecidos

59. PREFACIO. Las oraciones para los Espíritus que acaban de dejar la Tierra no tienen como única finalidad darles un testimonio de simpatía, sino también ayudarlos en su desprendimiento y, por lo tanto, abreviar la turbación que sigue siempre a la separación, de modo de hacerles más calmo el despertar. No obstante, en esta como en cualquier otra circunstancia, la eficacia de la oración reside en la sinceridad del pensamiento, y no en la abundancia de palabras pronunciadas más o menos pomposamente, en las cuales, la mayoría de las veces, el corazón no toma parte.

Las oraciones que parten del corazón resuenan alrededor del Espíritu, cuyas ideas están aún confusas, como las voces amistosas que nos hacen despertar del sueño. (Véase el Capítulo XXVII, § 10.)

60. ORACIÓN. Dios Todopoderoso, que tu misericordia se extienda sobre el alma de N…, a la que acabas de llamar hacia ti. ¡Que las pruebas que ha sufrido en la Tierra se consideren a su favor, y que nuestras plegarias mitiguen y abrevien las penas que aún tenga que sufrir como Espíritu!

Espíritus buenos que habéis venido a recibirlo, y tú particularmente, su ángel de la guarda, ayudadlo a despojarse de la materia. Dadle la luz y la conciencia de sí mismo, a fin de sacarlo de la turbación que acompaña al tránsito de la vida corporal a la vida espiritual. Inspiradle el arrepentimiento de las faltas que haya podido cometer, y el deseo de que se le

permita repararlas, para acelerar su adelanto rumbo a la vida de eterna bienaventuranza.

N..., acabas de ingresar en el mundo de los Espíritus y, sin embargo, estás aquí presente entre nosotros. Nos ves y nos escuchas, pues la única diferencia entre tú y nosotros es el cuerpo perecedero que acabas de abandonar y que muy pronto quedará reducido a polvo.

Has dejado la grosera envoltura, sujeta a las vicisitudes y a la muerte, y sólo conservas la envoltura etérea, imperecedera e inaccesible a los padecimientos. Si bien ya no vives con el cuerpo, vives la vida de los Espíritus, y esa vida se halla exenta de las miserias que afligen a la humanidad.

Tampoco tienes delante el velo que nos oculta los resplandores de la vida futura. A partir de hoy puedes contemplar nuevas maravillas, mientras que nosotros estamos aún sumergidos en las tinieblas.

Vas a recorrer el espacio y visitar los mundos con plena libertad, mientras que nosotros nos arrastramos penosamente en la Tierra, donde nos retiene nuestro cuerpo material, semejante a una carga muy pesada.

El horizonte de lo infinito va a desplegarse delante de ti, y ante tanta grandeza comprenderás la vanidad de nuestros deseos terrenales, de nuestras ambiciones mundanas y de los goces fútiles con que los hombres tanto se deleitan.

La muerte, para los hombres, no es más que una separación material de algunos instantes. Desde el destierro donde nos retiene aún la voluntad de Dios, así como los deberes que tenemos que cumplir en la Tierra, seguiremos acompañándote con el pensamiento, hasta el momento en que se nos

permita reunirnos contigo, así como tú te has reunido con los que te precedieron.

Nosotros no podemos ir al lugar en que te encuentras, pero tú puedes venir a nuestro lado. Ven, pues, junto a los que te aman y que has amado. Ampáralos en las pruebas de la vida. Vela por los que te son queridos. Protégelos, según tu poder. Atenúa sus pesares con el pensamiento de que eres más feliz ahora, y mediante la consoladora certeza de que llegará el día en que estaréis reunidos en un mundo mejor.

En el mundo en que te encuentras habrán de extinguirse todos los rencores terrenales. ¡Ojalá, de aquí en adelante, seas inaccesible a ellos, para tu felicidad futura! Perdona, pues, a los que te han hecho algún agravio, como ellos te perdonan los que tú cometiste contra ellos.

*Nota.* Pueden añadirse a esta oración, aplicable a todos, algunas palabras especiales, según las circunstancias particulares de familia o de relaciones, así como a la posición social que ocupaba el difunto.

Si se trata de un niño, el espiritismo nos enseña que no hay en él un Espíritu que ha sido creado recientemente, sino uno que ha vivido ya y que puede ser muy adelantado. Si su última existencia ha sido corta, se debe a que no era más que el complemento de una prueba, o a que constituía una prueba para sus padres. (Véase el Capítulo V, § 21.)

61. (OTRA)[18] Señor Todopoderoso, ¡que tu misericordia se extienda sobre nuestros hermanos que acaban de dejar la

18. Esta oración fue dictada a un médium de Burdeos, en el momento en que pasaba delante de su casa el cortejo fúnebre de un desconocido. (Nota de Allan Kardec.)

Tierra! ¡Que tu luz resplandezca ante ellos! ¡Sácalos de las tinieblas, ábreles los ojos y los oídos! ¡Que los Espíritus buenos los acompañen y les hagan oír palabras de paz y de esperanza!

Señor, por indignos que seamos, nos atrevemos a implorar tu misericordiosa indulgencia en favor de ese nuestro hermano que acaba de ser llamado del destierro. Haz que su regreso sea el del hijo pródigo. Olvida, ¡oh Dios mío!, las faltas que ha podido cometer, para tener presente tan solo el bien que hizo. Sabemos que tu justicia es inmutable, pero también sabemos que tu amor es inmenso. Te suplicamos que aplaques tu justicia en ese manantial de bondad que emana de ti.

¡Que la luz se haga para ti, hermano mío, que acabas de dejar la Tierra! ¡Que los buenos Espíritus del Señor desciendan hacia ti, te acompañen y te ayuden a cortar tus cadenas terrenales! Comprende y admira la grandeza de nuestro Maestro. Sométete, sin quejarte, a su justicia, pero nunca desesperes de su misericordia. ¡Hermano! ¡Que un serio análisis de tu pasado te abra las puertas del porvenir, y te haga comprender las faltas que dejas detrás de ti, así como el trabajo que te queda por hacer para repararlas! ¡Que Dios te perdone, y que los Espíritus buenos te sostengan y te animen! Tus hermanos de la Tierra orarán por ti, y te piden que ores por ellos.

## Para las personas que amamos

62. PREFACIO. ¡Qué espantosa es la idea de la nada! ¡Qué dignos de compasión son los que creen que la voz del amigo que llora a su amigo se pierde en el vacío, sin encontrar un eco que le responda! Nunca han conocido afectos puros y santos los que piensan que todo muere con el cuerpo; los

que piensan que el genio que ha iluminado el mundo con su vasta inteligencia es una combinación de materia que, como un soplo, se extingue para siempre; los que piensan que del ser más querido, de un padre, de una madre o de un hijo adorado, sólo queda un poco de polvo que el tiempo dispersa definitivamente.

¿Cómo es posible que un hombre de buen corazón pueda quedarse tranquilo con este pensamiento? ¿Cómo es posible que la idea de un aniquilamiento absoluto no lo hiele de espanto y no le haga desear, al menos, que no sea así? Si hasta el presente su razón no ha bastado para apartar sus dudas, ahí está el espiritismo, que viene a disipar la incertidumbre con relación al porvenir, por medio de las pruebas materiales que aporta acerca de la supervivencia del alma y de la existencia de los seres de ultratumba. Por eso, en todas partes esas pruebas son acogidas con alegría. Renace la confianza, pues el hombre sabe que de aquí en adelante la vida terrenal sólo es un breve pasaje que conduce a una vida mejor; sabe que sus trabajos en este mundo no se han perdido para él, y que sus más sagrados afectos no se destruyen para siempre. (Véase el Capítulo IV, § 18, y el Capítulo V, § 21.)

63. ORACIÓN. Dígnate, ¡oh Dios mío!, acoger favorablemente la oración que te dirijo para el Espíritu de N... Hazle entrever tus divinas claridades, y facilítale el camino de la dicha eterna. Permite que los Espíritus buenos le lleven mis palabras y mi pensamiento.

Y tú, N…, a quien he querido en este mundo, escucha mi voz, que te llama para ofrecerte una nueva prueba de mi afecto. Dios ha permitido que te liberases antes que yo, y de eso no podría quejarme sin egoísmo, porque sería desear que

continuaras sometido a las penas y los padecimientos de esta vida. Aguardo, pues, con resignación, el momento en que nos reuniremos nuevamente en ese mundo más venturoso en el cual me has precedido.

Sé que nuestra separación es sólo momentánea y que, por larga que pudiera parecerme, su duración se borra ante la eterna dicha que Dios promete a sus elegidos. Que su bondad me preserve de hacer algo que pueda retardar ese instante deseado, y que me ahorre de ese modo el dolor de no volver a encontrarte cuando salga de mi cautiverio terrenal.

¡Oh! ¡Qué dulce y consoladora es la certeza de que sólo hay entre nosotros un velo material que te oculta a mi mirada! Que puedes estar aquí, a mi lado; que puedes verme y oírme como muchas veces lo hiciste, y aún mejor que antes; que no me olvidas como yo tampoco te olvido; que nuestros pensamientos no cesan de confundirse, y que el tuyo me sigue y me sostiene siempre.

La paz del Señor sea contigo.

## Para las almas que sufren y piden oraciones

64. PREFACIO. Para comprender el alivio que la oración puede proporcionar a los Espíritus que sufren, es necesario hacer referencia al modo como ella actúa, de conformidad con lo que se ha explicado más arriba. (Véase el Capítulo XXVII, §§ 9, 18 y siguientes.) El que está compenetrado de esa verdad ruega con más fervor, pues tiene la certeza de que no ora en vano.

65. ORACIÓN. Dios clemente y misericordioso, que tu bondad se extienda sobre todos los Espíritus que se encomiendan a nuestras oraciones, y particularmente sobre el alma de N...

Espíritus buenos, cuya única ocupación es hacer el bien, interceded conmigo a favor del alivio de todos ellos. Haced que resplandezca ante sus ojos un rayo de esperanza, y que la divina luz los ilumine y les haga ver las imperfecciones que los mantienen alejados de la morada de los bienaventurados. Abrid sus corazones al arrepentimiento y al deseo de purificarse, a fin de acelerar su adelanto. Hacedles comprender que mediante sus esfuerzos pueden abreviar la duración de sus pruebas.

¡Que Dios, en su bondad, les dé fuerza para que perseveren en sus buenas resoluciones!

Puedan estas palabras benévolas mitigar sus penas, y mostrarles que en la Tierra hay seres que se compadecen de ellos y desean su felicidad.

66. (OTRA) Te suplicamos, Señor, que derrames las gracias de tu amor y tu misericordia sobre todos los que sufren, sea en el espacio como Espíritus errantes, o entre nosotros como Espíritus encarnados. Ten compasión de nuestras debilidades. Tú nos has hecho falibles, pero nos diste la fuerza para resistir al mal y vencerlo. Que tu misericordia se extienda sobre todos los que no han sido capaces de resistir sus malas inclinaciones y aún se dejan arrastrar por malos caminos. Que vuestros Espíritus buenos los acompañen; que tu luz resplandezca ante sus ojos y que, atraídos por su calor vivificante, acudan a postrarse a tus pies, humildes, arrepentidos y sumisos.

Nosotros también te rogamos, Padre de misericordia, por aquellos hermanos nuestros que no han tenido fuerza para sobrellevar las pruebas terrenales. Tú nos diste una carga para llevar, Señor, y debemos depositarla a tus pies. Con todo, grande es nuestra debilidad, y a veces nos falta valor durante el camino. Ten piedad de esos servidores indolentes que han abandonado la obra antes de la hora establecida. Que tu justicia los perdone, y permite que tus Espíritus buenos les lleven alivio, consuelo y esperanza en el porvenir. La perspectiva del perdón fortifica el alma. Muéstrala, Señor, a los culpables que están desesperados. Entonces, sustentados por esa esperanza, extraerán fuerza incluso de la magnitud de sus faltas y de sus padecimientos, a fin de rescatar su pasado y prepararse para la conquista del porvenir.

## Para un enemigo muerto

67. PREFACIO. La caridad para con nuestros enemigos debe acompañarlos más allá de la tumba. Es necesario que reflexionemos acerca de que el mal que nos hicieron constituyó para nosotros una prueba, la cual ha podido ser de utilidad para nuestro adelanto, en caso de que hayamos sabido aprovecharla. Esa prueba pudo ser aún más provechosa que las aflicciones puramente materiales, porque, junto al valor y la resignación, nos permitió aplicar la caridad y el olvido de las ofensas. (Véase el Capítulo X, § 6, y el Capítulo XII, §§ 5 y 6.)

68**.** ORACIÓN. Señor, te has dignado llamar antes que a mí al alma de N... Le perdono el daño que me ha hecho y sus

malas intenciones hacia mí. Ojalá se arrepienta por ello, ahora que ya no alienta las ilusiones de este mundo.

Que tu misericordia, Dios mío, se extienda sobre él, y aparte de mí el pensamiento de alegrarme de su muerte. Si le hice mal, que me lo perdone, del mismo modo que yo olvido el mal que él me ha hecho.

## Para un criminal

69. PREFACIO. Si la eficacia de las oraciones dependiera de la cantidad de palabras, las más largas deberían reservarse para los más culpables, porque las necesitan más que los que han vivido santamente. Rehusarlas a los criminales es faltar a la caridad y desconocer la misericordia de Dios. Considerarlas inútiles, por el hecho de que un hombre haya cometido tal o cual falta, es prejuzgar la justicia del Altísimo. (Véase el Capítulo XI, § 14.)

70. ORACIÓN. Señor, Dios de misericordia, no rechaces a ese criminal que acaba de dejar la Tierra. La justicia de los hombres lo condenó, pero no ha quedado exento de la tuya, si el remordimiento no ha conmovido su corazón.

Quítale la venda que le oculta la gravedad de sus faltas. ¡Que con su arrepentimiento encuentre gracia ante ti, y que se alivien los pesares de su alma! ¡Que también nuestras oraciones y la intercesión de los Espíritus buenos le den esperanza y consuelo! ¡Inspírale el deseo de reparar sus malas acciones en una nueva existencia, y dale fuerza para que no desfallezca en medio de las nuevas luchas que habrá de emprender!

¡Señor, ten piedad de él!

## Para un suicida

71. PREFACIO. El hombre nunca tiene derecho a disponer de su propia vida, porque sólo a Dios le cabe retirarlo del cautiverio terrenal, cuando lo juzgue oportuno. Sin embargo, la justicia divina puede atenuar su rigor de acuerdo con las circunstancias, aunque reserva la mayor severidad para aquel que quiso evitar las pruebas de la vida. El suicida es como el preso que se escapa de la cárcel antes de cumplir la condena y que, cuando es apresado de nuevo, recibe un trato de mayor severidad. Lo mismo sucede con el suicida, pues supone que se ha escapado de las miserias del presente y, por el contrario, se sumerge en desgracias mayores. (Véase el Capítulo V, § 14 y siguientes.)

72. ORACIÓN. Sabemos, ¡oh Dios mío!, cuál es la suerte reservada a los que violan tus leyes cuando abrevian voluntariamente sus días. Pero también sabemos que tu misericordia es infinita. Dígnate entonces derramarla sobre el alma de N... ¡Que nuestras oraciones y tu conmiseración alivien la amargura de los padecimientos que experimenta por no haber tenido el valor de esperar la finalización de sus pruebas!

Espíritus buenos, que tenéis la misión de asistir a los desdichados, tomadlo bajo vuestra protección, inspiradle arrepentimiento por la falta que ha cometido, y que vuestra asistencia le dé fuerza para sobrellevar con más resignación las nuevas pruebas por las que deberá pasar para repararla. Apartad de él a los Espíritus malos, que podrían impulsarlo nuevamente al mal y prolongarían sus padecimientos, al hacerle perder el fruto de sus pruebas futuras.

En cuanto a ti, N…, cuya desgracia es motivo de nuestras oraciones, ¡que nuestra conmiseración endulce tus amarguras y haga nacer en ti la esperanza de un futuro mejor! Ese futuro está en tus manos. Confía en la bondad de Dios, que ampara a todos los que se arrepienten y sólo rechaza a los corazones empecinados en el mal.

## Para los Espíritus arrepentidos

73. PREFACIO. Sería injusto incluir en la categoría de los Espíritus malos a los que sufren y a los arrepentidos que solicitan oraciones. Tal vez han sido malos, pero ya no lo son, puesto que reconocen sus faltas y lamentan haberlas cometido. No son otra cosa que desdichados. Algunos de ellos empiezan, incluso, a gozar de una relativa felicidad.

74. ORACIÓN. Dios de misericordia, que aceptas el arrepentimiento sincero del pecador, ya sea que esté encarnado o desencarnado, aquí tienes un Espíritu que se complacía en el mal, pero que reconoce sus faltas e ingresa en el camino del bien. Dígnate, ¡oh Dios mío!, recibirlo como un hijo pródigo y perdonarlo.

Espíritus buenos, aunque él haya despreciado vuestra voz, de aquí en adelante desea escucharos. Permitidle entrever la felicidad de los elegidos del Señor, a fin de que persista en el deseo de purificarse para conseguirla. Amparadlo en sus buenas resoluciones, y dadle fuerza para resistir a sus malos instintos.

Espíritu de N..., te felicitamos por tu conversión, y damos gracias a los Espíritus buenos que te han ayudado.

Si antes te complacías en hacer el mal, era porque no comprendías cuán dulce es el goce de hacer el bien. Además, te considerabas demasiado insignificante para pretender conseguirlo. Sin embargo, desde el instante en que pusiste el pie en el camino del bien, una nueva luz ha brillado para ti. Empezaste a disfrutar de una felicidad que no conocías, y la esperanza ha penetrado en tu corazón. Eso se debe a que Dios escucha siempre la oración del pecador arrepentido, y no rechaza a ninguno de los que acuden a Él.

Para volver a obtener por completo la gracia del Señor, aplícate, de ahora en adelante, no sólo a no hacer el mal, sino a hacer el bien y, sobre todo, a reparar el mal que hiciste. Entonces habrás satisfecho la justicia de Dios. Cada una de las buenas acciones que practiques borrará una de tus faltas del pasado.

Has dado el primer paso. Ahora, cuanto más avances en el camino, tanto más fácil y agradable te resultará. Persevera, pues, y un día tendrás la gloria de ser contado entre los Espíritus buenos y los Espíritus bienaventurados.

## Para los Espíritus empecinados en el mal

75. PREFACIO. Los Espíritus malos son los que aún no han sido tocados por el arrepentimiento. Se complacen en el mal y no experimentan ninguna pena por ello. Insensibles a las amonestaciones, rechazan la oración y suelen maldecir el nombre de Dios. Se trata de esas almas obstinadas en el mal que, después de la muerte y a causa de los tormentos que padecen, se toman venganza en los hombres y persiguen con su odio a los que odiaron mientras vivían en la Tierra, sea por medio de la obsesión, o ejerciendo sobre ellos alguna clase de influencia funesta. (Véase el Capítulo X, § 6, y el Capítulo XII, §§ 5 y 6.)

Entre los Espíritus perversos hay dos categorías bien diferenciadas: la de los que son francamente malos, y la de los hipócritas. Los primeros son devueltos al camino del bien con mucha más facilidad que los segundos. La mayoría de las veces su naturaleza es torpe y grosera, como se nota entre los hombres, y hacen el mal más por instinto que por premeditación. Además, no pretenden pasar por mejores de lo que son. Con todo, hay en ellos un germen latente al que es necesario ayudar para que se manifieste, cosa que se consigue casi siempre mediante la perseverancia, la firmeza conjugada con la benevolencia, los consejos, las reflexiones y la oración. Durante la comunicación mediúmnica, la dificultad que tienen para escribir el nombre de Dios es el indicio de un temor instintivo, de una voz interior de la conciencia, que les dice que son indignos de hacerlo. Cuando llegan a ese punto están preparados para la conversión, y todo puede esperarse de ellos: basta con encontrarles un punto vulnerable en el corazón.

Por su parte, los Espíritus hipócritas casi siempre son muy inteligentes, pero no tienen en el corazón ninguna fibra sensible. Nada los conmueve. Fingen todos los sentimientos buenos para captar la confianza, y se sienten felices cuando encuentran incautos que los admiten como Espíritus venerables, porque pueden dominarlos a su gusto. El nombre de Dios, lejos de inspirarles el mínimo temor, les sirve de máscara para ocultar sus torpezas. En el mundo invisible, tanto como en el mundo visible, los hipócritas son los seres más peligrosos, porque trabajan subrepticiamente y nadie desconfía de ellos. Sólo tienen la apariencia de la fe, pero no la fe sincera.

76. ORACIÓN. Señor, dígnate posar tu mirada bondadosa sobre los Espíritus imperfectos, que aún permanecen en las

tinieblas de la ignorancia y no te conocen, particularmente sobre el Espíritu de N...

Espíritus buenos, ayudadnos a que le hagamos comprender que si induce a los hombres al mal, por medio de la obsesión y los tormentos que les ocasiona, prolonga sus propios padecimientos. Haced que el ejemplo de la felicidad de que vosotros gozáis sea un estímulo para él.

Por tu parte, Espíritu de N…, que aún te complaces en el mal, ven a escuchar la oración que hacemos por ti. Con ella te demostraremos que deseamos hacerte bien, aunque tú hagas el mal.

Eres desdichado, pues no se puede ser feliz cuando se practica el mal. ¿Por qué, pues, sigues penando, cuando de ti depende evitarlo? Observa a los Espíritus buenos que te rodean; mira cuán felices son. ¿No sería más grato para ti gozar de la misma felicidad?

Dirás que eso te resulta imposible. Pero nada hay imposible para el que tiene voluntad, pues Dios te ha dado, al igual que a todas sus criaturas, la libertad de elegir entre el bien y el mal, es decir, entre la felicidad y la desdicha, y nadie está condenado a ser malvado. Así como tienes voluntad para hacer el mal, también puedes tenerla para hacer el bien y ser feliz.

Vuelve tu mirada hacia Dios. Elévate por un instante hacia Él mediante el pensamiento, y un rayo de su divina luz te iluminará. Di con nosotros estas simples palabras: *Dios mío, me arrepiento, perdóname.* Trata de arrepentirte y de hacer el bien, en vez de hacer el mal, y verás cómo de inmediato su misericordia descenderá hasta ti, y un bienestar indescriptible reemplazará a la angustia que experimentas.

Cuando hayas dado un paso en el camino del bien, el resto de su extensión será fácil de recorrer. Entonces comprenderás cuánto tiempo de felicidad has desperdiciado por tu culpa. No obstante, un porvenir radiante y pleno de esperanza se desplegará ante ti y hará que olvides tu miserable pasado, caracterizado por la perturbación y los tormentos morales que, si duraran eternamente, te parecerían el infierno. Llegará el día en que esos tormentos serán de tal intensidad que querrás hacerlos cesar a cualquier precio. No obstante, cuanto más te demores, tanto más difícil te resultará conseguirlo.

No creas que habrás de permanecer siempre en el estado en que te encuentras. No, eso es imposible. Tienes ante ti dos perspectivas: la una, sufrir mucho más de lo que has sufrido hasta ahora; la otra, ser feliz como los Espíritus buenos que te rodean. La primera será inevitable si persistes en tu obstinación. Un simple esfuerzo de tu voluntad alcanzará para sacarte de la dificultad en que te encuentras. Date prisa, pues, porque cada día de demora es un día perdido para tu felicidad.

Espíritus buenos, haced que estas palabras encuentren acceso en esa alma todavía atrasada, a fin de que la ayuden a acercarse a Dios. Os lo suplicamos en el nombre de Jesucristo, que tan grande poder tenía sobre los Espíritus malos.

## V. ORACIONES PARA LOS ENFERMOS Y LOS OBSESOS

### Para los enfermos

77. PREFACIO. Las enfermedades son parte de las pruebas y de las vicisitudes de la vida terrenal. Son inherentes a nues-

tra densa naturaleza material y a la inferioridad del mundo en que habitamos. Las pasiones y los excesos de toda clase siembran en nosotros gérmenes malsanos, muchas veces hereditarios. En los mundos más adelantados física y moralmente, el organismo humano, más depurado y menos material, no está sujeto a las mismas enfermedades que hay aquí, ni el cuerpo es minado secretamente por los estragos de las pasiones. (Véase el Capítulo III, § 9.) Es preciso, pues, que nos resignemos a padecer las consecuencias del medio en que nos coloca nuestra inferioridad, hasta que merezcamos pasar a otro. Con todo, mientras aguardamos el cambio, eso no debe impedir que hagamos lo que dependa de nosotros para mejorar nuestra condición actual. Si a pesar de nuestros esfuerzos no lo conseguimos, el espiritismo nos enseña a soportar con resignación nuestros males pasajeros.

Si Dios no quisiera que, en ciertos casos, los padecimientos corporales fueran disipados o aliviados, no habría puesto a nuestra disposición recursos curativos. Al respecto, su previsora solicitud, acorde con el instinto de conservación, indica que es nuestro deber buscar y aplicar esos recursos.

Al lado de la medicación ordinaria, elaborada por la ciencia, el magnetismo nos ha dado a conocer el poder de la acción fluídica. Después, el espiritismo vino a revelarnos otra fuerza, que radica en la *mediumnidad curativa* y en la influencia de la oración. (Véase, más adelante, la instrucción acerca de la mediumnidad curativa, § 81.)

78. ORACIÓN. (Para que la diga el enfermo.) Señor, Tú eres todo justicia. Por consiguiente, debo merecer la enfermedad que me has enviado, dado que nunca impones un sufrimiento sin que haya una causa. Me entrego, para mi curación,

a tu infinita misericordia. Si fuera de tu agrado restituirme la salud, bendito sea tu santo nombre. En caso contrario, si debo sufrir más, bendito sea tu nombre también. Me someto sin quejas a tus divinos designios, porque todo lo que haces no puede tener otra finalidad que el bien de tus criaturas.

Haz, ¡oh Dios mío!, que esta enfermedad sea para mí un aviso saludable, y me haga reflexionar acerca de mi conducta. La acepto como una expiación del pasado y como una prueba para mi fe y para mi sumisión a tu santa voluntad. (Véase la oración del § 40.)

79. ORACIÓN. (Para el enfermo.) Dios mío, tus designios son impenetrables, y en tu sabiduría has considerado necesario que N… sufra por medio de la enfermedad. Te suplico que dirijas una mirada compasiva sobre sus padecimientos, y te dignes ponerles un término.

Espíritus buenos, ministros del Todopoderoso, os pido que secundéis mi deseo de aliviarlo. Dirigid mi pensamiento, a fin de que este acuda a derramar un bálsamo saludable sobre su cuerpo, así como el consuelo en su alma.

Inspiradle la paciencia y la sumisión a la voluntad de Dios. Dadle fuerza para sobrellevar sus dolores con resignación cristiana, a fin de que no pierda el fruto de esta prueba. (Véase la oración del § 57.)

80. ORACIÓN. (Para que la diga el médium curador.) Dios mío, si te dignas servirte de mí, indigno como soy, podré curar esta enfermedad, si esa es tu voluntad, porque tengo fe en ti. No obstante, sin ti nada puedo. Permite que los Espíritus buenos me impregnen con sus fluidos saludables, para que

yo los transmita al enfermo, y aparta de mí todo pensamiento de orgullo y de egoísmo que pudiese alterar su pureza.

## Para los obsesos

81. PREFACIO. La obsesión es la acción persistente que un Espíritu malo ejerce sobre un individuo. Presenta caracteres muy diversos, que van desde la simple influencia moral, sin señales exteriores perceptibles, hasta la perturbación completa del organismo y de las facultades mentales. La obsesión altera todas las facultades mediúmnicas. En la mediumnidad de escritura, se reconoce por la obstinación de un Espíritu en manifestarse, con exclusión de todos los otros.

Los Espíritus malos pululan alrededor de la Tierra, en virtud de la inferioridad moral de sus habitantes. Su acción maligna forma parte de los flagelos a que se halla expuesta la humanidad en este mundo. Por consiguiente, la obsesión, al igual que las enfermedades y todas las tribulaciones de la vida, debe ser considerada como una prueba o una expiación, y aceptada como tal.

Del mismo modo en que las enfermedades son el resultado de las imperfecciones físicas que hacen al cuerpo accesible a las influencias perniciosas exteriores, la obsesión es siempre el resultado de una imperfección moral que da acceso a un Espíritu malo. A una causa física se opone una fuerza física, pero a una causa moral debe oponerse una fuerza moral. Para prevenir las enfermedades, fortificamos el cuerpo; para protegernos de la obsesión, es necesario que fortifiquemos el alma. De ahí proviene la necesidad de que el obseso trabaje por su propia mejoría, lo que muchas veces es suficiente para librarlo

del obsesor, sin recurrir a la ayuda de terceros. Este tipo de ayuda se torna indispensable cuando la obsesión degenera en subyugación y en posesión, porque entonces el paciente pierde, en algunas ocasiones, su voluntad y su libre albedrío.

La obsesión es casi siempre el resultado de la venganza ejercida por un Espíritu, y a menudo tiene su origen en las relaciones que el obseso ha tenido con él en una existencia precedente. (Véase el Capítulo X, § 6, y el Capítulo XII, §§ 5 y 6.)

En los casos de obsesión grave, el obseso se halla como envuelto e impregnado por un fluido pernicioso, que neutraliza la acción de los fluidos saludables y los rechaza. De ese fluido es preciso liberarlo. Ahora bien, un fluido malo no puede ser eliminado por otro fluido malo. Mediante una acción idéntica a la del médium curador en los casos de enfermedad, se debe expulsar el fluido malo con la ayuda de un fluido mejor, que de alguna manera produce el efecto de un reactivo. Esa es la acción mecánica, pero no es suficiente. Por encima de todo, es necesario *obrar sobre el ser inteligente*, al que hay que hablar con autoridad. Y esa autoridad sólo procede de la superioridad moral. Cuanto mayor sea la superioridad moral, tanto mayor será la autoridad.

Eso no es todo, pues para garantizar la liberación del obseso es preciso inducir al Espíritu perverso a que renuncie a sus malas intenciones. Es preciso hacer que nazca en él el arrepentimiento y el deseo del bien, mediante instrucciones hábilmente impartidas, en evocaciones particulares que se realizarán con miras a su educación moral. Recién entonces puede obtenerse la doble satisfacción de liberar a un encarnado y de convertir a un Espíritu imperfecto.

La tarea se presenta más fácil cuando el obseso comprende su situación y presta el concurso de su voluntad y de la ora-

ción. No ocurre lo mismo toda vez que, seducido por el Espíritu embustero, el obseso se equivoca acerca de las cualidades del que lo domina, en cuyo caso se complace en el error en que lo retiene este último. Entonces, lejos de secundar la asistencia que le brindan, la rechaza. Es el caso de la fascinación, que siempre es infinitamente más rebelde que la subyugación más violenta. (Véase *El libro de los médiums*, Segunda parte, Capítulo XXIII.)

En todos los casos de obsesión, la oración es el más poderoso auxiliar disponible para obrar contra el Espíritu obsesor.

82 ORACIÓN. (Para que la diga el obseso.) Dios mío, permite que los Espíritus buenos me liberen del Espíritu maligno que se ha vinculado a mí. Si se trata de una venganza que él ejerce por los males que le hice en el pasado, tú lo permites, Dios mío, para mi castigo, y sufro las consecuencias de la falta que cometí. ¡Que mi arrepentimiento merezca tu perdón y mi libertad! No obstante, cualquiera que sea el motivo de mi perseguidor, imploro tu misericordia para él. Dígnate facilitarle el camino del progreso, que lo desviará de la idea de hacer el mal. Por mi parte, pueda yo devolverle bien por mal, e inducirlo de ese modo a mejores sentimientos.

Pero también sé, ¡oh Dios mío!, que son mis imperfecciones las que me hacen accesible a las influencias de los Espíritus imperfectos. Dame la luz necesaria para que los reconozca y, sobre todo, combate en mí el orgullo que me ciega con relación a mis defectos.

¡Cuál no será, pues, mi indignidad, si un ser maligno puede dominarme!

Haz, Dios mío, que ese golpe aplicado a mi vanidad me sirva de lección para el porvenir; que me fortalezca en la re-

solución que adopto de purificarme mediante la práctica del bien, de la caridad y de la humildad, a fin de oponer, de ahora en adelante, una barrera a las malas influencias.

Señor, dame fuerza para soportar esta prueba con paciencia y resignación. Comprendo que, como todas las otras pruebas, esta debe contribuir a mi adelanto, si no pierdo sus frutos con mis quejas, pues me proporciona la ocasión de poner de manifiesto mi sumisión, y de ejercitar mi caridad para con un hermano desdichado, perdonándole el mal que me hace. (Véase el Capítulo XII, §§ 5 y 6, y el Capítulo XXVIII, § 15 y siguientes, y §§ 46 y 47.)

83. ORACIÓN. (Por el obseso.) Dios Todopoderoso, dígnate darme el poder de liberar a N... de la influencia del Espíritu que lo obsesiona. Si está en tus designios poner término a esa prueba, concédeme la gracia de hablar a ese Espíritu con autoridad.

Espíritus buenos que me asistís, y tú, ángel de la guarda de N…, prestadme vuestro auxilio y ayudadme a liberarlo del fluido impuro que lo envuelve.

En nombre de Dios Todopoderoso, conjuro al espíritu maligno que lo atormenta, a que se retire.

84. ORACIÓN. (Para el Espíritu obsesor.) Dios infinitamente bueno, imploro tu misericordia para el Espíritu que obsesiona a N... Hazle entrever las divinas claridades, a fin de que reconozca el falso camino en que se ha internado. Espíritus buenos, ayudadme a hacerle comprender que haciendo el mal lo perderá todo, y todo lo ganará si hace el bien.

Espíritu que te complaces en atormentar a N..., escúchame, pues te hablo en nombre de Dios.

Si reflexionas, comprenderás que el mal nunca supera al bien, y que tú no puedes ser más fuerte que Dios y los Espíritus buenos.

Ellos habrían podido preservar a N... de tus ataques. Si no lo han hecho es porque él (o ella) debía sufrir una prueba. Pero cuando esa prueba concluya, te impedirán toda acción sobre tu víctima. El mal que le hayas hecho, en vez de perjudicarlo, habrá contribuido a su adelanto, y entonces será más feliz. Por consiguiente, habrás empleado tu maldad inútilmente, y se volverá en contra tuya.

Dios, que todo lo puede, y los Espíritus superiores, sus delegados, que son más poderosos que tú, podrán poner término a esa obsesión cuando lo deseen, y tu tenacidad se quebrará frente a esa suprema autoridad. No obstante, por el hecho mismo de que Dios es bueno, Él quiere dejarte el mérito de que hagas que cese por tu propia voluntad. Se trata de una moratoria que te concede. Si no la aprovechas, sufrirás sus deplorables consecuencias. Te esperan grandes castigos y crueles padecimientos. Te verás forzado a implorar la piedad y las oraciones de tu víctima, que ya te perdona y ruega por ti, lo que representa un gran mérito ante Dios y, al mismo tiempo, habrá de apresurar su liberación.

Reflexiona, pues, mientras hay tiempo aún, porque la justicia de Dios caerá sobre ti, como sobre todos los Espíritus rebeldes. Piensa que el mal que haces en este momento forzosamente tendrá un término, mientras que si persistes en tu obstinación, tus padecimientos aumentarán sin cesar.

Cuando estabas en la Tierra, ¿no habrías considerado una estupidez sacrificar un gran bien por una ínfima satisfacción momentánea? Lo mismo sucede ahora que eres Espíritu. ¿Qué ganas con lo que haces? Apenas el triste placer de atormentar a

alguien, lo que no te impide que seas desdichado, digas lo que digas, y que te vuelvas más desdichado aún.

Por otra parte, mira lo que pierdes. Observa a los Espíritus buenos que te rodean, y dime si su suerte no es preferible a la tuya. Cuando quieras, participarás de la felicidad que ellos gozan. ¿Qué es necesario para conseguirlo? Implorar a Dios y hacer el bien en vez del mal. Sé que no puedes transformarte de repente, pero Dios no exige lo imposible: sólo quiere buena voluntad. Así pues, haz la prueba y nosotros te ayudaremos. Haz que pronto podamos decir a tu favor la oración para los Espíritus arrepentidos (§ 73), y que ya no tengamos que clasificarte entre los Espíritus malos, mientras aguardamos a que puedas contarte entre los buenos.

(Véase también el § 75: "Oraciones para los Espíritus empecinados en el mal".)

*Observación.* La cura de las obsesiones graves requiere mucha paciencia, perseverancia y abnegación. Exige también tacto y habilidad para encaminar en el bien a Espíritus que muchas veces son muy perversos, obstinados en el mal y astutos, porque los hay rebeldes en el grado máximo. En la mayor parte de los casos tenemos que guiarnos por las circunstancias. Sin embargo, cualquiera que sea el carácter del Espíritu, es un hecho cierto que nada se obtiene por la fuerza o las amenazas. Toda la influencia reside en el ascendiente moral. Otra verdad, igualmente comprobada tanto por la experiencia como por la lógica, es *la absoluta ineficacia de los exorcismos, las fórmulas, las palabras sacramentales, los amuletos, los talismanes, las prácticas exteriores o cualquier otra señal material.*

La obsesión muy prolongada puede ocasionar desórdenes patológicos, y a veces requiere un tratamiento simultáneo o consecutivo, sea magnético o medicinal, para restablecer la salud del organismo. Destruida la causa, resta combatir los efectos. (Véase *El libro de los médiums*, Segunda parte, Capítulo XXIII, "Acerca de la obsesión"; y la *Revista Espírita*, de febrero y marzo de 1864, y de abril de 1865, donde se registran ejemplos de curas de obsesiones.)

# Índice[19]

**Advertencia general sobre la traducción** ..... 7
**Prefacio** ..... 9
**Introducción** ..... 11
I. Objetivo de esta obra ..... 11
II. Autoridad de la doctrina espírita. Control universal de la enseñanza de los Espíritus ..... 15
III. Noticias históricas ..... 25
IV. Sócrates y Platón: precursores de la idea cristiana y del espiritismo ..... 33
Resumen de la doctrina de Sócrates y Platón ..... 34

**Capítulo I. NO HE VENIDO A DEROGAR LA LEY**... 47
Las tres revelaciones: Moisés; ..... 47
Cristo ..... 48
El espiritismo (1 a 7) ..... 50
Alianza de la ciencia con la religión (8) ..... 52
*Instrucciones de los Espíritus*: ..... 53
La era nueva (9 a 11) ..... 53

19. Los números entre paréntesis corresponden a los parágrafos de cada capítulo. (Nota de Allan Kardec.)

**Capítulo II. MI REINO NO ES DE ESTE MUNDO** ... 59
La vida futura (1 a 3) ..... 59
La realeza de Jesús (4) ..... 61
El punto de vista (5 a 7) ..... 62
*Instrucciones de los Espíritus* ..... 65
Una realeza terrenal (8) ..... 65

**Capítulo III. HAY MUCHAS MORADAS EN LA CASA DE MI PADRE**..... 67
Diferentes estados del alma en la erraticidad (1 y 2) .... 67
Diferentes categorías de mundos habitados (3 a 5) .... 68
Destino de la Tierra. Causas de las miserias humanas (6 y 7) ..... 70
*Instrucciones de los Espíritus* ..... 71
Mundos inferiores y mundos superiores (8 a 12) ..... 71
Mundos de expiaciones y de pruebas (13 a 15) ..... 75
Mundos regeneradores (16 a 18) ..... 77
Progresión de los mundos (19) ..... 79

**Capítulo IV. NADIE PUEDE VER EL REINO DE DIOS SI NO NACE DE NUEVO**..... 81
Resurrección y reencarnación (1 a 17) ..... 82
La reencarnación fortalece los lazos de familia, mientras que la unicidad de la existencia los rompe (18 a 23) ..... 90
*Instrucciones de los Espíritus*: ..... 94
Límites de la encarnación (24) ..... 94
Necesidad de la encarnación (25 y 26) ..... 95

**Capítulo V. BIENAVENTURADOS LOS AFLIGIDOS** ..... 99

Justicia de las aflicciones (1 a 3) ..... 100
Causas actuales de las aflicciones (4 y 5) ..... 101
Causas anteriores de las aflicciones (6 a 10) ..... 104
Olvido del pasado (11) ..... 108
Motivos de resignación (12 y 13) ..... 110
El suicidio y la locura (14 a 17) ..... 112
*Instrucciones de los Espíritus* ..... 115
Sufrir bien y sufrir mal (18) ..... 115
El mal y el remedio (19) ..... 116
La felicidad no es de este mundo (20) ..... 119
Pérdida de las personas amadas. Muertes prematuras (21) ..... 121
Si fuera un hombre de bien, habría muerto (22) ..... 123
Los tormentos voluntarios (23) ..... 124
La verdadera desgracia (24) ..... 125
La melancolía (25) ..... 127
Pruebas voluntarias. El verdadero cilicio (26) ..... 128
¿Debe ponerse término a las pruebas del prójimo? (27) ..... 131
¿Será lícito abreviar la vida de un enfermo que sufre sin esperanza de curarse? (28) ..... 133
Sacrificio de la propia vida (29 y 30) ..... 134
Provecho de los padecimientos para el prójimo (31) ..... 135

**Capítulo VI. EL CRISTO CONSOLADOR** ..... 137
El yugo ligero (1 y 2) ..... 137
Consolador prometido (3 y 4) ..... 138
*Instrucciones de los Espíritus* ..... 140
Advenimiento del Espíritu de Verdad (5 a 8) ..... 140

**Capítulo VII. BIENAVENTURADOS LOS POBRES DE ESPÍRITU** ..... 145
Lo que debe entenderse por *pobres de espíritu* (1 y 2) ..... 145
El que se eleve será rebajado (3 a 6) ..... 147
Misterios ocultos a los sabios y a los sagaces (7 a 10) ..... 150
*Instrucciones de los Espíritus* ..... 152
El orgullo y la humildad (11 y 12) ..... 152
Misión del hombre inteligente en la Tierra (13) ..... 159

**Capítulo VIII. BIENAVENTURADOS LOS LIMPIOS DE CORAZÓN** ..... 161
Dejad a los niños venir a mí (1 a 4) ..... 161
Pecado de pensamiento. Adulterio (5 a 7) ..... 163
Verdadera pureza. Manos no lavadas (8 a 10) ..... 165
Escándalos. Si vuestra mano es motivo de escándalo, cortadla (11 a 17) ..... 168
*Instrucciones de los Espíritus* ..... 171
Dejad a los niños venir a mí (18 y 19) ..... 171
Bienaventurados los que tienen los ojos cerrados (20) ..... 173

**Capítulo IX. BIENAVENTURADOS LOS QUE SON MANSOS Y PACÍFICOS** ..... 177
Injurias y violencias (1 a 5) ..... 177
*Instrucciones de los Espíritus* ..... 179
La afabilidad y la dulzura (6) ..... 179
La paciencia (7) ..... 180
Obediencia y resignación (8) ..... 181
La cólera (9 y 10) ..... 182

**Capítulo X. BIENAVENTURADOS LOS QUE SON MISERICORDIOSOS** ..... 187
Perdonad para que Dios os perdone (1 a 4) ..... 187
Reconciliarse con los adversarios (5 y 6) ..... 189
El sacrificio más agradable a Dios (7 y 8) ..... 190
La paja y la viga en el ojo (9 y 10) ..... 191
No juzguéis para que no seáis juzgados. El que esté sin pecado, que le arroje la primera piedra (11 a 13) .... 192
*Instrucciones de los Espíritus* ..... 194
Perdón de las ofensas (14 y 15) ..... 194
La indulgencia (16 a 18) ..... 197
¿Está permitido reprender al prójimo, observar sus imperfecciones y revelar el mal que comete? (19 a 21) ..... 201

**Capítulo XI. AMAR AL PRÓJIMO COMO A SÍ MISMO** ..... 203
El mayor mandamiento. Hacer por los otros lo que quisiéramos que ellos hiciesen por nosotros.
Parábola de los acreedores y los deudores (1 a 4) ..... 203
Dad al César lo que es del César (5 a 7) ..... 205
*Instrucciones de los Espíritus* ..... 207
La ley del amor (8 a 10) ..... 207
El egoísmo (11 y 12) ..... 213
La fe y la caridad (13) ..... 215
Caridad para con los criminales (14) ..... 216
¿Debemos exponer la vida por un malhechor? (15) ..... 218

**Capítulo XII. AMAD A VUESTROS ENEMIGOS** ..... 219
Retribuir el mal con el bien (1 a 4) ..... 219
Los enemigos desencarnados (5 y 6) ..... 223

Si alguien te golpea en la mejilla derecha,
ofrécele también la otra (7 y 8) ..... 225
*Instrucciones de los Espíritus* ..... 226
La venganza (9) ..... 226
El odio (10) ..... 228
El duelo (11 a 16) ..... 229

**Capítulo XIII. NO SEPA TU MANO IZQUIERDA LO QUE DA TU MANO DERECHA** ..... 237
Hacer el bien sin ostentación (1 a 3) ..... 237
Los infortunios ocultos (4) ..... 240
La ofrenda de la viuda (5 y 6) ..... 242
Invitar a los pobres y a los lisiados. Dar sin esperar
retribución (7 y 8) ..... 245
*Instrucciones de los Espíritus* ..... 246
La caridad material y la caridad moral (9 y 10) ..... 246
La beneficencia (11 a 16) ..... 250
La piedad (17) ..... 260
Los huérfanos (18) ..... 262
Beneficios que se pagan con ingratitud (19) ..... 262
Beneficencia exclusiva (20) ..... 264

**Capítulo XIV. HONRA A TU PADRE Y A TU MADRE** ..... 265
Piedad filial (1 a 4) ..... 265
¿Quién es mi madre y quiénes son
mis hermanos? (5 a 7) ..... 269
Parentesco corporal y parentesco espiritual (8) ..... 271
*Instrucciones de los Espíritus* ..... 272
La ingratitud de los hijos y los lazos
de familia (9) ..... 272

**Capítulo XV. FUERA DE LA CARIDAD NO HAY SALVACIÓN** ..... 279
Lo que es necesario para salvarse. Parábola del buen samaritano (1 a 3) ..... 279
El mayor mandamiento (4 y 5) ..... 283
Necesidad de la caridad según san Pablo (6 y 7) ..... 284
Fuera de la Iglesia no hay salvación. Fuera de la verdad no hay salvación (8 y 9) ..... 285
*Instrucciones de los Espíritus* ..... 287
Fuera de la caridad no hay salvación (10) ..... 287

**Capítulo XVI. NO SE PUEDE SERVIR A DIOS Y A MAMÓN** ..... 289
Salvación de los ricos (1 y 2) ..... 289
Preservarse de la avaricia (3) ..... 290
Jesús en casa de Zaqueo (4) ..... 291
Parábola del rico malo (5) ..... 292
Parábola de los talentos (6) ..... 293
Utilidad providencial de la riqueza. Pruebas de la riqueza y de la miseria (7) ..... 294
Desigualdad de las riquezas (8) ..... 297
*Instrucciones de los Espíritus* ..... 299
La verdadera propiedad (9 y 10) ..... 299
Empleo de la riqueza (11 a 13) ..... 302
Desprendimiento de los bienes terrenales (14) ..... 305
Transmisión de la riqueza (15) ..... 310

**Capítulo XVII. SED PERFECTOS** ..... 313
Caracteres de la perfección (1 y 2) ..... 313
El hombre de bien (3) ..... 314
Los buenos espíritas (4) ..... 317

Parábola del sembrador (5 y 6) ..... 319
*Instrucciones de los Espíritus* ..... 321
El deber (7) ..... 321
La virtud (8) ..... 323
Los superiores y los inferiores (9) ..... 324
El hombre en el mundo (10) ..... 327
Cuidar el cuerpo y el espíritu (11) ..... 329

**Capítulo XVIII. MUCHOS SON LOS LLAMADOS, Y POCOS LOS ESCOGIDOS** ..... 331
Parábola del festín de bodas (1 y 2) ..... 331
La puerta estrecha (3 a 5) ..... 335
No todos los que dicen: *¡Señor! ¡Señor!*, entrarán en el reino de los Cielos (6 a 9) ..... 337
Mucho se pedirá a quien mucho recibió (10 a 12) ..... 339
*Instrucciones de los Espíritus* ..... 341
Se dará al que tiene (13 a 15) ..... 341
Se reconoce al cristiano por sus obras (16) ..... 343

**Capítulo XIX. LA FE TRANSPORTA MONTAÑAS** .... 347
Poder de la fe (1 a 5) ..... 347
La fe religiosa. Condición de la fe inquebrantable (6 y 7) ..... 350
Parábola de la higuera estéril (8 a 10) ..... 352
*Instrucciones de los Espíritus* ..... 354
La fe, madre de la esperanza y de la caridad (11) ..... 354
La fe divina y la fe humana (12) ..... 355

**Capítulo XX. LOS OBREROS DE LA ÚLTIMA HORA** ..... 359
*Instrucciones de los Espíritus*: ..... 360
Los últimos serán los primeros (1 a 3) ..... 360

Misión de los espíritas (4) ..... 363
Los obreros del Señor (5) ..... 366

**Capítulo XXI. HABRÁ FALSOS CRISTOS Y FALSOS PROFETAS** ..... 369
Se conoce al árbol por su fruto (1 a 3) ..... 369
Misión de los profetas (4) ..... 370
Prodigios de los falsos profetas (5) ..... 371
No creáis a todos los Espíritus (6 y 7) ..... 372
*Instrucciones de los Espíritus* ..... 375
Los falsos profetas (8) ..... 375
Caracteres del verdadero profeta (9) ..... 376
Los falsos profetas de la erraticidad (10) ..... 379
Jeremías y los falsos profetas (11) ..... 382

**Capítulo XXII. NO SEPARÉIS LO QUE DIOS HA UNIDO** ..... 385
Indisolubilidad del matrimonio (1 a 4) ..... 385
El divorcio (5) ..... 388

**Capítulo XXIII. MORAL EXTRAÑA** ..... 391
Odiar al padre y a la madre (1 a 3) ..... 391
Dejar al padre, a la madre y a los hijos (4 a 6) ..... 394
Dejad a los muertos el cuidado de enterrar a sus muertos (7 y 8) ..... 396
No he venido a traer la paz, sino la división (9 a 18) ... 397

**Capítulo XXIV. NO PONGÁIS LA LÁMPARA DEBAJO DEL CELEMÍN** ..... 405
La lámpara debajo del celemín. Por qué Jesús habla en parábolas (1 a 7) ..... 405

No vayáis en busca de los gentiles (8 a 10) ..... 409
Los sanos no necesitan al médico (11 y 12) ..... 411
La valentía de la fe (13 a 16) ..... 413
Cargar la propia cruz. El que quiera salvar
su vida, la perderá (17 a 19) ..... 415

**Capítulo XXV. BUSCAD Y HALLARÉIS** ..... 417
Ayúdate, y el Cielo te ayudará (1 a 5) ..... 417
Contemplad las aves del cielo (6 a 8) ..... 420
No os pongáis en trabajos para tener oro (9 a 11) ..... 423

**Capítulo XXVI. DAD DE GRACIA LO QUE
DE GRACIA RECIBISTEIS** ..... 425
El don de curar (1 y 2) ..... 425
Oraciones pagadas (3 y 4) ..... 426
Mercaderes expulsados del templo (5 y 6) ..... 427
Mediumnidad gratuita (7 a 10) ..... 428

**Capítulo XXVII. PEDID Y SE OS DARÁ** ..... 433
Cualidades de la oración (1 a 4) ..... 433
Eficacia de la oración (5 a 8) ..... 435
Efecto de la oración. Transmisión
del pensamiento (9 a 15) ..... 438
Oraciones inteligibles (16 y 17) ..... 443
Acerca de la oración por los muertos y
por los Espíritus que sufren (18 a 21)..... 444
*Instrucciones de los Espíritus* ..... 448
Modo de orar (22) ..... 448
Felicidad que la oración proporciona (23) ..... 450

**Capítulo XXVIII. COMPILACIÓN DE ORACIONES ESPÍRITAS** ..... 453
Preámbulo (1) ..... 453
**I - Oraciones generales** ..... 455
Oración dominical (2 y 3) ..... 455
Reuniones espíritas (4 a 7) ..... 464
Para los médiums (8 a 10) ..... 467
**II - Oraciones para sí mismo** ..... 471
A los ángeles de la guarda y a los Espíritus protectores (11 a 14) ..... 471
Para alejar a los Espíritus malos (15 a 17) ..... 474
Para corregirse de un defecto (18 y 19) ..... 475
Para resistir a una tentación (20 y 21) ..... 477
Acción de gracias por la victoria obtenida sobre una tentación (22 y 23) ..... 478
Para pedir un consejo (24 y 25) ..... 479
En las aflicciones de la vida (26 y 27) ..... 480
Acción de gracias por un favor obtenido (28 y 29) ..... 481
Acto de sumisión y de resignación (30 a 33) ..... 482
Ante un peligro inminente (34 y 35) ..... 484
Acción de gracias por haber salido de un peligro (36 y 37) ..... 485
En el momento de dormirse (38 y 39) ..... 486
Cuando se prevé la proximidad de la muerte (40 y 41) ..... 487
**III - Oraciones para el prójimo** ..... 489
Para los que están en la aflicción (42 y 43) ..... 489
Acción de gracias por un favor concedido a otro (44 y 45) ..... 490

Para nuestros enemigos y para los que nos quieren mal (46 y 47) ..... 491
Acción de gracias por el bien concedido a nuestros enemigos (48 y 49) ..... 492
Por los enemigos del espiritismo (50 a 52) ..... 493
Para un niño recién nacido (53 a 56) ..... 496
Para un agonizante (57 y 58) ..... 498
**IV - Oraciones para los que ya no están en la Tierra** ..... 500
Para los recién fallecidos (59 a 61) ..... 500
Para las personas que amamos (62 y 63) ..... 503
Para las almas que sufren y piden oraciones (64 a 66) ..... 505
Para un enemigo muerto (67 y 68) ..... 507
Para un criminal (69 y 70) ..... 508
Para un suicida (71 y 72) ..... 509
Para los Espíritus arrepentidos (73 y 74) ..... 510
Para los Espíritus empecinados en el mal (75 y 76) ..... 511
**V - Oraciones para los enfermos y los obsesos** ..... 514
Para los enfermos (77 a 80) ..... 514
Para los obsesos (81 a 84) ..... 517